

*Selecta*

Mile Bluett

AMOR AMOR, 2

UN ÁNGEL  
*se*  
ENAMORA

Un ángel se enamora

Amor, amor 2

*Mile Bluett*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

A mi compañera de letras *Maricela Gutiérrez* por ser la madrina de *Damián Villavicencio*.

A mis lectoras que, con cada lectura, reseña, arte y comentario, me roban sonrisas.  
Gracias por acompañarme en este viaje a través del universo de la literatura.

A mi familia por enseñarme a soñar.

Y, en especial, a mi esposo y a mi hijo por enseñarme día a día lo que es el verdadero amor.

*El amor todo lo puede.*

*Mile Bluett*

## Prefacio

*Amor:*

*No debía enamorarme, es más, no quería; pero apareciste como una plaga y te apoderaste de mi cuerpo lentamente, hasta envenenar mi corazón y hacerme colapsar los sentidos. Ya no pienso con claridad. ¡Sal! ¡Devuélveme mi vida! ¿Ahora cómo recupero el trozo de alma que se ha escapado contigo? ¿Cómo le hacemos, mi bien, para estar juntos en esta selva humana que nos separa? ¿Existe cabida en este mundo para lo imposible?*

*Amor*

## Capítulo 1

*L*a Habana, Cuba

*Abril de 1859*

*¿Se puede vivir sin amor? El amor todo lo puede, todo lo transforma, aunque parezca que el abismo es el único destino y que la esperanza ha muerto al ser sofocada por las diferencias más cruentas.*

Damián Villavicencio estrenaba apellido; aún observaba aquel documento que le había entregado el abogado, dudando al extremo de la realidad. Se frotó los ojos; tal vez lo estaba soñando. Su padre, un conde con el que no había compartido más de tres palabras, le había dejado todo, salvo una jugosa renta mensual que había legado a su viuda. Enfermo de dolor, el caballero se había quitado la vida tras la pérdida de su primogénito en circunstancias bastante penosas. Damián ni siquiera había sido avisado de su muerte hasta cinco días después; tampoco había acudido a su funeral, hasta que el abogado, sorprendido por el último testamento del noble, lo llamó ante su presencia.

Su ilustrísima Suplicio Salazar y Alcántara, viuda de Villavicencio, la condesa de Marmosa, lo miró de arriba abajo y comenzó a recitar sus oraciones a punto de colapsar por tan inesperada noticia. No había herederos, pero ella hubiera preferido que el apellido se perdiera, que el título pasara a otras manos y que los bienes terminaran en la caridad, cuando Dios se la llevara de este mundo, lo que suplicaba que fuera pronto, torturada por el dolor.

—No puedo creer que mi esposo haya legado su patrimonio a este bastardo que, por demás, es pardo —alegó con desprecio.

Damián recibió su comentario como un golpe en el rostro; la miró desde su metro noventa de estatura con deseos de responderle, pero se tragó sus palabras; estuvo a punto de dar la vuelta y dejarla con dos palmos de narices, pero no todos los días un hombre como él recibía tal oportunidad. Tenía que aceptar por sus hermanos, que no habían corrido con igual suerte y a los que necesitaba rescatar de la más terrible de las opresiones: la esclavitud.

Aún se recuperaba del golpe mientras el abogado leía el testamento. ¿El conde, su padre? Ese ser que lo había despreciado toda su vida, a quien había servido y tratado de agradar en vano. Sacudió la cabeza para concentrarse en el listado de bienes que recibiría; estaba tan estupefacto

que perdía el hilo de la lectura una y otra vez. Sus ojos eran de un azul verdoso intenso; su piel era más clara que la de los esclavos, incluso más que la de muchos mulatos libres. Por eso pensó que su padre sería un blanco. Sospechó del administrador del conde, quien lo había tomado como aprendiz desde los trece años de edad, pero del amo jamás lo había creído. Miró al viejo administrador en un extremo de la sala, atento a la lectura, y se sintió en deuda con él; lo había detestado en secreto, creyéndolo su progenitor, por no haberlo reconocido, suponiendo que lo había desairado por bastardo y por el color de su piel. ¡Qué equivocado había estado toda su vida!

La condesa lanzó un suspiro, y hubo que socorrerla a punto del desmayo cuando escuchó que los cafetales de la parte más occidental de la isla, los palacetes, la quinta, el oro, las joyas, el dinero, los esclavos, los caballos y el infructuoso negocio del ferrocarril, que estaba en disputa con otra de las familias encumbradas de La Habana, pasaban a manos del mulato. La seguridad nunca la había tenido, pero suponía que Damián era hijo de su esposo con la esclava que había comprado mucho tiempo atrás y que lo había embrujado y obnubilado los sentidos.

—Esto debe ser una equivocación. La diabla de su madre no tuvo sus asuntos con mi difunto marido, un hombre decente. Mi esposo no puede dejar a este esperpento como heredero. Es de color, bastardo, de quién sabe qué hijo de vecino; no tiene sangre de los Villavicencio. Es una ofensa, una cruel broma del destino o de nuestros enemigos que quieren terminar de derrotarnos. ¡Usted! ¡Maldito infeliz! —dijo apuntando con el dedo al abogado—. ¡Se ha unido a este otro —señaló al administrador— para despojarnos de nuestro patrimonio ahora que hemos caído en desgracia! El Capitán General no permitirá tal afrenta —se refirió al esposo de su hermana—. ¿No me diga ahora que también pretenden que sea conde?

—Su esposo no lo dejó dispuesto; no le legó el título: no lo consideró prudente.

—Al menos tuvo un soplo de cordura antes de quitarse la vida de un deshonesto disparo. ¿Y quién ostentará el título? ¿No dejó nada estipulado al respecto? Al menos podré seguir disfrutando de las atenciones que me confieren por ser la condesa de Marmosa; mientras no contraiga nuevas nupcias, nadie puede despojarme de esos privilegios.

—Señora, lamento comentarle que ya no; el conde, antes de morir, vendió el título al mejor postor.

—¡Pero qué locuras está diciendo! Ha escuchado, como los aquí presentes, que nuestras arcas rebosan de oro. ¿Por qué haría semejante desfachatez?

—Sabía que sería imposible convertir en conde a su heredero, por su origen y por la falta de legitimidad de la sangre, y quiso dejarle los beneficios de esa venta. Cometió muchos errores; ni siquiera investigó al respecto. Estaba poseído por la rabia y por el dolor; no nos corresponde juzgarlo.

—¿Y mi tormento? Me dejó sola, sin mi hijo y sin él; me despojó del título, los cafetales, la riqueza. ¿Ahora tendré que vivir supeditada a ese maldito pardo?

—Hay una cláusula en el testamento donde su heredero, para acceder al patrimonio, se



compromete a velar por usted. Si él acepta la herencia, se amarra a atenderla como lo haría un hijo con una madre. Su esposo la ha acercado a Damián para que la cuide y la reconforte en su dolor. En medio de su desesperación, buscó la forma de dejarla protegida. Pronto el joven, quien además es el nuevo propietario, se instalará en el palacete, como dispuso el difunto conde.

—¿Su bastardo? ¿El hijo de esa diabla? Él me odia, se lo puedo ver en los ojos. No lo quiero bajo mi techo.

Damián aguantó los insultos como una roca. Don Mateo, el administrador, lo tomó del antebrazo para instarlo a tener paciencia. El mulato solo apretó el sombrero que tenía en sus manos hasta destruirlo. No le importó la angustia de la señora, que en su infinito egocentrismo lo insultó de todas las formas posibles, haciéndole sentir el desprecio que lo había perseguido durante cada etapa de su crecimiento. Ahora, a sus veinticinco años, en plena hombría, aquella herencia le caía en sus manos, lo cual le permitiría cobrarse cada una de las ofensas del pasado. Sintió ira, ganas de hacerle pagar a doña Suplicio por todos los desplantes que había tolerado de esa familia, pero don Mateo intentó sosegarlo una vez más, haciéndole recordar los principios que le había inculcado desde que lo había cobijado bajo su sombra. Incapaz de soportar la avalancha que se le vino encima, salió desesperado. Tomó el corcel en el que había llegado y se perdió sobre los adoquines de las calles habaneras rumbo a las afueras de la ciudad, lejos de las pomposas edificaciones, donde la libertad y el aire fresco lo invadieron por completo.

## Capítulo 2

La quinta más lujosa de la Calzada del Cerro se había vuelto un enigma para la crema y nata de La Habana; varios sucesos habían sacudido a una de las familias más prominentes de Cuba. Primero, la muerte del anterior marqués de Morell de Santa Ana, un noble recordado por su fervor por el progreso, quien apoyaba cada causa que mantuviera a la isla a la vanguardia. En segundo lugar, la partida a España del heredero y su esposa, la menor de las hijas del difunto. El nuevo marqués, primo segundo de su antecesor, había recibido el patrimonio Morell por completo. Por último, el viaje intempestivo de Altagracia, la primogénita, junto a su abuela materna, doña Prudencia, quienes marcharon a Europa por asuntos de una herencia. Cada ausencia dejó un hastío irremplazable en las únicas moradoras de la casaquinta.

En la inmensa propiedad solo habían quedado su excelencia Lucrecia de la Concordia García de Lisón y Benavides, viuda de Morell, marquesa de Morell de Santa Ana y su segunda hija, Úrsula, una joven de veintitrés años, recién cumplidos. Aunque el servicio era vasto, la soledad, para quienes se habían acostumbrado a vivir en una familia numerosa y unida, era desquiciante. Incluso la mascota de la señorita, un pequeño *Cavalier King Charles Spaniel*, andaba cabizbajo por haberse separado de otro perro de la misma camada con el que había crecido.

Úrsula era preciosa; sus ojos verdes y angelicales eran custodiados por frondosas pestañas que siempre bajaban hasta rozar sus mejillas ante algún cumplido. Poseía una personalidad dócil, mediadora y un corazón desbordado de nobleza. Su conversación era amena e inteligente. Su piel cetrina y su cabello castaño rojizo y rebelde la hacían lucir como el fruto prohibido; solía elegir los conjuntos más cubrientes y los peinados más recatados para no revelar la sensualidad que poseía.

—No puedo creer que Altagracia nos haya abandonado para siempre —se lamentó la marquesa, aún resentida con su hija mayor, la que más se le parecía en carácter y con quien tenía mayor afinidad.

—Madre, no todos los días se recibe un legado inglés; mi hermana no podía rechazarlo. En cuanto a María Teresa y Hugo —dijo la joven Úrsula para referirse a su hermana menor y a su cónyuge, el joven y encantador marqués de Morell de Santa Ana—, regresarán en algún momento. Mi cuñado tiene aquí su herencia.

—La que Hugo se encargó de repartir entre todos nosotros; no siguió lo estipulado por mi

amado Rómulo. No quiere responsabilizarse por la familia; nos entregó lo que según él nos correspondía y se largó tras su recién adquirido ducado a España.

—Entiendo que está dolida por la separación, pero Hugo ha sido más que justo. Mi padre le legó el patrimonio Morell entero, y él ha querido romper con esa obsoleta tradición, dándonos lo justo para que vivamos por el resto de nuestras vidas de forma holgada. Pero tampoco se ha desentendido: nos ha dejado al administrador, que es muy eficiente, y a su mano derecha, Matías.

—Úrsula era jovial y risueña a pesar del pesimismo de su madre; sabía que sus arranques eran injustificados. Observó al perrito tristán y lo alzó en brazos para mejorarle el ánimo.

—Al administrador no lo rebato, pero ese mulato libre de Matías que hasta ayer era esclavo no sé en qué nos podrá ayudar.

—Matías es muy inteligente: sabe leer, escribir y es ducho en los números. Dele un voto de confianza; si Hugo lo dejó al mando, a la par del administrador, es porque confía ciegamente en su capacidad y honestidad. Además, su socio y gran amigo de la familia, Carlos Enrique del Alba, está pendiente de nosotras; cada día vela por que estemos seguras, confortables y no descuida de echarle un ojo a nuestros negocios.

—Ese tarambana... Tengo que reconocer que le he tomado cariño y que se le agradece su preocupación. Tu padre estaría contento con el proceder de Carlos Enrique. ¡Y qué decir de su heredero! Mi difunto Rómulo dio todo por él; se sentiría orgulloso del hombre que es hoy Hugo.

—¿Lo ve? Estamos cobijadas por caballeros increíbles pero, como dice Altagracia, no los necesitamos para salir adelante.

—Tu hermana es una progresista. Lo que me faltaba: una duquesa, una progresista y la otra monja. —Úrsula rio a carcajadas hasta más no poder.

—Nada de monja por el momento. ¡Qué más quisiera! Aún tengo que prepararme para ello, pero ya estoy en pláticas para comenzar con los trámites correspondientes.

—No sé cómo tienes corazón para encerrarte en un convento y dejar a tu madre sola, ahora que toda la familia se ha ido a otras tierras y que tu padre descansa en paz. Esta soledad no la vi venir —sollozó.

—¡Oh, madre! No llore: ya lo habíamos hablado. Mis hermanas están haciendo su vida; son felices. Usted logró sus aspiraciones. También tengo sueños por cumplir.

—Hugo y María Teresa en España, alejando a mi nieto de mí. Altagracia y mi madre ahora hablan inglés y comparten con la crema y nata londinense. Nosotras hemos quedado rezagadas.

—Te parece indigna la buena vida que tenemos gracias primero a mi difunto padre y ahora a Hugo.

—Su Excelencia no debió partir, llevarse a mi hija embarazada, a mi nieto, e incluso a su madre y a su hermana. Ahora doña Alma podrá disfrutar de Diego a diario; la querrá más a ella que a mí. —Se sentía en desventaja con su consuegra.

—¡Madre! —exclamó sonriendo.

—Quita esa cara de bonachona que tienes; Margarita será la tía consentidora, no tú. —Hizo

alusión a la hermana de su yerno.

—Y no me encelo de ella. Debería estar feliz por el pequeño Diego, por estar colmado de tanto amor; ya nos tocará consentirlo, y al que viene en camino.

—¿Y tú? ¿También me dejarás? ¿Cómo puedes ser tan mal agradecida con tu propia madre?

—No es el momento para hablar de eso.

—Dulce Úrsula, todos se han ido y te han dejado la carga pesada de contentar a tu madre. ¿Pospondrás nuevamente tu anhelo de tomar los hábitos por no dejarme sola?

La marquesa, ataviada con su descomunal falda color lila y lazos grises, se puso de pie. Los lagrimones le caían por las mejillas. Intentaba contener el llanto sin éxito con un diminuto pañuelo de seda blanca, que destacaba por su exquisito entramado bordado con hilo en color morado. Tal vez sobrerreaccionaba, pero no mentía. De tener una familia vasta que alegraba sus días, su círculo cotidiano se redujo. Sufría ante la amenaza de la soledad.

Úrsula, con su rostro apacible de ángel, se le quedó mirando. Su madre estaba desconsolada. Se apiadó de ella, aunque sabía que también tenía derecho a luchar por alcanzar la felicidad. La fuerza y la convicción le fallaban ante la tristeza de la mujer que le había dado la vida. Reparó en el can, que también echaba de menos la algarabía de todos los que habían partido y que las habían dejado solas en aquel inmenso caserón. Se preguntaba por qué no se habían ido también. Entonces recordaba los negocios y propiedades que tenían en la isla y que debían ser atendidos.

Se consolaba ayudando a las monjitas en un hospital de la caridad, donde atendían a los más pobres y a los esclavos. Tanta miseria y dolor no la dejaban indiferente. No podía, como sus hermanas, seguir adelante y pensar en sí misma, mientras los menos favorecidos se enfrentaban a necesidades. A su madre y su hermana mayor Altagracia, su cuñado las había dotado con una cuenta inextinguible que les dejaba manejar siempre que fueran prudentes como hasta la fecha. Con ella había sido diferente: su herencia se la iba suministrando a cuentagotas, supervisada por el señor Carlos Enrique del Alba. Temían que, de lo contrario, dilapidara su fortuna rápidamente a efectos de su alma caritativa, en especial la dote que guardaba celosamente para entrar al convento. Casi todo lo que había caído en sus manos lo había donado a los pobres, la maltrecha clínica, las familias de escasos recursos, las madres desvalidas y los huérfanos que eran socorridos por las religiosas.

## Capítulo 3

Carlos Enrique del Alba leyó la carta que provenía de manos de Úrsula: solicitaba que liberara otra suma del dinero dispuesto para ella por su cuñado el duque. Miró la hermosa caligrafía y sonrió: no volvería a caer. Ya la señorita lo había convencido en una ocasión y, en menos de lo que canta un gallo, había hecho donativos a diestro y a siniestro. Estaba convencido de que lo ideal sería que Úrsula entrara de una vez al convento y se concentrara en sus oraciones. El mundo era un sitio muy hostil para sus cándidos ojos. La señorita no podía quedarse de brazos cruzados ante las injusticias de los hombres, pero tirando su oro tampoco acabaría con el problema. Tarde o temprano, cuando la riqueza en sus arcas fuera nula, la gente seguiría sufriendo a su alrededor, y Úrsula sería infeliz sin poder remediarlo. Tanto la marquesa como él, quien estaba a cargo de supervisar a la joven Morell, habían estado de acuerdo en permitirle colaborar en el hospital; solo así su necesidad de servir, de ayudar, se veía medianamente aplacada.

—Buscará la forma de obtener el dinero —le aseguró Carlos Enrique a la marquesa.

—Y encontraremos la forma de disuadirla.

—Con todo respeto, su excelencia, su hija es muy testaruda.

—No tendríamos esos problemas si mi yerno estuviera aquí, cumpliendo con los honores de su marquesado y de la Grandeza de España que le legó mi marido—. Carlos Enrique guardó silencio ante cualquier insinuación que atañera a su querido amigo—. ¿Y qué me propone?

—Démosle una pequeña cantidad; de lo contrario, volverá a empeñar o, peor aun, malvender sus joyas.

—No me recuerde ese penoso incidente; gracias a usted, las prendas de la familia que conforman la herencia de Úrsula pudieron ser rescatadas de ese agiotista malvado que se aprovechó de su inocencia. Hágalo, pero adviértale que, si desea seguir financiando la caridad de las monjas, debe casarse, que un marido con mucho dinero puede serle de provecho.

—Sabe que Úrsula no tiene vocación para el matrimonio; lo intentó una vez, y ese vínculo terminó por ser anulado. Su hija se negó a cumplir con sus obligaciones maritales. Desista de su intención de casarla. Hugo está de acuerdo en que tome los hábitos; cree que es lo mejor para ella.

—Hugo no tiene la firmeza necesaria para negarles algo a mis hijas. Las consiente, aún más de lo que mi difunto marido lo hizo en vida.

—Entonces agradezca por el maravilloso yerno que Dios le dio.

—Lo hago a diario; me arrepiento de no haberlo entendido en el pasado. También doy gracias por sus atenciones, don Carlos Enrique. Una pequeña suma estará bien. Todo sea por mantenerla dentro de los límites de las buenas costumbres; pero al convento no, no la apoye usted, o me quedará sola en la quinta, y ya no lo miraré con tan buenos ojos.

—Usted manda, su excelencia. Ahora me retiro; con su permiso, tengo una reunión con el heredero del conde de Marmosa. Iré en representación de Hugo para disolver la sociedad que formaron para la construcción de las vías ferroviarias.

—Penoso asunto, ¿y qué le ha pedido mi yerno si no es indiscreción?

—No es un secreto, Hugo tiene la intención de vender su parte a favor de los Villavicencio.

—Jugoso negocio para ellos pero, como están en desgracia, no sé si los llene de regocijo.

—Para la condesa no lo será; está deshecha por la muerte del hijo primero y luego del esposo.

—Ese mal nacido... No quiero ni recordarlo. Que Dios me perdone por hablar así de un difunto, pero tengo sobradas razones.

—El heredero de los Villavicencio tampoco quiere quedarse con el negocio.

—¿Lo dice en serio? No puedo dar crédito a lo que escucho. ¿Y ese advenedizo qué razones tiene para declinar?

—No le interesa, según llegó a mis oídos.

—Tendrá mucha riqueza.

—La que heredó del conde. Según tengo entendido, no recibirá el título, vendido por su predecesor. Escuché que es un hombre de origen humilde.

—De seguro, un bastardo del conde o un primo pobre que se llenará las manos con la desgracia ajena.

—No he tenido el gusto de conocerlo, ni de escuchar nada sobre el señor.

Tras la despedida, Carlos Enrique del Alba se alistó para la reunión con la intención de finiquitar los negocios entre los Villavicencio y los Morell, en representación de Hugo. Como ninguno quería seguir la sociedad, dispusieron vender a favor de un tercero, que quedaría con la concesión. Ambos administradores se habían encargado de los trámites, así como los abogados de la familia. Él acudía al acto formal para firmar en nombre de su amigo. Llegó primero que el heredero; tomó su lugar y esperó impaciente: odiaba la impuntualidad. Don Mateo, el administrador de los Villavicencio, apareció con un joven de gran estatura, al que había visto en otras ocasiones en su compañía. Era difícil no recordarlo: su físico era hasta cierto punto exótico, como resultado de la mezcla de razas. Un mulato de finas facciones y ojos sorprendentemente verdeazulados, tan refulgentes como la piedra aguamarina. Si mal no estaba informado, era la mano derecha del administrador; le sorprendió verlo en una cita formal, pero no le dio mayor importancia.

Al ver que los presentes se disponían a dar comienzo a la firma, Carlos Enrique hizo la pregunta de rigor:

—¿Ha mandado un apoderado el heredero? ¿No se ha dignado a aparecer? ¿Tan ocupado está?

Don Mateo carraspeó, avergonzado, no por el muchacho y sí por la situación; desde que el mulato había recibido la herencia, se habían enfrentado a sinsabores y desprecios de la cúpula habanera, que no entendía que un hombre de raza negra hubiera recibido tan abundante riqueza, que lo convertía en uno de los hombres más ricos de la isla. El administrador intentó presentar a su protegido, pero Damián no se lo permitió; dio un paso al frente, saltándose todo protocolo, al que no estaba acostumbrado, y se presentó:

—Soy Damián Villavicencio, el heredero —hizo hincapié en el sobrenombre que usó el apoderado para referirse a él.

Carlos Enrique se sorprendió al escucharlo; le habían llegado los rumores de que era un hijo del conde. No quiso revelarlo para no ser descortés con la marquesa, pero no se esperaba que el ilegítimo fuera un mulato.

—Mucho gusto —dijo aún estupefacto, pero fue afable en su trato como siempre, característica que lo distinguía—. ¿Está seguro de no querer seguir adelante con el negocio? El duque se lo está dejando en bandeja de plata: es algo muy jugoso para usted.

Don Mateo negó, para disuadir a Carlos Enrique; él ya había intentado convencer a Damián sin éxito.

—Firmemos, señor —comentó Damián.

No fue difícil advertirlo: Damián Villavicencio estaba taciturno. La herencia recibida no aplacaba lo que sea que llevara dentro.

—Disculpe la indiscreción, ¿por qué un joven como usted, con el futuro en sus manos, deja escapar tal proyecto?

—No me interesa nada que provenga de las ambiciones del conde —argumentó con odio—. No pedí heredar su dinero, ni sus bienes, menos a una antigua condesa destrozada, que me ve como el causante de todos sus males.

—En eso último comparte usted la ración de odio con mi gran amigo, duque de San Sebastián y marqués de Morell de Santa Ana. ¿Villavicencio? ¿Siempre respondió usted a ese apellido?

—Vino con la herencia.

—¿Y lo aceptó sin más?

—Soy lo que soy, mitad sangre de mi madre y mitad de mi padre; es algo de lo que no puedo escapar, reciba el nombre o no. Era requisito del legado, y no podía rehusar.

—Nadie en su sano juicio lo haría, ni aun detestando la procedencia del oro. ¿Le parece si acudimos a una taberna a tomar una buena copa de vino? Creo que debería reflexionar y proseguir con la construcción de las vías ferroviarias. Intenté convencer al duque y declinó: es muy testarudo.

—Ya somos dos.

—Eso noto, pero usted está tomando una decisión importante con los nervios crispados; eso no es inteligente.

—Venderé; ya lo he decidido.

—En ese caso, me permito lanzar mi propuesta de compra; no quiero verme como un aprovechado de las situaciones que han hecho que el duque y usted se hagan a un lado. Pero puedo ofrecer más que el comprador, y es un negocio demasiado jugoso para dejarlo escapar.

—Véalo con don Mateo; no me importa quién se quede con los privilegios. Solo vine a estampar mi firma; no me interesa quedarme hasta el final para brindar ni para compartir el humo del tabaco.

—Sosiéguese, le reitero mi invitación a una taberna, ¿le apetece un trago de un buen ron? Ya no para brindar por el trato: me siento en deuda si renuncian a mi favor.

—¿Está seguro de que desea entrar a algún sitio en mi compañía a tomar una copa? —rebató altanero, acostumbrado a la cizaña y desprecio que había recibido de otros señores pudientes.

—Don Mateo me conoce; puede dar cuenta de la honestidad de mis palabras —recalcó Carlos Enrique.

—En ese caso me veo obligado a aceptar; nadie ha tenido un gesto como ese conmigo, y en este justo momento me apetece un buen aguardiente.

—Vamos, pues. Me intriga todo de usted, con sobrado respeto. No puedo entender... si tanto desprecia la herencia, ¿qué lo empuja a aceptarla?

Tras la firma y la conclusión de las negociaciones, Carlos Enrique invitó al joven a compartir el carruaje. Lo miró de pies a cabeza y sin rodeos le preguntó:

—¿Edad?

—Veinticinco años recién cumplidos.

—¿Puedo tutearlo?

—Lo que se le ofrezca, señor.

—Exigiré las mismas atenciones para conmigo.

—Dispéñeme, usted, no puedo.

—Lo harás cuando me conozcas un poco más, muchacho. Estás frente a tu nuevo mentor; me siento en la obligación de darte instrucción. También odiaba a tu padre, digamos que tenemos un enemigo en común que está convenientemente muerto. ¡Y ni se diga a tu medio hermano! Ese era mi peor pesadilla.

—Prefiero no traer a colación a los difuntos.

—Tienes conciencia moral; eso me agrada. Me siento en el deber de socorrerte: joven, con las arcas repletas de oro y con un físico que no dejará indiferente a las féminas, ni siquiera a las de alta sociedad. Sería un crimen dejarte a tu suerte; terminaría por reprochármelo. Tómalo como mi agradecimiento por traspasarme la concesión del ferrocarril a un excelente precio.

—No le estoy pidiendo nada a cambio.

—¿La aristocracia habanera no ha sido muy amable contigo?

—Despreciable.

—¿Y la viuda de tu padre?

—Doña Suplicio hace honor a su nombre; es como un grano enterrado donde no da el sol.



—Me agrada tu sentido del humor; ya te vas soltando y ni siquiera has dado un sorbo de licor.

—Usted me saca las palabras.

—No te cohíbas. Te diré algo para que te sientas en confianza; la razón que me motiva ayudarte: esos ricachones que te han despreciado también han osado mirarme por encima del hombro.

—¿A usted? Si exuda alcurnia.

—Mi familia tiene renombre desde tiempos inmemorables, pero cometí errores en mi juventud... —Hizo una mueca de fastidio que lo hacía lucir más seductor—. Corrompí el honor de una joven de igual familia encumbrada; ella cayó en desgracia ante los ojos de la crema y nata y, cuando estaba más hundida en el lodo, la rescaté y la convertí en mi esposa.

—Enmendó su equivocación.

—Pero la gente no perdonó fácilmente. Mi mujer sigue siendo repudiada por las esposas de mis iguales, y yo sobrevivo gracias a mi inmensa riqueza, mi habilidad para los negocios y mi talante.

—¿Se arrepiente?

—Nunca. Carmela y mis hijos son lo mejor de mi vida. Y ya hemos hablado demasiado sobre mí, Damián. ¿Qué talentos tienes?

—Escribir, leer, hacer cuentas; se me dan bien los negocios. He estado siempre junto al administrador al tanto de todos los asuntos del conde.

—¿Equitación?

—Soy uno con cualquier corcel que monto; lo llevo en la sangre, pero no he tomado clases como esas de las que presumen los señoritos.

—¿Armas? —Damián negó—. Un hombre con un patrimonio como el tuyo debe saber defenderse; siempre existe la posibilidad de un duelo, y con tus atributos no dudo que termines por meterte en problemas.

—Sé defenderme.

—No será suficiente. Practicarás, te enviaré a un maestro.

—Agradezco su amabilidad.

—Habrá que renovar tu guardarropa; ahora, con tu nueva condición, debes vestir como un señor.

—Eso sí que no, tengo dos o tres prendas, lo justo.

—Sombrero de copa; camisas de seda; botas de piel; ropa de día, de noche, de montar; joyas; finos pañuelos; un bastón lujoso para impresionar; pomadas de olor; accesorios; una buena montura —recitó la lista ignorándolo por completo, motivado por su nuevo proyecto.

—Me niego a pisar el taller de un sastre pomposo.

—Tengo uno excelente para ti; yo mismo lo uso y es completamente recomendable.

—El conde me legó muchos caballos.

—No. Te lo recordarán y quieres empezar desde cero. Te obsequiaré uno que solo te recuerde a ti; tengo al preciso, tan testarudo que parece tu hermano gemelo. —Le hizo gracia, y no limitó sus carcajadas.

—Lo siento, no puedo aceptar algo tan costoso.

—Será un presente por el negocio que acabamos de cerrar.

—No tengo cómo agradecerle lo que hace por mí.

—Siendo un buen discípulo. Con Hugo cometí ciertos errores, pero al final no me salió tan mal.

—¿Se refiere al marqués de Morell de Santa Ana?

—Sí, ahora también es duque. Recibió el marquesado y el ducado casi a la par. Cuando llegó a mí, era un mozalbete que venía de la Madre Patria. Fui su mentor.

—Es un honor que me brinde su protección. ¿Qué puedo hacer para resarcirle?

—No seas tonto, Damián, te estoy ofreciendo mi amistad, porque el alcornoque de Hugo me ha dejado solo y lo echo de menos. Tú y yo somos dos parias con suerte, y Dios nos ha puesto frente a frente. Tampoco soy totalmente desinteresado. Y ya deja de tratarme de usted: ahora somos iguales.

Terminaron de entrar a la taberna Alma húmeda, la más popular de la zona a pesar de la fachada carcomida por el salitre, pero donde la atención era de primera. El dependiente se quedó perplejo al ver al mulato, de vestiduras sencillas, sentarse en su presencia; intentó rechazarlo, negándose a servirle, y eso hizo colapsar a Damián. Ya no aguantaba que lo juzgaran por la tonalidad de su piel; antes que tomara al hombre por la solapa y lo sacara del establecimiento para darle una lección, Carlos Enrique lo detuvo con estas palabras dirigidas al empleado.

—¿Cómo se le ocurre hacerlo enojar? Si es usted inteligente, se retractará: mi amigo tiene la fuerza suficiente para darle una paliza memorable y los medios para mandar a sus matones a darle un escarmiento, eso si se quiere poner decente.

El hombre se quitó de en medio y dejó a Damián tomar asiento, aunque no se le aliviaban las ganas de ponerlo en su lugar.

—Respira, Damián. Eres como la dinamita. Ahora eres rico; aprenderás nuevas formas de infundir respeto.

—Eso le estoy diciendo; tal vez mi compañía le perjudique —espetó aún iracundo mientras se llevaba un trago de ron a los labios y miraba desafiante a los demás clientes, que lo observaban por encima del hombro.

—Sigamos con la documentación e ignora a esas sabandijas; ya vendrán a lamerte las botas cuando sepan que estás podrido en dinero. ¿Has compartido el lecho con una mujer?

El trago de ron se le quedó a Damián atorado en la garganta; tosió para aliviarse y terminó por soltar una sonrisa, algo que hasta entonces Carlos Enrique no le había logrado sacar. Damián jamás había hablado de esos asuntos ni siquiera con don Mateo; sintió el calor subir a sus mejillas cuando los recuerdos de su última conquista le vinieron a la mente. No había conocido a ningún blanco tan demente como el señor del Alba; ahora se convencía de que era todo un personaje, pero el administrador le había asegurado que era un hombre de bien y justo; por eso lo había seguido hasta aquel lugar.

—Mujeres que calienten mi cama no me han faltado.

—Damiancito, Damiancito. ¡Caras vemos, corazones no sabemos! Todo un rompecorazones. Pensé que eras más modoso dada tu antigua condición social. ¿Alguna dama pudiente cuyo esposo no tiene los dotes para satisfacerla en el lecho?

—¡Dios me libre y Dios me ampare! —exclamó riendo—. Se me han insinuado hasta la demencia, pero no he querido meterme en problemas.

—¿Algún amor pueril?

—Nunca me he enamorado, ni creo poder hacerlo. Un hombre de mi condición, digo, de mi antigua condición, no podía perder el tiempo en amores si quería progresar en la vida. Me dediqué a trabajar duro para don Mateo, a aprender para salir del hoyo.

—Es raro verte sonreír. Ya sé qué te hace abandonar tu coraza, al menos por unos segundos: las mujeres. ¿Y quién o quiénes han sido las afortunadas?

—Un hombre no da cuenta de sus revolcones. Solo admitiré que fueron bellas y seductoras esclavas, que solo buscaban saciar su propio deseo carnal y nos desfogábamos mutuamente.

—Y mejor que no te enamores, Damián; eso solo complicaría tu vida. Tienes todo para pasarla en grande, prosperar y crecer. Los lujos y las mujeres vendrán a tus pies. ¿Por eso aceptaste la herencia?

—Se equivoca. Necesito los recursos para reunir a mi familia; mis hermanos aún son víctimas de la esclavitud: pretendo encontrarlos y liberarlos.

—¿Una búsqueda? En eso tengo experiencia: tuve una amiga a la que ayudé a encontrar a un hijo extraviado, y no descansé hasta hallarlo.

A pesar de las fricciones entre los Morell y los Villavicencio, Carlos Enrique se condolió del muchacho, y decidió tomarlo bajo su protección. Se sorprendió al apreciar que no estaba tan desvalido como había imaginado. Era un joven preparado que, gracias a un sacerdote, tuvo educación y que, debido a sus habilidades, se volvió la mano derecha del administrador de su padre.

## Capítulo 4

Úrsula llegó agotada de pasar toda la mañana y la tarde en el hospital de las monjitas; había atendido a varios pacientes con diversas dolencias. Estaba contenta: servir a esa causa le llenaba el pecho de dicha; sentía que contribuía de una u otra forma a que el mundo fuera un mejor lugar. También le producía tranquilidad; el dinero que había logrado que Carlos Enrique del Alba le liberara le había servido para comprar medicinas, paños blancos y alimentos. La madre superiora del convento para el que prestaba sus servicios estaba contenta con su proceder y de continuo la presionaba para que terminara de tomar la decisión de unirse a la congregación. Aún no se ponía el sol, cuando arribó; solo deseaba tomar un baño tibio y tomar una cena que reconstituyera sus fuerzas.

Llegó precedida de un par de esclavos, uno de cada sexo, que fungían como sus criados y guardianes, dispuestos por su madre, como condición para dejarla salir a sus menesteres. Y, mientras se quitaba el pañuelo con que acostumbraba a cubrirse su cabello cobrizo, fue sorprendida por la presencia de Perla, que aguardaba en el amplio salón.

—¡Perlita! —exclamó con alegría al reencontrarse con la joven. Había sido la esclava de compañía de su hermana María Teresa, la nueva marquesa y duquesa, y las había acompañado a ambas durante algunas peripecias que daban cuenta de su entera fidelidad—. ¿Qué haces aquí?

—Su Excelencia me hizo venir —dijo para referirse a la marquesa viuda.

Úrsula observó los arcones repletos de sedas, encajes, y otros accesorios útiles para la confección de la indumentaria femenina. Se alzó de hombros, sin entender. Perla había obtenido su libertad antes que su hermana partiera a España y había hecho su sueño realidad trabajando en el taller de *madame* Fourneau, al punto de convertirse en su mano derecha, paso importante en su camino como la modista que se veía a futuro.

—¿Mi madre? ¿Encargará nuevos vestidos?

—Son para usted, señorita. A su excelencia se le ha metido en la cabeza que debe renovar su guardarropa, y me ha hecho traer todo lo necesario para que escoja telas y accesorios para hacerle vestidos a la medida.

—No lo puedo creer. Mi madre sigue obsesionada con la idea de buscarme esposo —dijo, y Perla intentó persuadirla para que hiciera silencio. La marquesa se presentó como una aparición.

—¿Qué tiene de malo que me preocupe por tu porvenir, querida? —indagó la madre.

—No necesito más ropa: tengo lo justo y necesario. Cuando marche al convento, no me será de utilidad; sería un derroche encargar nuevas prendas en mi situación.

—Saldrá de mis fondos personales —musitó la marquesa.

—Ese dinero sería más útil para la caridad.

—Todavía me pregunto de quién heredaste esa fijación por ayudar a los desvalidos.

—Mi padre hizo magnas obras en vida, que le valieron que lo condecoraran con la Grandeza de España. ¿No es lo que nos enseñan en la religión?

—Ave María Purísima, no puedo más que agradecer por cada una de mis hijas, pero dame paciencia. Sabes que un primo de su ilustrísima Agustina Montemayor, un rico terrateniente de provincia, está en la ciudad, y se rumora que ha venido para buscar esposa.

—Ni se le ocurra.

—Tiene mucho dinero y escuché de buena fuente que es muy dadivoso. Agustina dará un almuerzo en su honor; nos ha invitado. Sería la ocasión perfecta.

—A usted le vendrá muy bien acudir a la celebración; yo ya estoy lista para abandonar esa vida. No he entrado al convento por hacerle compañía, a la espera de que se acostumbre a mi ausencia o de que alguna de mis hermanas pueda regresar; pero ni iré a esa recepción, ni tengo el propósito de recibir las atenciones de ningún caballero.

—No te pido que asistas a un baile; tan solo es una comida, y sería de mal gusto no aceptar.

—Odio esos eventos donde se despilfarran alimentos con tantos seres hambrientos cerca de nosotros, aquí mismo en la villa; ni qué decir en los campos.

—Podríamos disponer con Agustina que las sobras sean donadas a los indigentes o a los esclavos.

—¿Y darles los desperdicios de la opulencia a esas personas necesitadas?

—Ya veo que no hay otro camino; serás sor Úrsula si Dios no dispone otra cosa.

La marquesa elevó su nariz al cielo y abandonó la estancia.

—Si el alma turbia de Hugo no la hizo cambiar de opinión, dudo de que ese caballero logre motivarla con el matrimonio —soltó Perlita con su singular sinceridad—. Vi a la condesa, su ilustrísima Agustina Montemayor, pasear acompañada por el primo, y el mozo no es del estilo que podría hacerla caer redonda a sus pies.

—¿Y ahora resulta que tengo un tipo, Perlita?

—Usted necesita un hombre que sea un volcán a punto de explotar para que la haga reaccionar, mi niña, uno muy guapo —dijo la jovencísima mulata entre risas. Úrsula le siguió la corriente y también rio; ella y sus hermanas tenían una estrecha relación con Perla desde tiempo atrás—. Su Excelencia tiene ideas raras, pero algunas son atinadas. Usted no puede encerrarse para siempre; está llena de vida, es joven. ¡Y el aburrimiento que debe haber en un claustro!

—Perlita, me apena que te hayamos robado tanto tiempo en vano.

—*Madame* Fourneau me va a reprender; dirá que no tuve habilidad para la venta.

—Eso no puedo permitirlo.

—¿Dos vestidos? ¿Tres? —pidió Perla con cara de cachorro malherido.

—Lo haré por ti; puedes tomar las medidas, pero no me tortures con los detalles; no me enterraré ahora entre encajes y sedas. Confiaré en tu buen gusto y en lo bien que me conoces.

—No se arrepentirá, señorita.

## Capítulo 5

Damián Villavicencio arribó al *atelier* del sastre sugerido por su recién adquirido mentor; estaba bien ubicado en la calle Obispo. La decoración daba rienda suelta a la ostentación. Las finas telas podían percibirse desde la entrada, así como el olor a incienso que daba la bienvenida, dando cuenta del lujo con que eran tratados los clientes. Numerosos esclavos se hacían cargo de distintos menesteres; uno recibía a la clientela, otro servía bebidas, algunos tomaban medidas y dos se ocupaban de retocar la limpieza. Iba con su porte orgulloso y un tanto predisposto por el trato recibido por las personas del nuevo estrato social al que su riqueza le hacía pertenecer. Imaginó la expresión del sastre al conocerlo, y más al tener que confeccionar ropa a la medida para un hombre de color. Ya estaba harto de las miradas lascivas; se había dicho que, a la primera, abandonaría el lugar. Estaba decidido a no permitir que absolutamente nadie lo pisoteara.

Un esclavo lo hizo pasar, y él dio razones:

—Fui citado por don Carlos Enrique del Alba.

—Pase, adelante, lo espera junto al dueño del negocio.

Un hombre de piel negra, incluso más oscura que la propia, conversaba con Carlos Enrique y lo recibió con suficiencia. Vestía como todo un señor; tenía joyas costosas y un fino vestuario.

—¿Este es el joven que me ha pedido vestir al más sofisticado estilo inglés?

—El mismo.

—Tengo los colores ideales para resaltar sus cualidades. Permítame buscar a uno de mis oficiales para que traiga las muestras —indicó; con paso pomposo desapareció por una de las puertas.

—¿Es el sastre? Es de color, como yo.

—Es quien confecciona mis vestiduras desde años atrás; su excelencia el duque y marqués también gustaba encargarse su ropa aquí.

—¿Es el dueño del lugar?

—Obviamente, no creo que ningún sastre pague tan bien a sus ayudantes como para vestir con el lujo con que lo hace, y menos para usar joyas tan costosas.

—Excesivamente llamativas y enormes.

—Ya sabes lo que se dice de los nuevos ricos: adoran demostrar lo poderosos que son. Es un liberto que hizo fortuna y prosperó lo suficiente para poner el taller de costura. Tuvo tanto éxito

que abrió otros comercios en la zona; también tiene una tienda de calzado, que visitaremos saliendo de aquí. Otros antiguos esclavos también han prosperado gracias a las artesanías; no solo te he traído por la ropa: quiero que veas con tus propios ojos que no eres el único hombre de color con posibilidades y que, si las tienes en tus manos, debes aprovecharlas y hacerlo orgulloso de lo que eres.

—Tiene esclavos, ¿cómo es posible que subyugue a otros si lo padeció en carne propia? —preguntó descontento.

Carlos Enrique del Alba se alzó de hombros; era algo que él mismo se preguntaba y aún no se podía responder.

El dueño regresó con dos oficiales que comenzaron a despojar a un sorprendido Damián de sus vestiduras, que desecharon como la más horripilante pertenencia.

—Pero ¿qué hacen? Acabo de comprarlas —repelió iracundo; fue lo primero que había adquirido con su herencia, tras el comentario hilarante de Carlos Enrique sobre su forma de vestir. Su mentor se rio a carcajadas de sus arranques e hizo un ademán con la mano para que los ayudantes no se detuvieran y llevaran la ropa directo a la hoguera.

—¿Y cómo se supone que abandone este sitio, si me han dejado en paños menores?

—Esos también habrá que reemplazarlos —ordenó el señor del Alba.

Los esclavos se acercaron con la intención de cumplir las exigencias del mentor y Damián, a punto de explotar, les advirtió:

—No se atrevan, o sus cabezas dejarán de ser sostenidas por sus cuellos.

—No amedrenten al muchacho; pongan la ropa interior en una caja. La llevaremos justo con el resto de la indumentaria que encargaremos para que Damián sobreviva mientras su nuevo guardarropa queda listo.

—No entiendo. Si hay prendas listas para llevar, ¿por qué sufro este atropello? —inquirió y frunció el entrecejo.

—Porque un señor de tu clase debe verse impecable, y no hay nada como la ropa hecha a la medida —le aclaró.

Lo evaluaron, le probaron los tonos y las texturas sobre la piel. Tras vestirse con el recién estrenado atuendo y quedarse prendado de su estampa, de lo bien que le ajustaba la faja, el pantalón, de la sedosidad de las camisas, entendió a lo que se refería su amigo. Salieron prestos por los zapatos, los cinturones, los sombreros, y demás accesorios que completaron el ajuar del nuevo propietario de la fortuna Villavicencio.

Con sus nuevas vestiduras, acudió a conocer al alazán más bonito que había visto. Dio muestras con creces de su gratitud, y aquello consolidó los lazos que comenzaba a crear con su nuevo amigo. Se acercó al caballo y lo observó andar con elegancia mientras lo traían ante sí y le entregaban las riendas.

—Es enorme, fuerte. Nunca he montado un animal como este. No puedo esperar.

Pero, cuando quiso subirse de un salto, el corcel dio unos pasos para alejarse, y así dos veces



más. Hasta que logró sujetarlo y treparse en la silla. Tampoco le funcionaron las mismas órdenes que usaba con otros; se dio cuenta de que era más terco que una mula.

—Te presento a *Furia*.

—¡Maldición! ¡Quieto! —Intentó calmarlo para que dejara de corcovear, a la par que se esforzaba para mantener el equilibrio.

—Te lo dije; es tu alma gemela —le mencionó Carlos Enrique sin parar de reírse.

—Gracias por el cumplido —dijo Damián arrugando el entrecejo, pero decidido a domar al animal—. Ya no sé si en verdad me has hecho un regalo por el trato que hemos cerrado o has encontrado una excusa para liberarte de tal incordio.

—Se entenderán: hablan la misma lengua. —Soltó otra carcajada—. He domado potros más bravos, que no te intimide.

—Ya no podría renunciar a él: me ha robado el corazón —reveló con una sonrisa.

Los cambios, a partir de entonces, se sucedieron igualmente en su estilo de vida; elevó el sueldo de don Mateo, a quien apreciaba como a un padre y liberó a todos los esclavos de servicio, asignándoles un sueldo a los que se quisieran quedarse a laborar en sus propiedades. Doña Suplicio puso el grito en el cielo, pero no pudo oponerse a las reformas; tan solo hizo una pregunta al ver que Damián ponía orden en su palacete.

—¿Vivirás aquí? —preguntó azorada, con un pensamiento fijo, meditabunda sobre lo que dirían sus amistades de saber que compartía residencia con el bastardo de su difunto marido, quien además era mestizo.

—No se preocupe, señora. No la obligaré a soportar mi presencia.

—¿A pesar del testamento y de las condiciones de la herencia?

—He llegado a un arreglo con el abogado para que esté cómoda. Me aseguró que, si es su deseo explícito, no hay objeciones, salvo que demande lo contrario. Mi intención es cumplir con la voluntad del conde, si usted lo acepta.

—No estoy interesada en tus cuidados; te quiero lejos de mi vista.

—Me alojaré en otra de las propiedades.

—¿Cuál si se puede saber?

—Aún no he decidido, pero es uno de los puntos en los que no tengo que darle explicaciones, así que con su permiso me retiro. Solo le recuerdo algo muy importante: los castigos están prohibidos en esta morada. Para cualquier situación conflictiva, tendrá que enviar a un sirviente conmigo y me encargaré personalmente.

—¡Faltaba más! ¿No vendrás a poner orden en mi casa!

—Le recuerdo, señora, que todo, incluido este palacete, es parte de la herencia que el hombre que me engendró me legó por algún motivo que desconozco, pero él quiso que fuera mío.

—También te pidió ocuparte de mí, y lo único que has hecho desde que llegaste es limitarme.

—Usted continuará viviendo como siempre lo ha hecho; tiene sus lujos, sus criados, pero la crueldad que otrora vivió impía en estas paredes acaba de terminar.

Los libertos que hasta hacía días habían sufrido la esclavitud y la mano dura de doña Suplicio se quedaron azorados observando; era como si tanto sufrimiento hubiera sido saldado y del más allá hubieran mandado a un justiciero a velar por sus derechos. Temieron que el joven fuera amedrentado por las exigencias de la señora.

—No puedes cambiar las cosas; antes que tú llegaras, el orden estaba establecido.

—¡El orden en mi morada lo impongo yo! —dijo alto y claro para alejar las dudas de aquellos que aún seguían fieles a doña Suplicio, acostumbrados a seguirla por temor o por costumbre.

La señora intentó hacer un berrinche, pero se contuvo. Sabía que no podía ganar, no por la fuerza, así que guardó su coraje y se preparó para contraatacar. «No vendrá un pardo a decirme lo que tengo que hacer en mi propiedad», pensó sin poder asimilar que solo vivía en la mansión por una cláusula en el testamento.

—Veremos cómo haces para mantener la fortuna; tienes dinero, pero solo no se reproduce. Sin reprimendas en los cafetales, los esclavos se rebelarán y te provocarán la ruina. Los tuyos envidiarán tu suerte, y serán los responsables de tu funesta caída. Ruego a Dios estar ahí para verlo.

Damián la dejó con dos palmos de narices; respiró hondo antes que la ira la hiciera tomarla por el pescuezo y apretarla hasta que dejara de respirar. Esa mujer lograba exasperarlo como ninguna otra. Se sacudió las ideas y se concentró en lo que en realidad le interesaba: encontrar a sus hermanos. Carlos Enrique del Alba les había dado instrucciones precisas a los hombres de Damián y, gracias a ello, estaban muy cerca de encontrar al primero.

## Capítulo 6

Con el corazón en un puño, Damián se acercó al hospicio, donde uno de sus hombres le aseguró que había una esclava que respondía a las características de Santa, su hermana mayor, tan parecida a su madre en fisonomía. Los recuerdos de su aroma lo embargaron mientras dejaba a su potro amarrado; Santa había terminado de criarlo tras la abrupta separación de su progenitora, una descendiente de esclavos traídos de lo que hoy es Nigeria. Ya tenía treinta y cinco años cumplidos y seguía destacando por su inigualable belleza. En cuanto estuvo a su lado, lo supo: era ella. La mujer, agónica, con una neumonía fulminante, apenas pudo verlo, menos reconocerlo. El joven se arrodilló en el piso y apoyó los codos en la maltrecha cama para tomarle una mano entre las suyas, mientras unas lágrimas silentes resbalaron por sus ojos. Se acordó de su niñez y de los cálidos brazos de Santa que lo protegían mientras crecía; era lo más parecido a una madre que había tenido.

No podía creer que llegaba tarde, y menos que su hermana había estado más cerca de lo imaginado. Le dolía no haberle arrancado la verdad al destino, que ahora le jugaba una cruel broma. La necesitaba; ella lo conectaba a la tierra que pisaban sus pies, a sus orígenes, a esa herencia africana que había perdido al ser criado entre blancos, alejado de las costumbres de los esclavos, cuando el padre Miguel lo recibió para darle formación. Hasta entonces entendía por qué lo habían alejado de su familia negra: era hijo del amo; creció como liberto, con ciertos privilegios que no tenían los de su raza, de los que fue apartado a la tierna edad de siete años, pero lo recordaba como si fuera ayer.

Era ateo como resultado de su propia convicción, del recelo que sentía hacia las deidades que permitían el sufrimiento humano, que no soportaba ver y quedar impune, lo que le había costado más de una consecuencia. Y en ese momento de desesperación no supo a qué Dios rezarle; había abandonado a sus *orishas* como requisito para acceder a los estudios que le había brindado el padre Miguel, que a cambio lo introdujo en el catolicismo; tampoco abrazó esa religión, pero la practicaba por costumbre. Trató de recordar alguna oración de las aprendidas en sus años mozos, pero ninguna le venía a la mente. Levantó los ojos y se tropezó con una mujer; desconocía si era novicia o enfermera, pero atendía con mucha devoción a un paciente. Mientras la observaba, las lágrimas aún se escurrían por sus mejillas. Aquella chica era como una aparición, toda vestida de blanco; tenía envuelto su cabello con un pañuelo y solo dejaba su rostro al descubierto. Podría

haberlo convertido en creyente de una vez. Pestañeó para asegurarse de que no era una visión. El esclavo de mediana edad le devolvió una sonrisa de agradecimiento por sus atenciones al ángel sobre la Tierra que lo cuidaba. Ese gesto hizo a Damián entender que era una mujer de carne y hueso, una que debía dejar de ver antes que lo descubriera embobado admirando sus encantos y terminara ofendida.

—¿Damián? —indagó Santa quedamente, entre jadeos, con un hilo de voz, intentando reconocer a su hermano menor en ese mozo que vestía como un caballero. Pero ¿cómo olvidar esos ojos que refulgían en aquella tez canela? Era el sello particular que lo distinguía.

—Hermana, soy yo. Gracias a Dios y a todos los santos... pensé que había llegado tarde —reveló entre lágrimas, y una sonrisa nerviosa de dicha le engalanó el rostro.

Santa volvió a toser e intentó incorporarse para abrazarlo; él, aún llorando, comenzó a reír a carcajadas de alivio, venturoso por recobrar la esperanza justo cuando la creía perdida. Le juró:

—No te vas a morir; yo te salvaré, mi Santa. Creí que nunca te encontraría. Ahora mismo te saco de aquí y buscaré para ti los mejores doctores. Tienes que ser fuerte, mi negra hermosa, ya estamos juntos. Te he buscado toda la vida, desde que me arrebataron de tus brazos.

El ruido provocó que Úrsula se girara; hizo un gesto para reprender al intruso que molestaba a una de las pacientes, a la que más cariño le había tomado. Entonces, él giró y quedaron de frente. El ceño fruncido de la señorita fue relajándose lentamente cuando sus ojos hicieron contacto por primera vez. Quedó perpleja; disimuló lo más que pudo, pero jamás había visto a un hombre como él. Era tan exótico que podría levantar miradas incluso de las señoritas más puras, tal como le estaba ocurriendo. Sucumbió ante el poder enigmático del mulato de ojos verdeazulados, piel canela, músculos duros, labios carnosos, mejillas sonrosadas. Se recriminó para sus adentros por el desliz y trató de sacarse las imágenes robadas de ese portento de la cabeza. Era pecaminoso; incluso el sonido de júbilo que brotaba de su garganta. «Deberían prohibirle reír delante de una señorita que intenta mantener su honor a salvo», pensó Úrsula. Su voz era grave y sensual.

Él, sin seguir el protocolo, la abordó de inmediato:

—Señorita, Santa es mi hermana, me la llevaré ahora mismo; puedo brindarle todos los cuidados que necesita.

—¿Quién le permitió entrar? —preguntó tajante.

—¿Se necesita un permiso especial para ello? No había nadie en la portería —se sobresaltó; acababa de encontrar a su hermana, estaba enferma y estaba a decidido a ganarle la partida a la muerte, ¿y la «enfermera» lo interrogaba acerca de autorizaciones?

—¿Y se coló sin más? ¿Le parecen bonitos sus modales?

—Tal vez más que los suyos —contestó arrogante; dejó su amabilidad inicial a un lado. Jamás permitiría que un blanco le hablara por encima del hombro, ni aunque fuera la criatura más hermosa que había visto en su vida—. Le estoy diciendo que la paciente que está enferma de gravedad en esa cama es mi hermana, que tengo los medios para llevármela y brindarle atención médica de calidad, ¿y a usted solo le interesan las reglas de este muladar?

—¿Cómo se atreve a hablarme así y a referirse de ese modo a nuestra clínica, este venerable lugar donde brindamos apoyo a los más necesitados?

—Si va a hacer caridad, hágala completa. Esto no es una clínica: se está cayendo a pedazos. Vea los techos y el estado en que se encuentran las camas de los enfermos.

—Pues tal vez comience por enseñarle buenos modales a usted. Este «muladar» fue el único sitio que brindó un lecho caliente, un plato de comida y remedios a Santa, y a tantos otros que no tenían otra opción para sobrevivir.

Fueron interrumpidos por la voz fuerte de sor Amalia, la mano derecha de la madre superiora que estaba a cargo de la clínica.

—¿Qué sucede aquí? ¿Quién es usted?

—Soy Damián Villavicencio.

—¿Ese Damián? ¿El bastardo del conde? —indagó la monja sin limitarse por sus vestiduras.

—Si así prefiere llamarme, de acuerdo, no me avergüenzo de mis orígenes —manifestó con seriedad Damián.

—Debería: los hijos terminan por pagar los pecados de sus padres.

—No he pecado de ninguna forma, así que no tengo por qué avergonzarme.

—Úrsula, corazón, retírate —ordenó la monja—. Me ocupo de atender al señor; ya había sido avisada por uno de sus hombres de su visita. Lamento no haberte puesto al tanto. Es el hermano de Santa y, ahora que la providencia le ha dado fortuna, lo mejor será que se la lleve de aquí. No podemos hacer más por ella: él tiene los medios para salvarla. Habrá que agilizar los trámites de su compraventa; su dueña estará feliz de recibir algún estipendio. La daba por moribunda. Me encargaré en persona; si se entera de que usted es el hermano de la desdichada, lo exprimirá, y no sería justo que se beneficie económicamente después de abandonar a Santa a suerte.

—Le agradezco infinitamente...

—Sor Amalia, para usted. Puede llevarse a su hermana, Villavicencio; le haré llegar los trámites, vaya con Dios.

—Puedo preparar a Santa para el traslado —se ofreció Úrsula.

—Tu madre no me perdonaría dejarte sin supervisión a solas con este varón, y tengo asuntos de los que ocuparme. Me tocará lidiar con doña Eufrasia para que me venda a Santa y que todos los papeles estén en regla, esa alma cruel. Manda a alguien del servicio.

Úrsula obedeció no sin antes mirar de reojo a Damián, quien emocionado ayudó con los preparativos del traslado de su hermana mayor, sin volver a reparar en la presencia de la señorita.

## Capítulo 7

En las siguientes semanas, Úrsula, quien se daba en cuerpo y alma a su labor de socorrer a los enfermos, llevaba una canasta con vendas recién acomodadas para el almacén y se sorprendió fantaseando con el hermano de Santa. Se detuvo a medio camino como poseída. Ese hombre removió algo que había permanecido dormido en su interior. Una punzada aguda la sacudió mientras lo evocaba; sus palabras rudas, su mirada insolente, un mulato que le hablaba como a una igual. Sus pensamientos fueron de sus ojos verdeazulados al color sonrosado de sus mejillas, luego a la fortaleza de su pecho, que se veía duro como una roca. Vestido con la exquisitez de un *lord*, en contraste con aquellos rizos rebeldes, oscuros, que se negaban a ser contenidos. ¿Podía existir algo más atractivo? Era como una rosa que te engaña con su sedosidad para luego mostrarte sus espinas, justo esas que reciben el sobrenombre de príncipes negros. Sus maneras altivas la habían puesto en guardia, a la defensiva; aún deseaba volvérselo a tropezar para enseñarle modales, para exigirle que se comportara delante de una dama. Y su emoción pasó de la furia a la concupiscencia; se perdió en sus labios gruesos rebosantes de vida y de color. En su risa, su llanto, sus blancos dientes que destacaban como perlas en aquel rostro terso, joven, fresco. El calor comenzó a invadirla, y unas ganas tontas de reír se apoderaron de ella al recordar el altercado.

—¡Úrsula! ¿Qué tienes, muchacha? ¡Reacciona, que estás soñando despierta! —La dura voz de sor Amalia la hizo poner los pies sobre la tierra de golpe y sentirse mal por el flujo de sus pensamientos pecaminosos.

—Discúlpeme, solo me distraje.

—¿Qué te ha sacado de tus obligaciones? Parecía que una nube de pecado te quería arrancar de la Tierra. Tenías la misma expresión que las señoritas frívolas que solo piensan en pescar marido, y no me refiero a un buen partido, sino uno que calme sus oscuras pasiones.

—¡Jesús, María y José! ¿Cómo se atreve a compararme con esas libidinosas? —murmuró para escapar del embrollo y alejar a la monja de la verdad irrefutable.

—Pues cuida a tu corazón, o seré la primera en advertirle a la abadesa que no eres candidata para nuestra orden.

—No se angustie: mi camino está consolidado y definido. Solo espero que mi madre vuelva a tener compañía para que acepte mi retiro.

—Tu madre tiene que aceptar los designios de Dios; Él ya tiene el camino escrito para ti. Vuelve a tus quehaceres: necesito que vayas a la botica por este listado de medicinas.

—Claro, sor Amalia, y descuide, no volveré a distraerme.

Úrsula se perturbó y se reclamó a sí misma por su ligereza. Estaba a punto de tomar los hábitos como novicia luego de su fallido matrimonio en el pasado, el que resultó anulado por falta de consumación y no podía ser que, después de todo lo sufrido para lograr su objetivo (liberarse de la opresión masculina), en su vida repleta de bondad y decencia, por azares del destino se le cruzara ese hombre sacrílego. Se prometió luchar contra la tentación como el peor de los males.

Dejó la canasta con vendas que tenía en las manos y se dispuso a salir con sus dos escoltas, Pedro y Juliana, dos jóvenes esclavos que su madre había puesto a su servicio y que la seguían como a su sombra. Reparó en su vocación religiosa y en el desliz de pensamiento con el hermano de la paciente. ¿Qué le había pasado? Todo el arrepentimiento le vino de golpe y se entregó a sus oraciones a la par de sus pasos para alejar la furia que la dominó al recordar esos ojos aguamarina. Caminó por el empedrado con la mente repleta de súplicas al Cielo, para que esa baja pasión que amenazaba con obnubilarla siguiera de largo y la dejara en paz, con la jocosa charla de los criados, que iban detrás de fondo. Se apresuró con la lista en la mano mientras susurraba: «He descendido a los infiernos y me he levantado para ti, Señor, logré escaparme del destino que mis padres me tenían reservado: el sagrado matrimonio. ¿Por qué permites que Damián Villavicencio, un hombre diferente a mí en todos los sentidos, me haga apreciar la belleza masculina, una que jamás me había hecho palpar así mi corazón? Ilumina mi destino y haz que se haga tu voluntad, no la mía. Yo nací para servirte».

Damián haría lo que fuera por salvar a su hermana: había traído doctores y se ocupaba en persona de procurarle los cuidados que necesitaba. La había hospedado en su nueva residencia, un palacete en exceso lujoso, de estilo barroco, que había pertenecido al hijo legítimo de su padre sanguíneo, el que también había perecido. El doctor la había examinado y dejado instrucciones claras; necesitaba surtir la receta. Don Mateo le había exigido que mandara a uno de los libertos que trabajaban para él, pero no terminaba de acostumbrarse a tener sirvientes y prefería ocuparse de sus asuntos en persona.

Justo cuando estaba por atravesar el umbral de la farmacia, un espejismo a mitad de la acera robó su atención; la pesadilla más oscura lo envolvió: allí estaba la señorita Úrsula, ese nombre que no olvidaría jamás. Culpó al destino por su mala suerte. Ella iba caminando en su dirección, con la mirada en el suelo, concentrada en sus pasos o en lo que fuera que la tenía distraída. Dos esclavos la seguían. Volvía a parecerle un ángel, a pesar del incordio que en realidad era. Sus labios color frambuesa se movían como si estuviera recitando; él se perdió en la sensualidad de esa boca. Absorto, no hizo nada para evitar que el vestido primero y su portadora después se precipitaran sobre sus fornidos pectorales. Extendió los brazos para protegerla del impetuoso rebote, cuando los ojos de la chica se elevaron y descubrió los que la devoraban.

Un escalofrío la recorrió por completo; el abanico de concha de nácar en sus manos cayó

estrepitosamente al suelo, seguido de la hoja, que con un vaivén sinuoso trepidó hasta el piso. Ella se sostuvo de los fuertes antebrazos de su oponente para no perder el equilibrio y precipitarse al suelo. Sus miradas quedaron enganchadas la una con la otra, hasta que él cortó el silencio.

—Señorita Úrsula, ¿está bien?

—¿Cómo se atreve a interponerse en mi camino? —soltaron sus labios y no entendió la hosquedad de su tono; no era dueña de sus impulsos.

—En ese caso tal vez soy yo el que deba reclamarle por tropezarse conmigo, por lanzarse a mis brazos.

—¡Atrevido! ¿Cómo osa hablarme con esa soltura? ¿No mide sus palabras? ¿Así se dirige a todo el mundo? ¿Acaso no sabe quién soy?

Juliana le devolvió el abanico y la nota, a la par que Pedro se interponía entre ella y Damián para defenderla del intruso altanero.

—Si usted no me lo dice, no tengo intenciones de averiguarlo.

—¡Insólito!

—¿Es usted peninsular o criolla?

—¿Cómo se atreve a preguntarme?

—Apostaría a que es peninsular; una criolla no sería tan apagada.

—Y un hombre educado en su sano juicio no sería tan imprudente.

—Definitivamente, es usted un incordio, uno grande, y encima hace ese mohín con los labios de fastidio cuando soy yo el que debería estar ofendido. Me acusa de imprudente, y fue usted quien se precipitó contra mi persona; pudo causar un mal mayor.

—Como si la mole de su cuerpo fuera a inmutarse ante una damisela frágil; el único que ha sufrido un daño irreparable ha sido mi abanico de concha nácar: no tiene salvación.

Pedro intentó persuadirlo de que se quitara del camino de su ama, y ella terminó por soltarlo, pero la sensación en sus manos de la dureza de los músculos de Damián no la abandonaba.

—No tiene derecho a hablarle así a la hija del difunto marqués de Morell de Santa Ana —sostuvo Pedro.

—Apártate, hombre. Si no hubieras venido tan distraído dándole a la cháchara con tu compañera, habrías cuidado mejor a tu señorita. —Damián lo detuvo con esas palabras—. Parece que ambos estamos emparentados con la nobleza.

—No se atreva a compararse conmigo. Usted es un bastardo.

—No creo que sus bellos labios escupan todas esas frases hirientes con la intención de darme un golpe bajo; no parece que le importe la legitimidad de la sangre. ¿O acaso solo hace caridad para limpiar su conciencia? Una dama como usted que dedica la suavidad de sus manos para servir a esclavos y a vagabundos solo lo hace por dos razones: porque quiere pagar sus pecados o...

—No se atreva a hablar de mí como si me conociera —lo interrumpió.

Úrsula recurrió a su buen juicio; su descaro solo podía significar que el impúdico la pretendía



rondar, imaginó que con el único fin de robar su inocencia. No lo iba a permitir. Su madre había rogado por casarla con un hombre blanco y de posición, y ella había renegado; no se iba a dejar embaucar por los intentos corteses de ese mulato libidinoso.

—Déjeme terminar la frase. La primera opción ya la conoce, la segunda es esta: porque tiene un alma gigante que no le cabe dentro del pecho. —Úrsula tragó en seco, asombrada—. Santa me ha hablado de usted; la idolatra y le está muy agradecida. Solo por eso le daré el beneficio de la duda.

Su frase la desarmó. Él se apartó de la entrada y la dejó acceder a la farmacia.

—Gracias —dijo estupefacta, dejando de lado la máscara que había usado para frenar el cúmulo de sensaciones que aquel moreno de mirada felina le despertaba.

—En algo se equivoca: sí tengo modales pero, por cuestiones de carácter, decido en ocasiones no llevarlos a la práctica. Fui educado bajo la estricta supervisión del padre Miguel y créame: muchas veces utilizó la vara para intentar corregirme.

—Lo que definitivamente no terminó de conseguir; compadezco al sacerdote —mencionó; y una estúpida risita se escapó de sus labios.

—Si usted lo dice...

—¿También viene por medicinas? ¿Son para su hermana? —preguntó.

—Sí, quise acudir por ellas en persona.

—Eso habla de su buen corazón. Santa ha de estar feliz por ser rescatada por un hermano tan dedicado. ¿Cómo sigue ella?

—Mejorando. Es increíble lo que una cama caliente, un caldo de pollo y un doctor pueden hacer.

—Me siento en deuda con ella; tal vez no hicimos lo suficiente: son tantos los pacientes y tantas las necesidades...

—Hizo mucho; gracias a usted hoy la he recuperado. Me acercaré con sor Amalia para brindar mi apoyo también en la clínica.

—¿Olvida que se refirió a ese lugar como muladar?

—Eso puede cambiar. He heredado mucho dinero, y aún no tengo idea de qué hacer con este. Me encantaría aliviar la tristeza de los que lo necesitan.

Los esclavos la instaron para que dejara de hablar con el joven y ella, convencida de que no era apropiado, se introdujo a la farmacia para surtir su lista, pero aquellas palabras y las últimas miradas compartidas aún le hacían que el estómago le temblara con un palpito totalmente desconocido.

## Capítulo 8

Tres semanas más tarde, mientras aquellas sensaciones experimentadas no podían extinguirse de su pecho, unos trabajadores aparecieron con materiales para reparar los techos llenos de goteras, arreglaron las paredes y dieron una segunda vida a ventanas y puertas. Aquella casona donada por una feligresa que había fallecido dejando a las hermanas carmelitas la enorme mansión, la que por falta de presupuesto se había ido deteriorando con los años, ya se podría llamar «clínica». Los sirvientes entraron cargando ropa de cama, almohadas, vestimentas, gallinas, cerdos, verduras, arroz, frijoles, medicamentos, gasas, y todo lo indispensable. Incluso el doctor Vásquez salió del despacho de sor Amalia con el maletín en mano repleto de medicamentos y se acercó a la enfermería a revisar a los pacientes de más gravedad.

—¿Qué ha sucedido? —indagó Úrsula al llegar ante la monja.

—La fortuna Villavicencio nos está proveyendo. Tanta gente encumbrada en La Habana dándonos sus limosnas y llega este joven de origen dudoso y ofrece más que sus predecesores. El médico recibirá un salario por parte de Damián Villavicencio.

—¿De qué habla? No entiendo nada.

—Ni yo. Dios nos ha mandado al bastardo del difunto conde para ser nuestro proveedor.

—No creo que al señor Villavicencio le agrade que le llamemos así.

—Esta boca mía que no conoce la prudencia. ¡Vamos, que hay mucho trabajo! Doña Edelmira debe estar de fiesta en el Cielo viendo cómo su sueño se está haciendo realidad; lástima que no pudo legarnos más que esta casona.

Úrsula se quedó enmudecida mientras sor Amalia no se callaba. Damián había cumplido su palabra y con creces. Tal vez era hora de que ella devolviera el gesto. «Podría enviar una carta para preguntar por la salud de Santa; después de todo fue nuestra paciente y debemos dar seguimiento a su caso para asegurarnos de su recuperación. Pero no, no sería apropiado y, si mi madre lo descubre, me recriminaría por años», pensó. Se aprovechó de la efusividad de sor Amalia y le sugirió:

—Tal vez deberíamos devolverle el gesto y enviar una nota para indagar por la recuperación de Santa.

—¿Y crees que no se me ha ocurrido? —Úrsula, expectante, infló sus pulmones, suplicando para sus adentros que la nombraran responsable de esa misiva, pero sor Amalia hizo que sus

expectativas cayeran de golpe—. Ya lo hemos hecho, y Santa está estupendamente. También le hemos mandado una cesta repleta de frutas de nuestra huerta y postres hechos por nosotros; nos lo ha agradecido. Le ha suplicado a Santa que aprenda a hacer los cucuruchos de boniatillo tal como lo hacemos nosotras, crocantes por fuera y suaves por dentro. Muere por volverlos a probar; lástima que en la cesta solo iban apenas cinco. Debí ser más generosa, pero había tanta variedad que no sabía cuáles eran los de su preferencia.

—Pues debe vigilar de cerca la gula del señor Villavicencio.

—¡Niña! ¡Qué desabrida has quedado con la noticia! Sonríe un poco. ¿No es lo que deseábamos, tener un benefactor?

—Pensé que le pondría peros, tomando en cuenta su origen impúdico y el color de su piel.

—La piedad no establece diferencias; estamos muy agradecidas con Villavicencio sin importar cuán oscuro sea su pasado.

En su mente, volteó los ojos en blanco, «¡Ahora sor Amalia lo estima, ni que fueran allegados!», pensó. Y, sin importarles los convencionalismos, se apresuró a la cocina, tomó una cesta de mimbre, la llenó de dulce de boniato, escribió una nota de agradecimiento y le pidió a Juliana que se la llevara a Damián Villavicencio.

—Usted ha perdido la cordura, amita. Me mata su madre a latigazos si se entera —se rehusó la esclava.

—Mi madre no lo sabrá; el único que podría acusarnos es Pedro y está que se derrite por ti. No nos echará de cabeza.

—¡Niña!

—¿Crees que no los he visto dándose arrumacos por los rincones?

—¡Jesús! Señorita, no hable así.

—Lo harás o te acuso con mi madre —la amenazó Úrsula, aunque sabía que en el fondo no lo haría; solo quería valerse de algún medio para lograr su fin.

—La desconozco. Si usted es toda bondad en ese corazón... Jamás me delataría. Sabe que el ama es implacable.

—Te recuerdo que mi cuñado está muy lejos, el mar nos separa de sus cautelosas decisiones y en su ausencia mi madre se toma ciertas libertades para gobernar sus propiedades.

—Su excelencia, el amo Hugo, dejó dicho explícitamente que nada de castigos corporales a los esclavos.

—Pues seré igual de explícita sobre lo que Pedro y tú hacen en cuanto me doy la espalda. Sé discreta y ándate: ya te estás tardando.

—Niña, piense. Mandarle una nota y un obsequio a ese hombre no es decente, con esos ojos de pantera que lo hacen parecer el mismo demonio.

—No me vengas con prejuicios, Juliana. Es de tu raza.

—Un hombre así no lo quieren ni los blancos ni los negros: está marcado.

—¿De qué hablas?

—Tiene mirada de blanco, piel oscura, pero no tanto y su alma, ¿de qué color es?

—Juliana el alma no tiene color: todos somos iguales a los ojos de Dios. ¿Acaso la sangre que corre por nuestras venas no es igual de roja que la mía?

—Y, si no somos distintos, ¿por qué Dios nos hace sufrir más a los esclavos?

Úrsula se quedó en silencio; tenía la respuesta exacta, pero no podía decírsela sin sentirse impotente y anulada, porque le tocaba estar en el lado explotador.

—La esclavitud no es cosa de Dios —explicó al fin—: es de los hombres. En otros países no hay esclavos; algún día en nuestra isla también acabará.

—¡Que la escuche su madre! ¿Está segura de querer que le lleve el encargo a ese mulato liberto?

Úrsula asintió y, taciturna, la vio partir.

## Capítulo 9

En su nuevo palacete, Damián Villavicencio estaba sentado a la mesa devorando una succulenta pierna de pavo. Santa, a su lado, comía una porción menor, mientras lo veía orgullosa del hombre en que su pequeño hermano se había convertido. Llevaba tres días acompañándolo en el comedor. Se había negado a vestirse como lo hacían las damas encopetadas, y Damián no le había insistido. Llevaba un vestido blanco de algodón con vuelos en mangas y bajos de la falda. Se adornaba el cabello con una túnica del mismo tono y se ataviaba con brazaletes y collares que representaban a sus santos de la religión yoruba. La tos era la única secuela que le quedaba de la enfermedad, así como la delgadez extrema y la palidez de la piel. Por un minuto, Damián dejó el hambre voraz para reparar en un plato repleto de dulce de boniato al centro de la mesa.

—¡Hasta postre hiciste! No debiste meterte en la cocina, no en tu estado. ¡Has preparado un banquete! La comida es exquisita; al final engulliré esos dulcecitos. Son deliciosos.

—La cena es mi mérito, pero el postre no. Es un obsequio de agradecimiento para ti.

—¿Lo enviaron las monjas? Si esa sor Amalia terminará por caerme bien.

—Debería porque es una persona muy sabia y muy justa, pero no ha sido ella y no creo que deberías saber—. Damián la miró dubitativo con ganas de que su hermana terminara de hablar—. La señorita Úrsula Morell los envió; también viene una nota para ti.

Damián abrió los ojos, que se tornaron más profundos, acentuándose el verde sobre el azul, como el interior de un bosque donde la espesura es más intrincada. Se limpió las manos con una servilleta. Tomó el papel, aspiró su delicado aroma a gardenias y leyó unas palabras de agradecimiento por los donativos. La sencillez de aquellas letras le llegó al alma, que fue sacudida de forma violenta, hasta que reparó en su hermana, que lo miraba con seriedad.

—La niña es muy atenta, pero no debió: pudo malinterpretarse.

—No veo nada de malo en su gesto.

—Esperemos que no, porque es lo último que necesitas ahora.

—Tendré que agradecerle la atención, y ya creo saber cómo hacerla feliz.

—¡Damián! No lo creo prudente; lo que haces por los enfermos es suficiente.

—Sírrete más comida: estás muy delgada —le dijo para cambiar el tema de la conversación. Guardó la carta en el bolsillo de su chaqueta y continuó disfrutando el manjar.

—Ya iré recuperando el apetito; no pretendas que trague como lo haces tú. Terminarás por

vaciar la despensa y me tocará ir pronto al mercado.

—Ya no tienes que hacerlo: eres la señora de esta casa.

—Será hasta que te cases.

—¿Casarme? ¿Qué cosas dices, hermana?

—¿No piensas tener descendencia?

—Ni siquiera lo había considerado. Mi cabeza ahora mismo es un hervidero; tengo que enderezar el rumbo de los negocios. Dejé ir el ferrocarril; me enfocaré en los cafetales, pero no es lo único a lo que me quiero dedicar. Tengo que pensar en algo que me apasione, como dice don Carlos Enrique.

—Ese amigo tuyo es el blanco más raro que he conocido en mi vida; nos trata diferente del resto de los señores.

—Agradezco por haberlo conocido; vino a rescatarme en el momento en que más lo necesitaba. Gracias a él di muy rápido contigo; ahora nos concentraremos en encontrar a los demás. Llenaremos esta mesa con nuestros hermanos, sus mujeres e hijos. Tal vez ya tienen niños. ¿Y tú, Santa? ¿Tienes pareja, hijos? Si es así, dímelo y no descansaré hasta tenerlos aquí con nosotros.

—¿Yo? No tuve la fortuna de ser madre y a mi edad ya no pienso en esas cosas. No hay nadie; no he hecho más que servir a los demás.

—Eso se acabará; ahora ya no necesitas trabajar.

—¿Y qué pretendes?, ¿que tenga sirvientes? Estás loco, Damián. Jamás les haría a otros lo que odié por tanto tiempo que me hicieran a mí. Claro que iré al mercado y te prepararé esos guisos que tanto te gustan. Esperé años para hacerlo, para volver a cuidarte. Ya tendremos tiempo para que me cuentes lo que hiciste todo este tiempo. Pedí tanto por ti, mi muchacho... Mis lágrimas abrieron un río —reveló con dos lágrimas silentes resbalándole por las mejillas.

Él se paró para intentar abrazarla y ella se lo prohibió.

—No te levantes y sigue zampándote la comida como si no hubiera un mañana; no rompas ese cuadro. No imaginas cuántas veces soñé cocinar para ti y que te lo terminaras todo. De niño eras muy melindroso para comer y estabas flaquito que dabas pena; yo solo pensaba en alimentarte, que crecieras sano y fuerte. —Hizo una pausa para secarse las lágrimas con un pañuelo de seda—. Y creciste mucho, mi Damián.

Unos gritos descolocados les hicieron romper la armonía de la comida; se quedaron estupefactos al ver aparecer a doña Suplicio con un séquito de sus antiguas esclavas, mientras los sirvientes trataban de impedirle el paso y ella, sintiéndose dueña y señora, se les imponía con regaños y sombrillazos. Damián dejó a disgusto los alimentos y fue a hacerle frente, pero la señora llegó hasta el lujoso comedor. Doña Suplicio se santiguó y comentó:

—Tenía que verlo con mis propios ojos. ¿Ahora sientas a una parda a la mesa de esta residencia que fue de mi hijo?

—Santa es mi hermana y le exijo respeto para ella.

—¿Tu hermana? ¿Y de dónde ha salido? ¿Cómo diste con ella?

—Con los medios que su señor esposo me legó; la encontré a ella y haré lo mismo con mis demás hermanos.

—Esa parda infeliz es tan parecida a tu madre... ¡Sácala de este recinto! No quiero verla: detesto a todos los de tu estirpe.

—Pues no venga, aquí no se le ha perdido nada.

—¡Cuida tus palabras, bastardo! No olvides a quién tienes al frente; yo decidiré quién atraviese la puerta de esta morada de Dios que ha sido invadida por los tuyos y por ti.

—Recuerde que este palacete con cada uno de sus muebles, así como los esclavos liberados, me fueron legados por su señor esposo.

—Porque al parecer al final de sus días había perdido la razón, lo que tú supiste aprovechar para endulzarle el oído y convencerlo de que me despojara de lo que me correspondía.

—Señora.

—Sí, señora, porque hasta mi título le exigiste vender para continuar llenando tus arcas. No me extraña que hayas sido tú quien haya apretado el gatillo que se lo llevó de este mundo.

—¡No le permito otra calumnia bajo mi techo! Su esposo jamás tuvo ningún acercamiento conmigo, ni siquiera cuando indirectamente trabajaba para él. El conde prefería que no cruzáramos palabras. Fui el primer sorprendido cuando supe de la herencia y más, al conocer que era mi padre.

—Eso nunca lo aceptaré. ¡Eres un usurpador!

—¡Salga ahora mismo de mi propiedad! ¡Y no olvide que, si sigue en su palacete, es gracias a mi caridad, porque el conde me dejó todo!

—¡Mi cuñado, el Capitán General, te borraré como la plaga que eres, infeliz!

Los sirvientes terminaron por conducirla a su carruaje mientras esquivaban sus sombrillazos y sus afiladas palabras. Tras la partida de doña Suplicio, reunió a los criados en el amplio salón y les dijo:

—Doña Suplicio no es bruja. ¿Cómo supo lo que sucede en la intimidad de mi hogar? Quien se sienta a mi mesa no es asunto de ella; entiendan de una vez que lo único que ha hecho esa mujer toda su vida es gobernarlos con mano dura. Los he liberado, los he vestido y calzado decentemente, los alimento y tienen lugar bajo mi techo. Les he dado mi confianza y no los obligo a ser serviles conmigo. Si alguno de ustedes no puede valorar eso, entonces está en el lugar equivocado; quien no se sienta capaz de ser leal a quien les ha brindado una mano siéntase libre de abandonar mi morada. —Ninguno abrió la boca—. Si compruebo que uno de ustedes está llevando información a doña Suplicio, tendrá que buscarse la vida lejos de aquí.

Damián les pidió que se retiraran a sus quehaceres. Terminó por perder el apetito que le quedaba; le dolía ser severo con su gente. Al fin y al cabo, habían sido amedrentados para serles incondicional a aquella mujer. Santa negó con la cabeza y externó:

—Esa señora está loca.

—Tal vez su reacción es justificada; su esposo le dejó solo una pensión y le legó la fortuna a un

hijo bastardo que tuvo con una esclava.

—Increíble, sí.

—Para colmo, me dejó la deuda moral de cuidarla, pero tiene una extensa familia política que también me detesta, igual o más que ella. No tengo valor para sacarla de la propiedad donde ha vivido toda su vida. Me siento con esa obligación, al menos.

—No merece tu lástima, es peligrosa.

—Es una arpía, pero no puedo echarla a la calle como a un perro.

—Tiene su pensión; me has dicho que es jugosa.

—Pero ya tiene raíces en esa morada.

—Volvamos a la mesa. Estabas tan tranquilo comiendo...

—Se me ha borrado el apetito, pero iré para acompañarte. —Volvió a su silla del comedor, pero se quedó meditabundo sin probar bocado.

—Si lo deseas, te traigo otro plato caliente.

—No, gracias. Come tú: necesitas engordar.

—No permitas que esa mujer te robe la paz, mi buen Damián. —Ella intentó acercarle una cucharada a la boca y él, desganado, se rehusó—. Hay algo a lo que sí no te negarás —dijo acercándole un dulcecito de boniato.

Él abrió la boca y le dio un mordisco sin poder resistirse al olor que se colaba por sus fosas nasales. El almíbar en la cubierta endurecida se rompió al contacto con sus dientes, crujió y le dio paso a la suavidad del tubérculo mezclado con el azúcar en el interior.

—Es delicioso —admitió terminándoselo.

—Y ya tengo la receta. La niña Úrsula ha sabido cómo hacerte feliz. Es un ángel, es como si supiera de antemano que esa bruja te iba a amargar el día y te envió el remedio para endulzarte el corazón.

—Parece un ángel, pero por dentro es tan impetuosa como una digna criolla; no entiendo por qué desea renunciar al matrimonio y dedicarse a la vida religiosa. Muchos caballeros han de lamentar la noticia.

—Cualquiera que no seas tú. No poses tus ojos en ella; no es para ti, ni aunque poseas todo el dinero del mundo. Hay barreras que aún no podemos cruzar.

—Ni que estuviera demente. La señorita Úrsula sabe ser un incordio cuando se lo propone.

—¿Por qué no puedo creerles a tus ojos? Aléjate de ella; es muy buena, pero no es para ti. No quiero que sufras.



## Capítulo 10

Santa se recriminaba; no entendía cómo se había dejado convencer por Damián para ser su mensajera. Se acercó pisando en falso hasta la clínica y se introdujo para cumplir su cometido. Sor Amalia la recibió como a la emisaria de la prosperidad.

—Dios ha puesto en tu camino a tu hermano y en el nuestro a un buen samaritano. No tenemos cómo pagarle al señor Villavicencio —le dijo la monja.

—Me gustaría darle las gracias también a la niña Úrsula en persona por sus cuidados —emitió la recién llegada.

—Pasa adelante, buena mujer.

—Gracias, sor Amalia. —Al último minuto dudó y prefirió emprender la retirada—. Pensándolo bien, tendrá que ser en otra ocasión, con previo aviso. Requiero irme para seguir con mis quehaceres, y ella debe estar muy ocupada con sus enfermos.

—Le pediré que se acerque un instante; no faltaba más.

Sor Amalia dio órdenes para que bajaran el cargamento y lo guardaran; los siguió para supervisarlos. Úrsula llegó al ser requerida al amplio patio donde descargaban las cajas de provisiones y la recibió con una sonrisa, feliz al verla tan recuperada. La había conocido en una situación angustiante.

—Ay, mi niña, tuve que venir a darles las gracias en persona. Mi hermano ha mandado abastecimientos para los enfermos.

—Estamos muy felices por sus donativos.

—Me siento mal por no venir a ayudarlos en la clínica.

—No se sienta en deuda con nosotros, Santa. La atendimos sin la intención de esperar algo a cambio; sin embargo, lo que el señor Villavicencio hace es admirable.

—Damián le agradece el postre; no se atrevió a escribirle una carta de vuelta para no comprometerla. Bueno, en verdad, él no ve nada malo en ello, pero no se lo permití.

—Por supuesto que no es pecado una nota de gratitud; es lo mínimo que podemos hacer por su gentileza.

—Señorita, no sé si opine igual cuando sepa la locura de la que me ha hecho encargada. Mi hermano me suplicó entregarle este envoltorio.

Úrsula miró a un lado y a otro; por el tono de voz bajo y por la expresión de Santa, intuyó que

debía tomar precauciones. Al cerciorarse de que ni sor Amalia ni las beatas que la seguían a todas partes estaban pululando por los alrededores, se dignó a abrirlo discretamente. Su asombro se reflejó en la candidez de su rostro.

—Es un abanico de concha de nácar y está pintado a mano: es una obra de arte —expresó estupefacta volviéndolo a introducir en el sobre de encaje y seguidamente en el fino estuche de ébano con incrustaciones de madreperla.

—Lo mandó a hacer para usted. No se sienta obligada a aceptarlo, pero él insiste en que por su culpa usted quebró uno similar.

—Este es más bello que el que perdí, y no fue por su culpa, más bien por la mía. Dele las gracias, no debió molestarse.

—¿Lo aceptará? —preguntó pasmada.

Úrsula se quedó pensativa hasta externar como hablando consigo misma.

—¿Por qué no?

El sonido de un carruaje y la sombra que proyectaba las distrajo, doña Suplicio Salazar, viuda de Villavicencio, ni siquiera se bajó ni se dignó a saludar a Úrsula como correspondía al protocolo; los Morell y los Villavicencio habían roto relaciones poco tiempo atrás por desavenencias familiares que terminaron en un duelo, llevándose a un miembro de cada familia. Las miró desafiante y sin miramientos ordenó a sus hombres que se llevaran a Santa en contra de su voluntad. Úrsula, al ver que querían someterla, se opuso también.

—¿Cómo se atreven a ultrajarla así? Déjenla en paz. Su Ilustrísima, usted no tiene derechos. — Aún desconocía que el título le había sido arrebatado junto con su vergüenza.

—¿Defiende usted a esta parda? —preguntó ofendida la contraparte.

—No tiene derecho a llevársela —la desafió.

—Acabo de acudir con el licenciado a ver un inventario de los bienes de los Villavicencio y me encuentro con que en La Habana esta parda es la única esclava que consta en los registros. A mi nuevo hijo adoptivo, esa desgracia que me ha tocado soportar, le ha dado por liberar a los de su especie. Aún su furia no se ha hecho extensiva a los cafetales en Vuelta Abajo; imagino que el peso del oro en sus bolsillos lo ha hecho detenerse.

—El señor Villavicencio se llevó a Santa de este lugar con la intención de ponerla en libertad: es su hermana —manifestó exaltada.

—No ose referirse a él como un descendiente legítimo del apellido; ese usurpador no es Villavicencio, solo se aprovechó de nuestra desgracia para robarnos. Y, como necesito quien me sirva y él ha dispuesto de la libertad de mis esclavas, me la llevaré.

—No la seguiré a ningún lado, bruja del demonio. Delante de Damián mantuve la calma, pero entre usted y yo no existen secretos —le escupió Santa.

—Eres idéntica a ella, a la pérfida de tu madre.

—¿Qué hizo con ella? ¿Dónde está mi madre?

—¡Perra, no te atrevas a hablarme como una igual! Damián tendrá la ley de su lado, pero

contigo me cobraré con creces todo lo que me deben. ¡Lleven a la parda rumbo al cepo por atreverse a desafiar a su ama! ¡Damián y tú aprenderán a respetarme! Este ultraje no se quedará impune —murmuró resentida.

Había acudido a pedir auxilio a su cuñado el Capitán General y este le había dado la espalda; le avergonzaba que lo relacionaran con la vergonzosa historia del conde seducido por la esclava que había nombrado heredero a su bastardo.

—¡Sobre mi cadáver! —la defendió Úrsula aferrándose a Santa por el brazo—. Usted no podrá moverla de mi lado. ¡Atrévase a tocarme y sentirá nuevamente la cólera Morell!

Los hombres enviados por doña Suplicio desenfundaron sus armas instados por la patrona. Los de Damián no eran esbirros, más bien trabajadores que habían acudido para ayudar a descargar la mercancía, pero ante la amenaza se envalentonaron y también sacaron cuchillos, palos y piedras para defender a la hermana de su patrón. Pedro, el esclavo de la señorita, en un acto de valentía, cubrió a su ama con su cuerpo y miró desafiante a los atacantes. Sor Amalia y las beatas salieron al escuchar la algarabía e intentaron mediar ante la dama dominada por la ira y el resentimiento.

Santa terminó por ceder y acompañar a la antigua condesa antes que corriera la sangre inocente, pero pidió que avisaran a Damián de inmediato. Se la llevaron a horcajadas sobre un caballo, ante las miradas atónitas de las beatas.

—Todas para adentro de inmediato —exigió la monja para referirse a las mujeres que solían ayudarla—. Tú también, Úrsula, ya hablaremos cuando nos hayamos sosegado. Tu conducta distó mucho de la de una señorita. No imagino lo que dirá tu madre en cuanto este incidente llegue a sus oídos.

—Perdóneme, sor Amalia, pero no pienso abandonar a Santa con esa arpía.

—Los hombres del señor Villavicencio ya partieron a todo galope para avisarle; él se encargará.

—Santa estaba en nuestras intermediaciones; no debimos permitir que la sacaran de la clínica. ¿Es así como le pagamos a nuestro benefactor? Ella solo vino a traernos provisiones y ha terminado por desgraciarse la vida. Se la han llevado para cobrar venganza en un alma inocente.

—Somos gente de paz, no pudimos hacer nada para retenerla —expresó con pesar.

—No me quedará cruzada de brazos —se obstinó.

—No te atrevas a moverte de tu sitio; tu madre me ha confiado tu cuidado —ordenó sor Amalia con un dedo elevado mientras lo agitaba para intentar infundir su poder de convencimiento.

Úrsula señaló a Juliana y a Pedro para que le dispusieran la calesa para sacarla de allí y llevarla al palacete de la pérfida secuestradora. Sor Amalia la retuvo para intentar detenerla pero, al ver la resolución de la señorita, se santiguó y agregó:

—Te acompañaré; no se ve bien que una joven virtuosa ande en estos trotes. Además, nos corresponde, como bien dices: doña Suplicio ha raptado sin derecho legítimo a Santa justo bajo nuestro techo, y esa buena mujer es la hermana de nuestro benefactor. Debemos cerciorarnos de que estará a salvo —añadió y miró a las beatas de reajo, que no se tragaron el cuento.

—¿Doña Suplicio? —preguntó al no escuchar el tratamiento para la condesa.

—El difunto vendió el título antes de morir.

—Antes de quitarse la vida, lo escuché.

—Ay, mi niña, qué manía la tuya de luchar por causas ajenas.

—No deberían inmiscuirse en ese penoso asunto, ni por la hermana de nuestro proveedor. No se ve bien que una señorita y una religiosa anden de aquí para allá —se entrometió doña Domitila, la beata más fiel.

—Tampoco es de buen cristiano quedarse de brazos cruzados ante la fechoría que está cometiendo doña Suplicio; sabemos qué razones de dolor tiene para sentirse ofendida, pero yo misma compré, a nombre de Damián Villavicencio, a esa esclava, y él prometió liberarla de inmediato. Y creo en su palabra, por lo tanto, lo que hace la antigua condesa va contra toda ley.

—¿Y ahora es usted veladora de la justicia? —prosiguió la devota.

—De la ley no, pero de lo que ocurre bajo el techo de esta casa santa sí, y doña Suplicio ha arrancado a esa feliz de nuestras manos. Para que mi alma siga limpia ante los ojos del creador, debo intentar hacer algo, lo mínimo tan siquiera. Acudiré a entablar una conversación con doña Suplicio para hacerla entrar en razón.

—Ha perdido usted el juicio con todo respeto; se está dejando influenciar por esta niña, y su madre será la primera en reprobar este acto justiciero que las dos se han empeñado en llevar al cabo.

—Doña Domitila, si no va a acompañarnos y velar por la seguridad de una de las hijas de Dios, porque los esclavos también merecen la caridad de nuestro padre todopoderoso, mejor no nos retenga más —exigió la monja.

—Las acompaño, todo sea por preservar el buen nombre de la señorita Úrsula y el de usted.

Ante la invitación que se hizo doña Domitila, el resto de las beatas se quisieron sumar, aunque ya no quedaba claro si acudían por solidaridad o por el cotilleo que devendría de semejante incursión a los terrenos de la condesa robada y del bastardo heredero. Sor Amalia, que era rápida de mente, las detuvo y las mandó a sus asuntos:

—Ándense a cuidar de los enfermos, que el trabajo no para. Y, por favor, que una de ustedes acuda donde el padre Miguel, que es muy cercano al señor Villavicencio; tal vez pueda ser de ayuda.

—Semejante caravana para salvar a una esclava del genio de una dama —advirtió doña Refugio, otra de las señoras caritativas que servían en la clínica—. Esperemos que sirva de algo, porque doña Suplicio no se anda con medias tintas. Mandaré a un sirviente a avisarle al cura.

Las tres partieron prestas, seguidas por los esclavos de la familia Morell.

Al arribar al palacete donde otrora vivía el conde de Marmosa, los hombres de confianza de Damián ya lo tenían sitiado, así que las mujeres pensaron que el heredero ya había arribado para socorrer a su hermana. Se bajaron pausadamente, mientras sor Amalia daba instrucciones del proceder; accederían al pórtico y pedirían a la servidumbre ver a la dueña de la propiedad. La

monja se persignó y fue la primera en descender con ayuda de Pedro; cuando sus pies tocaron el suelo empedrado, vieron a Damián aparecer como un espejismo por la puerta principal. Iba con el lazo suelto a cada lado de su cuello, la camisa desarreglada, el chaleco con los botones zafados y los rizos alborotados; parecía una furia. En una mano llevaba el sombrero y en la otra a su hermana, a quien asía con fuerza, liberándola del demonio que se había atrevido a arrebatársela después de años de llorar su ausencia. Doña Suplicio apareció tras él, como enviada del mal, con los ojos desorbitados, gritando su odio, mientras Damián desoía sus reclamos infructuosos.

La monja levantó una mano para detener la caravana que la había acompañado; la situación era peor de lo que había imaginado. Úrsula quiso bajar e interceder, pero doña Domitila y sor Amalia, como guardianas de su honor, le prohibieron abandonar el carruaje. Con ojos vidriosos observaron a la señora arrebatarse el látigo de las manos a su capataz y agitarlo en el aire con la intención de hacerlo aterrizar sobre el lánguido rostro de Santa. En un movimiento certero, Damián se lanzó como escudo, y el primer azote fue a caer sobre su musculoso cuerpo. Era tanto su furor que ni siquiera parpadeó ante el golpe. Úrsula escondió su rostro entre sus manos ante el estruendo y, sin poderlo evitar, volvió a descubrirlo, preocupada por él. Doña Suplicio, teniendo a su objetivo en mira, repitió el gesto, con más ímpetu y maldad. El segundo azote iba dirigido a herir a Damián, pero él, desafiante como una pantera con mirada chispeante, lo detuvo con la fuerza de su brazo, enroscó el látigo en este, a la par que las gotas de su sangre salpicaban la amplia falda de la agresora, y le arrebató el arma de maltrato de forma enérgica y certera. Dejó a la atacante con los ojos desmesuradamente abiertos por la respuesta del mulato de gran tamaño, que la miraba desafiante sin una gota de temor.

—¡En su vida vuelva a levantar un látigo contra alguien de mi raza, y mucho menos si es de mi sangre; no quiera conocer la ferocidad de mi ira!

—¿Te atreves a amenazarme, pardo infeliz?

—Es usted despreciable.

—¡No te permito que me hables así!

—¿Y qué va a hacer para impedírmelo?

—¡Damián! ¡Muchacho! ¿Qué está pasando? —los abordó con voz firme, pero sin dar gritos el padre Miguel, que recién se desmontaba de su caballo—. ¡Contrólate! ¿Y usted, doña Suplicio? ¿No se dan cuenta del espectáculo que están dando ante la servidumbre?, deben comportarse.

El señor Villavicencio quedó serio, resoplando como un corcel embravecido, protegiendo aún a su hermana con la coraza de su cuerpo.

—Este usurpador ha venido a robarme en mis narices, y ni el Capitán General ha hecho algo para impedirlo; los documentos parecen reglamentados, pero sé que ha tramado un ardid para despojarme de mis derechos.

—Sosiéguese, señora, por piedad. Y tú, muchacho, acude a que te curen esa herida, márchate con tu hermana. Me ocuparé de doña Suplicio con ayuda de la hermana Amalia, que oportunamente me avisó para evitar que este altercado llegara a mayores. Señora, usted es una

dama, por clemencia; no puede perder los estribos.

El sacerdote se secó la frente con un pañuelo al ver que su feligresa había bajado la guardia y se propuso encaminarse al interior de la propiedad. Sor Amalia, abrumada por lo que tuvieron que presenciar sus castos ojos, obedeció al sacerdote y pidió encarecidamente a doña Domitila que acompañara a la joven hasta su hogar.

Úrsula solo tenía ojos para Damián; sentía que su agonía, su dolor y su rabia le habían robado lentamente el corazón. En ese momento lo sintió: un sentimiento desconocido y brutal le fue subiendo por su cuerpo como el andar de una hiedra venenosa, que la desarmó palmo a palmo. Allí, derrapada por el piso, quedó la Úrsula antigua; ni siquiera sintió piedad por abandonarla. La nueva mujer que respiraba con cada bocanada de aire que inhalaba ese hombre la dominaba por completo. Quería socorrerlo, calmarlo, acunarlo en sus brazos para que su desenfreno encontrara sosiego. Por un segundo fugaz, sus miradas se encontraron, y él se asombró al percibirse desesperado. Se observó a través de las pupilas de la señorita, como si su alma abandonara su cuerpo y pudiera ver desde la perspectiva femenina. Odió que aquel ser angelical fuera testigo de lo peor de sí mismo. Su luz lo irradió por completo. La sangre hirviente que lo había vuelto iracundo comenzó a entibiarse solo al encontrarse con la candidez de su rostro. Hubiese dado lo que fuera por que los convencionalismos sociales no los destinaran a permanecer a kilómetros de distancia en cuanto a sus emociones, esas que jamás podrían compartir.

El calesero arreó el caballo con su melodiosa voz apartándola de aquellos ojos verdeazulados que no debían atreverse a mirarla. Damián suspiró; tomó a su hermana del brazo y la condujo al caballo que uno de sus hombres le ofreció.

—Enseguida estoy contigo —le susurró.

—¿Adónde vas, hermano? —preguntó Santa, angustiada al notar que la manga de su chaqueta estaba hecha trizas y la sangre se colaba por entre los retazos de tela.

—Le pondré las cosas en claro a esta señora; no quiero que vuelva desafiar mi autoridad. Pésele a quien le pese, soy el nuevo señor Villavicencio y le exigiré obediencia si desea seguir disfrutando de mi herencia.

—¿Has perdido el juicio, Damián? Esa mujer es un demonio. Hará lo que sea para verte en el lodo.

Marchó con paso firme al interior de su propiedad; el padre Miguel y sor Amalia intentaban calmar a la señora, que había pasado de la cólera a la tragedia. Intentaba quedar como víctima ante lo ocurrido.

—Padrecito, usted sabe que mi esposo me amaba. ¿Cómo puedo aceptar que legue el patrimonio familiar a un bastardo que por demás es el hijo de una esclava? Usted conoció a mi difunto conde: no era su proceder.

—Nadie conoce los designios de Dios, hija. Debe aceptar su voluntad. Si usted colabora y se comporta a la altura de la situación, podrá continuar disfrutando de su morada y demás comodidades a las que está acostumbrada. Damián no ha frenado ninguno de sus gastos y le

permite ocupar este palacete.

—Mi vida nunca será la misma. No imagina el escarnio que representa que mi esposo haya reconocido al final de sus días un hijo ilegítimo, y más cuando es descendiente de esclavos. ¿Sabe qué despierto en mis iguales? Lástima, repudio, burla.

—Es lo que hay, hija.

—Y todavía se atreve a retarme. «¿Qué haré para impedirle salirse con la suya?». Eso me ha interpelado: «No sabe de lo que soy capaz».

—Calme a su corazón y aléjese de la venganza: es pecado.

—¿Y cuánto más desgraciada puedo ser?

—¿No le teme acaso al fuego del infierno?

Cuando Damián puso un pie dentro de la estancia, dispuesto a acabar con la altivez de la señora Villavicencio, ella se levantó y elevó los ojos hasta encontrarse con los de color aguamarina. El padre, azorado, también se paró temiendo que el enfrentamiento volviera a suscitarse. Sor Amalia hizo lo mismo intentando pedirle entrar en razón a la señora, hasta que descubrió en sus ojos la calma, pero una proveniente de una contención superior a la humana.

—Aquí está el hijo pródigo regresando al hogar —articuló con un tono dulce y sarcástico a la vez—. ¿Qué decía el testamento de tu querido padre? Que me cuidarías como a una madre, si mal no recuerdo y que vivirías bajo este techo.

—Algo que es mejor evitar; definitivamente, ustedes no congenian y son de mundos completamente diferentes. El albacea del testamento, el abogado del difunto ha sido muy prudente en hacer una salvedad con tal engorroso asunto —se adelantó a decir el sacerdote.

—De lo que me arrepiento; Damián debió obedecer las órdenes de su padre. Y yo como buena esposa debí hacer espacio en mi mansión para su heredero.

—No creo que sea buena idea —insistió el cura.

—Que se cumpla el testamento —dijo la señora elevando los brazos al cielo y mirando con saña.

—Si piensa que me atemoriza, no me conoce: mañana mismo me tendrá aquí instalado y le advierto: no se meta con los míos o conmigo porque tendrá que acomodar su elevada lista de gastos a la pensión que le dejó el conde, de la que sé que se ha dedicado a hacerle crecer raíces mientras despilfarra mi dinero.

—¿Así le hablas a tu madre?

—Usted no me dio la vida y no le debo obediencia.

—Tu padre quería que las cosas fueran diferentes; te ha dejado todo para que me cuides y me sirvas, no se te olvide. De lo contrario puedes renunciar a la herencia, y los bienes se irán a la sucesión intestada. Como ves, me he informado previamente.

—Si pretende robarse mi fortuna, no sabe con quién se ha topado.

—¡Ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón! Más bien recuperaré lo que me pertenece y por la vía legal. ¡Insolente! Aprenderás a respetarme.

—El respeto, señora mía, se gana, y usted se ha dedicado a perderlo día con día. Mañana me tendrá aquí para hacerle compañía; recuerde avisarles a sus distinguidas amistades que ahora compartirá la mesa con un hombre de color, el bastardo de su marido; tal vez se arrepientan de visitarla y yo me ahorre la incomodidad.

—Eres como un perro salvaje, pero yo te domaré.

—Eso lo veremos.

Un sirviente hizo acto de presencia y no se atrevió a hablar hasta que los señores dejaron de desafiarse y se centraron en él.

—El señor del Alba ha arribado.

—¡Faltaba más! ¿Y a ese quién le dio vela en este entierro? —manifestó indignada la mujer—. No es bienvenido; desde que tomó partido por los Morell, las puertas de esta residencia están cerradas para él.

—Hágalo pasar de inmediato —ordenó Damián.

La señora se quedó con la nariz elevada al cielo cuando fue obedecido el joven por encima de su mandato. Carlos Enrique entró y saludó a los presentes, incluso a la señora; sabía que se encontraría con un ambiente tenso, y justo para ello había venido. El padre Miguel había enviado a un esclavo con la misiva, conociendo de la amistad que lo unía con su ahijado, para que lo ayudara a aplacar la situación. Había llegado tarde, pero aún los ánimos de los contrincantes no habían sido sofocados.

Damián se disculpó con los religiosos y se encerró con su amigo en el despacho, a petición del recién llegado; los otros se quedaron calmando a la antigua condesa.

—No has aprendido nada: un caballero jamás pierde los estribos.

—No soy uno.

—Pues deberías. Mira tu brazo y la manga de tu camisa destrozada. No debes andar sin guardaespaldas. Habrían sido de ayuda, y ahora no estarías sangrando. Te diré esto antes que vayas a curarte, que es lo más urgente: las mejores batallas se ganan con la inteligencia y, por el manejo exitoso que haces de tu nueva herencia, sé que no te falta. A esa arpía no la doblegarás con ese genio.

—No es solo doña Suplicio lo que me exaspera, es todo. Por más que me esfuerzo, nunca lograré encajar; estoy harto de intentarlo. A veces extraño mi antigua vida, cuando desconocía de quién era bastardo, era más feliz.

—¿Sabes cuántos querrían tener la oportunidad que posees de enfrentar a quienes los oprimen y ayudar a tu gente? Tienes los medios, Damián, pero ahora mismo estás como el caballo domado que solo mira al frente y no despliega su vista en el horizonte de posibilidades. Hay esclavos que huyen de sus amos y son cazados como bestias; con apoyo y recursos no morirían despedazados por los perros ni servirían de escarmiento. Tal vez mirar más allá de tus narices te dé la fuerza para dejar de quejarte y comprender que tienes la fortuna de tu lado.

—¿Por qué hablas así? Eres blanco.



—Soy un hombre que también ha sido pisoteado, pero lo que nunca han podido vencer es mi dignidad. ¿Recuerdas a nuestro sastre, ese que ha logrado amasar una fuerte suma de dinero? ¿Qué sentiste al conocerlo?

—Repulsión. No puedo entender que alguien que ha sufrido la esclavitud propia o de los suyos trate a sus semejantes como inferiores una vez que ha logrado prosperar en la vida.

—Y por eso liberaste esclavos e hiciste cambios en los cafetales para que los que allí continúan sean tratados como personas, y no como animales.

—Los liberaría si el sistema no jugara en mi contra; siempre ha sido mi intención.

—Tengo amigos que están hartos también de la esclavitud; concordamos en que, mientras otros pueblos se han librado de esa plaga y progresan a otras formas de negocio, nosotros seguimos hundidos en el estiércol. Ellos no se quedan de brazos cruzados.

—Preséntamelos, quiero colaborar. Si no hago algo contra el verdugo que nos sigue asfixiando, estallaré en mil pedazos de tanto enojo.

—Pero tendrás que enfriarte antes: para esos asuntos la mente debe estar ágil, pero sosegada al mismo tiempo. Te daré el contacto, pero te advierto: será tu lucha. Yo solo colaboro con dinero; ya tengo mis propias guerras que pelear.

## Capítulo 11

Damián apareció delante de Santa ataviado como solían hacerlo los blancos acaudalados; podría confundirse con un rico comerciante o incluso con un marqués. Llevaba chaleco de piqué, levita cerrada con amplios faldones y un descomunal sobretodo, lujoso bastón, pantalones negros de paño y zapatos de becerro charolado. Su equipaje, con los nuevos trajes confeccionados por el sastre que le había recomendado Carlos Enrique del Alba, ya estaba cuidadosamente empacado.

—Te vistes como blanco, pero blanco adinerado —le reclamó.

—¿Por qué tendría que vestirme diferente? No me siento menos que nadie.

—Esas son cosas de don Carlos; tal vez los caballeros se sientan ofendidos porque los has querido imitar.

—No imito a nadie, Santa. Cada quien es libre de vestirse como se sienta cómodo. Tengo mucho dinero y hago negocios con gente importante. Carlos Enrique piensa que así inspiro más confianza. Y no pretendo ser el bastardo que heredó una fortuna y la desperdigó por carecer del ingenio para hacerla crecer. Gracias al padre Miguel, tengo estudios, y gracias a don Mateo aprendí a manejar las cuentas del conde.

—Solo digo que la gente como nosotros se viste distinto. Una chaquetilla de terciopelo negro, el pantalón blanco bordado con flores de seda, camisa blanca con pechera, velos y mangas blancas, sombrero felpudo. No cualquiera puede vestirse con tal lujo y, si quieres demostrar tu poder, podrías ponerte un pañuelo de seda o dos, o incluso joyas, pero verte como lo que eres: un hombre de raza negra.

—Claro. —Damián hizo una pausa para reír sarcástico mientras tomaba su elegante sombrero de copa. Prefería que los ricos lo creyeran un ser banal, interesado en el poder y la riqueza para alejarlos de sus nuevas actividades abolicionistas en las que había encontrado su verdadera pasión—. Para que luego se mofen de mí y me digan: «Dios le da pañuelos a quien no tiene nariz». Pañuelo en el sombrero, en la cintura, en el bolsillo, en la mano. ¡No! No seré el hazmerreír de nadie. Y oro, mucho oro, aunque solo sea oropel que sirva para presumir. Ni siquiera un negro curro que se respete anda por ahí así. Debiste conocer al sastre: todo un comerciante, de color y exudando distinción a cada paso.

—Solo quiero que no sufras; los de color te rechazarán. Pensarán que te crees mejor, y los blancos te despreciarán.

—Los blancos siempre nos han denigrado. Los morenos tienen que levantar la frente y darse cuenta de que no podemos seguir explotados.

—Cuida tus palabras; pensarán que eres un alborotador, y ni todo el dinero que tienes te podrá salvar de unos azotes. No podemos aislarnos de nuestras costumbres. Ni siquiera les rezas a nuestros dioses. ¿Qué clase de negro eres tú que has olvidado todo lo que te enseñé cuando eras chiquito?

—¿Temes que los de nuestra raza se ofendan porque ahora tenemos dinero? No puedo hacer algo contra eso, así como no escogí quiénes serían mis progenitores. Esto no habría pasado si mi madre no se hubiera regalado ante los brazos del amo. Estaba casada con tu padre cuando lo hizo; no le importó guardarle respeto.

—No te atrevas a levantar la voz en contra de su honor, no te lo permito.

—Si sus cascos no hubieran sido tan ligeros, ahora no te avergonzarías de tener un hermano despintado, mitad blanco, mitad negro.

—¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono? Te daré las nalgadas que no me atreví a darte cuando eras un mocoso. No tienes derecho a juzgar a nuestra madre y no me avergüenzo de ti. Estoy orgullosa del hombre que eres —afirmó y le acarició la mejilla para intentar sosegarlo. Él, como un cachorro abandonado, reaccionó ante el gesto y cambió su talante.

—Perdóname, Santa. Entiende, por favor, que pensamos diferente. Es el progreso, que termina por alcanzarnos a todos. No renunciaré a la salida que me está dando la vida; tomaré el atajo y correré con todas mis fuerzas hasta la meta, por ti, por mis hermanos y por mí.

—Es una locura lo que pretendes hacer, Damián. Esa arpía te envenenará el alma. Por eso te quiere bajo su techo. Te pisoteará, te pinchará hasta que explotes y se salga con la suya. Quiere que renuncies a la herencia.

—Esa maldita cláusula no podrá conmigo, y esa vieja histérica se arrepentirá de haberme desafiado.

—Comoquiera que sea, es una dama. Tiene contactos, está emparentada con el Capitán General.

—Yo también tengo un as bajo la manga.

—¿Cuál? —indagó.

Él lanzó una irreverente sonrisa, algo torcida y señaló a su cabeza para dar cuenta de la astucia que lo había acompañado desde pequeño.

—Aquí tienes tu carta de libertad; guárdala bien, para que esa bruja no vuelva a aprovecharse de ti. Con tanto revuelo olvidé tenerla lista antes y nos costó caro.

—Déjame acompañarte.

—Ni que hubiera perdido el juicio. No permitiré que se ensañe contigo; el testamento no hace alusión a ti ni a ninguno de mis hermanos.

—Déjame apoyarte para vencer a esa bruja.

—No. Tú te quedarás aquí. Como la reina de este palacete, el que pongo a tus pies, mi Santa. Cúidalo para mí: este será nuestro refugio de paz. Aquí vendré cuando necesite recuperar el

aliento.

Ella lo despidió con un beso en la sonrosada mejilla y le entregó un amuleto para que lo protegiera de la maldad a la que se iba a enfrentar. Se aferró al objeto y lo ocultó debajo de sus finas vestiduras; su padrino lo había alejado de sus costumbres africanas, pero aún guardaba cierta añoranza por estas.

Las palabras de Santa, mientras defendía a su madre, lo acompañaron en su viaje en su alazán *Furia*, escoltado por sus hombres armados. Mientras, lo seguía un coche con sus pertenencias. Se había jurado proteger lo suyo con mano enérgica. Igualmente había dejado fuertemente custodiada la propiedad donde residía su hermana. La historia de sus orígenes le zumbaba en los oídos; lo poco que había averiguado en sus años mozos a la par que crecía.

El conde de Marmosa había quedado deslumbrado por una esclava de belleza singular, que le costó una fortuna desorbitante y a la que compró con la intención de convertirla en su concubina antes de casarse. Doña Suplicio, a quien llegó el rumor de la sustanciosa compra, una vez convertida en condesa, había metido sus manos en el asunto y comprometió la palabra de su marido al pedírsela para su servicio. Desde entonces el ama vigiló a la esclava con mirada de halcón para alejarla del lecho de su esposo; estaba llena de celos y haría lo que fuera para que la preciosa mujer no terminara de embriujar a su marido con sus encantos. Para ese entonces, un esclavo simpático que tenían como calesero también puso los ojos en ella, y la reacción de la madre de Damián fue aceptable. Era una mujer joven, en plena edad para enamorarse, y el esclavo era un hombre portentoso de buena figura y sonrisa afable. Doña Suplicio les dio su bendición para que vivieran como pareja bajo su techo y procrearon tres hijos, una niña y dos niños, lo que alejó cada día más al conde de sus oscuros propósitos al gastar buena parte de su fortuna con tan magnífica hembra. Damián no sabía en qué momento de la historia la vida había dado un vuelco y había sido procreado; solo recuerda su niñez en el patio del palacete al que hoy arribaba como dueño, a Santa cuidándolo y a sus hermanos colaborando con el servicio. No supo nada más de la pareja de esclavos; creció rodeado de pretextos que explicaban la ausencia del calesero, al que creía su padre, y de su madre.

Sufrió el rechazo de la servidumbre porque sus ojos verdeazulados, como los de su progenitor, delataban su origen. Siendo un niño pequeño, fue liberado y apartado de sus allegados para que el pecado del amo no siguiera paseando por el área de esclavos del palacete. En la adolescencia comprendió que el padre de sus hermanos no era el suyo, y terminó de crecer con la incógnita de la figura paterna. El conde le dio educación, pero no lo reconoció públicamente hasta después de muerto. En su adultez temprana, decidió que su fortuna serviría para librar a cada ser humano de la cruel esclavitud; con cada hombre rescatado, era como si protegiera a los hermanos que aún no podía encontrar, o a su madre, de la que guardaba escasos recuerdos.

Al arribar al pórtico, bajó negándose a recibir ayuda del calesero, al que despidió con una palmada en el hombro; suspiró, y su semblante taciturno se volvió de hierro, para hacer frente a aquella señora cuyo corazón se había vuelto de piedra. Doña Suplicio lo recibió con una cordial

bienvenida, lo invitó a la mesa y degustaron suculentos alimentos; ella conversando, como si la piel no se le erizara por compartir con un hombre al que consideraba no merecedor de ocupar un lugar en la mesa; él en silencio, pero con la guardia en alto: temía que la tormenta estuviera por desatarse.

—Tú, parda, sírvenos el postre al caballero y a mí —mandó el ama a una chica de color.

—No, gracias —se rehusó Damián intentando ser educado; el hambre se le había quitado tras el primer bocado.

El tono despótico de la dama, su frialdad para atenderlo, como si no fuera el dueño de su odio no lo dejaban tranquilo. Aborreció que tratara así a la muchacha que les servía, la que era bastantes años menor que él. La observó con cuidado mientras temerosa obedecía; su rostro candoroso, salpicado por el miedo, captó toda su atención.

—¡Sírvele más vino al señor! —ordenó con malicia.

—Enseguida, mi ama —dijo la jovencita y procedió a llenar la copa.

—Con más soltura, bruta, o te devuelvo al cañaveral.

Damián apretó la mandíbula para no tomar el pescuezo de doña Suplicio y torcerlo como el de una gallina.

—Gracias —dijo él con una sonrisa, para que calmara a la muchacha, cuando su copa estuvo llena—. ¿Cómo te llamas? No te había visto antes.

—¿Y ahora hablamos con los esclavos? —preguntó la arpía—. Al servicio solo se debe voltear a ver para ordenarle o corregirle. Tienes mucho que aprender; para ser un caballero hay que saber comportarse.

Damián recordó lo que Santa le recomendó con creces: «A palabras necias, oídos sordos». Tendría que ignorar las provocaciones de la bruja para poder derrotarla; tan solo indagó acerca de una duda que le sobrevino.

—¿Esclavos? En esta casa todos son libertos.

—Salvo esta hembra. Como te negaste a permitir que Santa me sirviera, acudí a las plantaciones por una, donde aún la codicia no te permite liberarlos.

—No lo he hecho porque es un asunto que se debe estudiar con cautela, para no dañar nuestros negocios ni dejar desamparados a los esclavos, pero por supuesto que ese momento llegará. Mientras tanto he tomado providencias para que reciban un trato más justo. Y, en cuanto a servirla, es evidente que la muchacha no está a gusto; será liberada como el resto del servicio y elegirá si desea quedarse o no. En su defecto, puede disponer de las mujeres libres que se han quedado a trabajar en el palacete.

—No quiero una sirvienta a la que no pueda darle sus buenos latigazos cuando incumpla mis mandamientos. No podría confiar en sus intenciones. Esta niña fue un capricho; la compré para que trabajara en el cafetal pero, ahora que me has privado de mis esclavas, es mi pasaje de salvación. Es mía, yo la pagué y tengo la propiedad. Ella lo sabe, por eso no se ha arrojado al suelo para agradecerte y desvivirse en halagos como los otros ingratos.

La hermosa Flor, de escasos dieciséis años, temblaba, y Damián la observó quedamente conmovido. Habría pagado allí mismo una fortuna con tal de librarla de la esclavitud, pero leyó en los ojos de su oponente que no le llegaría al precio, que justamente lo hacía para sacarlo de sus cabales. Al darse cuenta de que doña Suplicio lo observaba complacida, al notar que había asestado un golpe, decidió cambiar el objetivo de su mirada.

La robaría él mismo y la encomendaría con un grupo que huyera de sus amos hacia la libertad, pero la vida en el palenque era muy dura y el viaje hasta allí, repleto de peligros. La chica era joven y no quiso exponerla. Suspiró reconociendo que tenía las manos atadas, justo lo que deseaba su rival.

## Capítulo 12

Úrsula se sentó en una mecedora con su mascota en las piernas. Repasó una y otra vez la carta de su hermana María Teresa; le constaba que tardaría en volver, y Altagracia estaba más embrollada aún. Ni siquiera su abuela se dignaría a regresar porque su madre se habría opuesto a que su primogénita viajara sin supervisión. Sus deseos, sus planes, languidecían, sin importar la causa que fuera; su familia una vez más la alejaba de los hábitos que deseaba vestir, para dedicarse a lo que desde adolescente la había llenado por completo. Recordó que su anhelo religioso había nacido gracias a la amistad que desde sus años mozos había surgido entre ella y sor Amalia. En la monja había encontrado el ejemplo a seguir, que no vio ni en su madre ni en ninguna otra mujer de su familia o de su entorno. Mientras todas se desvivían por las modas y por los matrimonios arreglados exitosos, ella no podía ignorar la cara de dolor de quienes sufrían de pobreza, enfermedad o esclavitud. Por eso se había apegado a las faldas de la religiosa, a sus consejos, a su misión de cuidar de los necesitados. Para seguirle los pasos, había tenido que enfrentar a sus padres, que no entendían que a la hija de unos marqueses, que por demás era bella y encantadora, no le atrajeran las mismas cosas que a las chicas de su edad.

Recordó a Damián y su furia al desafiar a doña Suplicio; la agonía que sintió en ese momento volvió a hacer eco en su interior. Habría corrido a socorrerlo, de ser bien visto.

Su madre irrumpió en sus aposentos y, por el gesto amortizado que traía, sospechó que había sido informada del incidente.

—¡La hija de los marqueses de Morell de Santa Ana como una vulgar revoltosa, defendiendo los derechos de una esclava! —articuló exaltada.

—¡Madre! Tan solo acompañé a sor Amalia; Santa era nuestra paciente.

—¡Al despacho del marqués de inmediato! Le he pedido a Carlos Enrique que venga urgentemente, en vistas de que Hugo le ha dado facultades para intervenir en nuestros asuntos en su ausencia.

—Lo dice como si Hugo tuviera potestad sobre Altagracia y sobre mí.

—Es el heredero de tu padre, quien te ha dado tu fortuna y a quien mi difunto esposo le entregó en su lecho de muerte la responsabilidad de velar por sus tres hijas; es la cabeza de esta familia, y le debes obediencia. ¡Por supuesto que sí! Que de no haber una figura representativa de lo que un día fue tu padre, yo estaría perdida. Altagracia y tú logran sacarme de quicio.

—Me niego a obedecer a Carlos Enrique.

—Don Carlos, para ti; te desconozco. Siempre fuiste la más dócil de mis hijas, la que menos dolores de cabeza me dio, a diferencia de tus hermanas.

—Don Carlos Enrique del Alba —dijo con sorna— nunca fue santo de su devoción; usted fue la primera en criticar su matrimonio con doña Carmen. No entiendo que ahora tengamos que estar supeditadas a su autoridad. Estoy harta de que administre el dinero que voluntariamente Hugo me cedió.

—De no ser por él, ya lo habrías despilfarrado.

—En causas nobles.

—Y luego tendrías que acudir a la caridad como tus zarrapastrosos porque no te quedaría nada.

—¡Madre! Me sorprende su lenguaje. —El perrito ladró al percibir la frustración de su dueña.

—¡Baja! ¡De inmediato! El padre Miguel y Carlos Enrique nos aguardan.

—¿El padre Miguel?

—¿Y quién pensaste que me avisó de tu conducta? Sor Amalia está perdiendo mi confianza; estabas bajo su supervisión. Jamás debió permitirte acudir a lo de los Villavicencio.

Úrsula entornó los ojos, dejó en el suelo al can y tomó su falda en las manos para facilitar el descenso por los incontables escalones. La marquesa la siguió detrás. La cara del sacerdote era de indignación; no había tardado ni un día en aparecer con los detalles. Carlos Enrique estaba serio, más de lo acostumbrado, así que Úrsula se preocupó. ¿Tan grave había sido su proceder?

—¿Qué hacías a las puertas de esa escoria Villavicencio acompañada por sor Amalia y doña Domitila? —comenzó el juicio.

—Madre...

—Es que no me cabe en la cabeza —la interrumpió—; si el padre Miguel no me pone sobre aviso, yo estaría ajena a ese hecho. Sor Amalia debió notificarme.

—De seguro pretendía hacerlo —se defendió.

—Estuve ahí y puedo dar fe de su conducta; ni siquiera bajó de la calesa. Sor Amalia protegió la honorabilidad de la joven, pero no era sitio para ella —arremetió el sacerdote.

—¿Fuera del palacete de doña Suplicio? Esa mujer nos detesta. Expílicate.

—Sor Amalia, doña Domitila y yo fuimos a cerciorarnos de que doña Suplicio no dañara a una buena mujer, Santa, quien estuvo bajo nuestro cuidado cuando fue interna en la clínica. Era esclava y fue rescatada de los brazos de la muerte por su hermano; él la compró con intenciones de liberarla, pero doña Suplicio, con tal de vengarse del joven caballero, la raptó. Entienda que éramos responsables, más porque su hermano es benefactor de la clínica; no podíamos dejarla desamparada.

—¿Quién te ha nombrado defensora de las causas perdidas?

—Su Excelencia, cálmese —intervino el cura—. Todo ocurrió como le explicó. Damián Villavicencio es un buen hombre; doy fe de su educación. Lo acogí desde pequeño para formarlo, pero ese no es el asunto que nos atañe. Si su hija estuviera debidamente casada o estuviera en



algún convento, nos evitaríamos estas vicisitudes.

—¿Quién es ese Damián Villavicencio que tiene por hermana a una esclava? ¿Un mestizo? ¿El bastardo del conde que se rumora que despojó a doña Suplicio de su fortuna?

—Así mismo: es el rico heredero —aceptó el religioso.

—Damián es honorable: no lo vilipendamos por su origen o por su color de piel. Me he permitido tomarlo como discípulo para enseñarle todo lo que un joven señor, de considerada fortuna, debe conocer —explicó Carlos Enrique—. En verdad respondo por su pundonor.

—Y yo también, Excelencia —intervino el padre.

—Mi amigo es un caballero, un señor en toda la extensión de la palabra —continuó Carlos Enrique.

—¡Señor de mis narices! ¡Y ahora aparecen defensores de ese malnacido por todas partes! Escúchame bien, Úrsula, te quiero lejos de los Villavicencio, de su bastardo de sangre impura y de cualquier situación incómoda que termine por enlodar nuestro nombre o por enredarlo en los cotilleos de temporada.

—La señorita Úrsula debe tomar esposo o entrar a un convento, porque la chica tiene edad para una u otra cosa, y los años pasan —sugirió el padre.

—Pido su apoyo, Carlos Enrique, para buscarle un pretendiente —le exigió la marquesa viuda.

—Su excelencia —intervino el sacerdote—, recuerde que la joven ya fue obligada a contraer nupcias en el pasado por el difunto marqués y fue infructífero. Ninguna fuerza humana la hizo sucumbir ante la tentación de la carne y, gracias a que su virginidad fue incorruptible, su matrimonio pudo ser anulado. No considero que sea prudente hacerla pasar por la misma situación.

—¿Usted se inclina por aceptar que tome los votos? —le inquirió la marquesa.

—Ha quedado definida su vocación religiosa y sabemos que el duque, su yerno, lo aprueba —insistió el padre.

—Claro, todos se han confabulado para dejarme sola en este inmenso caserón.

—Hija, es la voluntad de Dios —trató de confortarla el cura; sabía que la dama temía enfrentarse a la soledad.

—¿Y será la voluntad de Dios que esta niña abandone su cuna, su herencia noble y sus obligaciones con su familia para involucrarse en actos como los de ayer? Justamente esos de los que hoy usted ha venido afortunadamente a acusarla. Sin mi supervisión, me temo que dé rienda suelta a su necesidad de salvaguardar a los desventurados poniendo su nombre en entredicho o arriesgando su vida. Si va a servir a Dios, que lo haga a puertas cerradas de un convento y que se aleje de la misión de sor Amalia. Con todo respeto, padre, la hija de un marqués no puede andar socorriendo vagabundos a las puertas de la iglesia.

—Todos somos iguales a los ojos de Dios.

—Es mi última palabra: que se encierre en un convento de por vida o que se entregue al santo matrimonio. De lo contrario, don Carlos, aquí presente, quien ha venido a velar por nuestros

intereses, no liberará la dote que exige el convento.

—¡Su Excelencia, se hará como usted diga! —exclamó circunspecto el padre Miguel, pero en el fondo mortificado.

La cara de Carlos Enrique del Alba pasó de la seriedad a la contracción por el aprieto en que lo ponía la marquesa; conocía los deseos de su fiel amigo Hugo y eran complacer a su cuñada en lo más mínimo. Por encima de todo, Úrsula era su mejor amiga y, si lo había puesto a velar la herencia, era para que por su magnánimo corazón no se la acabara de una sola vez con tal de apoyar a sus necesitados.

—Hable, Carlos Enrique, se ha quedado mudo —le demandó la dama.

—Su Excelencia, yo, prefiero consultarlo con Hugo; si no se ofende, es un asunto delicado.

—Eso tardará demasiado: usted lo representa; tenga mano dura y actúe.

El caballero miró a la chica; su candidez lo desbordaba. ¿Cómo podría condenarla a un destino funesto? Incluso, lo que Úrsula demandaba se le hacía difícil de aceptar para él, un enamorado de la vida, un apasionado que no podía contener las emociones que lo sobrepasaban. Creía que enamorarse era divino y que toda muchacha soltera debía aspirar al amor en su matrimonio, o al menos a sentir un fugaz amor antes de encerrarse de por vida en un convento, para tener un punto de comparación acerca de aquello a lo que renunciaba.

—Solo quien ha conocido el amor está capacitado para renunciar a él libremente —pensó en voz alta, y casi lo devoran con sus miradas azoradas el sacerdote y la marquesa.

—¿Decía? —inquirió la madre preocupada.

—Apoyaré a Úrsula, Excelencia, y le pido perdón por no secundarla esta vez.

—Exactamente —defendió su idea el cura—. Ella ya probó que no tiene vocación para el matrimonio.

—Deme sus razones de inmediato —le exigió la marquesa a Carlos Enrique.

—Mis razones son dejar elegir a la señorita. No obstante, opino que sería más feliz si algún día conociera el verdadero amor, pero no importan mis creencias basadas en mi estilo de vida. Úrsula debe tomar sus propias decisiones, basadas en lo que dicte su corazón.

—Si el mundo fuera así, todas las mujeres en similares condiciones estarían arruinadas o en matrimonios poco ventajosos —concluyó la marquesa.

—Usted pidió mi opinión.

El sacerdote negó con la cabeza y se aventuró a exigir una respuesta; interrogó a Úrsula.

—Entonces, hija, ¿cuál de las opciones que te ha dado tu madre tomarás?

—Si me obligan a desistir de colaborar con sor Amalia en la clínica, es igual a que me quitaran la vida. No tendría razón de ser.

—Pero de eso no se trata entregar tu vida a Dios. No hablamos de tus deseos. Tendrías que seguir la voluntad del Creador, aceptarla y aferrarte a ella; así sea al otro extremo del mundo, dentro o fuera de un claustro, ya no tendrás libertad de elegir tu destino —le hizo ver al sacerdote.

—La voluntad de Dios o de quien interprete su mandato —murmuró entre dientes el caballero

presente para intentar hacerla desistir y por su osadía recibió la reprimenda del religioso, quien carraspeó y lo instó a callar, pero nada lo detuvo—. Ahora puede seguir colaborando con sor Amalia de por vida, si es lo que la hace feliz, y no tiene que ser monja para ello, como lo hacen las beatas que la acompañan.

—Mi hija no será una quedada que ayude a los menesterosos. Monja o casada, pero una monja de claustro; es mi última palabra o me perderá como madre.

—¿Qué decisión tomarás? Hija mía, piensa en el alma de tu difunto padre; permítele descansar en paz al saber que estás feliz como una buena esposa o como una virtuosa servidora de Dios —la presionó el cura.

—No tiene que decidir en este justo momento, señorita Úrsula —la defendió Carlos Enrique.

—No hay qué decidir. Mi elección está hecha hace tiempo, serviré a Dios, pero no bajo los designios de usted, madre. Donde Dios me ponga, ahí iré, ya sea orándole en la soledad de una celda o siendo su instrumento para llevar caridad a quienes lo requieren. Si mi decisión me aleja de usted, no será mi responsabilidad. Tome sus propios riesgos, madre querida. Y, si es todo para lo que me requieren, les pido que me dejen subir a mis aposentos a entregarme a mis oraciones.

## Capítulo 13

Carlos Enrique abandonó la casa quinta de los marqueses de Morell de Santa Ana y fue de inmediato hacia el palacete de Damián Villavicencio. La noticia de su cambio de residencia lo dejó descolocado, así que se retractó; sabía acerca de las cláusulas del testamento del antiguo conde, pero no creyó que se atrevería. Se negó a visitar a su amigo bajo el acecho del lobo, y le mandó una nota con urgencia citándolo para almorzar en su mansión.

Damián acudió formalmente a la cita; era la primera invitación de ese estilo que recibía. Ningún otro acaudalado se había dignado a abrirle las puertas de su morada y menos a invitarlo a sentarse a su propia mesa para compartir los sagrados alimentos. Aquello lo hizo volverse más cercano a su mentor; no solamente era el buen hombre que se preocupaba por un nuevo rico de pasado oscuro: los acercaba como amigos.

Entró al recinto guiado por una esclava; tomó asiento en el amplio salón, donde le presentó con toda rimbombancia a la dueña de la casa. Doña Carmen le pareció hermosa y dotada de mucha clase; no podía entender por qué también era juzgada por su pasado. Como él, no era santo de la devoción de la clase acomodada.

—Es un gusto conocerlo al fin; mi esposo se la pasa hablando de usted.

—Y yo agradecido por brindarme su apoyo y conocimientos para encajar en sociedad.

—En esta absurda sociedad, querrá decir. No se aflija por que lo acepten; usted representa el progreso y ellos, lo caduco.

Pasaron al comedor y degustaron exquisitos alimentos. Carlos Enrique del Alba se percató de las buenas maneras del joven mulato a la mesa. Recordó que el quisquilloso, pero elocuente, padre Miguel fue responsable de su educación. Aún se preguntaba por qué el sacerdote, tan acostumbrado a moverse en las altas esferas de la nobleza habanera, se había tomado tantas molestias con el bastardo de un conde; se lo atribuyó tal vez, a una petición del padre de Damián, y no le dio más cabeza al asunto. Cuando el almuerzo hubo concluido, invitó a su amigo a pasar al salón a tomar un licor y a fumar un tabaco, para así abordarlo con lo que tenía atorado en el cuello.

—¿Cómo vas con doña Suplicio después del incidente? —comentó el anfitrión.

—Ni me lo recuerdes; ha sido lamentable, y no es sencillo soportarla a diario.

—¿Por qué has aceptado su hospitalidad?

—El palacete me pertenece; en todo caso, la señora está bajo mi amabilidad.

—Imagino los penosos motivos que te han obligado a ello. No sé qué pretendía el conde al redactar esa cláusula. ¿Reponerle a doña Suplicio el hijo perdido?

—Imagino que sí, pero está más que comprobado que me detesta. Lo mejor para los dos es seguir cada uno por su lado, pero ella quiere hacerme renunciar al colmar mi tolerancia.

—Dura faena la que te espera. Ruega por que desista o por que Dios la llame pronto a su seno.

—Esa arpía no tiene intenciones de morirse. Ahora resulta que tiene una esclava, una que no conocía y no consta en las actas de la herencia; es de su propiedad. Una tierna joven a la que maltrata en mi presencia. Creo que la acaba de adquirir.

—¿La ha golpeado?

—Que no se atreva, o no respondo. Se la pasa humillándola para mortificarme.

—Cómprala.

—No habrá precio al que pueda llegar.

—Tal vez la totalidad de tu fortuna, e incluso así comprará otras para atormentarte. Debes mirar hacia otro lado, aunque suene egoísta; si pierdes los estribos, ella logrará su objetivo.

—Lo reconozco. No sé por qué sospecho que pretende metérmela por los ojos. Pierde su tiempo: es muy joven para mí.

—¿Hermosa?

—Demasiado.

—La viuda es un basilisco; cuídate de sus enredos —le advirtió y dio un largo trago a su ginebra importada—. ¿Nada aún sobre el paradero de tus hermanos?

—Ahora que estoy en el palacete, he podido esculcar los libros del antiguo administrador. Los que doña Suplicio le negaba a don Mateo se los he llevado a este para que los revisara porque está más familiarizado y hemos llegado a la misma conclusión.

—¿Qué dice tu administrador?

—Las páginas donde debieron estar anotadas las fechas de las ventas de Benito y Tomás están arrancadas, a diferencia de la que consta de la venta de Santa. Así que sospecho que la señora lo ha hecho a propósito al saber de mis indagaciones.

—Si la tiene escondida, debes hallarla.

—Si la quemó o la destruyó, estoy perdido. O peor aún, ¿qué pasará si los busca para ensañarse con ellos?

—Debemos adelantarnos. Pasando a otro tema de mi particular interés, la señorita Úrsula estuvo presente en el altercado. ¿La conoces?

Damián no pudo disimular su turbación al escuchar ese nombre que removía cada fibra, cada hilo de su musculatura; incluso sintió un golpe en sus entrañas.

—Sí.

—¿Y evidentemente quedaste conmovido? No puedes disimularlo.

—Te equivocas.

—Ella es hermosa como un ángel. Todas las Morell son encantadoras, quizá demasiado; tienen un halo seductor que las envuelve y no deja a ningún caballero exento de notarlo. Mi amigo, el duque y marqués, perdió la razón por una de ellas, ahora es su esposa.

—Esa damisela no me inspira absolutamente nada.

—El caso es que Úrsula está bajo mi protección, y es mi deber mencionártelo. Sé que acudí para defender a tu hermana, lo que no me extraña tomando en cuenta su carácter, pero de igual modo me sorprende ese hecho. Jamás le ha dado razones de descontento a su madre, y este evento desafortunado ha incomodado mucho a la marquesa viuda.

—¿La señorita está bien? Mi hermana —tosió— se sentiría muy mal si la joven fuera reprendida por su causa.

—¡Damián! Escúchame con atención. En cuanto a Úrsula, no me preocupo: su voluntad es sólida como una roca y defiende su castidad a capa y a espada. Pero tú, amigo mío, ¿no habrás puesto los ojos en ella?

—No entiendo la finalidad de tu pregunta.

—El padre Miguel te conoce y también a Úrsula; armó un aspaviento mayor de lo acostumbrado por la presencia de la joven en las inmediaciones a tu propiedad. Además, antes de despedirnos, me pidió convencerte de un hecho: quiere que tomes esposa.

Damián, que casi nunca sonreía, no pudo evitar hacerlo.

—¿El padre Miguel? ¿Me quieres tomar el pelo?

—El padre cree que tus cualidades físicas, ¿cómo decirlo sin que suene extraño?, son un tanto exóticas y refiere que ha notado que levantas miradas al pasar de las señoritas de noble cuna. Me aseguró que, si estuvieras bien casado, con alguien de similar condición a la tuya, ya no estarías siendo fuente de tentación y de concupiscencia. —Carlos Enrique también se desbordó a carcajadas; casi no pudo terminar la frase y ambos rieron por un buen rato.

—¿Y mi padrino ha tomado como encomienda personal preservar la virtud de las señoritas de la villa?

—Eso ni se pregunta, sabes que sí. Como tu confesor, imagino que conoce tus pecados más oscuros; el pobre hombre debe tener muy ofuscada su conciencia.

—No pretendo casarme, nunca.

—¿Nadie te ha deslumbrado?

—Tal vez, pero ni siquiera lo pienso, no es para mí. Nos separan mundos.

—En verdad, lo lamento —manifestó Carlos Enrique borrando su sonrisa y bañando su rostro con una seriedad repentina—. Sé que un amor imposible es un trago de hiel que daña horriblemente el corazón; lo he sufrido. Por fortuna, lo he superado.

—No te preocupes por mí; la joven me ha impresionado mucho, pero no me ha quebrado el alma. No sueño con aquello que no puedo tener.

—Entonces no conoces aún el amor; es, en verdad, desgarrador.

Damián tragó en seco, recordó las cosquillas en sus entrañas que quedaron como consecuencia

del sacudón que había sentido al escuchar aquel nombre: Úrsula.

—He aprendido a proteger a mi alma; sé que un hombre como yo no es libre de enamorarse.

—Me alegra que seas precavido, porque eso significa que te recuperarás de este golpe —reveló entregándole una envoltura cubierta por una mantilla de mujer, de esas que usan para ir a rezar a la iglesia; era blanca, lo que representaba la pureza de la propietaria—. Ella no te puede corresponder, por eso ha decidido devolvértelo. Me ha pedido que te diga que fue un terrible error aceptarlo y que lo lamenta.

Damián desdobló el fino encaje que traía impregnado el aroma de su dueña; lo reconoció de inmediato. Lo aturdió y trató de no demostrar su conmoción. Controló cada uno de sus músculos que deseaban liberarse y temblar. Prosiguió duro como una roca hasta descubrir la caja y recorrer con su dedo la sedosidad de la laca del estuche y ver con el rostro trémulo el contenido.

—Mi intención no fue ofenderla: tan solo quise reponerle uno que perdió, sin mayores pretensiones.

—Y no la has ofendido. La señorita Úrsula es un ángel, pero de eso tal vez ya te has percatado. Ha sido un lindo gesto el tuyo. Recurrió a mí para hacértelo llegar al escuchar que somos cercanos y que te aprecio. Confía ciegamente en mi discreción. Nuestras familias tienen un lazo muy fuerte. ¿Es ella la joven a la que te referías? —Damián asintió dejándose vencer por la desilusión—. Tienes que sacártela del corazón.

—Ni siquiera me he permitido dejarla entrar. Sé que su familia jamás permitirá que un hombre de mi origen siquiera sueñe con la posibilidad de mirarla con otros ojos.

—Desgraciadamente, es imposible porque...

—Es blanca y emparentada con nobles —lo interrumpió Damián con el orgullo herido.

—Quiere ser monja —terminó de explicarse el otro.

El joven se puso de pie, cuan larga era su estatura, al escuchar aquellas palabras, con las hormonas que bullían en su interior. No podía negárselo más a sí mismo; el hecho de devolverle el obsequio, el desprecio a su atención lo incomodaba bastante. Jamás había sido rechazado por una mujer y, la primera vez que una lograba sensibilizarlo más allá del deseo, se le hacía inaccesible de una forma que ni siquiera le daba la oportunidad de lamentarse por la diferencia de clases o de razas. Iba más allá; no aspiraba a estar con ningún hombre. Percibió la agonía treparle por los pies y escalar hasta meterse en lo profundo de su corazón, de su mente y de su alma.

—No se hable más del asunto. Para mí ya está olvidado —concluyó con prepotencia, aunque sabía que se engañaba.

—Tal vez la idea del padre Miguel no es tan descabellada —persistió Carlos Enrique.

—No necesito casarme para tener las atenciones de una dama —carraspeó—. Lo aceptaré solo una vez, y después harás como que nunca lo escuchaste. Úrsula es la señorita más bella que he visto en mi vida y no solo lo digo por su apariencia; creo que he podido mirar dentro de su alma. Es demasiado buena para mí; me transmite algo que nunca he tenido: calma.

—Acabáramos.

—Entierra lo que has oído; no volveré a admitirlo. Será monja.

—Si no deseas casarte, puedes buscar otras opciones. Ahora que tienes fortuna, podrías buscarte una amante de esas que solo mucho dinero puede pagar. Más de una podría ser una agradable opción.

—No pagaré por afecto.

—Salvo que solo tengas ojos para una. —Damián lo miró desafiante para que olvidara el tema —. Si no quieres una amante, pero evidentemente no rechazas divertirme, ¿por qué no te dejas consentir por una protectora con influencias? Necesitas una mujer que te deslumbre, alguien que te cause una fuerte impresión. Conozco a la persona perfecta que puede ayudarte a sacarte a Úrsula de la cabeza.



## Capítulo 14

La angelical Úrsula fue detenida en la mañana antes de abandonar sus aposentos. La marquesa volvió a presionarla para que tomara una decisión. La muchacha evocó la altivez que siempre albergaba en el gesto su hermana mayor; admiraba la resolución y negativa que sostuvo con fuerza al imponerse a su madre aquella vez que quería casarla con un sexagenario aristocrático y con vastas propiedades. Respiró hondo y enfrentó a su progenitora, no sin miedos, pero sí resuelta.

—Tomaré los hábitos —sostuvo. No pidió permiso, ni siquiera su bendición.

—Te encerrarás de por vida —le reiteró su interlocutora.

—Confiaré en Dios.

—Eres una tonta que te has dejado manipular por esa monja. Sor Amalia no habría sido religiosa de haber contado con tu fortuna. Sacrificarás tu vida y no tendrás descendencia; al final de tu vida, te quedarás sola.

—Como usted. ¿De qué le ha valido tener tres hijas si ninguna ha tenido la intención de quedarse a su lado? —soltó lo que le quemaba por dentro y después tuvo que llevarse ambas manos a la boca, intentando revertir sus ofensas.

La mano de Su Excelencia Lucrecia de la Concordia cruzó por primera vez el rostro candoroso de Úrsula; esta se quedó con un nudo en la garganta y la mejilla ardiente. La resolución le había costado caro, pero no daría marcha atrás.

La madre, con la mano aún quemando, en parte ofendida y en la otra arrepentida, volvió su rostro hacia otra dirección, evitando a toda costa hacer contacto con su mirada. Aquellas palabras duras la habían lastimado; siempre había actuado según su convicción y costumbres para darle un futuro envidiable a cada una de sus hijas.

Después llegó el silencio; ambas se enfrentaban a sus propios temores: una, a la pérdida de sus expectativas, aquellas que había soñado para su hija desde que la había tenido en sus brazos tras abandonar su vientre y la otra, a la necesidad de correr contra aquella fuerza extraña que amenazaba con alejarla del camino previamente elegido. Úrsula había luchado desde la adolescencia contra sus padres porque, a diferencia de otras familias que se sentían honrados por dejar que sus hijos aspiraran a la vida religiosa, ellos tenían otros planes, cualquiera que trajera aparejado el nacimiento de descendientes.

Juliana apareció tras marcharse la marquesa con el perro en brazos y vio que la señorita

comenzaba a preparar su equipaje.

—Amita, me hubiera dicho hace un rato que estuve aquí. De inmediato le dispongo lo que necesite —mencionó apenas sin mirarla y al tenerla en frente exclamó al verle la mejilla rosada—: ¡Niña!

—Lo haré sola; cuando atraviere esa puerta, viviré diferente: habrá votos que tomar y cumplir —comentó Úrsula sin darle más importancia al estado de su mejilla, y la esclava no insistió en el tema.

—Usted siempre lo ha hecho, nunca le ha molestado ocupar sus manos. ¿Se le han olvidado todos los enfermos que ha cuidado? Pensé que tardaría todavía un par de meses antes de entrar al convento.

—Mi madre no me da alternativa.

—Su Excelencia la quiere demasiado; por eso no quiere perderla.

—¿Qué será de mi pequeño *Simón*? —se preguntó en voz alta—. No quiero encerrarlo conmigo.

—Si lo deja en la quinta, tampoco será feliz; su madre no le hace caso al pobre y, desde que su hermana se llevó al otro, está tan solito...

—Ahora busca a Pedro; me escoltarán por última vez a la clínica. Tendré que despedirme de mis servicios; solo quedan dos meses para entrar al convento y tengo varios asuntos que poner en orden antes de renunciar a este mundo como la señorita Úrsula Morell.

Partieron prestos tras la mirada escrutadora de la marquesa, que los observó desde una de las ventanas de su habitación. Una esclava le dio cuenta de los motivos de la salida; pero nada le dio tranquilidad.

Sor Amalia escuchó con el corazón desgarrado cómo aquella niña de corazón bondadoso que se había vuelto su mano derecha en aquel recinto se despedía; no lo había vislumbrado así, pero no se martirizó. Estaba acostumbrada a seguir los designios de Dios. Tampoco hizo mención a la rojez que descansaba sobre uno de los pómulos de Úrsula, ese que a toda costa intentaba ocultar; solo añadió:

—Sabía que correr a detener a doña Suplicio no traería nada bueno.

—No es malo que termine por cumplir mi voluntad; seguiré sus pasos.

—Encerrada cumpliendo con tus oraciones.

—Seguro la madre superiora me dará una tarea digna para una descendiente Morell.

—No lo dudo, pero los tiempos para los conventos están cambiando: quieren que las monjas nos apeguemos a los cuatro votos sin excepciones. De ser así, ¿estás dispuesta a renunciar a una celda con los lujos que tu dote y categoría lo demandan? Ya no quieren que las religiosas con fortuna tengan posesiones como esclavos, muebles costosos u obras de arte.

—Me he resignado a aceptar la voluntad de Dios.

—Pero ¿y esa cara? Desposarás a Jesús, y ese debe ser el día más hermoso de tu vida. ¿Qué te aflige? No me engañes, que te conozco demasiado.

—Jamás le mentiría. Temores que debo enfrentar. Todo estará bien. Con su permiso pasaré a despedirme de doña Domitila, doña Refugio y las demás.

—Anda, la siguiente vez que te vea estarás vistiendo tu hábito blanco de novicia y, en uno o dos años después, recibirás uno negro cuando hagas tu profesión de fe. Ve con Dios. —La dejó salir con una sonrisa.

Y, tras despedirse de las beatas, camino al carruaje donde la esperaban Juliana y Pedro; encontró en el patio a Santa supervisando la entrega semanal de víveres. La mujer se apartó de los hombres que estaban descargando y se acercó a ella con discreción. Después de los saludos, Úrsula indagó:

—Santa, ¿está bien?

—Mi niña, casi voy a su casa a preguntar por usted, pero no quise importunar. Le agradezco tanto lo que intentó hacer junto con sor Amalia... ¿Pero usted cómo se encuentra? —le devolvió la pregunta.

—En paz, gracias a Dios —dijo cubriendo el verdugón de su cachete y su vergüenza con una mano—. Tengo la piel muy sensible; de lo más mínimo se enrojece.

—Conozco un remedio; yo misma lo puedo preparar.

—No es necesario, en verdad. Me alegra que se haya librado de un castigo que no merecía.

—Mi pobre hermano no sabe que con esa herencia ha recibido su peor maldición. Doña Suplicio no se quedará tranquila.

—¿Cómo está Damián? Su brazo, la sangre, los latigazos —explicó para hacerla recordar, cuando Santa solo pensaba en el corazón del mulato.

—Damián es fuerte como un toro; le puse un ungüento y mejoró muy rápido. Ni siquiera hubo que llamar al doctor.

—¿Qué alivio! —indicó con un rayo de luz en la mirada—. ¿Y qué dijo del presente que le devolví? ¿Se ha ofendido? Me siento tan apenada...

—Le advertí que era una locura, que era un atrevimiento que la importunara así, pero él se empeñó en conseguir aquel abanico emperifollado que le costó una fortuna; quería que incluso fuera más hermoso que el otro que se le había quebrado; por eso terminó por mandarlo a confeccionar. Usted acertó en devolvérselo; no se ve bien que una señorita acepte un presente de ese estilo: solo los metería en problemas a los dos.

—Ahora me marcho —concluyó avergonzada, aunque la curiosidad sobre él y su reacción no había sido satisfecha.

—Dios me la bendiga y sea muy feliz sirviéndolo.

—¿Lo sabe? —preguntó sorprendida.

—Damián no habla de otra cosa; afirma que será monja. Para mí usted es un ángel. Mírelo. —Hizo una pausa para proseguir—. Ahí está él; hoy se empeñó en venir en persona. Quería ver cómo se encuentran los enfermos.

El joven hizo una reverencia. A Úrsula le volvió el alma al cuerpo; ya no podía negarse que

contemplarlo le daba una energía poco usual. Sintió los colores desfilarse por el rostro, mientras que los latidos de su corazón se sucedían frenéticos unos a otros. ¿Qué le diría si le preguntaba por los tres dedos que aún permanecían marcados sobre el lado derecho de su cara? Pensó que hubiera sido mejor encontrárselo cualquier otro día. Intentó esconderlo; él lo notó de inmediato. Damián tragó en seco y se guardó sus preguntas, pero hubiese querido buscar al culpable para pedirle cuentas por atreverse a ensañarse con ella.

—Pensé que no la vería nunca más. —Fue el modo en que decidió abordarla antes que se escurriera por los inmensos pasillos, en vistas de que no deseaba ahondar en la cortesía del saludo.

—¿Y eso le preocupa de alguna forma?

—¿Es cierto que será religiosa?

—Usted definitivamente no tiene modales; siempre irrumpe con preguntas inapropiadas que un caballero no debería hacerle a una dama.

Santa, sin interrumpir en la conversación, negó con la cabeza. Úrsula emprendió la retirada, y él se le acercó antes que abordara el quitrín.

—Los modales exigen despedirse de un interlocutor —soltó con solemnidad Damián.

—Ahora resulta que los conoce. No entiendo. ¿Entonces por qué no los pone en práctica?

—No comparto con usted su noble cuna y me atrevo a tomarme ciertas libertades.

—¿Y ahora culpará a su ascendencia de su falta de educación?

—Perdóneme usted, siempre volvemos un simple saludo en un campo de batalla.

—No lo hace a propósito, pero siempre termina por insultarme —manifestó roja de ira.

—Si ser monja es lo que más desea, ¿cómo puede ser una ofensa mi interrogante?

—¿Por qué insiste en indagar?

—Su desdén fue la primera estocada; la segunda fue saber que tomará los hábitos. Podría terminar de aniquilarme con estilo si lo dice mirándome a los ojos. Lo necesito para convencerme de continuar con cualquiera de los planes que Dios tiene para mí y lo entiendo. Comprendo perfectamente el motivo por el cual el Señor la quiere de su lado: usted es un ángel terrenal.

—Seré monja. Por su bien y por el mío, no ose hablarme así nunca más; me hace sentir en deuda y yo, salvo ese abanico que por error recibí e hice llegar a sus manos, no le debo nada —concluyó sosteniéndole la mirada y negándose a dejarse seducir por los pigmentos verdes que descubrió perdidos en el mar de sus iris.

Colocó un pie para ayudarse a subir al quitrín, haciendo un gesto con la mano para detener a Pedro, que se aproximaba a atenderla. Damián, mudo y estupefacto por cada una de sus palabras, dejó de insistir; solo se dignó a tomarle la mano con el mayor de los respetos para ayudarla a ascender. Un mal paso la hizo perder el equilibrio y resbalarse directo a sus brazos; ella se quedó petrificada a la par que caía. Él agradeció el regalo del cielo y posó sus manos en su estrecha cintura con tal de evitar que se precipitara sobre los adoquines. La alzó con evidente facilidad hasta depositarla en el coche. Las miradas cruzadas, el calor de aquellas manos fuertes que

traspasaban la tela hasta entibiarle la piel que circundaba su cintura y el tiempo detenido: eternamente.

—No tome los hábitos, no lo haga, no mientras deja un corazón despedazado de tanto amarla. No puedo seguir ocultándolo: me he enamorado de usted —confesó.

Lo miró inusitada, con los ojos agrandados, que precipitadamente se llenaron de lágrimas.

—Pero ¿qué está diciendo? —inquirió confundida—. ¿Cómo se atreve? Me puede comprometer.

Apremió al cochero para que se pusiera en marcha y lo dejó allí, de pie, observando cómo se perdía al doblar en la siguiente calle.

## Capítulo 15

Hacía tiempo que Doña Catalina Alcántara había abandonado sus máscaras para consigo misma; esas solo las usaba para sus supuestas amigas de la nobleza o emparentadas con esta. Tras la muerte de su marido hubiese vendido sus ingenios y su club de equitación para regresarse a la Madre Patria; su esposo la había arrancado de los suyos, luego de una boda acordada para salvar a su familia de la ruina. El rencor la hizo quedarse en la tierra antillana, lejos de quienes la sacrificaron para salir a flote; la isla le ofrecía la posibilidad de seguir llenando sus arcas y había aprendido a mantener una doble cara para con la sociedad. Ante todos se mostraba como una mujer temerosa de Dios, que manejaba con mano dura a su administrador y sus negocios, pero en el interior de su morada y bajo cuatro cerrojos se permitía satisfacer sus caprichos; pagaba por ellos, con oro y con la frescura de su piel, que tampoco dejaba indiferente. Decidió que era más seguro que exponer nuevamente el corazón.

Recién en su viudez, sin esperar el tiempo obligatorio de guardar luto, se había dejado envolver por un caballero, su primer y único amor, para luego descubrir de la forma más vil que era un tarambana que le hizo creer que la amaba y que en el fondo deseaba desposarla para meter mano a su herencia. Por fortuna para ella, lo supo antes de hacer oficial el compromiso. Digamos que el tiempo de rigor que le debía guardar al difunto la salvó de perder su estatus legal y quedar nuevamente supeditada a un varón. Se quedó con el corazón destrozado, pero con la convicción de no volver a exponerlo, menos si contaba con los medios para tener el mundo a sus pies y con la astucia para no dejarse vencer por ningún hombre. Terminó a las puertas del altar con un duque ya en la ancianidad, que la haría aún más poderosa, pero este murió a días de lograr desposarla.

El dolor la tornó cruel y fría, y los hombres para ella se volvieron solo una mercancía o entretenimiento. El último había sido un esclavo de esos que se usaban como sementales y que había sido una leyenda por lo portentoso, fértil y potente, siempre listo para procrear. Lo compró cuando ni siquiera estaba en venta, soltando una pequeña fortuna, bajo el pretexto de dar nuevos aires a su dotación pero, cuando el tema pasó a segundo plano, nadie se percató de que el esclavo no tuvo la descendencia esperada. Cuando su deseo sexual por el hombre amainó, le resultó aburrido y se lanzó a la caza de un prospecto más sustancioso. Carlos Enrique fue su siguiente víctima, y duró de forma intermitente hasta que el caballero la abandonó para casarse. Él no podía serle infiel a su bella Carmela y rechazó la jugosa oferta de la dama de conservarlo como amante.

Continuaron siendo amigos y confidentes; se necesitaban el uno al otro para sobrevivir en la peligrosa selva de la sociedad habanera. Gracias a él, pudo acceder a un hombre muy poderoso, el Capitán General de la isla, que se convirtió en su protector mientras ella lo resarcía con esmero en el calor de su cama, con la más absoluta discreción.

Por eso, el señor del Alba, al ver a su protegido cabizbajo ante una ilusión verdaderamente imposible de cumplir y en vistas de que el matrimonio era una opción para él a largo plazo, hizo las presentaciones. Era conocedor de los más oscuros secretos de los pudientes con los que sostenía amistad, gracias a su perspicacia y a compartir amistades con iguales malas intenciones en el pensamiento. Conocía que el gobernador tenía un nuevo entretenimiento y que Catalina necesitaba un hombre con más lozanía. Sabía que Damián iba a resultar interesante para la señora, así que no tardó en hablarle de su protegido, con la intención de que lo ayudara a pulir aquel diamante en bruto. Intercedió en el paseo de la Alameda, justo cuando solo debían intercambiar un escueto saludo, y él le salió con la novedad. La señora lo miró estupefacta por la indecorosa proposición.

—Soy el nuevo mentor de un joven vigoroso y con necesidades de encajar... en sociedad. Su apoyo para convertirlo en un hombre refinado sería invaluable, con todo respeto.

—Don Carlos, no imagino cómo puedo serle de ayuda; si fuera para una dama, tal vez consiguiera hacer algo —dijo devorando con la vista el succulento bocadillo que se le había escapado. Sabía que en el fondo eran muy parecidos.

—Es el heredero del conde de Marmosa; de seguro le han hablado de sus virtudes. Su padre lo dejó a merced de doña Suplicio, pero la pobre está tan afligida que no ha logrado encauzar por el camino del bien a su protegido.

—¿Qué mujer en su sano juicio lo haría? No es secreto para nadie el infortunio por partida triple de doña Suplicio: la pérdida de sus seres queridos y la bochornosa entrada a su vida del pecado de su marido.

—Le agradezco la intención, perdone usted. Tendré que buscar otra forma de encaminar a mi protegido; es aquel triste joven que sufre por la pérdida del padre que acaba de conocer —añadió en voz baja, mientras se giraba con disimulo en dirección al mencionado.

—Caro amigo —murmuró asombrada por la gallardía del mulato y sus serpenteantes ojos que se perdían en el horizonte, ajenos a ella—, son asuntos en los que prefería no inmiscuirme, pero tal vez pueda hacer algo por usted. ¿Es buen jinete el caballero?

—Lo intenta; tiene cualidades innatas. Es firme, incansable y tenaz, pero necesita practicar —mintió descaradamente Carlos Enrique, imaginando por dónde vendría la señora—. Un tutor de nuestra clase sería idóneo; lamentablemente, el club implementa ciertas reglas contra aquellos que tienen limitantes en el linaje y la pureza de la sangre sin importar que sea, como lo es mi protegido, inmensamente rico. Ha dedicado toda su vida a sus estudios y es un ávido devoto; el padre Miguel lo preparó desde pequeño para mantenerlo por el sendero de Dios.

—Un joven en situación desventajosa; siento la necesidad de ser caritativa: usted me ha

conmovido. Hay terrenos en el club que uso para mis caballos; los pondré junto con uno de mis mejores tutores a su disposición. Puede empezar mañana mismo.

Concluyó y se marchó manteniendo su bajo perfil. Damián le había causado una fuerte impresión; tanto es así que con urgencia mandó a su semental a otra de sus propiedades y dejó el lecho dispuesto, para que el nuevo espécimen en la mira pudiera colarse por la puerta trasera cuando los ojos de los curiosos estuvieran enfocados en otra dirección.

Damián acudió a la cita, tras el último contacto con Úrsula; la certeza de que tomaría los hábitos lo había dejado más taciturno que de costumbre. No podía borrarla de su mente, y esa obsesión por esa señorita blanca comenzaba a apoderarse de su razón. Trató de buscar una vía de escape lejos, lo más remotamente posible de aquel ángel prohibido.

Por eso fue receptivo a la solución que le brindó su mentor para curar los males que aquejaban su corazón. La dama que vio a lo lejos hablar con Carlos Enrique tenía una belleza que podría satisfacer el apetito de un hombre exigente. Aún no podía comprender por qué seguía sin esposo. No fue indiferente a los encantos de la exuberante mujer, sobre la que sabía lo especulado por su mentor: que su hermosura le había valido para el matrimonio, del que había quedado viuda muy joven, pues su marido había sido un sexagenario que ni siquiera le había dado descendencia.

Al arribar a los terrenos del club de uso exclusivo de la dueña, un mozo de cuadra le entregó un corcel ensillado y le avisó que otro jinete se reuniría con él en breve. Echó de menos correr con su *Furia* en aquellos campos hermosos, pero había venido para otros trotes. La divisó a lo lejos, cabalgando en su dirección a campo traviesa. Cuando estuvieron frente a frente, lo invitó a seguirlo. Era una dama refinada que no se amedrentaba ante la fuerza magnética que solía emanar Damián; lucía soberbia con su traje de amazona. Para él era un premio de consolación que le podía proveer placeres, sin las exigencias que representaba el cortejo a una mujer virgen y en edad casadera, con una familia a cuestas para recordarle sus obligaciones. Quería probar qué se sentía tener entre sus brazos a una mujer de esas: fina y acostumbrada a la opulencia.

—Le agradezco tanta amabilidad, doña Catalina —soltó de pronto, con la voz al viento; su instinto cazador se activó con urgencia. Utilizó su tono grave y educado a la vez. Ella no pudo ocultar que la cautivó de inmediato.

—¿Es su primera vez en el club? —preguntó grácil, aunque sabía de antemano la respuesta.

—Gracias a su merced —admitió con un leve movimiento de cabeza, estudiando los encantos que, en la distancia, no había podido apreciar: era más linda de cerca.

—Pero no encima de un caballo; veo que se sostiene muy bien.

—Usted es una estupenda amazona. ¿Será quien me entrene? —La dama asintió sin importarle que fuera inapropiado—. Estoy ávido de aprender.

Doña Catalina agitó a su caballo y se lanzó a la carrera; la siguió. Galoparon desenfundados hasta que ella lo condujo a unos establos abandonados donde desmontaron y amarraron afuera los corceles que quedaron paciando tras la exultante cabalgata. La dama se introdujo como una gacela en las cuadras, donde ya había hechizado a otros amantes. Damián estaba acostumbrado a cazar y



no a ser cazado, a merodear a las hembras durante semanas hasta enamorarlas sin prisa, pero esta mujer no se andaba con rodeos. Sabía lo que deseaba y lo tomaba si lo tenía a la mano: Villavicencio se le había vuelto, a la sazón de una mirada, su mayor objeto de deseo. Él nunca había conocido una mujer tan osada, ni siquiera aquella que había tomado su castidad, la que le había enseñado las artes de la cama. Dejó de pensar y obedeció al calor que lo gobernaba; su cuerpo ardía de deseos, así que abandonó su orgullo de macho en la puerta y se dejó seducir.

Disfrutó al comprobar el efecto que causaba en la fémica. Catalina perdió la escasa decencia que deseaba mantener cuando se sumergió en la profundidad de aquellos ojos verdeazulados; le desató desesperada los botones de la blanca camisa hasta perderse en la dureza de los músculos de su pecho. Él la sedujo con pocas palabras, con aquella mirada intensa que daba cuenta de la firmeza de su personalidad, y la dama ambicionó poseerlo para siempre, más cuando la convenció de abandonar la prisa y decidió degustarla con calma. Eso la desarmó por completo; había tenido amantes apasionados y enérgicos, pero ninguno tan complaciente. Con lentitud le devoró los labios; negado a renunciar a aquel delicioso manjar, la besó hasta saciarse de su boca y decidir incursionar más abajo, hacia su cuello; hizo una parada en el recoveco de su clavícula y continuó al sur, dejando las huellas de sus besos sobre su tórax y sobre su escote. La mujer se derritió entre sus brazos y se dejó hacer al ritmo que él demandaba.

—Pídeme lo que más ambiciones —murmuró al oído del mulato apenas sin aliento. La presión de sus dedos sobre su tersa piel y la húmeda incursión por su piel la dejaba sin voz—. ¿Quieres dinero, propiedades?

—No lo necesito; lo que deseo de ti ya me lo estás dando —bramó.

La alzó en brazos y la acomodó sobre un colchón de paja; le apartó las vestiduras de la cintura hacia abajo para abrirse paso. Le separó las piernas tras liberar su erección ante los ojos exaltados de su amante y se enterró profundamente en su intimidad. Damián se estremeció ante la sensación gozosa. La humedad y tibieza que envolvieron su virilidad lo obligaron a cerrar los ojos y, sin regocijarse en la preciosidad de su rostro, comenzó a embestirla. Embebido por el elixir de aquel encuentro, su cuerpo reaccionó poseído por la lujuria; solo quería eso: aplacar a su corazón herido perdiéndose en las mieles del placer carnal. Siguió empotrándola tan intensa y dulcemente como su necesidad le demandaba, hasta que su hombría exigió más de aquella carrera desenfadada. Su mente terminó abriendo las puertas que debía cerrar, y en lo misterioso de su pensamiento encontró un rostro virginal: su ángel, ese que soñaba con renunciar a la vida mundana.

Aquellos labios sensuales como una fruta jugosa mandaron una descarga eléctrica a la punta de su miembro y no lo ignoró. Se imaginó desatándole el peinado y sus tirabuzones cobrizos, que le rebotaban sobre el pecho, mientras ella lo cabalgaba con la expresión dominada por el placer. Sus ojos esquivos, la luminosidad de su piel, sus sonrosadas mejillas y su sensualidad reprimida, esa que él se moría por rescatar de la esclavitud de sus prejuicios. Loco de pasión por la dueña de su corazón, aceleró el ritmo arrancándole un grito a Catalina que lo devolvió a su realidad. Abrió los

ojos de golpe para encontrar que la mujer a la que agasajaba bajo la fuerza de sus empujes no era Úrsula.

Se lamentó para sus adentros; su ardorosa compañera era seductora, atrevida y de una belleza desquiciante. No se explicaba por qué seguía sintiendo que había algo que le faltaba para conectarse con ella, para que sus dotes terminaran por conducirlo a perder la razón. Sacudió las ideas y se dejó hechizar por las caricias que recibía sobre su espalda desnuda. La asaltó sin clemencia, desesperado por sacarse aquel fantasma de la cabeza; solo quería alejarla para siempre. Tomó el rostro de Catalina y la acercó a sí; la besó con toda la pasión que albergaba su alma furibunda y, luego, abrazándola hasta fundirla con su cuerpo, se agitó contra ella hasta arrancarle un exorbitante orgasmo. Solo entonces se dio permiso para encontrar su propia liberación fuera de su cuerpo para no comprometerla y que su descarga prominente no la condujera a un inoportuno embarazo. Tras las últimas gotas de su simiente sobre la piel blanquecina de su nueva mujer, el rostro fugaz de Úrsula volvió a atravesársele, clavándole el dolor de su rechazo todavía más hondo y desgarrador. Repitió su nombre varias veces en su pensamiento, mientras se dejaba caer exhausto sobre la paja.

—¿Estás enamorado de otra mujer? —Le sorprendió la pregunta.

—¿De qué hablas?

—No tienes por qué ocultarlo; sé reconocer un alma destrozada por el amor.

—Solo tengo ojos para ti —negó su triste verdad.

—No te avergüences; igual me puedes servir: eres un amante fogoso y también estás solo. Si quieres olvidarla, puedo ayudarte.

—No es necesario.

—¿Es una blanca? ¿Rica? —Él ignoró sus interrogantes—. Solo eso podría explicar que no se lance a tus pies, eres tan apuesto... y tienes fortuna.

—Estoy aquí contigo, Catalina, no traigas a terceras personas a nuestro lecho. Me quedará todo el tiempo que quieras.

—Debemos llegar a un acuerdo: uno que no nos perjudique a ninguno de los dos.

Los dos compartían la misma premisa; su trato quedaría sepultado en el más absoluto secreto, pero la dama le demandó exclusividad, algo que le había exigido sin el menor decoro. A cambio, ella movería sus influencias con astucia, para ayudarlo a abrirse paso entre el mar de desprecio de los poderosos de renombre que Damián tenía que soportar, con los que tenía que lidiar a diario si quería mantener sus negocios a flote, para que su fortuna continuara siendo una de las más prominentes de la isla.

—Me exiges que solo sea tuyo, pero no piensas deshacerte de tu amante —mencionó para dejarle en claro que conocía de sus arreglos con el Capitán General.

—Si lo has sabido por tu mentor, espero que seas discreto; ya empiezas a ponerme nerviosa.

—Olvidaré haberlo escuchado; no quiero problema con nadie. ¿Renunciarás a él?

—No puedo; una vez que un hombre así te marca, es peligroso alejarse. Se cree mi dueño, pero

no lo es: solo le sigo la corriente. Nos convendrá a ambos; me complace en todo lo que le pido. Además, casi no frecuenta mi cama; está estrenando diversión. Solo me mantiene en la mira porque es un codicioso que no quiere desechar nada.

Así fue cómo Damián se enredó en los locos consejos de su nuevo mentor, quien lo observó orgulloso varias semanas después. La actitud de Damián había cambiado; deslumbrado por el poder, el placer y el dinero, se volvió con rapidez un hombre de color poderoso. Se enfocó en encauzar sus negocios, los que doña Catalina secundaba en secreto a través de sus contactos en las altas esferas de poder, en la Sociedad Económica de Amigos del País, incluso en el ámbito religioso. Así que, con el apoyo de su relación clandestina, a Damián se le abrieron muchas puertas. Pero el deseo de él aumentó, y la bella amante no era suficiente para saciar sus ganas. Había otras mujeres que de igual forma se colaban en sus ensoñaciones húmedas y, siempre que este fervor fuera correspondido, él profanaba el lazo que a escondidas había establecido con su aliada y calmaba su sed. Dejó de lado la exclusividad de las sábanas de su protectora para probar las mieles de otros cuerpos, lo que lo volvió famoso entre las damas pudientes necesitadas de compañía.

Hizo lo que fuera para arrancarse aquel latido acompasado y lento que acompañaba a su corazón cada vez que recordaba a Úrsula y a su desprecio. Le probaría que era mucho hombre a pesar de no significar nada para ella, le demostraría que, a pesar de su origen, otras mujeres se arrastraban al suelo para suplicar por sus besos y sus caricias. Haría lo que fuera para satisfacer su orgullo herido y para aquietar la sed de aquellos labios color frambuesa que no habían tenido piedad al menospreciarlo. Y, mientras tanto, su nuevo estilo de vida le daba la fachada perfecta para desviar parte de sus recursos, con el fin de ayudar a los hombres que se llenaban de valor y escapaban del yugo de sus opresores. No se contentó con financiar a quienes ayudaban a los fugitivos a llegar a los palenques, sino que los favorecía con comida, herramientas, animales. Su identidad era un secreto, pero entre los esclavos de La Habana y sus alrededores ya se había esparcido el rumor sobre los apoyos.

## Capítulo 16

Perla, la ayudante de la modista francesa, que había sido liberada tras servir como esclava de compañía de María Teresa, la hermana de Úrsula, acudió a la quinta Morell tras el llamado de la señorita. Llegó sin idea de para qué había sido convocada cuando Juliana le depositó en los brazos diez lujosos vestidos.

—¿Qué significa esto, niña? —preguntó asombrada.

—Ahora son tuyos. Siempre los adoraste y yo no los usaré más —le comunicó la señorita Morell.

—¿A qué se refiere con que no volverá a ponérselos? ¿Le encargará nuevo guardarropa a *madame* Fourneau?

—No, Perlita. Tomaré los hábitos.

—¡Al final lo hará! Sus hermanas estarían felices por usted.

La marquesa, que merodeaba por allí, se quedó estupefacta al constatar que esta vez su hija no daría marcha atrás; su enojo fue tanto que dio media vuelta y subió a encerrarse en sus aposentos. Perla aún no lo podía creer; miró los vestidos y volvió a agradecer.

—También habrá para ti, mi buena Juliana —aseguró Úrsula a su esclava de confianza—. Y perdóname si en determinado momento fui dura contigo; no hay justificación para ello, pero he estado más tensa de lo habitual.

—Amita, usted no tiene por qué disculparse, me avergüenza —respondió la aludida.

—A mi corta edad he visto cosas que jamás habría pensado —Perla intervino—, mi niña de tan buen corazón: María Teresa, librándose de aquel demonio de su primer esposo; usted por fin convertida en monja; mi libertad (no me alcanzarán los años para dar las gracias); y la nueva cliente de *madame* Fourneau. El mundo está un poco loco.

—¿Qué pasa con la nueva cliente?

—Es una liberta como yo, pero tiene mucho dinero y no me creerán dónde vive.

Úrsula se llevó la mano al corazón; imaginó que no podía ser otra que la persona que estaba pensando: demasiada coincidencia. Despició a Juliana a sus quehaceres para tener más privacidad con su cómplice de antaño; arrastró a Perla a la biblioteca para impedir que aquella charla trascendiera los muros que resguardaban los innumerables libros. Quería saberlo todo.

—Habla.

—Mi niña, por su reacción imagino que ya sabe que la liberta vive en el palacete que era del hijo del conde difunto.

—Santa. Imagino que, ahora que su hermano ha escalado en la posición social, quiere darle lo mejor.

—¿Usted ya conoció a ese mulato ricachón que no puede disimular sus aires de gran señor?

—Damián Villavicencio, pero ni lo repitas: ese apellido está vedado en la quinta.

—La comidilla de ricos y menos favorecidos. Las clientas más acaudaladas han exprimido a *madame* Fournau para extraerle los detalles. Y ella, aterrada, temiendo que al aceptar ese encargo, le bajarían los pedidos, y ha resultado lo contrario. Vestidos van y vestidos vienen, pero sí acompañados de la cuota de información correspondiente.

—¡Pobre Santa! Tan buena mujer que es... Las señoras no se detienen en sus cotilleos. Ya me lo imagino: una esclava rica de la noche a la mañana. ¡Dios la cuide de las personas malintencionadas! Imagino que su hermano ofreció una cantidad exorbitante para que la atendieran y más tu patrona, que es tan requerida.

—El señor ha pagado una pequeña fortuna, sí, pero quien la presentó a *madame* fue la duquesa excéntrica —dijo y se llevó una mano a la boca por donde se le escapaban siempre palabras de más. Escupió el mote con que *madame* se refería a esa mujer.

—¿De quién hablas?

—Ay, niña, olvide mi insolencia. Se me escapó sin querer.

—Tu boca es tu perdición, Perlita.

—Mi lengua, que es más rápida que mi cabeza.

—Suéltalo todo.

—La viuda esa que es muy pudiente y elegante, que siempre va llena de joyas costosísimas traídas del otro lado del mar; esa que pone a los hombres a temblar porque es un as en los negocios. La que iba a casarse con un duque carcamal en segundas nupcias, pero tuvo la mala fortuna de que el prometido muriera a pocos días del enlace matrimonial y se quedó vestida, emperifollada y sin título.

—«La Viuda de Hierro», así la llamaban mis hermanas; es una dama muy poderosa; es cierto, los caballeros le temen. Altagracia siempre la admiró porque sacó adelante su fortuna una vez que se vio sola en la isla. Se rumoraba que, tras el fallecimiento de su esposo, se iba a marchar a España, pero se reinventó y tomó las riendas de su negocio, hasta que años después conquistó a un duque en igual condición económica que la suya.

—Lástima que no se le dio, pero ya rebosaba en oro.

—¿Por qué esa señora se interesaría en Santa? —inquirió Úrsula temiendo lo que su lógica le dictaba.

—Es la misma pregunta que se hizo *madame* Fournau.

—¿Y a qué conclusión llegó?

—Mi niña, no creo que sus castos oídos soporten el peso de las palabras de la francesa.

—Suéltalo.

—Cuando *madame* vio al portentoso mulato de ojos verdeazulados que pagó la fortuna para los vestidos de su hermana, su curiosidad fue zanjada.

—¡No! Damián es un caballero: jamás se prestaría a esos juegos.

—*Madame* dice que la viuda está en plena flor de su vida y que para lo único que necesita un hombre es para satisfacer sus bajas pasiones, que una mujer poderosa como esa no se casará con alguien que le ofrezca un enlace menos jugoso que el ofrecido por el difunto duque.

Los calores comenzaron a recorrer a Úrsula de los pies a la cabeza; las mejillas le ardieron y necesitó abanicarse profusamente.

—Ella es una dama. ¡Cómo osa semejante falta a las costumbres y al buen nombre! —exclamó alterada.

—Tampoco es que lo publique en el *Diario de la Marina*, pero *madame* es rápida para captar en el aire los secretos mejores guardados. La viuda ha mandado a confeccionar cierta ropa interior demasiado osada para una mujer de su posición. Tampoco es que le doble la edad al mulato: no debe llegar a los cuarenta; seguro quiere avivar a la pantera que ese varón lleva dentro.

«Un trato ventajoso para los dos: él satisface sus deseos de poder y ella, los de la carne, porque seguro la viuda le ofrece un abanico de posibilidades», pensó Úrsula a punto de estallar. En ese instante notó sus puños cerrados con fuerza sobre los pliegues de su falda.

—Ese arrogante, ese malnacido —se quejó en voz alta.

—¿Y a usted en qué le afecta? Mírese: ha quedado roja del coraje —la increpó Perla.

—No soporto que una falta así a las buenas costumbres quede impune.

—Pues ese mulato es el pecado personificado y sí que se pavonea lleno de impunidad; va balanceándose por ahí, todo portentoso, con su mirada taciturna, y las mujeres blancas, negras, mestizas, ricas o pobres no pueden disimular que les deja el pecho en llamas.

—Alguien debería ponerle un correctivo.

—Dicen que es ahijado del cura Miguel, que el sacerdote le dio educación en los principios de la fe, pero no aprendió nada. Pobre padrecito, cree que su ahijado es un santo, pero *madame* reconoce a los libidinosos a la primera mirada. Me advirtió que me cuide de ese hombre: es de los que no permiten que una falda quede sin catear.

—¡Perlita!

—Solo repito las palabras de mi patrona. ¿Sabe quién es su cómplice? Su amigo, don Carlos Enrique del Alba, el mismo que llevó por el mal camino a su excelencia, el niño Hugo. No olvide que le torció el rumbo en sus buenos años de soltería; ya luego se compuso y terminó en santo matrimonio con su hermana, pero en sus años mozos... ¡Madre mía!

—Insisto, alguien debería ponerle un freno para darle un escarmiento a su arrogancia, a su...

—Aura turbia, como lo llamaba su abuela a su excelencia antes de enderezarse. Tal cual le dije a su hermana María Teresa una vez: cara de ángel con alma de demonio. Esos hombres que solo tienen ojos para el deseo son peligrosos. Gracias a Dios, usted no se deja tentar por tan ruines

pecados; tiene un corazón limpio, que va por encima de la lujuria.

Úrsula repasó el estado de sus sentimientos y creyó sucumbir por cada uno de los males que había relatado Perla. Se sintió devastada; solo era una inocente más que había caído ante la fuerte tentación que provocaba Damián en las mujeres, sin distinguir razas, edades o estatus social. Se lamentó al recordar su presencia, sus palabras, sus miradas; tal vez eran las artimañas que usaba con todas. Lo odió.

—Creo que es tarde, Perlita. *Madame* Fourneau te echará de menos. No quiero entretenerme más.

—Ay, mi niña, y yo dándole cháchara.

—Mi hermana mandó saludos para ti; nunca olvida mencionarte en sus cartas.

—Extraño mucho a mi niña María Teresa, la duquesa.

—De seguro ella también te echa de menos. Cuídate, ya no nos veremos tan a menudo, pero sabes que cuentas conmigo si algún día te metes en problemas. Igual con María Teresa. Tu lengua, amárrala que puede ser tu perdición.

—Usted es un ángel, que Diosito le dé mucha luz en ese nuevo camino.

## Capítulo 17

Damián respiró con fuerzas para no levantarse de la mesa donde almorzaba y perder los modales; no aguantaba a doña Suplicio y la forma de castigarlo a través de la hermosa Flor, que era toda ingenuidad. La muchacha tuvo la mala fortuna de romper una copa. Es que se notaba que le temía a la señora, y aquel miedo exacerbado ocasionó que sus manos temblaran, dejando escapar el recipiente de cristal cuyo líquido tinto terminó por manchar los blancos manteles importados de Francia. La señora reencarnó en un demonio ante la mirada atónita del joven. Al parecer, a doña Suplicio se le olvidaba, con demasiada frecuencia, que el palacete con todos sus objetos, incluidos ese trozo de tela por el que despotricaba también, le pertenecía al nuevo dueño. Tras el espectáculo y después de haberse cerciorado de que la muchacha había huido como había podido, Damián también buscó un pretexto para alejarse. Lo que menos esperó fue encontrarse a Flor sollozando por los rincones mientras era consolada por la vieja cocinera.

—Qué mala suerte la tuya, hija mía, que seas la única que no pueda gozar de las nuevas reformas que el bendito señor ha hecho. Si ahora todos somos libres, ¿por qué no puedes disfrutar de igual dicha? Reuniré la paga que me dan para comprar tu libertad.

—No alcanzará, no se moleste: el ama tiene una fuerte inquina sobre mí. ¿Yo qué le he hecho?

La otra suspiró con pesar.

—Pediré mucho por ti.

—Primero me venden los dueños del cañaveral a esta nueva ama, luego el martirio en los cafetales. Cuando el amo sacó al capataz y sus secuaces, pensé que ya podría respirar tranquila sin sentirme acosada a cada rato, teniendo que ingeniármelas para mantenerlos lejos de mí, atormentándome y dándome los trabajos más duros solo por no aceptar las cochinas que querían hacer conmigo. Por suerte duró muy poco.

—Habrás sido la única que pudo burlarlas.

—Gracias a una esclava vieja que se encariñó conmigo: es más brava que un perro rabioso y tuvo a esos sinvergüenzas a raya. Pero, ahora que el amo echó a esos infelices y puso gente recta en su lugar, viene el ama y me trae al palacete. Mi felicidad en Vuelta Abajo duró poco.

—Lo lamento tanto, pequeña...

Damián se apiadó de su suerte; no había conocido más mundo que los campos de cultivo y, cuando los abandonó, fue para toparse con la inclemente de doña Suplicio y su desatada venganza.



Carraspeó, y ellas intentaron fugarse sin hacer el menor ruido, pero las detuvo con su voz firme:

—Lamento que tengas que tolerar esta situación, Flor; no está en mis manos liberarte.

—Mi amo, perdóneme por estar quejándome; no volverá a suceder —se esforzó por justificarse, y Damián le devolvió una tierna mirada.

—No sigas excusándote; no es tu culpa contrariar a doña Suplicio. Ella nació amargada. Algún día serás tan libre como el resto; solo tenemos que tener paciencia.

—Usted es bondadoso; Dios se lo pague bendiciéndolo más.

Una risa áspera los sorprendió por la espalda; Damián se volvió aguantando la ira que se iba apoderando de su corazón. Santa se lo había dicho: que últimamente parecía una furia, que explotaba a la menor provocación y es que en verdad estaba tenso. Esa bruja lo volvía un volcán con la lava ardiente en su interior, a punto de estallar.

—Lo que me faltaba: reunión en mi patio interior. Imagino, Damián, que te sientes a tus anchas conversando con la servidumbre. No te detengas: lo que se adquiere desde la cuna no puede olvidarse —esbozó con cinismo doña Suplicio.

—Señora mía, no sé por qué la sorprende. Debí pensarlo mejor antes de exigirme trasladarme al palacete.

—Mi intención era enseñarte a comportarte como un caballero, pero insistes en juntarte con los que están por debajo de tu condición, cualquiera que sea a la que perteneces. Al final de cuentas, te regodeas por ahí llamándote *Villavicencio* y no puedo continuar abatida por la mancha que ocasionas a nuestro nombre. No sé cómo convenciste a mi esposo de que te nombrara su heredero; te aprovechaste de su abatimiento. En su sano juicio no habría cometido cada una de las aberraciones que han terminado por aislarme de la sociedad. Ni siquiera mis amigas se dignan a visitarme.

—Tal vez temen encontrarse con mi presencia, lo cual no es muy alentador, tomando en cuenta el pecado mediante el cual fui concebido.

—Cada lágrima que derrame en este mundo me será recompensada en el otro.

—Entonces los menos afortunados, como los esclavos, serán reyes en su otra vida.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

—Aún no entiendo por qué se ofusca manteniéndome a su merced, si podríamos continuar el trato cada quien bajo un techo distinto.

—No sé qué esperabas. ¿Que yo te abriera los brazos y te recibiera como a un hijo pródigo? Jamás aceptaré que el fruto de los pecados del conde se pasee por ahí con aires de grandeza. No eres nadie y nunca serás nada, solo la desatinada última voluntad de un hombre desquiciado.

—Sus palabras no me destruyen; siempre me verá de pie.

—La gente de bien que hoy te desprecia terminará por cerrarte las puertas, y tus posibilidades de negocio irán reduciéndose de forma paulatina. No tendrás qué legarles a tus hijos: terminarán tan pobre como llegaste. En esta sociedad el dinero no es el único medio para acceder al poder.

—De eso ya me di cuenta y ya tomé mis providencias. Y esa gente que usted refiere de «bien»

no me preocupa; el único bien que me interesa es el que está en las personas que me aceptan sin reparo.

—Eres un mulato astuto, pero no te saldrás con la tuya. Tarde o temprano alguien te pondrá en tu lugar. Ya no puedo seguir tolerándote en esta casa; olvida la cláusula del testamento. Si te arruino, me hundo contigo y ya no creo que pueda salir a flote. Puedes irte —dijo como si hablara consigo misma, en voz baja, en un momento de reflexión, de claridad, de esos que últimamente le escaseaban.

—¿Qué quiere decir?

—Que ya no te quiero como la sombra de la muerte deambulando por los pabellones de esta residencia.

—Ahora que sus amistades de alcurnia la desprecian por los pecados de su difunto esposo, y que la venganza hacia mi persona no parece devolverle el estatus perdido, antigua condesa, ¿pretende pedirme que abandone el palacete al que me arrastró con artimañas que pudimos evitarnos?

—Quiero que te largues. ¡Fuera!

—No olvide que esta propiedad me pertenece —espetó amenazante.

—Pero no puedes sacarme de aquí mientras yo viva; también está estipulado en el testamento. Al parecer, mi marido no tenía fe ciega en ti.

—Tal vez me vaya, pero con una condición: me venderá a Flor —exigió.

—Ya veo que tienes interés en esa parda. Es joven, hermosa. ¡Todos son iguales! ¡Unos cerdos inescrupulosos!

—No le permito que se dirija a mí en esos términos. ¿Me permitirá comprarla o no?

—Flor no está a la venta.

—Entonces me veré en la penosa necesidad de permanecer bajo este techo para protegerla.

—No te atrevas a tocar a mi esclava, a ponerla en mi contra o a contaminar sus oídos. Sabes que es de mi propiedad. ¡No puedes poseer todo lo que se te antoje, Damián Villavicencio! —le indicó desafiante.

—Así como lo indicó: Damián Villavicencio; es hora de que comience a respetarme por lo que soy, el hijo de su señor esposo, aunque le cueste tolerarlo.

—Jamás respetaré a un bastardo que por demás proviene del vientre de una esclava.

Aquella frase se clavó en sus sentidos como el estrepitoso martilleo de un objeto que pegaba con fuerza en su memoria; su madre, de la que había oído hablar en escasas ocasiones, a la que no podía recordar, le emergió de golpe en la mente. Solo un rostro, uno hermoso y moreno, dulce pero triste a la vez, era lo único que podía rescatar del olvido; solo había retenido de su niñez que se parecía a Santa. Miró con rencor a doña Suplicio y le lanzó una frase antes de tomar a su corcel y desaparecer a más velocidad que la tolerada por el empedrado.

—Si me entero de que Flor vuelve a derramar una sola lágrima por sus malos tratos, usted dejará de ser un martirio para mí, y yo me convertiré en el dueño de sus peores pesadillas. No me

provoque más, no me conoce: cuando quiero, puedo ser siniestro.

Partió a toda prisa hacia el palacete donde vivía Santa; necesitaba arrancarles las respuestas a las interrogantes que hacía años habían quedado dormidas por el paso del tiempo. El consejo del padre Miguel que siempre le recomendaba aceptar su destino sin escarbar en el pasado lo había hecho crecer dejando a un lado la duda. Por eso su sorpresa había sido mayúscula cuando supo que su padre blanco no era otro que el propio conde. Y Santa le llevaba los años suficientes para poder darle razones acerca del motivo por el cual su madre lo había abandonado muy pequeño.

## Capítulo 18

Arribó a su morada exigiendo ver a su hermana; los sirvientes le negaron su presencia. Dieron cuenta de que había salido y, antes de conocer su paradero, le advirtieron de una visita que recién había llegado para Santa. Al saber quién era, indicó que la recibiría en la privacidad de su despacho, ante la mirada desmesurada de la mulata que lo atendía.

—Enseguida acompaño a la visita ante su presencia —murmuró la criada.

—No tardes, tengo asuntos urgentes de negocios que tratar con la dama —añadió para guardar las apariencias, aunque en el fondo confiaba en la lealtad de todos los que moraban bajo su techo.

Al encontrarse de frente, se apresuró en atenderla. Pidió que no los molestaran. Pasó cerrojo tras de sí y la saludó con beso en los labios.

—Catalina, ¿qué haces aquí sola?

—Aguardo a tu hermana; me han dicho que no tardará y me tomé el atrevimiento...

—No tienes que molestarte; has hecho mucho por nosotros.

—También quería verte; vine a probar suerte —admitió.

—Sabes que solo tienes que mandarme una nota y corro adonde quiera que me cites.

—Lo he hecho, pero te has excusado a visitarme, y mi lecho se siente vacío —le refrescó la memoria—. Además, no sabía si sería prudente que nos viéramos en otro sitio; cada día es más difícil burlar a los entrometidos.

—¿A los entrometidos o a tu protector? Supe que te ha procurado; descubrió que su «diversión» no le era leal y ha caído en desgracia. Ya sé que ha regresado como cordero al redil y que de nuevo estás gozando de los privilegios que te confiere por ser la niña de sus ojos. Por eso me he mantenido distante, no quise comprometerte. —Aquella reconciliación entre su amante y el Capitán General le vino como anillo al dedo para justificar sus ausencias; había estado ocupado persiguiendo otras faldas.

—¿Por eso no me has visitado?

—Aquí no tenemos que ocultarnos: quienes me sirven son discretos —contestó con evasivas para evitar dar detalles sobre su falta de interés en frecuentarla.

—Prefiero tomar mis precauciones.

—Apareces cuando más te necesito; estoy tan atormentado que verte es un aliciente para mi desenfrenado corazón.

—Me alivia oírlo; pensé que te estabas ocultando.

—No hablemos; aprovechemos cada segundo.

Catalina aparecía como un escape para aliviar la tensión acumulada por la bruma cotidiana. La apretó contra su pecho y con besos desaforados comenzó a desatarle los nudos de la vestimenta. Ella, en verdad, estaba aliviada por comprobar sus bríos intactos; le habían llegado rumores sobre ciertas correrías que la inquietaban. Se había obsesionado tanto con el cuerpo de Damián que no imaginaba qué haría si un día tenía que renunciar a su voluptuosidad. Él siguió procurándola con un apetito desbocado.

—¿Aquí? ¿Estás seguro? ¿Y si viene alguien? No me parece prudente —advirtió al constatar que Damián no tenía intenciones de controlarse y le dio un beso largo. Luego, separándose, añadió —: Será mejor en otra ocasión, cuidadosamente planeada, en tu casa de Regla (es más privada), pero no lo extiendas en el tiempo: te he echado de menos.

—Solo han pasado diez días desde nuestro último encuentro.

—Al principio no perdonabas ni uno; luego cada tres, después una semana. Ha mermado tu interés.

—¿Lo crees? Han sido dos meses muy intensos; tenía que volver a mis obligaciones, pero jamás te descuidaría. Ven, acércate de nuevo. Te quiero ahora, no desaproveches el instante: estamos solos.

—Rodeados de tus sirvientes.

—He pasado el cerrojo; además, nadie osaría molestarme.

—Lo dices como si ya hubieras traído a otras amantes y estuvieran acostumbrados.

—A mi morada jamás. Eres la única que se atreve a irrumpir en mi hogar a robarse mis besos —mencionó para intentar distraerla, pero se quedó en alerta; había sido sumamente cuidadoso para que no sospechara que había roto su parte del acuerdo. No tardó en descubrir que Catalina era astuta y tenía oídos en todas partes.

—¿Robarlos?

—Mi deliciosa tentadora, abandona esos celos —arguyó para confundirla. La embistió sin previo aviso por encima de las ropas y la asaltó a caricias ardientes.

—Me terminarás por convencer de consumir una locura. El asunto de los permisos para la exportación del café a Nueva York está marchando bien; lo tendrás antes de lo esperado —gimió intentando resistirse a pesar de sus apremiantes ganas.

Desde 1818 los diputados cubanos habían logrado el libre comercio en las Cortes, pero a él, por cuestiones de su raza, las autoridades le ponían trabas, y su mirada estaba puesta en otros países hacia los que se quería expandir.

—No te he encerrado en mi despacho para hablar de negocios, pero es grato para mí oírlo. Ahora obedece a las demandas de tu hombre: no me niegues lo que me pertenece.

Se apresuró a abrirse paso entre su voluminosa falda; su intención no era desvestirla completa, pero sí quitar de en medio lo que se interpusiera entre su erección prominente y la entrada a su

intimidad. Al lograr despejar el camino del exceso de tela, teniéndola como la quería, la giró contra su escritorio y de espaldas a él. Tras apremiarla con mimos que la dejaron lista para la incursión, se introdujo en el tibio canal que tenía entre sus piernas. La asaltó con premura, más de la usual; necesitaba apagar el incendio que hacía combustión en su cabeza, y eso solo podría lograrlo si terminaba exhausto, derrotado. Se estaba obsesionando cada vez más con exponerse al placer de la carne; solo el arrebató de la pasión lograba hacerlo sentirse pleno. De lo contrario su vida se precipitaba en un abismo oscuro y sin motivaciones para luchar por su día a día.

Se concentró tanto en las palpitations de su virilidad que por un minuto olvidó quién era la mujer contra la que se enterraba una y otra vez. La sintió revolverse bajo su empuje, complacida, y tuvo que acallarla con la palma de su mano para que sus gritos de satisfacción no causaran mayor disturbio. Salió de su interior como había hecho otras veces cuando ya no podía contenerse; colocó su mano en la dureza de su hombría y la movió de arriba abajo buscando su propia liberación. Necesitaba descargarse a toda costa; sus ansias eran desmedidas, tantas que se decía que no la dejaría marcharse temprano. Buscaría el motivo para retenerla y volverla a tomar antes que desapareciera. Estaba en plena lozanía y era un joven sexualmente saludable; en el coito había encontrado la droga más poderosa que lograba alejarlo por instantes de su agonía. Se concentró en la redondez de sus glúteos, la tersura de sus muslos y la sensual curvatura de su espalda; imaginó el rostro de su musa prohibida y llegó a las puertas del éxtasis.

Antes que llegara al punto de no retorno, Catalina se giró quedando de frente a él y Damián se encontró con la profundidad de sus ojos, que rompieron la magia. Le tomó el miembro entre sus delicadas manos, con la intención de guiarlo a su interior, y él la detuvo con un seco:

—¡No!

—Te quiero dentro, no tenemos que seguir limitándonos —suplicó la mujer anhelante.

Estuvo tentado, pero recapacitó.

—No podemos, no quiero comprometerte.

—Sé cuidarme, tengo un remedio para imprevistos.

—Prefiero que no nos arriesguemos —concluyó con seriedad.

Ella intentó capturarlo entre sus piernas para que él, en su frenesí previo a su eyaculación, se dejara vencer pero, a pesar de que el deseo crispaba en toda su anatomía, Damián logró mantener sus ideas claras y rechazó sus apremios. Aquel gesto logró desconcertarla.

—¿Tienes una amante? —inquirió de repente y él abandonó sus esfuerzos por llegar a la cúspide.

—¿De qué hablas? —devolvió la pregunta irritado por el premio de consolación que Catalina le acababa de arrebatar.

—¡Me juraste que serías solo mío! Te exijo no volver a escaparte por las noches a buscar calor en otros brazos; ya lo sé todo: tus aventuras, tus juergas.

—Soy joven y tengo derecho a distraerme.

—Hazlo conmigo.

—Tú tienes un honor que salvaguardar; no puedes visitar los lugares y amistades que frecuento, no son de tu clase ni de tu círculo.

—Eres mío, Damián Villavicencio. ¡Harás lo que ordeno, o se rompe nuestro trato!

—¡Soy un hombre libre, nadie me pondrá cadenas! ¡No te confundas! ¡No toleraré tus reclamos!

—Ni si quisieras has negado mis acusaciones.

—Si accedí a este pacto fue porque ambos tendríamos lo que buscábamos del otro. Te he cumplido, he estado dispuesto para ti cuando me has requerido.

Comenzaron una acalorada discusión con la prominente erección de Damián entre los dos.

—Al parecer, para ti no ha sido suficiente: no pretendes comprometerte.

—Por supuesto que no, ni tú tampoco. Si lo hubiéramos querido, me habría buscado una esposa y tú, otro marido.

—Aún soy joven; no perderé contigo mis mejores años si con desdeñosa traición sales a revolcarte con la primera meretriz que te tuerce las pestañas.

La vio tan angustiada que se sintió culpable; la abrazó con fuerzas contra su pecho, la besó en la frente y le susurró:

—Perdóname, fui injusto, no podía hacerte promesas que de antemano sabía que no podría cumplir. Esto, lo que soy, es lo único que puedo ofrecerte. No puedo amarte, estoy roto por dentro; solo una mujer pudo componer mis pedazos y, cuando quise abrirle mi corazón, terminó de hacerlo añicos.

—¿Quién es ella?

—Está enterrada.

—He sido una tonta. ¿Cómo he podido culparte de mi propia falta? Si hubiera sido una amante más fervorosa, no habrías buscado fuera lo que ya tenías conmigo.

—No es tu culpa.

—Me ocuparé de enmendarlo de inmediato —dijo tomando con fuerza la virilidad del hombre, que cobró vida en sus manos.

—No es necesario: es mejor que te regreses y nos veamos después. Llevamos más tiempo del apropiado encerrados.

—Cierra los ojos.

Obedeció cuando Catalina trazó un camino de huellas húmedas sobre su torso hasta el ombligo, y luego continuó descendiendo hasta darle un mejor destino al deseo interrumpido de su hombría. La apremió con su lengua y sus labios hasta que resucitó enardecida. Damián le tomó la cabeza con ambas manos y embistió su boca como poseso de la lujuria; la fruición desorbitante que lo dominaba fue expulsada de forma gloriosa dejándolo agotado y complacido.

Tras ayudarla a verse decente de nuevo, le dio el visto bueno:

—Ya puedes salir, Catalina. Ha sido un placer hacer negocios contigo.

—Mañana, en la propiedad que tengo en Guanabacoa. Ve descansado, te prepararé una sorpresa que te dejará sin ganas de darle lo mío a otras mujerzuelas —concluyó apretándole el miembro

viril.

Inspiró reconfortado al verla partir; era cierto que intentaba aferrarse a ella como a un bote en altamar, pero ni sus demostraciones de afecto, ni las de sus amantes fortuitas lo rescataban del vacío tenebroso que se había apoderado de su ser. Solo tenía cuatro estados: calor de hogar cerca de su hermana, furia ante la presión a la que lo sometía doña Suplicio, angustia ante los intentos fallidos de recuperar a sus otros hermanos y lujuria en los brazos de sus queridas.

Damián salió un rato después tras recobrar el aliento; suspiró de alivio al saber que su hermana no había regresado aún.

—Demetria —le dijo a la ama de llaves—. Sería conveniente que no le informes a Santa que doña Catalina ha venido a visitarla.

—Pero...

—No vale la pena; en verdad, hemos atendido asuntos de negocios que solo angustian a mi hermana. Ahórrale el mal trago.

—Lo que usted diga.

—Iré a mi antiguo cuarto a tomar un baño y cambiarme de ropas; el calor es insoportable.

—Mandaré a alguien con todo lo necesario; hay ropa lista.

—Si llega Santa, por favor, avísenme.

—No creo que vuelva pronto; fue a la clínica a ayudar a sor Amalia con los enfermos.

—Hubiese sido útil conocer ese dato antes.

—Pues el señor no dio tiempo a nada en cuanto supo que estaba doña Catalina —dijo la mulata haciendo un mohín de desagrado por la conducta de su señor.

Tras tomar un baño y cambiarse el traje, bajó nuevamente a la estancia y se sorprendió de la tardanza de Santa. Interrogó a la criada de su paradero, y Demetria volvió a torcer el gesto. En el corto tiempo que llevaba sirviéndole, se había integrado a la familia, gracias al carácter afable de Santa, que hacía que los antiguos esclavos del palacete se sintieran en confianza.

—Di lo que estás pensando; conozco tu rostro, mujer. ¿Tienes algo que reprocharme?

—Lo diré porque su hermana es muy buena y no merece los dolores de cabeza que usted le está dando, así decida despedirme por mi audacia.

—Sabes que no lo haré: habla.

—Santa vino y supo que usted estaba encerrado en su despacho hablando de negocios con la dama. Esperó pero, al ver que tardaban, comenzó a impacientarse. Dijo que saldría un rato a airear sus ideas.

—¿A dónde?

—A ayudar a sor Amalia con los enfermos; mencionó que tardaría.



## Capítulo 19

Era la segunda vez que sufría de encierro en la quinta; en el pasado por parte de su padre, a quien tuvo que probarle su fervor religioso. El difunto marqués le exigió quedarse enclaustrada en sus aposentos unas semanas para que le demostrara que en verdad quería ser monja. En el presente su reclusión era autoimpuesta para evitar desazones. Su madre se negaba a hablarle y ella, para aligerar el ambiente, había renunciado a colaborar con sor Amalia. Muy a su pesar, sabía cuánto la necesitaba, y aquella ausencia le desgarraba el alma, pero no podía partir al convento de Santa Clara dejando ese vacío entre las dos.

—Mi niña, perdone irrumpir en sus contemplaciones —le manifestó Juliana—. Vine a avisarle que hay alguien que desea verla.

—¿Ahora? No es horario de recibir visitas; tendrás que dar una disculpa en mi nombre. No tengo cabeza para atender demandas ajenas.

—Es en el patio de los esclavos.

—Si son asuntos domésticos, velo con mi madre; esperen a que su excelencia se sienta mejor.

—Es Santa.

El corazón le dio un vuelco, uno intenso. Sintió el cielo alejarse de golpe y al infierno tragarla. No quería salir, no deseaba verla; ella le recordaba lo que, desde aquel día, había cambiado su alma para siempre. Se estaba empeñando en olvidar. Buscó a tientas su rosario; con la mirada perdida, murmuró una oración de manera ininteligible. Juliana reparó en su estado nervioso, en sus manos temblorosas.

—¿Qué le pasa, mi niña? Parece que le hubiera mencionado al diablo —observó la esclava soltando los ropajes que estaba doblando—. Si la tranquiliza, le digo que no puede recibirla.

—Santa no habría venido hasta aquí si no hubiera tenido algo importante que decirme. Vigila a mi madre y bajo ninguna circunstancia permitas que nos sorprenda hablando.

—¡Ay, mi amita, no me ponga en ese aprieto!

—Tienes que decidir si estás conmigo o con ella; no hay fidelidad a medias. No puedo seguir teniéndote a mi servicio si le terminas sirviéndole de informante. No te he echado de cabeza con tu romanceo con Pedro; eso es lealtad. Perla lo fue con María Teresa y ahora es libre. Mi madre no te ofrecerá nada; si me sirves, intercederé ante mi cuñado para que, una vez que marche al convento, te dé tu libertad.

—¿Y quién la servirá a usted?

—Definitivamente, si me ayudas hasta el día que abandone este recinto, tú serás la última que elegiré. Sé que darías lo que fuera por no separarte de Pedro.

—Lo intentaré pero es que, cuando el ama me clava la mirada, me intimida.

—Recuerda que el duque ha dejado instrucciones claras: ningún esclavo puede ser azotado en la quinta.

Úrsula respiró hondo y bajó con paso solemne. Su corazón corrió por las escaleras, saltándose los escalones de dos en dos, mientras su cabeza la empujaba en la dirección contraria, lejos de aquella mujer que solo podía traerle noticias acerca de ese hombre. Hasta ese instante fue consciente de lo que le sucedía; había cambiado cuando percibió la bravura de Damián al enfrentar el látigo que pretendía dañar a su hermana. Aún recordaba su mirada repleta de furia, poderosa, como una pantera que se negaba a ser dominada.

La apariencia de Santa le confirmó lo extraído de los comentarios de Perla acerca de las conclusiones de *madame* Fourneau. Había dejado sus blusas y faldas blancas de vuelos y bordados de colores, sus collares para sus santos, así como la túnica con la que envolvía sus rebeldes rizos. Ahora vestía diferente; se veía hermosa. Quien sea que se hubiera enfocado en realzar sus encantos lo había logrado; tampoco lucía fuera de lugar, al contrario: exhalaba clase. Por supuesto que su belleza natural ayudaba. Su cabello iba peinado hacia atrás y, aunque le daba un toque señorial, así como los colores neutros de sus vestiduras, cada prenda elegida la favorecía en demasía.

—Venga, vamos a retirarnos hacia el ala este de la quinta, por donde mi madre no suele aparecer.

La condujo al jardín externo en forma de laberinto, alejado de la propiedad central. La invitó a sentarse en un banco y la escuchó hablar:

—Perdóneme, no quise aparecer y meterla en problemas con su madre.

—Descuide, es solo que le llegaron los rumores de lo sucedido.

—E imagino que no le gustó nada de nada.

—Así es —admitió y suspiró.

—Niña, se arriesgó demasiado.

—Luce usted diferente.

—Eso salta a la vista: los nuevos caprichos de Damián. Ya le había pedido dejarme quieta: era feliz como lucía antes.

—Abandonó a sus dioses.

—No, mi niña, eso jamás —dijo mostrándolos debajo de la tela que tapaba el cuello—. Me siento como esas mulatas curras que gastan una fortuna en vestirse como señoras.

—No se avergüence; se ve hermosa y seguro Damián quiere lo mejor para su querida hermana. La ropa no tiene que dividirnos; todos tenemos derecho a vestarnos con elegancia.

—Usted a veces usa las mismas palabras que Damián, esas que le pido tragarse no sea que lo

escuche alguien enrevesado y termine por confundirlo con un revoltoso.

—¿Damián revoltoso? Más bien parece que le ha tomado el gusto a la opulencia. Tendré que apretar mis labios y también ceñirme a sus consejos.

—Son cosas de doña Catalina Alcántara; desde que don Carlos Enrique del Alba se la presentó a mi hermano, ha cambiado: su mirada no es la misma de antes. Solo piensa en el dinero, en el poder y en la lujuria. Perdóneme por traerle mis tormentos; si lo digo, es porque creo que usted puede ayudarme. Es más, creo que quiere hacerlo o de lo contrario ya me habría echado de aquí. ¿O me equivoco?

—Santa, lamento por lo que sea que estén pasando —mencionó obviando cualquier comentario al respecto.

Cada vez que escuchaba aquel nombre, *Damián*, su pecho se agitaba más; temía que su corazón no soportara la frecuencia de sus latidos y terminara por colapsar. Utilizó toda su fuerza de voluntad y puso en práctica cada una de las enseñanzas de don Hermenegildo, su maestro de etiqueta, de cómo una señorita de clase alta debía comportarse.

El aire se le apelmazó en los pulmones, amenazando con envenenarla. La certeza de la incursión de la viuda de hierro en la vida de Damián la carcomía por dentro. «Esa maldita mujer le entrega tras las sombras todo lo que yo jamás podré», pensó sintiendo el fuego arder en su interior. Aquel pensamiento la asustó demasiado, primero porque aceptaba para sus adentros que ese hombre no le era indiferente y segundo porque se moría de celos y tenía que tragárselos. Nunca podría aceptar las atenciones de un hombre de su posición por más dinero y propiedades que poseyera; era mulato y bastardo. Su familia jamás permitiría que le hiciera la corte, ni siquiera Hugo, su cuñado, por más ideas progresistas que tuviera y por más amigos de color que engrosaran su círculo de confianza.

—Esa mujer se comporta como si tuviera escrituras de propiedad sobre él; le ha robado la voluntad —prosiguió Santa—. Damián fue liberado muy pequeño y, en realidad, nunca ha sufrido los sinsabores de la esclavitud, pero esa señora le ha puesto los grilletes.

Sus palabras la continuaron descolocando. Miles de imágenes de la seductora dama cerca de Damián se le cruzaron en la mente. Sus ojos verdeazulados, admirándola, con el mismo descaro que había utilizado para abordarla en el encuentro fortuito de la farmacia, que terminó siendo un pretexto para compartir palabras pasadas de tono. «Damián es bueno; a pesar de su insensatez y de su irreverencia, su alma es noble. ¿Cómo puede atreverse a refugiarse en los brazos de una dama con tal de acceder a sus aspiraciones más viles?, el poder», recordó. La mente amenazó con nublársele, y un fuerte dolor de estómago la sacudió.

—Santa, ¿por qué me dice todo esto a mí? No puedo hacer nada.

—Mi niña, él se volvió como loco cuando usted le regresó aquel presente, el abanico de concha nácar. No sé qué ideas se hizo cuando usted lo aceptó, pero estaba feliz; tal vez albergó esperanzas que no debía. Y tras su devolución se sintió devastado; niega atribuirlo a su desprecio, pero no puede engañarme. Sé que es indecoroso que venga a su casa y que le ruegue que rescate

de las garras de esa arpía a mi hermano; sé que los diferencia un abismo, pero es que para mí no hay hombre más guapo ni más lleno de virtudes que ese mulato atarantado. Sé que usted jamás pondrá sus ojos en él y que es un sacrilegio suponerlo; también escuché que tomará los hábitos, pero tengo una corazonada y mi instinto nunca me falla. He tirado los caracoles y no podrá creer lo que me han revelado.

—Santa. ¡Por Dios! Haga silencio de una vez.

—Yo lo vi y no me equivoco. Cuando las miradas de ambos se cruzaron, mientras Damián se liberaba del azote de la otra bruja, ustedes se unieron para siempre. El padre Miguel también lo notó y le recriminó a mi hermano después por atreverse a mirarla a los ojos. El cura parecía un demonio, que Dios me perdone, y desde ese instante se ha entercado en buscarle una esposa a mi hermano, una que sea de su condición.

—¡Jesús! —murmuró Úrsula aterrada.

Recordó la visita del padre Miguel y sus demandas; solo esperaba que aquella percepción del sacerdote no fuera develada ante su madre. No podía permitir que nadie más sospechara, que otra persona notara lo que se había empeñado en ocultar en el fondo de su corazón.

—Perdóneme por irrumpir su paz, por agobiarla —se lamentó Santa.

—Cállese, aquí no. No puede venir a mi casa y hablarme sin reparo de sus suposiciones; se lo prohíbo. Aléjese y no se atreva a volver a dirigirse a mí en esos términos; es impropio —exigió temblando.

La buena mujer desapareció conmovida por aquella despedida; ni siquiera se ofendió por que la instara a abandonar la quinta. Úrsula le causó un gran dolor; esa niña estaba muerta de miedo; temblaba demasiado tratando de esconder su agobio. Se notaba que no sabía cómo manejar sus sentimientos. Era la primera vez que amaba y tuvo la mala suerte de que fuera un amor prohibido, uno en contra de toda regla humana vigente.

Úrsula se quedó petrificada en aquel banco cuando Santa se retiró de su presencia. Ella le había asegurado que le había visto en los ojos el sentimiento que le despertaba Damián; el padre Miguel también lo había visto y tembló al imaginarlo. «¿Quién más habrá notado mis pasos en falso?», pensó, y aquello la atormentó. Se derrumbó a llorar; cerró los ojos desbordados de lágrimas y en la soledad de aquel jardín, lejos de otra presencia humana, terminó por aceptar la irremediable verdad: lo quería de una forma desgarradora. Se preguntó si podría olvidar, si, así como se había colado en su alma, se lo podía sacar. Lloró por reconocer que lo amaba y que eso convertía su más anhelado sueño en un castigo. Trepidó al reconocer que no bastaba con amarlo; estaba destinada a sufrir porque un amor como ese estaría maldito. Una joven de su posición que posara sus ojos en un bastardo, en un hombre que era hijo de una esclava, era inconcebible.

—Disculpe. —Una voz varonil y seductora se coló en su campo auditivo, sacándola de su introspección.

Abrió los ojos de golpe, anegados en lágrimas, segura de conocer al portador y, avergonzada por ser descubierta en pleno acto de fragilidad, se puso de pie.

—No llore, por favor, no soporto verla derrumbarse. Terminaré por enfrentarme al responsable de su agobio.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Ha perdido el juicio? —lo increpó.

—Podría mentirle y decirle que su esclava me dio razones de que mi hermana estaba aquí conversando con usted y vine a buscarla.

—Juliana jamás haría eso; ella le teme demasiado a mi madre para desafiarla.

—En verdad vine tras Santa. —Hizo una pausa para extenderle su pañuelo—. Me la crucé mientras salía de la quinta; me aseguró dónde encontrarla y me las arreglé para colarme.

—Si lo descubren aquí, me habrá arruinado para siempre.

—¿Si la arruino para otros hombres eso me daría la esperanza de que voltee en mi dirección? Me moría de deseos de verla; lo siento, no suelo darle la espalda a la suerte.

Ella tomó el pañuelo que él le ofrecía; comenzó a secar sus mejillas y, al aspirar su aroma, también tuvo la ilusión de que los sorprendieran, de que la echaran de su casa y de su familia, para que solo le quedara el consuelo de refugiarse en su pecho. Imaginó cómo se sentiría ser abrazada por alguien que olía tan exquisitamente. Lo miró a los ojos sin esquivarlos, disimular u observarlo con el rabillo del ojo como en otras ocasiones. Damián poseía unos rasgos fascinantes, y Úrsula se deleitó en ellos; quería aprenderse cada línea, cada protuberancia, cada hendidura.

—Ha perdido el juicio; olvida que estoy por tomar los hábitos. Hasta hoy mi reputación está intacta.

—Pobreza, castidad, obediencia y clausura en algunos casos. He preguntado sobre los votos; parece que mi contrincante es difícil de vencer. No puedo imaginarla sumisa, obediente, reclusa. Usted no está hecha para esa vida; no sé por qué se ha convencido de lo contrario.

—Jamás me ha interesado lo que a otras señoritas: que me hagan la corte, el compromiso, y menos el matrimonio.

—Eso no significa que no pueda enamorarse; tal vez no había llegado el indicado.

—¿Y cree ser usted? ¿Aspira a que abandone mis esclarecidos planes por su persona? —preguntó irónica.

—Pretendo que la joven de corazón bondadoso que vi por vez primera mientras cuidaba de enfermos, esa que parece un ángel, que no posee prejuicios, pueda darse la oportunidad de conocer al ser humano que hay en mí.

—¿Y quién es?

—¿Usted qué esconde tras sus máscaras, señorita Úrsula?

—Solo lo conozco por los rumores: el bastardo del conde con una esclava que, luego de recibir su herencia, se ha perdido en la banalidad que ofrece el dinero, el poder y las damas de escasa moral.

—¿Ah sí? —Se sorprendió de lo informada que estaba—. No sabía que hacía caso a los chismorreos de quienes no tienen en qué ocuparse; pensé que tal vez era una joven sensata, no la hija mimada de un difunto marqués que se quiere refugiar en un convento para sentirse libre de

alguna forma de la autoridad masculina, para poder salirse con su voluntad.

—¿Cómo se atreve? No me ha tratado lo suficiente para sacar conclusiones. —Lo miró desafiante.

—Eso mismo le pregunto. ¿Cómo osa juzgarme? Usted tampoco me frecuenta para dar por fidedignas las habladurías. La quiero, Úrsula, no lo seguiré escondiendo. La adoro tanto que me quema, me desintegra por dentro. Por favor, no tome los hábitos, no se aleje de mí. No importa si nos separan mil mundos, si jamás se llena de valor para aceptar lo que oculta en lo profundo de su corazón: que no le soy indiferente. Me bastará, si de vez en cuando, puedo acudir a la clínica a fingir que trato asuntos con el doctor con tal de observarla de lejos cuidar a sus enfermos.

Quedó muda, impresionada, tanto que olvidó lo que podría ocurrir si los sorprendían allí, solos, con el cielo cada vez más negro y con aquel hombre que la miraba de forma inapropiada, suplicante, como si estuviera dispuesto a sacarse el alma y entregársela para siempre.

—¿Cómo se atreve a hablarme así?

—Enséñeme entonces cómo debería —la exhortó y no pudo disimular la sed que lo invadía al observar sus labios.

—Un caballero que pretende a una dama debe seguir ciertos pasos. ¿Nadie le enseñó cómo dirigirse a una señorita?

—Tal vez el padre Miguel obvió esa parte y, entre tantos libros que me hizo leer, no pillé cómo debía plantarme ante una joven hermosa a expresar mis sentimientos. Ahora que procuro a una y que al parecer atenderá a mis demandas, me ocuparé concienzudamente de mejorar mis habilidades de conquista.

—Creo que no me ha entendido; no pongo en tela de juicio su capacidad en el arte de galantear. Más bien en ello le sobra el impulso, me refiero a que, si pretende a una joven respetable y sus intenciones son honradas, debe seguir las reglas del cortejo.

—¿Está admitiendo que me dará la oportunidad de prosperar en mis acercamientos?

No pudo responderle; se quedó muda, se hizo a sí misma la pregunta. Recordó sus aspiraciones personales y todos los prejuicios que la circundaban.

—No lo sé —admitió con sinceridad desde el fondo de su corazón.

Era la verdad, estaba confundida. Se quedó aletargada contemplándolo, y la invadieron calores insoportables cuando dirigió su mirada a su boca, tal como hacía Damián. La sensación de estar errando la desbordó, y la inquietud se apoderó de todo su ser. Si le tomaba la mano y se introducía en las aguas claras de su mirada, tal vez podría reunir valor y un poco de certeza, pero no se atrevió a dar el salto. Las gotas de agua la sacaron de su introspección; cayeron una a una avisando que pronto el cielo rompería con más fuerza. El sonido de un relámpago cortó de golpe las miradas de ambos, que se habían quedado entrelazadas, perdidas, jugando a enamorarse por encima de las voluntades, del bien y del mal.

—Tengo que irme —musitó temblorosa.

—No me ha respondido. ¿Me da permiso para cortejarla, para seguir todas las reglas? Le

aseguro que no obviaré ni un paso. Hoy mismo asaltaré la biblioteca del conde y buscaré un libro que me dé las instrucciones precisas. Le demostraré que soy digno.

Era tan orgulloso, tan seguro que su turbada alma quería arrimarse a él y sentirse reconfortada. Antes de conocer a Damián Villavicencio aquella mañana en la clínica, nunca había dudado de la firmeza de sus convicciones. Él y su mirada perenne le trastocaban su universo.

—Lloverá de un momento a otro; terminaremos por empaparnos. Mi casa está cerca, pero usted tendrá mucho que cabalgar; pescará un resfriado.

—¿Parece importarme? Preciosa Úrsula, usted ha volteado a mirarme. Hoy puede decirse que soy el hombre más feliz de la isla. No me matará la lluvia; soy más fuerte que eso, pero corra usted a guarecerse. El cielo no aguanta más, y no me perdonaré si se enferma.

—Vaya con cuidado, que no lo atrapen saliendo de la quinta.

—No se preocupe por mí; saldré como mismo he entrado. Los hombres de su madre se relajan más de lo que deberían.

Ella le sonrió; tal vez no debía hacerlo: era darle alas, pero no pudo evitarlo.

—Váyase ya, el cielo no aguantará.

—Espero mi contestación. ¿Puedo intentarlo?

—Ya le he dicho, no lo sé.

—Eso vale para mí más que un no. Tal vez si me conociera un poco más... Vendré mañana, acepte conversar conmigo para que salga de dudas.

—Es muy arriesgado. Si lo descubren aquí, se hará un escándalo.

—Venga al jardín si piensa que el riesgo vale la pena; estaré aquí a la misma hora.

## Capítulo 20

Corrió sosteniendo los enormes vuelos de su falda que rebotaban en su andar; se coló por la puerta trasera y caminó apresuradamente al comedor, donde su madre aguardaba impaciente.

—Unos minutos más y hubieses llegado retrasada —dijo la dama haciéndole una seña al servicio para que comenzara a servir los suculentos manjares que reposaban en la porcelana francesa.

—Perdón, madre, tuve un pequeño contratiempo.

Les sirvieron una porción de sopa acompañada por un vino de Jerez; la marquesa comenzó a degustarla y notó el empeño que había puesto la cocinera: estaba deliciosa. Quiso compartir el descubrimiento con su hija, pero notó cómo la suya se había enfriado y ni siquiera la había probado. Suspiró y autorizó a la esclava para que continuara con el segundo plato; sabía que Úrsula estaba intranquila y que su ultimátum tenía mucho que ver con su inapetencia.

Úrsula observó la codorniz que le sirvieron; cuando la esclava comenzó a colocar la guarnición compuesta por verduras locales, indicó que era suficiente. La marquesa enarcó una ceja, pero no dijo nada; había enseñado a sus hijas a alimentarse sanamente y lo suficiente para mantenerse con fuerzas. Sufrió solo de pensar qué alimentos le ofrecerían en el convento o en los ayunos que tendría que realizar. Úrsula tomó el tenedor y solo probó dos diminutas porciones del ave; dio un sorbo al vino de Borgoña y volvió a perderse en el limbo. La marquesa viuda sintió que se le apretó el pecho; no quería que su amada hija fuera infeliz. Había pasado todos sus años siendo dócil y cariñosa. Últimamente había dejado de ser la joven tierna y fácil de guiar. Atribuía al carácter de Altagracia, la fruta corrompida en la cesta, el que sus hermanas se descarrilaran. El pesar le hizo hablar para encontrar un punto de acuerdo.

—Le he estado dando vueltas a tu decisión; sé que en estas semanas has intentado no contrariarme y comprendo que extrañas acudir a la clínica a apoyar a sor Amalia. He tomado este tiempo para reflexionar. Entiendo de cierta forma que eres diferente a tus hermanas. Sé que no añoras las mismas cosas y que tu bondadoso corazón te hace sentirte en deuda con el mundo, pero no es así, hija mía. También tienes derecho a ser feliz.

—¿Y por qué cree que tomar los hábitos no me hará dichosa?

—Cada día rezas menos; tu principal actividad es cuidar a los enfermos y preocuparte por solventar las necesidades de la clínica. Harías lo que fuera por los desposeídos. De seguro,



pensaste que siendo monja tendrías mejor estatus que una mujer casada que vive bajo la potestad de su marido y que podrías dedicarte a esa actividad.

—Es cierto, salvo que usted ha exigido mi total encierro en el convento.

—Haciendo honor a la palabra *reclusión*. Si tomas los hábitos, debo cerciorarme antes de que estés plenamente convencida; una vez hecha la profesión de fe, no podrás retractarte, y tu camino estará dirigido por la autoridad eclesiástica. Si la madre superiora destina para ti una tarea distinta a la que pretendes, tendrás que aceptarla. Por eso es importante que entiendas el significado de cada voto, en especial la clausura.

—La que no siempre es obligatoria, pero usted no me ha dejado otro camino si quiero satisfacer mi voluntad. Al menos, con las licencias correspondientes, podré hacer uso de una parte de mi patrimonio.

—Y ya sabemos cuáles son tus prioridades: solventar el hospicio de sor Amalia.

—Lamento no tener grandes necesidades que cubrir, y usted no puede obligarme a lo contrario.

—Una monja con medios suficientes puede aspirar a una posición; no necesitas dedicarte a ser auxiliadora de los menesterosos.

—Desvalidos circunstanciales que solo necesitan una mano para recuperarse e integrarse a la vida como gente capaz de valerse por sí solos.

—Lo que sea. No lo necesitas. Ya has hecho suficiente caridad durante tu vida. Si entras al convento, es para que ores por nosotros, por nuestros pecados y para que intercedas por cada miembro de esta familia ante Jesús, nuestro Señor. Rezarás con ahínco para pedir por nuestra entrada al Cielo.

Retirado el segundo plato, prosiguieron a servir el postre, que consistió en bollería fina y compota de frutas, acompañado de otra copa de vino. Úrsula ni siquiera intentó degustarlo; quedó intacto en el plato. Terminó por respirar hondo y llenarse de valor para decir:

—Madre querida, si esta conversación persigue la finalidad de fijar las pautas para imponerme su voluntad, de una vez le dejo claro que no será así.

—¿Dónde está mi Úrsula? Te desconozco —expresó Su Excelencia Lucrecia de la Concordia luego de sacar la cucharilla de su boca y depositarla sobre el pequeño plato.

—Una vez dejé que usted y mi padre pisotearan mi voluntad, cuando me obligaron a casarme; gracias a Dios, el que fue en ese entonces mi esposo era un alma piadosa y no me obligó a cumplir con mis obligaciones. Al contrario, me apoyó hasta que conseguimos la anulación de nuestro fallido matrimonio. No entiendo por qué no puede comprender que ese mal trago me ha dado la suficiente fuerza para no permitir que nadie vuelva a tomar las riendas de mi vida.

—Otro voto que no sé cómo podrás cumplir: la obediencia. Hace mucho dejaste de ser la jovencita dócil, dulce y respetuosa ante tu madre. ¿Cómo acatarás los mandatos de la autoridad religiosa?

—Lamento si mis deseos de ser yo misma son interpretados por usted como afrentas personales. Ni, aunque vuelva a golpearme, dejaré de pensar igual. Ya no soy una niña.

—Me ha quedado claro. No quise lastimarte. ¡Dios sabe cuánto me pesó en el alma! Pero una madre debe tener mano dura ante una hija descarriada.

—¿Descarriada?

—Veintitrés años y sigues soltera. Pretendes convertirte en una solterona que dedica sus días a socorrer a vagabundos y esclavos. Lo quieras o no, tendrás que quedar supeditada a Hugo, y acatarás sus disposiciones como cabeza de familia. Solo una viuda o una monja, aunque sea dentro de la celda de un convento, pueden tener cierto estatus.

—Por eso tomaré la segunda opción.

—¿Te atreves a admitirlo? Que lo haces para disponer de tu independencia, para huir de tu obligación de desposarte.

—Usted tuvo la dicha de tener un matrimonio arreglado de éxito; se enamoró de mi padre.

—Cumplí con mi obligación de esposa.

—Lo amaba; no sé si fue antes de desposarlo o después, pero lo quería.

—Podemos buscar un buen partido para ti, uno que puedas ver con los ojos del corazón. No creo que sea tan difícil; tantos buenos mozos hay en esta bendita isla...

—No puedo con la frivolidad; tendría que ser un hombre de corazón bondadoso, de fuertes principios, con mis mismos intereses y con los pies bien puestos sobre la tierra.

—Estoy segura de que debe existir; solo dame tiempo para buscar al candidato ideal. Si decides casarte, hija mía, seré la primera en apoyarte. Buscaré ese caballero donde quiera que se encuentre; debe estar aguardando por ti en algún sitio.

—¿Se escucha, madre? ¿Cuándo olvidó el discurso de que el amor antes del matrimonio es pecado?

—Aprendí mi lección; con María Teresa tomé decisiones equivocadas que al final me pesaron. Y sí, lo confieso, tu padre nunca me fue indiferente; cuando supe de sus intenciones de hacerme la corte, caí redonda de amor. Adoré a tu padre desde el mismo instante en que me lo presentaron y que supe que había grandes posibilidades de que se convirtiera en mi esposo.

—Y la felicito por haber conocido el amor. Yo...

—¿Tú qué? ¿Algún caballero te ha causado una buena impresión? No me digas que es por despecho que tomarás los hábitos porque no me lo perdonaría. ¿Hay alguien?

—No, madre mía. No se ilusione, seré monja y dedicaré mi vida a servir a Dios. No hay marcha atrás —concluyó con el corazón hecho pedazos; tragó en seco e intentó distraer la atención de la dama a otro tema de conversación.

## Capítulo 21

A la mañana siguiente, luego de soportar con cara de pocos amigos las palabras chocantes con las que doña Suplicio se dirigía a Flor, se levantó de la mesa y le susurró a la muchacha a escondidas de su ama:

—Resiste, me las arreglaré para librarte de esa arpía.

—Mi amo, no sé cómo agradeceréselo.

—No soy tu amo ni pretendo serlo.

—No me ilusione, sé que no es su culpa que tenga que soportar a su merced doña Suplicio. Si hay algo que yo pueda hacer por usted, por favor, dígamelo.

—No tienes que hacer nada —murmuró y de repente recordó que existía un asunto pendiente—. Tal vez sí, pero no quisiera comprometerte.

—Quiero ayudar.

—¿Sabes si doña Suplicio esconde entre sus pertenencias una hoja de papel antigua, con anotaciones sobre inventario de esclavos?

—No sé leer —reveló avergonzada.

—No te apures.

—Pero buscaré y, si veo un papel escrito metido en algún recoveco, le informaré.

—Es algo delicado; ten cuidado de que no te atrape.

La esclava le sonrió en señal de agradecimiento, y eso le animó el día. Estaba feliz; la cita que había concertado con Úrsula lo tenía cobijado en una nube en la que flotaba. Abandonó el palacete rumbo a la rectoría donde a esas horas acostumbraba a permanecer el padre Miguel; deseaba conocer todos los detalles del rito del cortejo. Se lo había prometido a Úrsula, que seguiría lo que demandaba la buena educación al pie de la letra. Encontró al sacerdote contando las monedas que eran fruto de los donativos hechos durante las misas.

—¡Qué sorpresa, muchacho! ¿Vienes a confesarte o a diezmar? El conde era muy puntual con uno y lo otro; como su hijo debes respetar esa tradición.

—Ninguna de las dos.

—Imaginé que la soltura que ha tenido tu bolsillo en el hogar para enfermos de sor Amalia me sería cobrado, pero todo sea en nombre de esas almas necesitadas. Al fin y al cabo, es la misma causa.

—No se preocupe, padre, recibiré mi aportación correspondiente antes de que acabe el mes; usted es un hombre de Dios honrado y le debo más que eso. En cuanto a mis pecados, no creo que sus castos oídos puedan soportar el peso de mis palabras.

—Hijo mío, no eres el único que tiene ofensas que ocultar. Mi oficio de confesor me ha hecho dejar el asombro en la puerta.

—Le he dado muchas vueltas a su propuesta de contraer matrimonio con una muchacha de bien.

—Una esposa sería un gran apoyo para ti, que tienes que lidiar con tanta desdicha. Solo me preocupa dónde la llevarás a vivir. Con doña Suplicio no te lo recomiendo; les amargará la existencia como ya la tiene ella. Pobre mujer, su dolor la ha vuelto despiadada.

—Es una arpía —masculló entre dientes, pero el padre lo escuchó con claridad.

—Debes dejar atrás el rencor y perdonarla, incluso antes que su agravio llegue a tus oídos. Así no contaminarás tu noble alma con su tormento.

—Usted sí tiene un alma noble, padre. Siempre ve lo mejor de la gente. Ni doña Suplicio es una víctima de la situación, ni yo soy un santo.

—Salvo tus líos de faldas, eres un hombre de bien, que ayuda al prójimo; solo necesitas una esposa para que no tengas que recurrir a satisfacer las necesidades de la carne fuera del matrimonio.

—Usted me ha instruido y se lo agradezco, pero obvió algo fundamental. ¿Cómo me acerco a una dama con intenciones de procurarla?

—No creo que requieras consejos en ese ámbito; te sobran artes para hacer que el corazón de una mujer derroche miel tras conocerte.

—Me refiero a qué pasos están estrictamente reglamentados a la hora de solicitar a una familia el permiso para cortejar a una señorita.

—Acabáramos. ¿Tienes a alguien en mente?

—Tal vez.

—¿Cuál es el nombre de la afortunada?

—Padre, no me obligue a pecar, no puedo mentirle. Prefiero reservarme su identidad por el momento.

—Solo debes acercarte al padre de la criatura y exponerle tus intenciones. El señor hablará con la chica y, si a esta le parece lo suficientemente agraciado, puede que tengas suerte. En las clases altas es más enrevesado, pero para una familia sencilla creo que es suficiente. Una vez que la señorita y la familia den su consentimiento, podrás visitarla y seguir las instrucciones del progenitor.

—Me preocupa la reacción de mi futura familia política cuando conozca acerca de mi origen.

—Si buscas la familia adecuada, no hará preguntas incómodas. Muchos se sentirán honrados de saber que un hombre que ha corrido con fortuna en la vida pretende desposar a su hija.

—No busco que me acepten por mi dinero.

—No tienes que verlo desde esa perspectiva. Una mano sirve para lavar la otra.

Desafortunadamente, así es la vida, y todos buscan un matrimonio ventajoso para su hija casadera. No podemos culpar a un padre por ello.

—No me gustaría que les llegaran rumores viles a sus oídos; prefiero tener todo claro desde el principio. Hay tantas interrogantes en mi vida que no sé si sea prudente el acercamiento; de todos modos, tengo que intentarlo.

—No te cierres a las oportunidades.

—¿Qué fue de mi madre y de mis hermanos? Preferiría liberarlos antes de comenzar a cortejar a esa joven.

—Damián, tranquilízate, cualquier familia de color se sentirá honrada de recibirte como hijo político.

—Creo que no me ha entendido, padre. La señorita que tengo en mente es de piel blanca.

El padre Miguel tensó el rostro; se puso de pie y se llevó las manos a la cabeza. Entendió rápidamente lo que sucedía: Damián era un mulato bien parecido, de una posición económica más que holgada. Dio unos cuantos pasos por la estancia hasta decidirse a hablar:

—¿Ella te corresponde? ¿Puedes dar fe de ello?

—No lo sé, en verdad, pero me atrevería a pensar que tengo posibilidades.

—Eso me tranquiliza; al menos me garantiza que han mantenido un espacio prudencial.

—Sería incapaz de hacer algo que pusiera en tela de juicio su honorabilidad.

—La quieres bien —manifestó el sacerdote—. Si conocen de tu herencia, tal vez, por mejorar en la economía, den el permiso y podamos dirigirnos a la autoridad pertinente para pedir una licencia. Ese tema es muy delicado, Damián. ¡Una señorita blanca, de sangre pura! ¿Qué tan humilde es su familia? No es que dudemos del honor del padre pero, si están en desventaja de dinero, tal vez pueda volverse tu aliado.

—No me he explicado: es blanca y descendiente de un noble, es de una posición privilegiada.

—¡Has perdido el piso! ¡Damián, una cosa es que te sobre el dinero, que tengas posesiones extravagantes y lujosas; otra, que puedas enfrentarte a las leyes que prohíben expresamente la unión de las razas! ¡De origen noble!

—¿Leyes que prohíben a dos personas casarse por lo desigual de sus pieles? Pero he visto matrimonios de mulatos y blancos.

—La mayoría son concubinatos o matrimonios que obtuvieron una licencia especial para poder casarse, pero son gente humilde, que no tienen mucho que perder. La ley es mucho más feroz cuando uno de los contrayentes es de una clase acomodada. Te exijo revelarme quién es la joven.

—¿Para qué? Ni siquiera lo sabe y no lo veo con intenciones de ayudarme.

—Pretendes ir contra el orden social establecido.

—El amor no entiende de ordenanzas.

—Tienes que sacártela de la cabeza; si ella aún no conoce de tus intenciones, mejor. Aléjate de esa muchacha; la perjudicarás con tu sola presencia. La familia de ella jamás te aceptará; no solo eres mulato: tu madre era esclava, y eso empeora la situación. Ninguna familia acomodada dará su

consentimiento y, aunque lo diera, que lo dudo en extremo, tendrías que pedir una licencia que les permita hacer válida la unión.

—Mi madre esclava, mis hermanos esclavos —repitió Damián desesperado llevándose las manos a la cabeza—. Intento rescatarlos de esa abominable forma de explotación que los blancos de sangre pura han cometido contra ellos, pero parece que se los hubiera tragado la tierra. Tiene que ayudarme, debe saber algo. El conde confiaba en usted, tanto que me dejó a su cuidado. Le exijo que me diga la verdad; ese hombre que me dio la vida está muerto: ya no tiene que guardarle fidelidad.

—No puedo, Damián.

—¿Sabe dónde está mi madre? ¿Por qué habla en pasado de ella? ¿Está muerta?

—Sí, creo que sí. No es algo que me hayan dicho con todas sus letras, pero creo que murió hace muchos años.

—¿Y cómo?

—Tengo mis conjeturas, pero no puedo revelarlo; tendría que romper con el secreto de confesión.

—No puede dejarme con esta angustia.

—Lo siento, Damián, sabes que te aprecio y he hecho por ti todo lo que he podido, pero no iré en contra de mis convicciones; no diré lo que debo callar.

—¡Por un demonio!

—¡Respeta la casa de Dios!

Damián estalló en cólera y asentó de golpe ambas palmas de las manos sobre el escritorio. Un criado del sacerdote entró de inmediato para socorrer al religioso ante el ruido ensordecedor, y el padre lo instó a retirarse. Damián, ofuscado, sacudió la cabeza; miró a su padrino con gesto adusto y salió. Tomó su caballo y galopó con furia lejos de allí, arrepentido de haber develado sus sentimientos.

Cuando arribó al palacete, Santa ocupaba un lugar en la mesa del comedor; observó al administrador también en un sitio. Recién habían terminado de comer. La mujer ordenó al servicio que agregaran otro lugar.

—Lamento tener que retirarme, Damián. Tengo los minutos contados; si hubieras llegado antes, habría sido un placer charlar un rato, muchacho —comentó el invitado.

—¿Usted aquí, don Mateo? —preguntó extrañado; lo hacía en Vuelta Abajo atendiendo sus cafetales.

—Vine por unos libros que dejé la otra vez, y Santa no me dejó irme sin probar sus manjares.

—Faltaba más, usted siempre es bienvenido —manifestó Damián—. Aprovecho para decirle que ya tengo a alguien buscando las hojas que fueron sustraídas del libro del antiguo administrador.

—Espero que demos pronto con estas, o será más dura la búsqueda.

Se despidió de él con cariño y tomó asiento a la mesa mientras pensaba. El hombre lo había

recibido bajo su protección cuando su padrino le dijo que era hora de trabajar y que le había conseguido ser el ayudante del administrador del conde. Nunca se cansaba de retribuirle el buen trato que había recibido a su lado, los consejos certeros y la amistad que los unía. Hasta ese momento, no se le hizo inapropiado que Santa permaneciera a solas con él. No era la primera vez que los sorprendía en el desayuno, la merienda o el almuerzo. Arrugó el rostro y se lamentó por sus prejuicios, pero Santa aún era hermosa y don Mateo, viudo; no aprobaba que estuvieran almorzando a solas. Resolvió estar al pendiente de esos dos para defender la honra de su hermana.

—Doña Suplicio no estará feliz de que no acudas puntual al almuerzo —habló Santa y lo sacó de sus cavilaciones.

—No podré llegar a tiempo; de igual forma no creo que le moleste de manera especial. Ella ya no puede tolerarme.

—¿Qué pasó ayer con la señorita Úrsula?

—Tuvimos una larga conversación.

—Damián, ¿a qué juegas? Esa señorita no puede verse contigo a solas; si la sorprenden, la habrás arruinado para siempre, a ella y a su familia. No se lo merece.

—Tomé mis precauciones, y no fue un encuentro premeditado; simplemente no desperdiicé la suerte. En cambio, hoy será diferente: la he citado en el mismo lugar, y algo me dice que acudirá. Rehúye mi mirada, pero sé que en el fondo se siente bien en mi presencia.

—Has enloquecido, Damián. Te meterás en la boca del lobo. Corriste con suerte, pero esa quinta está fuertemente custodiada por los hombres del duque.

—Creo que, de haber algún problema, podría arreglármelas: Matías está a cargo de los vigilantes; es un liberto que he tenido la oportunidad de conocer gracias a Carlos Enrique. Me ha simpatizado, y yo a él. De seguro no me echará de cabeza.

—Danzas alrededor de una hoguera y cada vez te acercas peligrosamente más.

—No te preocupes por ese asunto que solo a mí me compete.

—Pero si tienes mujeres de sobra a tus pies... Y no me refiero a doña Catalina, quien no me gusta para ti. Reconozco que es una mujer hermosa que puede brindarte cierta compañía en lo que decides asentar cabeza, pero no es correcto. Hazle caso al padre Miguel; con tantas muchachas bonitas que hay en La Habana, escoge una de nuestra raza, una cuya familia no te desaire.

—No me siento menos que nadie.

—Y me llena de orgullo que seas así, pero temo que este mundo es demasiado cruel para nosotros. No quiero que sufras. Eres tan necio...

—Ya el padre Miguel ha dejado clara su postura ante este asunto y, al parecer, tú también, pero nada de eso me importa. Solo me interesa lo que diga ella; si me acepta, me enfrentaré al mundo.

—¿Te escuchas?

—Que mi padrino esté lleno de prejuicios lo entiendo: es blanco, pero tú, hermana mía, tienes la misma sangre que yo corriendo por tus venas. ¿Por qué te opones a nuestro amor?

—Porque es imposible. Me agrada la señorita y, en verdad, quisiera que pudieran estar juntos.

Aunque no se atreva a reconocerlo, sé que te aprecia y tú estás loco de amor. Me ilusiono al pensar que esos lazos prosperen, pero luego pongo los pies en la tierra y veo mucho sufrimiento si insistes y sigues adelante. Por mucho dinero que tengas, hay cosas a las que no podemos enfrentarnos.

—¿Quién lo dice?

—Hermano, has perdido la razón. Deja de pretender que eres como los blancos.

—Todos somos iguales.

—Deberías pensar más en ayudar a la gente que lo necesita; lo que haces en la clínica está bien. Liberaste a los esclavos domésticos y luego les diste trabajo. Ese era mi hermano; luego conociste a doña Catalina y te das unas ínfulas que no te corresponden. Ya ni buscas la forma de liberar a los de los cafetales.

—Las leyes no me permiten liberar en masa; bastante complicado ha sido, pero viven en condiciones favorables. Puedes ir y constatarlo con tus propios ojos si no estás convencida.

—Nuestra madre no te tuvo para que renegaras de tu raza. Ya no quiero seguir aparentando lo que no soy; me debo a mis raíces.

—Lamento no ser un dechado de virtudes a tus ojos y que no estés orgullosa de mí.

—No quise decir eso, hermano —susurró con tristeza.

—Ayer doña Suplicio mencionó algo que me removió los recuerdos; apareció el rostro de nuestra madre, intacto y muy nítido en mi mente. Su cara era puro amor. ¿Qué fue de ella? ¿Por qué no terminó de criarme? ¿La vendieron? —preguntó con el corazón apretado y, al ver cómo la palidez acentuaba los rasgos de su hermana, pensó lo peor—. ¿Murió?

—Damián, ¿a qué viene eso?

—El padre Miguel cree que está muerta. Está casi seguro, pero no puede confirmarlo. Tú nunca la mencionas, sin embargo, parece que doña Suplicio la tiene muy presente. La otra vez, mientras me quejaba de mi suerte por ser hijo de una esclava que no dudó en entregarse a su amo, la defendiste con tanto ahínco... Si fui injusto con ella, con mis palabras, quiero saberlo. ¿Por qué no puedo recordar más que destellos? Sus manos, su rostro, sus caricias.

—Hermano, no intentes remover viejas heridas.

—¿Heridas? Tengo derecho a saber. La última vez que estuvimos juntos, los hermanos vivíamos en el palacete del conde; luego me alejaron de ustedes. ¿Por qué, cuando volví a los trece años bajo la tutela de don Mateo, todos se habían marchado?

—Porque nos vendieron; eso fuimos para los Villavicencio: mercancía a la que dieron otro camino cuando comenzó a molestar.

—Pero los antiguos condes han tenido esclavos por muchos años que han vivido sirviéndoles toda su vida y siguen en el palacete o en los cafetales. ¿Por qué a ustedes?

—Lo siento, Damián, no estoy preparada para hablar del tema.

—¿Preparada? ¿Me desgasto a diario empleando tiempo y recursos para encontrar a mis hermanos y liberarlos de la esclavitud y tú no estás preparada? Si te estás guardando alguna



información que me haría llegar hasta ellos, no te lo perdonaré, Santa.

—A mí me vendieron primero; justo después de que te fuiste. La señora no soportaba mirarme.

—¿Por qué? —Algo estalló dentro de su mente dándole claridad y se respondió—: Le recordabas a nuestra madre. Eres idéntica a ella; no pudo soportarlo. ¡Oh, Santa! He crecido odiando a mis padres por todos los secretos que hay en torno a mi concepción. Necesito saber de dónde vengo; tal vez así aclararía mis sentidos.

—No me culpes de tus frustraciones, Damián. Tu madre fue una esclava que tuvo que sucumbir y yacer con el amo, quien tenía poder sobre ella; una historia que se ha repetido desde que existe la esclavitud. Tu padre es ese malnacido que se aprovechó de su belleza y de las cadenas que no le permitían ser libre. Eso es todo: una mujer sometida y un amo despótico.

Damián tomó la copa de vino de Rhin que tenía en la mano y la arrojó con violencia sobre el piso, lleno de rencor y de asco. Había crecido odiando a su madre por creer que había sido de cascos ligeros y que por lujuria se había entregado a su señor. Imaginar el hecho aborrecible gracias al que había sido procreado lo llenó de rabia hacia la mitad de sí mismo, esa que era oriunda del conde. Se golpeó intempestivamente el rostro con ambas manos para vengarse de su progenitor y para castigarse por cada blasfemia expulsada de sus labios contra su pobre madre. Logró asustar a Santa, quien se puso a gritar para calmarlo.

—¡Perdóname, hermano! ¡Sosiegate! Por eso no quería decirte: esta boca mía debió continuar sellada. Nunca más hablaré al respecto.

—¡Me odio! —afirmó—. ¡Me aborrezco tanto...! Seguro mi madre me detestaba porque le recordaba el horror sufrido con el conde. Júrame que no me abandonó porque le traía a la memoria el espanto.

—Ella te amaba; por supuesto que te quería como a cada uno de sus hijos. Tú mismo lo dijiste: su rostro es la imagen del amor.

Santa lo abrazó y lo llenó de besos en la frente y en las mejillas para demostrarle cuánto lo adoraba.

—¿Cómo puedes quererme? Soy fruto de quien arruinó a tu madre y deshonoró a tu padre.

—Porque ella me enseñó a amarte, porque te dejó en mis brazos y me suplicó que te protegiera con mi vida, a ti y a mis demás hermanos. El día que te arrancaron de mi lado fue el más triste de todos.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a mis hermanos?

—Cuando me vendieron, les dejé un beso a cada uno y les pedí que fueran valientes, que algún día los iba a recuperar, pero nunca pude regresar; solo tenía dieciséis años y estaba aterrada. No me perdono no haberle cumplido la promesa a nuestra madre.

—¿Y qué hicieron con ella?

—Te he prometido que no despegaría nuevamente los labios y cumpliré esta vez. No quiero ser responsable del dolor en tus ojos.

—Santa, por favor, di todo lo que sepas. Tal vez podemos rescatarla a ella también si continúa

viva. Don Mateo no ha encontrado rastros de la venta de nuestros hermanos, ni siquiera la tuya; las páginas del libro con el inventario correspondientes están arrancadas. Ha sido una suerte que Carlos Enrique del Alba te haya encontrado.

—No sé nada.

—Don Mateo desconoce ese asunto porque fue contratado por el conde mucho después. El padre Miguel debe saber; él tendrá que decirme, o conocerá lo más oscuro de mi alma.

—¿Y crees que te lo dirá sin más? Si hasta ahora no ha abierto la boca y le ha servido de tapadera al conde de sus pecados, por algo será.

—Tarde o temprano lo hará; me revelará la verdad.

Se puso de pie y caminó hacia los aposentos, donde aún seguía el suyo provisto con la mayoría de sus pertenencias, donde se resguardaba cuando necesitaba retirarse del mundo a pensar.

—¿Tomarás una siesta?

—Ordena que preparen un baño para mí y el traje gris oscuro que tanto me gusta.

—¿Qué pretendes, Damián?

—Tengo una cita con un ángel bondadoso y pretendo ser puntual.

## Capítulo 22

El corazón de Úrsula se le aceleraba mientras más se acercaba la hora; él le había prometido que volvería a burlar a los guardias para colarse en el inmenso jardín. Tembló solo de pensar que lo descubrieran, que lo agredieran. «¿Por qué tiene que ser tan políticamente incorrecto? ¿Por qué tiene que ser tan desafiante y tan arriesgado? ¿Acaso no le teme a nada?», pensó. Estaba decidida a no ir; incluso redactó una nota de su puño y letra que le daría a Juliana para que la llevara. Quería romper con aquella situación. Aún no sabía cómo el destino había jugado con ella, cómo había permitido que la esperanza se formara en el pecho de ese gallardo joven. Iba a tomar los hábitos; ya estaba decidido. Había desafiado a su madre con tal de conseguirlo. Aunque al final su camino se apartaba del original, se las arreglaría para disponer de sus fondos; lo que sobrara después de entregar la dote lo entregaría a sor Amalia para que resguardara a sus pobres enfermos. De esa forma, nadie tomaría decisiones por ella nunca más.

Se derrumbó de rodillas en el suelo de su habitación; dos lagrimones gruesos le hicieron trastabillar su seguridad. Pidió perdón mil veces sosteniendo su rosario; la culpa la remordía después de tantos juramentos hechos a Dios, luego de haberle desbordado su amor con tal de que su vida cumpliera su cometido. Solo de la mano del Señor podría hacer valer su palabra, su voluntad y cambiar su rumbo, el que se había propuesto torcer desde el día en que había entendido cuál era el papel de una dama en sociedad. Pero quería más, servir a su propia causa, contribuir a luchar contra el sufrimiento de otros seres humanos, ante lo que no podía quedar indiferente.

—Sé que hago lo correcto, no nací para amar, ni para enamorarme, sería una distracción en mi camino, me amarraría a un señor que terminaría por creerse mi dueño, no renunciaré a mi libertad. No caeré en esa trampa; el deseo es un vil fraude que nos seduce a las mujeres para luego dejarnos supeditadas a los caprichos de un hombre. No tengo y no tendré dueño —resolvió con firmeza.

Tomó la nota en sus manos y bajó en busca de Juliana; al llegar a la primera planta, divisó la tonalidad del cielo: era violácea, amenazaba tormenta. Menos aún debía abandonar la seguridad de la casa grande. Cerró los ojos y estrujó el papel entre sus manos mientras pensaba que incluso la naturaleza se oponía a aquel sentimiento que se estaba levantando entre los dos. Esperó unos minutos y resolvió dejarlo pasar; era mejor no enviarle la carta, o él se las arreglaría para buscar otra oportunidad. Decidió no acudir a la cita, golpearlo con su indiferencia, para que la repudiara

y la terminara de olvidar.

Un relámpago cortó el horizonte, y su resplandor explotó en su pecho. Tembló y siguió sus impulsos antes que una necesidad despiadada la aniquilara. Jamás sabría por qué lo resolvió a última hora, pero corrió y no se detuvo hasta llegar al jardín. Notó que era más tarde de lo acordado y temió que Damián ya se hubiera marchado. Al verlo se convenció de su error; no lo conocía en lo más mínimo. Él solía ser perseverante; permanecía sentado en el mismo banco que habían compartido la tarde anterior. La recibió con una mirada indescifrable; le extendió un príncipe negro, una rosa que estaba prohibida en ese jardín por orden expresa de su difunto padre, debido a la predisposición que le causaba a su hermana menor.

—Veo que no tienen rosas; pensé que esta se vería hermosa entre tus manos —afirmó poniéndose de pie e invitándola a sentarse.

Otro trueno se escuchó sobre sus cabezas, pero él no se inmutó. Úrsula olvidó su temor a las centellas; su mente estaba obnubilada. No tenía ojos para otra cosa que para esos labios gruesos terriblemente sensuales que le demandaban toda la atención. La adrenalina por el riesgo que estaba corriendo y los nervios desbordantes que sentía por tenerlo delante, pleno, seguro de sí mismo, reclamándosela al mundo, incluso a Dios, la hacía temblar.

—Esas flores están prohibidas en esta casa desde que mi hermana pequeña casi se muere por inhalar de una. Tendría que meterla a la casa de contrabando.

—Parece que tengo problemas con las cosas clandestinas: me persiguen.

—Si lo dice por mí, le recuerdo que está usted en mi propiedad. No he saltado los muros de su palacete.

—Usted gana; soy su siervo más devoto. Por eso he irrumpido en su morada como un ladrón; le aseguro que me sobran ganas de secuestrarla.

Dejaron de desafiarse con palabras y se sumieron de pronto en el silencio. Se preguntaba qué le respondería. Él estaba expectante, listo para la batalla; parecía que tenía un arsenal de frases ofensivas para hacerles frente a los desplantes de la señorita. Estaban solos, y la noche amenazaba con caer más temprano de lo acostumbrado por la tormenta que se avecinaba. Unas gotas gruesas cayeron del cielo, y rompieron con aquel momento de embeleso. Primero, una sobre el pétalo de la rosa; luego, otra sobre la mejilla de Úrsula y otra más sobre la tela de la hombrera de él, que parecía un duque vestido a la más exquisita moda inglesa. El cielo terminó de quebrarse, y la tormenta se desbordó amenazando con empaparlos si no corrían a guarecerse. Ella, sin pensarlo dos veces, le tomó la mano y lo condujo con pasos acelerados hasta el viejo y olvidado cenador del centro del jardín, de fuertes postes, techo cerrado y espesa enredadera que trepaba en todas direcciones, lo que lo hacía casi inaccesible.

Con ayuda de Damián, que empujó su amplia falda, logró colarse por entre la maleza. Él, magnánimo, le siguió detrás. Úrsula se sintió en un mal sueño; hasta hacía minutos estaba quejándose de su suerte y se sorprendió por el capricho del destino. La tormenta arreció, y la cortina de agua en los seis lados del cenador los apartó del mundo. Intentó abrir la boca y él la

tomó por la cintura, apoderándose de sus labios sin siquiera dejarle tomar aire para respirar. Se perdió en un beso interminable, largo muy largo, que empezó dulce, continuó apasionado y terminó embravecido. La primera vez que había sido besada por un hombre en los labios. Se separó de golpe, recobrándose de sí misma. Lo miró inusualmente; iba a reclamarle por su atrevimiento, pero no pudo. Ya no sería la misma; nunca podría recuperarse de aquel beso; le cambió la vida para siempre. Intentó alejarse, correr, atravesar la cortina espesa de agua. Él no se lo permitió; la tomó en sus brazos, la elevó por los aires, cuan largo era, y la hizo aterrizar sobre su fuerte pecho. La embriagó con su mirada poderosa, convenciéndola de que era suya para siempre y volvió a besarla.

—Deja de luchar, pequeña —le susurró sin pudor, sin respeto, tuteándola como si la conociera, como si tuviera derecho sobre ella y siguió invadiendo su boca.

—Esto es imposible —emitió recuperando el aliento entre cada avanzada.

—No me importa; mientras tus labios respondan ante mí con la misma fuerza y con el mismo deseo, nadie podrá apartarte de mi lado.

—Mi familia no lo aceptará —musitó sobre los labios voluptuosos, con las frentes pegadas una contra la otra.

—No me intimidan. Si me sigues mirando así, jamás podré abandonarte.

—Esto, Damián, es una locura.

—No lo rebato, estoy loco por ti.

—Nos haremos daño, es una pesadilla.

—Es amor, mírame, ni siquiera tiemblo. No tengo miedo. Eres lo que quiero, la única que logra sosegarme y concederme este lapso de calma. Tus brazos son mi hogar, Úrsula, uno que nunca había conocido. Si me dices que no te sientes igual, si me aseguras que tu corazón no alberga sentimientos por mí, podría renunciar a ti, pero mi herida quedará latente. Estaré condenado a muerte desangrándome, y ese será mi fin.

—No quiero que te mueras —murmuró tiritando, ahogando un suspiro y aceptando que sus destinos estaban entrelazados.

La pegó más a su cuerpo, y a ella la invadió un calor que jamás había sentido. Lo deseó cada vez más cerca de su piel; se aventuró a acariciar su cuello, a recorrer sus facciones y él volvió a besarla desesperadamente, sin poder creer que aquella tarde su más ansiado deseo se hacía realidad.

—Y yo quiero vivir para ti, contigo.

—No podemos, Damián. Nadie lo aceptará.

—Tú eliges, Úrsula; no te he dicho que será fácil pero, si me quieres, me tomarás de la mano y no me soltarás.

—Este amor está maldito.

—Está bendito; para mí es la mayor bendición. Cuando estoy contigo, soy la mejor versión de mí mismo; dejo atrás el rencor, la ira y solo tengo espacio en mi mente para amarte. Déjame

buscar una salida para los dos, una donde no puedan separarnos.

—No permitiré que corrompas mi alma; no me escaparé contigo como una mujerzuela para entregarte mi cuerpo.

—Ni siquiera te lo he pedido. Si deseara tomar tu virtud, no tendríamos que correr lejos de los nuestros; ahora mismo, si quisiera, podría hacerte mía.

—Solo tienes cabeza para la lujuria.

—No es pecado desearte.

—Por supuesto que sí.

—¿Entonces no correspondes a mis ganas?

Le deslizó los labios por el níveo cuello y le depositó un casto beso sobre este. Ella trepidó; aquella caricia la desarmó por dentro. Dejó sus músculos laxos; la hizo tragarse sus palabras. «¡Dios mío cómo lo deseo, ahora mismo, dame fuerzas para no sucumbir, para no exigirle que me lance al piso y me haga suya!», pensó. Ya no importaba qué nivel de pecado implicaba su necesidad; se aproximó aún más a su pecho y se dejó sostener con más fuerza por sus musculosos brazos.

—Te suplico que no corrompas mi alma —pidió temblando, con la poca fuerza de voluntad que le quedaba, mientras él, complacido por su respuesta, la devoraba a besos—. Por favor.

Damián frenó y la depositó en el suelo; cuando sus pies tocaron el piso, Úrsula sintió que aquel cenador le daba vueltas. Él la sostuvo por el talle para darle estabilidad y se inclinó para quedar a la altura de sus ojos. Le susurró muy cerca:

—Déjame hacerte la corte.

—Me has tendido una emboscada; has robado mis besos y tocado mi cuerpo de mil formas indecentes, ¿y ahora pretendes hacerme la corte?

—Hablaré con Carlos Enrique; le pediré que interceda ante Su Excelencia, tu cuñado, para que me permita cortejarte.

—Hugo no tiene ninguna autoridad sobre mí; él no me dirá a quién desposar. Mis decisiones las tomaré libremente; es a mí a quien tienes que esforzarte por agradar.

—Te equivocas; las leyes son muy duras para dos personas de razas distintas que se quieren. Requerimos a tu familia de nuestro lado; solo así podremos tener las licencias necesarias. Puedo acudir ante tu madre; te quiero bien, Úrsula.

—Ni mi madre ni Hugo nos darán su bendición. Mi madre quiere que me case, pero pondría el grito en el cielo si se entera de que me pretendes. Y Hugo es un cuñado bastante celoso; se toma muy en serio la responsabilidad que le dejó mi padre. Ningún pretendiente será suficiente para desposarme a mí o a Altagracia.

—Me obligarás a raptarte —zanjó acercando sus labios a los suyos.

—Antes de darte mi permiso para proseguir, hay puntos que necesito aclarar. ¿Cuáles son tus intenciones?

—Quiero hacerte mi esposa.

—No imagino en este mundo cabida para nosotros.

—Por supuesto que la hay.

—¿Qué pasará con esa mujer? —preguntó ella mirándolo a los ojos.

—¿De quién hablas? —inquirió tragando en seco.

—Doña Catalina Alcántara.

—¿Cómo conoces ese detalle?

—Yo también te he estado observando, Damián Villavicencio. Si lo vamos a intentar, la quiero lejos de tu vida, a ella y a cualquier otra que se haya atrevido a cruzarse en tu camino.

—¿Estás aceptando que te haga la corte, aun sin el permiso de tu familia?

—Creo que ese paso ya te lo has saltado.

—¿Me quieres?

—Aún no me respondes.

—Nada me atará a mi pasado; romperé vínculo con cualquier dama que haya visitado.

—¿Estás seguro de que no te olvidarás de mí con igual ligereza?

—Puedes ponerme a prueba.

—La tormenta está parando; tengo que acudir puntualmente a la cena, o mi madre comenzará a preocuparse. No quiero que te encuentren.

—Aún no me dices si me quieres.

—Te ofreciste para que te ponga a prueba y es lo que pretendo hacer. Eres el único al que he entregado mi corazón; no me defraudes; estoy renunciando a todo lo que quería, porque creo que mi futuro eres tú.

—No te decepcionaré.

—Estoy segura de que no; ahora corre y escúrrete antes que termine de escampar. Los hombres deben estar guarecidos.

—Mañana a la misma hora.

—De acuerdo —asintió sonriendo ante la mirada irreverente de su amado.

## Capítulo 23

Miró a un lado y a otro, para cerciorarse de que nadie la había pillado en su escapada; subió los escaloncitos de dos en dos y se coló por la puerta trasera. Se alisó el vestido y, confiada en que aún le quedaba tiempo, corrió a su habitación con la intención de prepararse para la cena. Una voz de mujer le hizo dar un brinco.

—Los bajos de tu falda están manchados de lodo.

Se quedó paralizada al ver a su madre; rogó por que sus labios no estuvieran demasiado rojos por la pasión con la que habían sido azotados.

—Iba a cambiarme para la cena —dijo sin formular una explicación.

—Te estás tardando; he invitado al padre Miguel a cenar y ya debe estar por arribar. También vendrá Carlos Enrique. Iba a supervisar que todo marchase bien en la cocina. Aguardaremos por ti en el antecomedor; no tardes.

—Por supuesto, cuente con ello.

Y, antes de desaparecer hacia los pisos nobles, su madre la volvió a detener.

—Úrsula, aún no me dices cómo te has manchado el vestido.

—Salí a tomar el fresco.

—¿Sin tu perro? Es raro. No te despegas de ese saco de pulgas.

—Vi que el tiempo estaba gris. No quise que se mojara si me sorprendía la lluvia y que su pelo terminara hecho un desastre.

—Y te aventuraste por una flor —apuntó y levantó la rosa que tenía escondida entre los pliegues del vestido—. Eso está prohibido en esta casa.

—La encontré tirada en el pórtico; tal vez algún esclavo la trajo de intramuros y luego recordó que no se podía en la quinta y la habrá desechado.

—No me mentirías, ¿o sí? —examinó levantándole el rostro con el abanico cerrado para estudiarlo como solía hacer.

—¡Madre! ¿Por qué me pregunta eso?

—Sigue, no sé lo que te traes, pero nada de lo que hagas hará que entres antes al convento.

La salvó que su madre no imaginaba que podía sentir amor por un caballero.

El padre Miguel aún se recuperaba de la impresión que le causó sorprender a Damián saliendo de la quinta a hurtadillas con el rostro iluminado, sin rastros de la ira con que le había reclamado



por respuestas que no podía satisfacer. Tuvo la precaución de que el joven no notara que lo había descubierto. Tomó asiento y, tras los anuncios parroquiales y cortesías acostumbrados, preguntó con cautela, mientras degustaba un tónico:

—¿Recibió hoy otras visitas, Su Excelencia?

—No, padre.

—¿Cómo ha estado el día en la quinta?

—Aunque no dejamos de recibir invitaciones, estamos un poco retiradas de la vida social.

—Infortunadamente: usted daba las mejores tertulias de los alrededores —señaló disimulando que había notado la salida escurridiza de Damián Villavicencio, lo que lo dejó sumamente alarmado, más después de las revelaciones que el joven le había hecho muy temprano. Recordó que Úrsula y él se conocían de la clínica. Rememoró el incidente con doña Suplicio, donde la señorita Úrsula había acudido a pesar de saber que no era apropiado. Reprimió las ganas de persignarse y pedir al cielo estar equivocado, para no despertar las sospechas de su anfitriona—. ¿Y su hija nos acompañará?

—Por supuesto, ya pronto estará con nosotros, igual que don Carlos.

—¿Y qué ha pensado sobre la situación de ella? Ya tiene veintitrés años. La entrada al convento es urgente, si desea que su familia mantenga el honor, su nombre y su rango en sociedad.

—Sigo pensando que Úrsula debería casarse, como María Teresa.

—Sus posibilidades de matrimonio se reducen cada día; además, ella vivirá sin penalidades excesivas gracias a su patrimonio.

—Gracias a las licencias de la Abadesa y a las autoridades eclesiásticas, ya lo ha explicado usted, pero ese testamento que tendrá que firmar para hacerse monja donde declara su muerte civil, ¿dará cuenta de esas licencias?

—Por supuesto, en vez de angustiarse, debería estar gozosa de saber que su hija intercederá en un claustro mediante sus oraciones por la salvación espiritual de su familia.

—Me preocupa la calidad de vida de la hija de un marqués; sé de buena fuente que la comodidad en un convento para una monja de velo negro está cambiando, y con mucho ímpetu. Escuché que la vida en común será una regla para todas; el arzobispo lo ha dispuesto y los votos deberán cumplirse al pie de la letra.

—Yo que usted no me preocuparía, Úrsula es toda bondad y santidad; a ella el lujo es lo que menos la ocupa.

—Lo sé, me lo ha dejado claro; soy yo la que no lo acepta. Con tal de retenerla, la alejé de lo que la hace feliz. Ella quería ser monja de las que dan la mano al desposeído, así como su máxima inspiración, sor Amalia, y mi amenaza de convertirla en monja de claustro la ha empujado a acceder a encerrarse. Mis otras dos hijas y mi yerno me reclamarán por no darle alternativas. Carlos Enrique del Alba ya no nos visita con tanta frecuencia. Me ha manifestado que no está de acuerdo, que mi imposición ha terminado por exacerbar la rebeldía en Úrsula con tal de desafiarme; es un milagro que haya aceptado asistir hoy. Estuve a punto de admitir en la quinta a

su esposa; por suerte no fue necesario.

—Debió hacerlo; el tiempo todo lo cura, y doña Carmelita ha limpiado su imagen con creces. Pensé que don Carlos no levantaría cabeza después de tantos tropiezos: primero corromper a la joven, abandonarla y manchar con ello su honorabilidad, pero Dios le ha dado un soplo de luz para que recurvara en sus intenciones y reparara su honor y el de su esposa.

—Sé que nuestro amigo y su mujer han recibido otras invitaciones y me alegro por él, pero la reputación de esta casa ha sido difícil salvaguardarla con tantos embates; no he querido sumar ese hecho al repertorio.

—Con más razón debería abrirle las puertas a doña Carmelita. Usted es allegada al señor del Alba: que no se diga que otras familias le han tomado la delantera: lo ofenderá.

—Más de lo que ya lo he disgustado y, sin embargo, por lealtad a mi yerno, vela por nosotras.

—Por fidelidad a todos los Morell y por su noble corazón. Ahora lo que urge es definir el destino de la señorita Úrsula: matrimonio o convento, que está a poquísimos años de quedar solterona, y será más difícil proteger su respetabilidad. Una hija de familia debe casarse o tomar los votos.

—Lo sé, pero la veo morir por dentro cada vez que le exijo el encierro absoluto.

—Pues decida, Su Excelencia pero, si desea mantener el honor de su familia a flote, en este instante yo accedería por la seguridad que ofrece el claustro más estricto; solo así podrá resguardar la castidad de su hija, ahora que el pecado la ronda.

—¿De qué pecado habla, padre? Mi hija es casi una santa.

—Es un decir, una señorita de familia soltera a esa edad no es bien visto.

—Y yo tengo dos.

—Deje de ser un obstáculo y permita que su hija tome los hábitos. Ahora que el arzobispo está abogando por que se respete el encierro con todas sus restricciones, será lo mejor. Garantizará el buen nombre de su hija y su familia.

—No me alarme, padre. Confío en Úrsula. Ningún varón la hará titubear; si sus padres no la hemos convencido de lo contrario...

—Mis años de confesor no son en vano; he visto a mujeres abnegadas caer ante diversas tentaciones.

—Mi Úrsula no.

—De igual modo debería escribirle a su madre para que mueva los hilos necesarios y busque un buen partido para Altagracia. Los años se siguen acumulando, y en esas tierras donde ahora mora es difícil encontrar un católico devoto.

—Padre, ni me lo recuerde, que he pensado seriamente resolver la situación de Úrsula para irme a ocupar en persona de la mayor, y esa sí que es de cuidado. Altagracia es la más impetuosa de las tres.

—La mujer debe ser a la imagen mariana: castidad y obediencia.

—Es que mis hijas han sido mi mayor bendición y a la vez mi cruz.

—Pues entonces rece, hija mía, porque lo va a necesitar.

La llegada del señor del Alba coincidió con la de Úrsula y, viendo la hora, se dignaron a pasar al comedor, que estaba cerca del antecomedor y de la sala de recibir. Se acercaron a la larga mesa que había sido mandada a construir para recibir a una familia extensa y tomaron asiento en las robustas sillas de caoba con piñas talladas por el más afanoso ebanista. Dicho motivo, que hacía alusión a lo caribeño, también se extendía a la decoración de las rinconeras atestadas de vajilla francesa y al imponente aparador donde reposaban algunas fuentes rebosantes de comida. Mientras servían los entremeses y el sacerdote y la madre de familia compartían miradas cómplices, el invitado trató de sacar a relucir el tema.

—¿Y para cuándo ha pensado la señorita tomar los hábitos? ¿Qué han conversado con la abadesa del convento de Santa Clara? —insistió el religioso.

—Por mi hija, ahora mismo de ser posible; ella está ansiosa por convertirse en novicia. Solo la retiene el hecho de dejar a su madre sola. Pensábamos que fuera pronto, pero al parecer Su Excelencia, que ahora también es duque, no ha podido desprenderse de sus obligaciones al otro lado del mar para venir y acompañarnos en este acontecimiento.

—Bendito sea Su Excelencia y cada uno de los privilegios recibidos de la mano de Dios —intervino el cura.

Una risita se le escapó a Carlos Enrique de los labios, al imaginar la picardía con que recibiría Hugo aquellos halagos, cuando hasta ayer era su amigo de correrías, al que le costó lo suyo sentar cabeza.

—Casi no le he visto últimamente —le dijo la señora a Carlos Enrique para corregirlo.

—He estado muy ocupado; hemos recibido muchas invitaciones mi querida Carmelita y yo. —Hizo hincapié en la admisión de su esposa de nuevo en sociedad.

La marquesa carraspeó.

—Ha llegado a mis oídos.

—¿Y me censura?

—Al contrario, lo felicito y me disculpo por no tomar la delantera; he estado muy retirada de la vida social. He sido egoísta al pensar solo en mis preocupaciones; debí apoyarles en ese trago amargo. Todos en algún momento hemos estado en el ojo del huracán.

—No se angustie, le agradezco sus palabras —dijo mirándola incrédulo; la marquesa se había ablandado con los años, pero no lo suficiente. Daba el mérito de su lasitud a Hugo y a todas las reformas con las que la había abrumado. A eso, o a que su amigo tenía el poder del destino del patrimonio Morell en sus manos, y a la señora no le quedaba más que sucumbir—. Ahora nos estamos preparando para el baile de su ilustrísima Agustina Montemayor.

—Me ha llegado la invitación —agregó la dama.

—Debería aceptar alguna; le mejoraría el semblante —mencionó el sacerdote—. Yo mismo he sido invitado y pienso acudir.

—¿Saben si estará su primo, el terrateniente de provincia? —preguntó la dama.

—Tengo entendido que sí; continúa en la región. Es de todos sabido que ha venido para encontrar una esposa entre tanta joven casadera de buena familia —aclaró el religioso.

—¿Y ha tenido suerte ese distinguido caballero? Lo conocí en un almuerzo que dio la condesa y me pareció encantador. Toda joven en edad de asegurar un buen compromiso debería tomarlo en cuenta —reafirmó la marquesa.

—Más de una acudirá a ese baile con el deseo de ser la elegida; sé de buena fuente que el primo es muy selecto en su gusto y que hasta ahora no se ha inclinado por ninguna señorita. Ha acudido a la iglesia a presentar sus respetos y es muy dadivoso. ¿Usted acudirá, Su Excelencia?

—Sin la compañía de Úrsula, no me sentiré cómoda.

—Debería ir, madre —mencionó su hija—. No estoy de ánimo para bailes; sabe que no los disfruto tanto como usted.

—Me ofrezco a hacerle compañía y a no dejarla sola ni un minuto, excelencia. Sin embargo, dudo de que le falte compañía; es usted muy estimada entre sus amistades. El padre Miguel también asistirá —se ofreció Carlos Enrique.

—Tendré que meditarlo.

—Pienso que la señorita Úrsula también debería acudir; la fiesta es útil para alegrar el corazón —comentó el caballero.

Úrsula sonrió a la par que negaba con la cabeza, mientras el señor del Alba la impulsaba a asistir y el sacerdote retornaba la conversación del inicio sobre la entrada al convento.

—Hija mía, el tiempo apremia, y la decisión debe ser tomada.

—Usted tiene razón, padre —sentenció la madre—. Diferente sería si Úrsula acudiera al baile e intentara conocer al terrateniente, ¿qué tal?, y sea la elegida por el gentilhomme. Incluso, imaginen si tuviéramos la dicha de que fuera él quien tocara de una vez su corazón. Sería como cuento de hadas.

—Usted no deja de soñar, excelencia —señaló ufano Carlos Enrique—. No creo que exista varón capaz de causar tal efecto en mi querida Úrsula; ninguno ha tenido cualidades dignas para esos ojos tan exigentes.

La cena transcurrió su curso desde el primero hasta el último plato, con la sobremesa y demás atenciones hasta la despedida. Antes de que cada uno tomara su respectivo medio para transportarse, el padre Miguel, ya sin poder aguantar, habló:

—¿Sabe usted si Damián Villavicencio tiene negocios con los Morell que hayan exigido su presencia en la quinta durante la tarde?

—Damián no me consulta cada paso que da en sus negocios, pero no, no sé de tratos al respecto. ¿Usted lo vio abandonar la quinta el día de hoy?

—Así como lo escucha.

—¿Por qué no le preguntó a su excelencia?

—La prudencia me detuvo; no quise causar un sufrimiento mayor.

—No entiendo lo que insinúa.

—Tal vez debería estar más pendiente de la damisela cuyo honor le ha encargado encarecidamente su hermano del alma; moriría usted de la vergüenza si la chica le viera la cara de tonto. Y debería estar más al pendiente de su protegido, de quien ha insistido en ser mentor y cuyos consejos, más que acercarlo al recato, lo han llevado a aventurarse de falda en falda.

—¿Me culpa de sus suposiciones? No me responsabilice si Damián se le está escapando de sus manos. No olvide que es su ahijado y que lo educó. En todo caso, a usted le reclamarán por haber fallado al tratar de conducirlo por el camino de la prudencia.

—Trabajo que usted me dificulta; no le bastó con endilgarle a doña Catalina Alcántara. Ahora pretende que hunda el buen nombre de la familia Morell.

—Lo de doña Catalina ha sido un mal necesario; su ahijado es hombre por cuyas venas corre un deseo que debe ser canalizado.

—Sé de buena fuente que doña Catalina no ha sido suficiente para calmar su concupiscencia.

—Padre, a veces me asusta cuán informado suele estar.

—Dos ojos, dos oídos y una boca me ha dado Dios para cuidar a mi rebaño. Mientras yo le aconsejaba a Damián que buscara a una esposa decente que mantuviera a todos los pecados a raya, usted fue más allá y lo ha conducido por el valle de la perdición, pero mi ahijado es hombre y tras el matrimonio se suelen olvidar sus afrentas. Quien me preocupa ahora es la señorita Úrsula.

—No debería; confío en Úrsula ciegamente y también en Damián. Él sabe que esa niña es mi responsabilidad y sería incapaz de siquiera mirarla a los ojos.

—Me cree iluso.

—Debe existir una explicación para su visita a la quinta; permítame descubrirla y hacerme cargo de la situación.

—No espero menos. Conmigo ese muchacho prefiere guardar sus asuntos en secreto, tal vez a recomendación de su nuevo mentor.

—Jamás le he aconsejado alejarse de su protección, todo lo contrario.

—Le ofrezco un dato que quizá le robe el sueño esta noche. Damián me ha pedido que lo ilumine con los pasos a seguir para cortejar a una dama, a una de cuna noble.

—¡Jesús bendito! ¿De qué habla, padre? —preguntó nervioso.

—De lo que acaba de oír. Parece que su protegido también se le está escapando de las manos.

## Capítulo 24

La siguiente tarde la lluvia no ofreció resguardo de los peligros que pudieran acechar; de igual forma los amantes acudieron al encuentro. Ella temblaba de pies a cabeza, pero nada impidió que se arriesgara por unos minutos a solas con él, donde su mirada turquesa le ofrecía protección. Sus ojos a su lado tomaban la misma tonalidad del mar caribeño donde el límite entre el azul y el verde se perdía. Él, con una seguridad que se desbordaba por sus poros, embebido de la pasión más fulminante que había sentido, la que no podía y no quería disimular. Úrsula llegaba para apaciguar su corazón; tenía el efecto de un opiáceo en su cuerpo.

—¿Estoy soñando o estoy despierto? No puedo creer que por tercera vez estemos aquí, en este jardín que se ha vuelto nuestro refugio.

Con cautela, ella lo siguió derecho al cenador. Una vez dentro, él le depositó en sus manos la cajita del abanico de concha nácar. La damisela le agradeció con una sonrisa y le aseguró:

—Es más hermoso que el anterior.

—Eso intenté al reparar el daño; no podía permitir que el calor te abrasara sin que pudieras refrescarte.

—¿Qué quieres de mí, Damián? Yo no sé si pueda ofrecerte lo que necesitas.

—Quiero todo —dijo tomando su mano y besándola.

—Esto que hacemos no está bien, vernos a escondidas. Si nos encuentran, estaré perdida, arruinada para siempre y aún tengo una hermana sin desposar.

—¿Y qué crees que hago aquí, escondido entre estas enredaderas? ¿Piensas que vengo tan solo con la intención de comprometer tu honor?

—Toda mi vida me han prevenido de los hombres que se aprovechan de la ingenuidad de las muchachas y luego huyen dejándolas con su vergüenza. No será mi caso, no permitiré que me pierdas. ¡Jesús! Ni siquiera sé cómo he traspasado todos los límites. Me desconozco.

—Me ofendes, no quiero corromperte y huir. ¿Por quién me tomas? Jamás he poseído a una virgen, nunca. Prefiero mujeres experimentadas que no sean una carga y cuya familia luego no me esté dando el trasto.

—¡Damián! —espetó ofendida—. Vuelves a perder tus modales, me insultas por partida doble y al resto de las féminas. No soy experimentada y soy justo como esas de las que te quieres librar.

—¡No, no, no! Me sacas de quicio; a veces ni sé lo que digo con tal de darte un poco de

seguridad. Eso era antes, cuando solo buscaba placer.

—Tampoco quiero que seas tan explícito al respecto.

—Te amo entera; cada pequeña parte de ti, tus manos, tus labios temblorosos, tus ojos demandantes, tu expresión de incordio cuando no soy lo suficiente pudoroso. Úrsula, te diría que confiaras, ciegamente, pero no es menos cierto de lo que te han tratado de guardar. Es verdad que hay hombres que no se tocan el corazón para robar la primera fragancia de una florecilla. No te pediré que te fies ni que me veas diferente, te lo probaré.

Damián le depositó un beso cálido en la frente, y ella sintió la sedosidad de aquellos labios sobre su nívea piel; cerró los ojos y se refugió en sus brazos.

—Tenemos que parar —le susurró, y su aliento le acarició el cuello. Él se estremeció con aquella suave brisa como jamás lo había hecho; no era un simple deseo carnal; era algo más poderoso, que amenazaba con despedazarlo si no la tenía en adelante.

—No importa lo que haga o a lo que me tenga que enfrentar; si me aceptas, serás mía para siempre —sentenció.

Colocó una rodilla en el suelo y sin soltarla, mirándola a los ojos y desarmándola por dentro, le suplicó:

—Cásate conmigo.

—¿Yo?

—Quiero que, si estás segura de lo que sientes, mires a tu madre a los ojos y le digas que ya no quieres tomar los hábitos. Será el primer paso.

—Se preguntará el motivo; querrá buscarme un pretendiente. Arde en deseos de emparejarme con un varón que me despose y haga realidad su sueño. Aun viéndome casi novicia, sigue analizando prospectos.

—Sé que no soy el candidato idóneo para ella, que no bastará mi fortuna; pesará más que soy un bastardo de sangre impura —insinuó colmado de rencor.

Ella lo tomó de la mano, le pidió levantarse y se refugió en sus brazos; aquellos la contuvieron como ninguno. Solo entonces fue consciente del sentimiento que la invadía; quería poseerlo y pertenecerle. No le importó que el pecado se apoderara de su alma por aquel deseo que la dejaba sin aliento. No lo podía creer: aquel hombre la miraba como el manjar más succulento, como si nada pudiera apartarla de su lado, como si estuviera a punto de dar la vida para protegerla y hacerla sonreír. Su cuerpo lleno de músculos duros como rocas, sus ojos verdeazulados, sus mejillas ligeramente sonrosadas y aquella mandíbula sensual que se contraía para asegurarle que sería su ángel guardián despertaban en ella sensaciones inimaginables. Amor, amor, era eso. Los cortos meses que habían transcurrido desde que lo había conocido eran la prueba contundente. No podía retomar sus planes: Damián era su camino.

—Eres el único candidato que me importa. Adoraría ser tu esposa —afirmó.

Damián le levantó la barbilla y le depositó un beso tímido en los labios pero, al ver que ella no se despegaba, la alzó por el talle hasta su pecho:

—Aquí te quedarás para siempre; serás la reina de mis posesiones, de mi vida entera. Te amo, Úrsula.

La probó con ansias, la acarició demostrándole en cada toque lo que le hacía sentir en sus entrañas y ella se quedó perpleja por todo lo que se había perdido; hasta ese día entendió lo que un hombre podía hacerle sentir a una mujer mientras la besaba y la acariciaba sin reservas. Sintió que se ahogaba; los calores la recorrieron completa, como si cayera en un abismo de lava ardiente que dejaba su cuerpo laxo. Conoció el deseo por primera vez, uno rotundo que al principio le dio temor, pero del que no podía librarse; deseaba incursionar más en el aquel cúmulo de estremecimientos. Cada sensación que la recorría era desconocida, abrumadora, sofocante. Siguió cayendo, desmadejada, como poseída, hasta que entreabrió los ojos y admiró al seductor varón que la tomaba con fuerza entre sus brazos, regresándola a la Tierra.

La pegó más a su cuerpo y empujó su pelvis contra la de ella; no importaba que la indumentaria de cada uno fuera un obstáculo cuantioso entre los dos. No se libró de la embestida; algo le susurró en la mente que comenzaba a traspasar la última frontera, la del no retorno. Damián le murmuró su nombre en el oído, y el sonido de voz modulado por las ganas de poseerla hizo que se le sacudiera el bajo vientre y los músculos que protegían las costillas. Fuerte, muy fuerte. Trepidió vencida de placer, uno al que intentó oponerse al recordar las historias con las que había crecido, esas que tenían la finalidad de obligarla a proteger su virtud; debía cuidarse del ladrón que con palabras bonitas amenazara con robar su bien máspreciado. Sus enseñanzas tendrían que espabilarla para que protegiera su virginidad. Él le tomó la retaguardia con ambas manos y la empujó hacia sí mientras volvía a arremeter dulcemente; sobrevino otra oleada de goce que Úrsula no podía frenar. Con el último aliento que le quedaba, la muchacha logró emitir una frase ahogada.

—Para, para —le suplicó mientras aspiraba con fuerza antes que la falta de oxígeno la hiciera desfallecer.

—Perdón —habló al comprender que se había aventurado más lejos de lo que la señorita podría soportar. Reparó en la cortina de enredaderas y en la hosquedad del sitio, y volvió a sonreír.

Úrsula se perdió en aquella sonrisa; recordó el día en que lo conoció, en que lloraba y reía por haber encontrado a su hermana, y le vino a la mente su sonrisa indecente, la que podía hacer girar hasta a la señorita más recatada. Damián era hermoso, tal vez demasiado, hasta cierto punto exótico y para colmo impúdico, tal como el sonido de su risa, esa que muy pocas veces había podido disfrutar porque prefería refugiarse tras su mirada taciturna.

—¿Qué te hace carcajearte?

—Casi no pude detenerme y te prometí todo lo contrario. Tendremos que apresurar nuestros planes de boda; no quiero que pierdas los estribos y termines suplicándome que te haga mía.

Ofendida, tomó el abanico de concha nácar cerrado y le pegó en el pecho. Él continuó mofándose de cómo ella había sucumbido ante los placeres carnales que le había prodigado, luego



de su empecinada negativa.

—No sabes ser gentil ante una dama; ni siquiera delante de la que juras que pretendes desposar.

—Jamás te pediré que te entregues a mí si no lo ansías.

—No quiero ir al Infierno, así que será mejor que pensemos en una solución para que de una vez me cortejes como debe ser y dejes de entrar a hurtadillas en la quinta.

—He trazado un plan.

—Ilumíname.

—No suelo ser hombre de fiesta, cenas ni tertulias. De vez en cuando me vi arrastrado a celebraciones por don Mateo, no como aquellas a las que acostumbras. Una que otra celebración para la clase humilde, donde blancos y mestizos olvidan por unas horas sus diferencias y conviven.

—¿Pretendes invitarme a un baile?

—No es lo mío y hacer las figuras de la contradanza u otra pieza más rebuscada menos — aseveró con mirada taciturna—, pero es parte del cortejo.

—Aprendí las danzas a regañadientes; mis hermanas son más duchas que yo en esa materia y más aficionadas a la diversión.

—Su ilustrísima Agustina Montemayor dará un baile épico pronto; la burguesía me tolera, pero la nobleza me repele, más por usurpar la herencia de un conde que en vida fue profusamente respetado; sin embargo, ciertos negocios son tan jugosos que sus dueños, quienes tienen trato conmigo, han preferido cerrar los ojos y continuar con nuestras empresas. Es así cómo la antes mencionada dama se ha dignado a invitarme para mi sorpresa. Sé que espera que no acuda; seguro ya se informó que jamás he correspondido a ese tipo de convites; lo hizo por cortesía. Sería la ocasión perfecta para dar un paso adelante; tendremos que hacerlo si pretendemos que tu familia acepte mi petición.

—Te confieso que odio la idea.

—Tendremos que sacrificarnos.

—Mi madre mencionó el tan mentado baile, pero sus intenciones son ponerme en la mira del primo de la condesa.

—Quien seguro puede presumir de su pureza de sangre.

—La gente de mi condición es muy dura y llena de prejuicios. No sé si me atreva a tomar tu mano en público si, por ejemplo, me pidieras una pieza. Damián, te quiero, pero esto es tan difícil que no sé por dónde empezar.

—No te ruborices por tus temores, pero si me quieres tendrás que enfrentarlos. No me avergüenzo de lo que soy y puedo darte tiempo para que lo asimiles.

—Perdóname, he sido tan prejuiciosa como ellos por dejarme arrastrar por las miradas que todavía no han recaído sobre mí y por los rumores que sobrevendrán si la hija de un difunto marqués se atreve a bailar con...

—El bastardo hijo de una esclava.

—No, Damián, no hables más así en mi presencia.

—Ya no me produce dolor, ni humillación. Soy consciente de mi origen y he decidido que no me avergonzaré de ello. Represento el progreso. Sé que soy el futuro y, si te casas conmigo, debes saber que tendremos hijos legítimos pero que no podrán demostrar la pureza de su sangre. Quiero que, si das ese paso, te sientas orgullosa de cada uno, como yo lo estaré.

—Te amo y no permitiré que me separen de ti.

—No tenemos que bailar; bastará con que alguien me presente ante tu madre. Carlos Enrique del Alba sabe de la invitación y me ha insistido en que asista; claro que desconoce que ahora estamos juntos.

—Valioso mentor te has buscado; no sé si apoye lo nuestro. Esa recepción será mi tormento.

—Inténtalo. No siempre podré escalar la verja y colarme al jardín.

—Lo haré.

## Capítulo 25

La cara de Damián era de júbilo; iba orgulloso caminando cuando logró burlar el peligro de los vigilantes de la quinta. En su mirada desfilaban varias imágenes, todas coronadas por el triunfo de haber logrado lo más importante: ella lo quería. Se sentía dichoso por no haber dudado, haber dado el paso al frente y haberse lanzado a conquistarla, cuando una mano lo sostuvo por detrás de uno de sus hombros. Se giró decidido a golpear a quien había osado retenerlo; primero pensó en la posibilidad de un asaltante, luego en que uno de los guardias de la quinta lo había visto y lo había seguido. Detuvo su puño justo antes de estamparlo contra el rostro de su mentor. No necesitaba que le explicara con comas y puntos: solía tener buen instinto.

—¿Qué diablos haces escabulléndote de la quinta de los Morell como un vulgar ladrón? Conociendo tus intereses, esos mismos que en algún momento me compartiste, deduzco qué es lo que te interesa hurtar. ¿Cómo te atreves?

—Amigo mío, me confunden tus palabras. Podemos conversar más tranquilos en otro sitio.

—No lo sé. Un aliado no amenaza a tus espaldas con robar la flor que han dejado a tu resguardo. Hoy tengo que comportarme como su hermano mayor, y tú me has ofendido.

—¿Pretendes retarme al campo de honor? Te recuerdo que para los de tu clase no merezco pisar uno.

—Esta afrenta es aún más dolorosa viniendo de ti; te abrí las puertas de mi hogar, te tomé a mi cuidado para hacerte un caballero en toda la extensión de la palabra. ¡Ahora, a mi casa! —rugió el señor del Alba.

—Es casi la hora de la cena y no quiero decepcionar a doña Suplicio —quiso escudarse—. Seguro ya planeó el discurso con el que hará que mis alimentos se detengan en su tránsito a mi estómago.

—No estoy jugando, Damián.

Cruzaron miradas desafiantes.

—Nos vemos en tu morada —aceptó el nuevo galán.

—¿Tu caballo?

—He venido caminando.

—¿No temes que te agreda un ladrón o, peor aun, que te atrapen los hombres de la familia a la que intentas ultrajar de la manera más vil?

—Nos vemos en tu mansión —reiteró mirando a los lados, temiendo que las palabras cruzadas fueran llevadas por el viento.

—¡A mi carruaje! ¡Ahora!

Damián accedió a subir al landó negro y cubierto en el que acostumbraba moverse Carlos Enrique. Tomó asiento frente a este y le reveló sin dejar de sostenerle la mirada.

—Lo que tengas que decir hazlo de una vez, no tengo intenciones de acompañarte. Suelta lo que tienes atragantado en el gárgate y me dejas en la siguiente esquina.

—Prefiero que lo hablemos en la privacidad de mi morada; es un asunto demasiado delicado y, por tu reacción, me temo que más de lo que imagino.

—Te equivocas si piensas que voy a seguir tus órdenes; no iré contigo. Habla de una bendita vez. Sabía que tarde a temprano sacarías tus prejuicios a relucir. ¡Linda amistad! Duró hasta que mis intenciones fueron demasiado sórdidas para que puedas aceptarlas.

—¡Es una señorita decente!

—¡Y soy el más interesado en que continúe siéndolo!

—¿Qué intentas? ¿Has perdido la cordura?

—No compartiré mis planes contigo: ya has tomado partido.

—Las Morell están bajo mi resguardo; respondo por ella con mi vida y con mi honor.

—¿Y soy indigno de merecerla?

—Ella —dijo sin atreverse a decir su nombre en voz alta y aceptar una verdad que le costaba asimilar— quiere ser monja; siempre lo ha pretendido. ¿Por qué ahora sería diferente? No intentes perjudicarla; para eso tienes a tus mujerzuelas.

—La amo.

—Has perdido el juicio.

—Lucharé por ella.

—Es imposible; necesitas la autorización de su madre o de Hugo, lo que, me temo, no sucederá. La marquesa viuda no lo entenderá; lo siento, tengo que ser honesto contigo. Y el duque la estima demasiado; es muy celoso de Úrsula. Ningún hombre será lo suficientemente bueno para ella.

—No disfraces tus palabras. No me querrán por mi raza.

—Está prohibido, está escrito en la ley: una mujer menor de veinticinco años de sangre pura no puede contraer matrimonio con un hombre de tu condición sin el permiso expreso de su familia. ¿Esperarás todo ese tiempo? Porque estoy seguro de que después buscarán otro motivo para mantenerte lejos de ella; la desheredarán, o se les ocurrirá algo peor.

—Acudiré ante la ley y pelearé; me he informado: sé que puedo pedir una licencia. No soy un muerto de hambre; mi fortuna es considerable, y el cabildo lo tomará en cuenta.

—Eso puede llevarte años.

—¡Cochero! ¡Detenga el carruaje, ahora! —exclamó Damián iracundo sin más deseos de razonar con el supuesto amigo.

—No hemos terminado de hablar —espetó Carlos Enrique, mosqueado.

—No necesito que me sigas contaminando con tus prejuicios.

—Tu orgullo te precede; se te olvida que el ofendido soy yo.

—No requiero tu ayuda.

—¿Caminando? ¿Sin guardias? No has aprendido nada; pensaste que así sería más fácil colarte en la quinta sin que sospecharan de ti. ¿Y si te hubieran atrapado? ¿Cómo te habrías defendido? ¿Cómo habrías huido sin un corcel? Sabes que estás metido en varios asuntos peligrosos; si sospechan que has apoyado a tantos esclavos a escapar de sus amos, podrían golpearte, apresarte, incluso matarte. Más de un enemigo has de tener y siempre hay un pillo que puede pescarte con las manos en la masa. Damián, te he recalcado hasta el cansancio que debes ir escoltado; jamás ando sin mis hombres. ¿Vas armado?

—Odio las armas.

—¿Y para qué me he tomado el trabajo de enviarte un instructor experimentado? Sé que tienes buena puntería.

—No es necesario.

—Un caballero con tus recursos y de tu estatus debe ir siempre asegurado, como mínimo, con dos guardias a cada lado.

—Mi posición y mi riqueza no son suficientes, y no tengo miedo, así que tus consejos están de más.

El carruaje se detuvo y, antes que el portentoso hombre vestido de gris lo abandonara, dejando así de lado una amistad que había surgido de improviso, Carlos Enrique lo tomó por el brazo.

—Aguarda —ofreció intentando serenarse y le ordenó al cochero—. ¡Lleva al caballero a sus dominios!

Carlos Enrique lo soltó y se pasó las manos por los cabellos, sopesando las palabras que se arremolinaban en su garganta; lo observó tomar asiento de nuevo.

—En verdad, te aprecio, somos amigos, y mi corazón no sería el mismo si te viera partir y quedáramos distanciados —le confesó.

—Un amigo no pone condiciones que van de la mano de diferencias sociales.

—Y lamento mi irritación. Independientemente de las prohibiciones imperantes, hay algo que sí tengo derecho a reclamarte. Si la vas a pretender, harás las cosas bien. ¡Nada de entrar a hurtadillas, ni de verse a solas en situaciones comprometedoras! ¡Exijo que ninguno de tus actos ponga en entredicho su honor a la vez el de la familia! También puedo ser orgulloso y duro; no me conoces cuando estallo.

—Ya te he dicho que tengo las mejores intenciones; la quiero como esposa.

—Tus pretensiones son altas, pero eres un hombre honesto. He visto cómo has defendido a tu hermana y cómo te empeñas en encontrar a los otros. El padre Miguel tiene la mejor opinión de ti; conmigo has sido leal. Pero todo eso se empequeñece cuando saltas la barda y entras como un ladrón a poner a la señorita en una situación de riesgo. A una esposa no se la cita a escondidas de la familia.

—Por supuesto, tendré que fiarme de tu ejemplo.

—No soy la mejor alternativa a seguir; no es necesario que me rebatas ese hecho, pero esa niña llegará sin ser mancillada al altar si de mí depende.

—¿Por quién me tomas? Soy honorable. No tengo fama de ir deshonrando vírgenes; en cambio tú no puedes vanagloriarte de lo mismo.

—¡Damián! ¡Estás advertido! —lo amenazó y lo dejó en la puerta de su residencia—. Hablaré con ella y, en dependencia de la disposición de sus afectos, te comunicaré los pasos a seguir.

—Trátala con guantes de seda.

—No te atrevas a insinuarme cómo encargarme de mis asuntos.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó intrigado antes de bajar a enfrentarse a doña Suplicio—. ¿Tenías hombres apostados o los vigilantes de la quinta te informaron?

—Si los vigilantes de la quinta te hubiesen descubierto, te habrían dado por lo menos una paliza justificada.

—¿Matías? Es amigo mío, no se atrevería.

—Lo haría gustoso; él tampoco quiere quedar en ridículo y fallarle al duque. El padre Miguel te sorprendió mientras te marchabas el día anterior.

—¡Maldición!

Tras su entrada al palacete, Damián fue recibido por uno de sus hombres con la noticia de que posiblemente habían encontrado a uno de sus hermanos.

—Uno de los hombres del señor del Alba dio con la nota en el *Diario de la Marina* sobre la venta de un pardo con la descripción de Benito, el más cercano a usted en edad.

—Es raro que don Carlos no me haya comentado nada; acaba de dejarme en la puerta.

—No lo sabe; se enterará en cuanto llegue a su residencia.

—Pásenme el periódico; necesito leerlo.

*UN NEGRO se vende por la cantidad de 400 pesos por no necesitarlo su dueño, de nombre Benito, nacido en La Habana de origen yoruba, sano y sin tachas, como de veintiocho años, alto y fuerte como un roble. Solo ha conocido dos amos; de buen trato y hábil, darán razón en la calle O'Reilly, número 3.*

Coincidía en nombre, ascendencia, edad. Su corazón se llenó de esperanza, más cuando el empleado le reafirmó:

—Habíamos seguido el rastro de su hermano hasta esa misma dirección, pero el dueño nos aseguró que no lo tenía; le preguntamos por las características y lo ha negado. Creemos que se ha sentido amedrentado y lo ha puesto a la venta.

—Cómpralo de inmediato.

—¿No quiere verlo primero? ¿Y si no es a quien buscamos?

—¿Y si es? No quiero perderle la pista y que otro se nos adelante y volvamos a quedarnos sin nada.

Sintió un golpe en el pecho al ver que aquel ser humano se vendía como cualquier mercancía en los anuncios clasificados; más arriba, sanguijuelas y, al otro lado, un caballo, y seguido se promocionaban libros. Lo que más le revolvió el estómago fue ver la nota que seguía debajo:

*UNA NEGRA se vende por la suma de 500 pesos por no necesitarla su dueño, de nombre Elia, de nación conga, sana y sin tachas, como de veinte años. Recién parida con una cría de 6 meses, muy fiel y humilde, buena lavandera y planchadora. Solo ha conocido dos amos. De buen trato y hábil. Darán razón de ella en la calle O'Reilly, número 3.*

—Es tarde, no es hora de visitas.

—No importa.

—De acuerdo, patrón, salgo ya mismo.

—Espera, compra también a la mujer con la cría del anuncio de abajo; corresponden a la misma dirección, podrían ser familia. Averigua si tienen otros hijos; ofrece lo que te pidan; no dejes a ninguno atrás.

—Ni siquiera tiene la certeza de que sea su hermano.

—Me enferma que se venda a personas, que separen familias y que se los trate como objetos, pero eso ya lo sabes. Si no son mis parientes, los libraré de la esclavitud —le dijo al hombre de toda su confianza que lo ayudaba no solo a buscar a los suyos. También era su enlace con los esclavos forajidos o con los palenques.

—No siga viendo los clasificados; hay muchos otros anuncios similares. Terminará por arruinarse.

—Anda.

Le entregó el diario para evitar la tentación de descubrir a otros infortunados; subió a asearse y prepararse para la cena. Aquella noche, tras soportar los desplantes de doña Suplicio, le informaron que la familia ya había sido comprada, que a la mañana siguiente se harían los trámites correspondientes.

## Capítulo 26

La mesa en el palacete de los antiguos condes de Marmosa estaba bien servida para el desayuno de la siguiente mañana. Damián no había probado bocado; solo jugaba con una taza de café en una mano, mientras sus preocupaciones danzaban en su mente. Doña Suplicio no tenía mucho apetito, y los manjares matinales estaban siendo desperdiciados. El hombre de confianza entró con las noticias que esperaba el señor:

—Ya están aquí, aguardan en el patio. ¿Cuáles son las órdenes?

—Hazlos pasar de inmediato —mandó Villavicencio.

La señora no hizo preguntas, pero paró la oreja para enterarse del asunto desconocido. Flor estaba de pie, a la espera de las demandas de su dueña. La familia de esclavos entró y se paró frente a la mesa. Ella traía una criatura adormecida en sus brazos, él le cruzaba un brazo por la espalda en ademán protector. Vestían humildemente y se notaban asustados. El rostro del hombre cambió por completo cuando Damián hizo lo propio. Se puso de pie y se les acercó:

—¿Eres Benito? —le preguntó, y el moreno alto lo miró estupefacto—. ¿Cómo se llama tu madre?

—Su dueño, el conde de Marmosa, le puso Leonor, pero no era el nombre con que fue ungida en su tierra natal.

—Soy Damián, su hijo.

—¿Hermano? —preguntó y tragó en seco—. Ese color de ojos es difícil de olvidar. ¿Por qué nos has traído a este sitio donde fuimos tan desgraciados? ¿Qué haces desayunando junto al ama? Ella destruyó nuestra familia.

—¡Faltaba más! ¿Quién es este pardo y cómo se atreve a hablarme así? —se entrometió doña Suplicio.

—Es mi sangre y lo he hecho traer para rescatarlo de su cruel destino.

—No toleraré convivir con otro negro bajo mi techo. Te advierto que, si les das cabida, será en los cuartos para la servidumbre.

—Se equivoca, señora, los llevaré a otra de mis propiedades.

—Al menos te queda algo de consideración.

—No lo hago por usted.

Damián estrechó a Benito entre sus brazos; conoció a su mujer y al primero de sus sobrinos. Y,



mientras lo ponía al tanto del motivo por el cual era propietario de los bienes del antiguo conde, los condujo al palacete, donde Santa se quedó estupefacta al verlo. Lo reconoció de inmediato, a diferencia de Damián que, por su corta edad, cuando fueron separados, aún no podía evocar los rostros de su familia con la misma facilidad.

Luego de mostrarles los aposentos, los condujeron a la mesa; a Elia le costó más que a Benito tomar asiento en aquel comedor lujoso, aún más lujoso que el de la casa donde había servido durante años. Pero Santa, con su cálido trato, pronto la hizo sentirse bienvenida.

—Nunca sospeché que eras hijo del conde, pero sabía que nuestra madre había hecho algo muy malo. Mi padre cambió después de que naciste.

—Nuestra madre no tiene culpa del pecado que le obligaron a cometer. ¿Y cómo vas a acordarte si eras tan pequeño cuando Damián nació? Dejemos a los muertos descansar en paz —exigió Santa.

—¿Están muertos? Ayomide —repitió Benito el nombre original de la mujer que le dio la vida y suspiró—. Me preguntaste cómo se llamaba nuestra madre y te di aquel con que la nombraron los blancos, pero era *Ayomide*, que significa «Llega la alegría». Aún la recuerdo, como si fuera ayer. Madrecita, tan dulce, tan sonriente a pesar de sus tormentos, tan amorosa.

—Dicha que no tengo —se lamentó Villavicencio—. Mi recuerdo no es tan nítido, solo fragmentos o sentimientos; ni siquiera logro evocar el sonido de su voz.

—Muy parecido al de Santa —le aseguró—. ¿En verdad ya no está entre los vivos?

—¿No lo recuerdas, hermano? No creo, tenías tres años. Después de lo sucedido borraste la desgracia; seguías preguntando por nuestro padre y yo solo te dije que se había ido. No podía volver a romperte el corazón. Seguro Tomás, quien era mayor que tú, no lo ha olvidado. Nuestro valiente padre —inspiró fuertemente llena de dolor, tragó y se llenó de valentía para hablar— perdió el juicio tras el nacimiento de Damián. Cuando vio su piel clara y sus ojos idénticos a los del conde, tomó un machete y se le fue encima al hombre que había profanado a su mujer; el capataz le disparó antes que se llevara la vida del amo.

Los ojos de Benito se llenaron de lágrimas al cerrar aquel círculo, aquel recuerdo doloroso; se había preguntado por años qué había sido de sus progenitores. Damián también quedó conmocionado con las palabras de su hermana.

—¿Y cómo fue el fin de madre Ayomide? —preguntó el recién llegado.

—En verdad, no tengo la certeza de que haya fallecido, pero algo me lo dice en lo profundo de mi corazón. Por duro que sea, no quiero que alberguen esperanzas de recuperarla. Si estuviera viva, nos habría encontrado. Ella no era una negra que bajara la cabeza ni siquiera ante los azotes. Era brava, era nieta de uno de los últimos *alafines* del imperio de Oyo, un rey.

—¿De qué hablas, Santa? —preguntó Damián.

—El reinado de nuestros antepasados en Oyo tuvo tiempos de gloria, pero era un mundo distinto al que conocemos: había muchos disturbios entre tribus. Todo terminó por venirse abajo para nuestros antecesores, incluso para los poderosos; nuestra madre fue de las primeras de la

clase privilegiada que fue esclavizada. Fue una princesa africana, hermosa, por eso el amo no pudo contenerse ante sus encantos. Su belleza y su *aché* fueron su desgracia.

—¿Ahora tienes mucho que decir? —le reprochó Damián, comenzando a cansarse de la información que le daba a cuentagotas.

—No quería que sumaras otra culpa a tu conciencia, porque no es tu responsabilidad, pero sé que terminas por atormentarte con el pasado. Hay temas que son dolorosos, Damián, pero no me he guardado nada que te aleje de tu búsqueda. Ahora tenemos que encontrar a Tomás, para que terminemos de estar juntos y sucederá, porque los milagros existen. Perdí la esperanza de velos de nuevo, y aquí están dos de mis hermanos.

—¿En qué circunstancias la viste por última vez? —demandó Benito.

—Ella se quedó unos años después de la desgracia; doña Suplicio no se la ponía fácil. El amo continuaba acechándola; nuestra madre sufría... Solo sé que un día se fue, huyó al monte.

—¿Nos abandonó?

—Más tarde vendría a buscarnos.

—¡Por Dios! —exclamó Damián poniéndose de pie—. ¿¿Cómo pudo dejarnos con esa arpía!?

—¡No te atrevas a abrir la boca para vilipendiarla! No sabes lo que sufrió. Tú menos que nadie.

—Por supuesto, soy menos digno que Benito, que Tomás o que tú, porque soy el hijo de ese desgraciado.

—Hermanos, no riñan. No podemos cambiar el pasado. Concentrémonos en buscar a Tomás.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —le preguntó Villavicencio a Benito.

—El día que nos vendieron, a él lo compraron antes. No quería dejarme solo: era mi hermano mayor. Nos separaron a la fuerza; yo, con lágrimas en los ojos. Él solo me repetía que tenía que ser valiente; nunca olvidaré ese día.

## Capítulo 27

**D**urante el desayuno y sin dilatarlo, Úrsula le comentó a su madre sobre sus intenciones, convenientes a los planes que había trazado con Damián. Cuando la marquesa oyó de los labios de su hija que deseaba asistir al baile, no se puso contenta, ni siquiera porque se lo había exigido. Aquel cambio repentino le hizo preguntarse el motivo.

—Explícate —demandó.

—¿No es lo que quería?

—Me inquieta que venga de tus labios cuando hasta ayer renegabas de ese hecho. No me dirás también que has recapacitado y que ya no quieres tomar los votos. Porque entonces sí que tendré que tomar asiento y abanicarme.

—¡Madre! —exclamó Úrsula para ganar tiempo. Comenzó a considerar descabelladas las ideas de Damián. Urdió una mentira, segura de que más tarde se confesaría por tantas faltas que se iban sumando a su conciencia—. He reflexionado, creo que he sido muy dura con usted. Tal vez es la última recepción a la que podamos asistir juntas; si ahora estoy aquí, quiero darle ese aliciente, que se distraiga un rato y contribuir a aliviar los rencores que se han suscitado entre las dos.

—¿Pero sigues convencida en convertirte en monja?

—Sí.

—Para mi desgracia.

Tampoco el engaño era completo; sus deseos iniciales no habían desaparecido. Incluso se hacían fuertes en su pecho cuando estaba lejos del influjo de Damián Villavicencio pero, cuando lo tenía cerca, la seguridad que se apoderaba de su raciocinio la sorprendía. No podría lograr ser religiosa y amar a aquel hombre; tendría que elegir. Sopesaba más la pasión, que se encendía en su corazón e iba desplazando a la otra.

—Prepararé un desayuno para invitar a los señores del Alba.

—¿Los señores? —preguntó asombrada.

—Será de mal gusto reencontrarnos con doña Carmen en la fiesta sin antes haber intercambiado ni un saludo. No fuimos a su boda.

—No nos invitaron; era imposible asistir.

—Bien sabes que, de haberlo hecho, habríamos tenido que declinar; pero, si otras puertas de renombre han decidido enterrar el pasado y recibirla, tendremos que hacer lo mismo. Carlos

Enrique es casi de la familia; no podemos continuar desairándolo.

—Entonces no recibirá a doña Carmen con ánimos reconciliatorios.

—Hija mía, Carmencita era una niña virtuosa; no puedo olvidar por completo sus faltas. No fue solo el desliz con su actual esposo; llegó a lo más bajo que una dama de alcurnia podría caer. Convirtió la antigua casa de sus padres en un sitio de dudosa reputación.

—¿Le consta que todos los rumores fueron ciertos?

—Por supuesto que no pero, si la sociedad habanera perdió la memoria, ¿quién soy yo para recordar sus ofensas? Eso sí, la recibo por Carlos.

—El perpetrador. A él sí lo perdona. ¡Claro! Es varón.

—¿Intentas poner a hombres y mujeres en la misma balanza?

—¿Por qué no?

—Cuida tu boca: cada vez te pareces más a Altagracia.

—¿No ha perdonado usted a doña Carmen en su corazón?

—¿Por qué debería?

—Porque nuestra familia también ha quedado expuesta.

—Y hemos salido incólumes, gracias a que en el fondo hemos actuado según lo dispuesto por la moral y por la buena decencia.

No quiso contradecirla; sabía que eso trastocaba su humor.

—La pobre doña Carmen tuvo épocas difíciles que la llevaron a tomar decisiones erradas —la defendió de manera sutil.

—Asunto que no debes siquiera recordar; tu mente casta podría mancharse.

—Y que no nos corresponde juzgar. ¡Madre! Tenga un poco de clemencia con ella. ¿Qué podía hacer en su situación desesperada? —Al final no aguantó y se lanzó a la carga.

—Tal vez lo que una necia como tú pretende: meterse a religiosa. Cumpliremos por no ofender a nuestro amigo ahora que otros nos han tomado la delantera, pero nada más. Te pediré que te cuides de visitarlos sin mi presencia o que te vean en público a solas con ella.

—¡Usted me pasma!

—No veo por qué.

Un día después, la feliz pareja estaba sentada a la mesa del comedor de las Morell, pero para la hora de la comida. Úrsula quedó perpleja de la soltura con que su madre los recibió, así como las atenciones que tuvo con doña Carmen en el antecomedor, sin mencionar ni una palabra que hiciera alusión a su pasado oscuro. Aunque el almuerzo era bastante íntimo (ya que no fue invitado nadie más), la marquesa supervisó que se siguiera con el protocolo de rigor.

Úrsula volvió a sonreírle a la invitada cuando tomó asiento en la silla alta de madera con motivos de piñas; pensó que la joven señora se iba a sentir intimidada por el talante mordaz que solía tener su madre en este tipo de situaciones, pero se encontró con una mujer que no se amedrentaba, avispada y que sabía dar respuestas idóneas a las interrogantes enrevesadas. Notó el cariño con que la miraba su esposo y entendió la fuerza del lazo que los unía. Solo aspiraba a que,

si dejaba atrás el camino previamente trazado, fuera por un sentimiento así de intenso y que se prolongara en el tiempo.

La servidumbre colocó dos fuentes a cada extremo de la mesa, con dos sopas que acompañaron con vino de Jerez. Se añadieron entremeses fríos, tibios y calientes. La marquesa no tardó en sacar a relucir la intención de ella y su hija de acudir al baile próximo.

—¿Es en serio? Pero si hasta ayer debatíamos ese asunto y parecía que no había punto de acuerdo... —Una mirada de soslayo de Carlos Enrique le indicó a Úrsula que no se lo había tomado tan bien como su madre. Por suerte para ella, tuvo la educación de no preguntar los motivos. Solo se limitó a decir—: Me alegra saberlo.

—Es una magnífica oportunidad para que Úrsula conozca al primo de la condesa, o quizás a otro joven de buen ver y apreciable fortuna que se nos esté pasando desapercibido. Usted, como encargado de los asuntos de mi yerno, debe procurar un acercamiento.

—¡Madre! —la aplacó la señorita.

—Sigue empeñada en tomar los hábitos, pero tal vez es nuestra última oportunidad de hacerla cambiar de opinión —insistió la marquesa.

—Su Excelencia, me gustaría que me concediera un momento al final de la comida para hablar de ese tema con su hija; estoy por escribirle a mi amigo, el duque, y necesito consultar con Úrsula los detalles de su decisión.

—Sería adecuado que le escriba después de la recepción; no pierdo la esperanza de que algún caballero la haga retractarse.

—Hace bien en no perderla —mencionó Carlos Enrique tras devorar una aceituna y dar un sorbo a una copa recién servida de Burdeos—. ¿Qué opina usted de las reservas de su madre, señorita Úrsula? ¿Cree que sus expectativas prosperen?

La aludida intentó dar una respuesta, pero su madre, ofuscada, se le adelantó:

—Espero que la conversación pendiente esté regida por un tono de regaño y que sea fructífera. Recemos por que pueda conducir a mi hija al razonamiento, ahora que no está bajo la influencia de sor Amalia y del padre Miguel.

—¿No está usted de acuerdo con que tome los hábitos, Su Excelencia? —Se aprovechó de su punto débil doña Carmen, que ya estaba cansada de la petulancia de la marquesa.

—¿Yo? —titubeó.

—Es todo un honor que una hija de tan honorable familia tome los sagrados votos; eso la acercará irrefutablemente a Dios. Podrá interceder por sus almas en primera línea; muchos padres que han sido bendecidos con numerosa descendencia guardan uno de sus hijos para Jesús —instigó la esposa del señor del Alba para mortificarla, y su esposo disfrutó divertido de su osadía.

—Dice bien usted —articuló la aristócrata antes de atragantarse.

—A no ser que tema quedarse sola. Ahora que sus otras dos preciosas flores han navegado lejos de su jardín...

La marquesa miró de reojo a Carlos Enrique, suplicando que le pusiera un correctivo a la

lengua implacable de su cónyuge, pero él sonrió orgulloso, consciente de que Su Excelencia Lucrecia de la Concordia había encontrado a su par.

—Espero no dejarme llevar por mi egoísmo; usted tiene razón, doña Carmen, la entrada de Úrsula al convento solo puede traernos bendiciones. Sin embargo, no es mi intención imponérsela; quiero que mi hija sea feliz. Tan solo pretendo que elija con cuidado, para que más tarde no pese el arrepentimiento.

—Justo de eso quiero cerciorarme, Su Excelencia, de la convicción de la señorita, porque estoy decidido a finiquitar este asunto. No quiero fallarle a mi estimado amigo. Y, como el buen cura Miguel lo ha mencionado, la señorita ya tiene edad para lo uno o para lo otro: matrimonio o convento.

—Finalmente toma las riendas de ese menester, don Carlos. Será un padre sensato.

—Salvo que la querida Úrsula convenga que no hay necesidad de ultimar detalles y que solo baste avisar a su excelencia de que lo esperamos para acompañarnos en su futura procesión de fe. ¿Está seriamente convencida? —inquirió el encargado por asegurarle un destino.

La mirada y la pregunta conspicua la pusieron sobre alerta, así como aquel propósito que quería compartirle. Eso fue suficiente para que el apetito desapareciera en Úrsula, no así en el señor, que ya estaba listo para las ensaladas, las aves y los pescados que trajeron como segundo plato. A ella ni siquiera le apeteció el postre, pero se lo llevó a los labios para no levantar sospechas en su interlocutor, que no dejó de lanzarle preguntas similares, con el ánimo un poco torcido, aunque se esforzaba por disimularlo, lo que era percibido por los ojos de su esposa. Los comensales pasaban de una Úrsula preocupada, una Carmen divertida, un Carlos Enrique misterioso, a una marquesa perturbada por la visita y por las ilusiones que iba entretejiendo del futuro evento social.

Terminada la cena, las señoras marcharon al salón a conversar, y Carlos Enrique condujo a la señorita como animal al matadero al despacho del duque, con la puerta abierta para no quedar a solas en una situación comprometedoras con su protegida. Le dejó instrucciones claras a Carmen de entretener a la marquesa para que no oyera y se entrometiera en la plática.

—¿De qué desea hablar conmigo? —preguntó desconfiada.

—Tome asiento.

La miró largo rato; acto seguido se paseó por la estancia.

—Es extraño estar aquí sin la presencia de su padre. Se lo echa tanto de menos... Su proceder era enérgico con mano dura, a veces en exceso, pero al final su familia era lo más importante en su corazón; tengo que reconocerlo. Primero me dio la tarea de guiar a Hugo, una en la que no saqué sobresaliente: cometí muchos errores, que incluso terminaron por enfrentarme al difunto Rómulo. Pero en lo primero que pienso antes de emitir un consejo a alguno de sus descendientes es en la fuerza de su amor filial. Sé que no me eligió por ser un dechado de virtudes, al contrario: él quería que acompañara a Hugo en su transición de adolescente a hombre. No obstante, su voto de confianza aún me sobrecoge y su arrojo al final de sus días, más.

Unas lágrimas se asomaron a los ojos de Úrsula al recordar las circunstancias dolorosas en las que el marqués había dejado este mundo; lo había hecho para salvar al heredero y, en cambio, donó su vida. Por eso, Hugo y Carlos Enrique se sentían en la obligación moral de velar por cada una de las damas Morell; habían sido testigos del más valiente acto de amor.

—Perdone, pero sigo sensible ante el recuerdo de mi padre.

—No se limite, llore, también lo haría de no ser porque ahora otra preocupación me tiene completamente ocupado. ¿Aún quiere ser monja?

—¿Por qué lo pregunta?

Temió que Damián ya hubiera acudido con él a pedirle consejo o ayuda. Sacó un pañuelito de finísimo algodón con ribetes de encaje dorado y secó sus ojos, respiró hondo y se refugió en el rostro de su amado. Verlo, aunque fuera en su mente, la llenó de fuerza; le recordó por qué había removido como un terremoto el terreno que creía firme y que había pisado desde algunos años.

—Mejor respóndame, ¿por qué debería interrogarla al respecto?

—No sé si quiero ser monja; antes creía que sí, pero ahora estoy confundida. Por favor no le informe a mi madre de mi desconcierto.

—¿Quiere tomar los hábitos o no? Necesito que me responda.

—No lo sé, requiero tiempo.

Sus lágrimas se desbordaron, y él no pudo seguir presionando la llaga.

—Me lamento por saber a sus hermanas tan lejos, incluso a Hugo; habría sido más fácil para usted desahogarse con uno de ellos. No sé hasta qué punto soy merecedor de su confianza. No me tema, por favor. No pretendo reprenderla como exige su madre; he cometido tantos errores en mi vida que no me considero un modelo a seguir para nadie, menos tengo la moral para ponerme con exigencias. Tan solo no quiero errar; estamos juntos en este barco; si se equivoca, me sentiré responsable. ¿Qué la ha hecho dudar de su camino inicial?

—Lo siento, no puedo decirle.

—Tal vez ya lo sé. ¿Tiene algo que ver con aquel objeto que me dio para Damián Villavicencio? En ese momento le rompió usted el corazón a mi amigo, pero lo he visto nuevamente intacto. ¿Entiende la gravedad del conflicto? Creo que no. ¿Por eso quiere ir al baile? El muy insensato me pidió ayer en la tarde que aprovechara la ocasión para introducirlo ante su madre; sé que no saldrá bien, pero lo puedo intentar. ¿Eso quiere, que haga las presentaciones para que más adelante él se acerque a su familia con sus nuevas intenciones?

—Sí.

—Entonces no está tan confundida.

—He intentado luchar contra ese sentimiento; me temo que nunca abandonará mi corazón.

—¡Jamás creí escucharlo de sus labios! Realmente me convenció de su vocación religiosa. Hugo no lo tomará tan bien como este servidor; es celoso de su cariño. De cierta forma extraña ha creído que todas las Morell le pertenecen.

—Temo lo mismo; una vez me advirtió que, si algún día un hombre pretendía mi mano, debía

demostrar su valía.

—Usted es el ángel de esta familia; no la dejarán marchar con cualquiera. Damián es una persona formidable pero, desgraciadamente, el mundo no está preparado para admitirlo, ni siquiera un hombre de progreso como Hugo.

—Pero mi cuñado tiene ideas abolicionistas; tiene amigos de raza negra a los que aprecia como iguales, por ejemplo, Matías.

—Es cierto, no temo a sus prejuicios; podría aceptar a Damián si las circunstancias fueran otras, pero la sociedad no será tan clemente, y él no querrá exponerla a usted a las miradas, los reproches y el escarnio que trae consigo una unión entre dos razas. Villavicencio tiene mucho dinero, y es sabido que eso limpia a veces la impureza de la sangre, pero ha sucedido en otras circunstancias en que el origen africano puede ocultarse gracias a que la sangre ha sufrido más mezclas.

—Lo quiero tal y como es —murmuró avergonzada de revelar sus sentimientos por la persona a la que amaba.

—Sé que oponerme solo empeorará nuestra situación. Ustedes se las arreglarán para tramar la forma de salirse con la suya; seré su aliado en este asunto escabroso. No me queda otra para salir bien librados, pero exijo que respeten los plazos y las buenas costumbres. —Hizo un alto para reflexionar en voz alta—: Jamás creí que estas palabras salieran de mi boca. ¿Yo abogando en pos de la moral? ¡Jesús bendito! Incluso a Hugo, en su momento, le di consejos desprovistos de decoro, y ni siquiera hoy estoy arrepentido.

—Lamento ponerlo en tan grave aprieto.

—Carmela y yo seremos los perfectos celestinos, solo porque me es imperioso que esté completamente segura del paso que va a dar. Damián tiene un plan; él quiere ganarse el permiso de su madre y de Hugo, para luego acudir a pedir las licencias pertinentes ante el cabildo para que les dejen comprometerse y casarse. Pero no estoy de acuerdo. Usted tiene una reputación que salvaguardar. Necesitan tiempo para frecuentarse y conocerse una vez fijado el compromiso, me refiero a hacerlo público; será difícil dar marcha atrás. En cuanto pueda, procuraré que mi esposa la invite a nuestra morada, para que usted y Damián puedan conversar, bajo nuestra supervisión, por supuesto.

—Mi madre no lo permitirá. Considera que doña Carmen no es una influencia adecuada para mí.

—¡Acabáramos! Me encargaré de hacerla cambiar de opinión, o al menos que se la reserve. Tampoco me toleraba, y ahora parece que soy santo de su devoción.

—Discúlpela.

—He aprendido a convivir con su excelencia.



## Capítulo 28

Con el entrecejo fruncido y la mirada felina, Damián arreó su caballo y se dirigió a toda prisa al palacete de su familia. La insoportable perorata de la antigua condesa durante el desayuno le había hecho crispas los ánimos, pero lo que lo tenía desorbitado era una cuestión a la que detestaba tener que enfrentarse. Una nota de una visitante que lo esperaba de forma insistente le hizo tomar el toro por los cuernos y acudir con prisas. Se bajó de un salto, amarró a *Furia* y entró como alma que llevaba el diablo; lo primero que encontró fue el gesto adusto de Santa, que no estaba contenta con la intromisión. No le reprochó, pero su mirada incineradora bastó para que la retahíla de sus pensamientos fuera disparada y captada en el aire.

Atravesó un saloncito donde su joven cuñada cantaba una canción de cuna a su sobrino; le sonrió al infante y saludó:

—Lindo día, Elia. ¿Y mi hermano?

—Salió con don Mateo rumbo a los cafetales; el administrador lo está empapando de los negocios como pediste. Él quiere ayudarte; estamos muy agradecidos con todo lo que has hecho por nosotros.

—Somos familia.

Santa entró en la habitación y volvió a corregirlo con la mirada; le hubiera dado explicaciones, pero sentía que a su edad no tenía la obligación. La miró desafiante.

—Te espera en tu despacho; ha sido muy específica al recalcar que tienen asuntos que atender —le soltó al fin y recalcó su enfado al terminar con un mohín en los labios.

Dejó su sombrero y bastón, tomó aire y, con su andar seductor y seguro, atravesó el umbral de la puerta de su recinto particular. La cerró tras de sí, mas no pasó la cerradura. La miró de reojo, sin decidirse a emitir palabra. El rostro de la dama estaba compungido.

—¿Qué haces aquí, Catalina? La otra vez corrimos con suerte, pero debemos ser cuidadosos.

—Faltaste a la cita. ¿Qué asuntos son tan urgentes para que me hayas dejado plantada?

—No fue mi intención, y no te dejé «plantada»; mandé un mensajero dando razones.

—Con una excusa inverosímil.

Hubiera querido serle sincero y romper el acuerdo previo; explicarle que su situación sentimental había cambiado, pero se abstuvo. Sus años le bastaban para conocer el ímpetu de un corazón femenino herido.

—Los permisos que solicitaste ya han sido concedidos.

Murmuró contoneándose en su dirección; lo tomó de las solapas y lo acercó suavemente a su rostro. Él se dejó arrastrar, pero a diferencia de otras veces no asaltó su boca: se le quedó mirando muy cerca; ella notó su desafecto y se anduvo con cautela. Descorazonada, rompió la barrera y rozó sus voluptuosos labios.

—Tu frialdad me hiela el alma. ¿Qué cambió en tan pocos días?

—Todo —suspiró y la rozó con su aliento. Le tomó las manos, las besó y mirándola a los ojos le susurró—: Mi familia vive en esta casa; no podemos utilizarla para nuestros asuntos.

—Hace dos días me provocaste y me convenciste de lo contrario.

—Ya no es solo Santa: también están Benito, su esposa y su criatura.

—Me estás rechazando por otras faldas. Sé cómo son los hombres; mientras una dama les dice que no a sus avances, están locos de amor. Eso se acaba cuando prueban sus encantos. Prometí reservar para ti los placeres más exquisitos y te lo cumpliré; puedo darte ahora mismo una prueba de ello.

—Debemos respetar esta casa.

—¿Es más atrevida que yo?

—No sucumbiré a tus acusaciones. Hablaremos, te lo juro, pero no aquí.

—Entonces lo admites. ¿Tienes otra amante?

—No. Solo que he meditado y veo que no llegaremos a ninguna parte. Tú misma lo indicaste; eres joven, aún puedes casarte y tener hijos. Si te sigo entreteniéndome, el tiempo pasará. Sé que me aprecias, pero no me tomas en serio; soy más joven y no creo que a tu círculo social le haga gracia que emparentes con un mulato bastardo.

—Sí que has reflexionado.

—He pensado sentar cabeza; quiero una esposa y con nuestro pacto no llegaremos a ninguna parte.

—¡Por Dios! Me aseguraste que no querías casarte. ¿Es doncella? Tiene que serlo para que de la noche a la mañana hayas tenido un soplo de moral. No te mueve el interés por el matrimonio; solo persigues un deseo de lo que no es accesible a tus manos. ¿Sabes que tu apetito se acabará tras ser saciado? ¿Es una joven de tu raza? ¿Acaso tu familia te ha puesto contra mí?

—Catalina, perdóname —intentó calmarla—. En verdad, he apreciado lo que me has ofrecido; permíteme corresponderte mi agradecimiento extendido en el tiempo. Estaré por siempre en deuda contigo, si me necesitas...

—Sé que regresarás —expresó ofendida—. Lo que has tenido conmigo no lo encontrarás fácilmente.

Estiró su nariz al cielo, y ni siquiera permitió que la acompañara para despedirla. Él contempló el revuelo de encajes que creó la dama en su huida, con la espalda recostada al marco de la puerta. Su hermana mayor apareció como una sombra y en silencio lo castigó con la mirada. Rehuyó de su dureza y decidió encerrarse en su habitación. Se tumbó sobre el colchón,

convencido de que no debió empeñar su palabra, jamás volvería a tocar el corazón de una dama si no podía comprometerse.

El chasquido de la puerta le hizo levantar la cabeza; quedó azorado al ver a la linda mulata que seguía a doña Catalina a todas partes colarse en sus aposentos sin ningún miramiento.

—Pensé que tu ama ya se había ido —espetó con seriedad, temiendo que se avecinaban problemas—. ¿Aún sigue en mis dominios?

La muchacha comenzó a descubrir sus hombros del sencillo vestido que la cubría hasta que lo dejó caer al piso y se quedó al natural delante de los ojos desmesurados de Damián. Recordó las últimas palabras de Catalina; ahora entendía que estaba dispuesta a apostar las cartas más arriesgadas con tal de conservarlo. Los turgentes senos lo apuntaban directamente, y sus caderas tenían las curvas perfectas que podrían complacer al gusto más exigente.

—¿Qué haces? —preguntó como un tonto, en verdad sorprendido. Por supuesto que sabía, pero fue lo primero que se le ocurría mencionar. Pocas veces lograba ponerse nervioso, pero Catalina había logrado sorprenderlo con su osadía.

—Mi ama me pidió que le asegurara que soy virgen; ningún hombre me ha tocado, puede usted comprobarlo.

Damián suspiró al notar los destellos en la superficie de su luminosa piel, sus exuberantes atributos que invitaban a poseerla. Caminó hasta ella y, apartando la vista de su desnudez, se agachó para tomar sus vestiduras y extenderlas:

—Vístete. No tienes que pasar por esta humillación. Tu ama ha perdido el juicio; jamás te obligaría a yacer en mi cama.

—No he venido obligada; mi ama me preguntó si yo quería. Puede tomarme.

—¡Sal de inmediato!

Tras obligarla a vestirse, la tomó del brazo y la condujo escaleras abajo ante las miradas de sorpresa de su cuñada y las de reproche de Santa, que ya no cabía dentro de sí de las indecencias que le achacaba a Damián. Tras subirla en una volanta y ordenar que la devolvieran a su ama, se enfrentó a la mirada acusadora de su hermana.

—No tengo nada que ver con la muchacha —se defendió.

—Es tu casa, pero no puedes obligarnos a convivir con tu inmoralidad. La señora primero, ¿y ahora la esclava?

—No la he tocado. ¡Por Dios! Ten un poco de confianza en mí.

—Si no lo haces por ti, al menos respeta a la mujer de tu hermano y a su criatura. Debe crecer en una casa decente. Y te advierto: en un par de días haré una fiesta para los amigos; vamos a celebrar la llegada de Benito y su familia. Espero que no tengamos visitas indeseadas.

—¿Celebrar? Pero si aún falta Tomás.

—Cada batalla ganada debe ser festejada, por Ayomide que, donde quiera que esté, baila de felicidad haciendo honor a su nombre al ver que sus hijos están juntos de nuevo. Cuando encontremos a Tomás, haremos otra mayor; hay que agradecer a los dioses.

—¿No puedes cambiar la fecha? Coincide con la recepción de la condesa para la que recibí invitación.

—¿Para qué vas a la fiesta de esos blancos? Solo recibirás desprecio.

—¡Santa! Es importante para mis negocios. Es la primera que se digna a invitarme; su esposo tenía negocios sustanciosos con el conde de Marmosa. Decidió dejar a un lado sus prejuicios y no romper nuestros tratos. Hay mucho dinero de por medio.

—Pues regresa temprano, para que nos acompañes un rato; no puedes desairar así a tu hermano.

—¿No puede ser otro día?

—Ya iniciamos los preparativos, Elia está muy emocionada; ellos sufrieron mucho con el antiguo amo. Nunca han disfrutado una fiesta en su honor.

—De acuerdo.

—Te encargo invitar a todos los amigos que sirven en el palacete de la bruja. Los pobres necesitan divertirse un poco.

—Tu mensaje será dado, «madre».

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Que te relajes, mujer. Aún eres joven. Pensaré en serio la idea de buscarte esposo. Aún podrías tener tus propios hijos.

—No seas irrespetuoso con tus mayores y anda con cuidado. Sé juicioso, Damián, que me dejas con el corazón en la boca cada vez que abandonas este techo.

—¿A quién más has invitado?

—A gente cercana, la familia de don Mateo, Matías y unos amigos, blancos o mulatos libres de buen corazón.

—No la hagas muy llamativa e incorpora bailes cristianos; no queremos que tengan que intervenir los defensores de la moral. Ya sabes lo belicosos que se ponen los más enfurruñados ante ciertos bailes de la gente de nuestra raza.

—Por eso no invité al padrecito Miguel.

—No te preocupes por él: es amigo.

—A mí no me gusta que te aleje de nuestras creencias: se le olvida que eres mitad negro.

—No solo lo hace conmigo; ya sabes que su misión es evangelizar.

Mortificado, dejó a las mujeres con las expresiones alteradas de sus rostros y partió raudo lejos de allí. Tras ocuparse de firmar las exportaciones gracias a los permisos conseguidos mediante las influencias de doña Catalina, acudió a comprarle a la susodicha una joya de exquisito valor para sacarla de su vida con estilo, como solía hacer con sus antiguas conquistas. Acompañó el estuche, donde resguardaba un exquisito juego de pendientes y collar de oro y esmeraldas, con una nota de gratitud por todas sus atenciones y nuevamente se disculpó por la necesidad de finalizar el pacto. Se fue directo a ver al sastre para ultimar los detalles de su atuendo para la gran noche.

La idea de acudir a esa recepción no lo amedrentaba, pero sí crispaba sus nervios conocer a la marquesa y esperar su reacción. Por las revelaciones de Carlos Enrique, sabía de las rencillas

entre los Villavicencio y los Morell, del matrimonio fallido entre una de las hermanas de Úrsula y el primogénito de su padre, y que aquello había devenido en una desgracia que se había llevado la vida de un varón de cada familia. Él no era un Villavicencio convencional; también había sido agraviado por el conde. Esperaba que el rencor que la dama guardaba por su difunto progenitor no fuera extensivo a su persona.

Se citó con el señor del Alba en la taberna habitual, Alma Húmeda, donde el dueño ya no se inmutaba por recibirlo y cuyos clientes se habían acostumbrado a su presencia. Su amigo ya lo esperaba. El local estaba prácticamente vacío: no era la hora crítica; no obstante, como tocarían asuntos bastante reservados, se sentaron en una mesa apartada.

—¿Cómo ha ido tu día, Damián? —preguntó el caballero.

—Algo insólito con ciertos desatinos de faldas, pero prefiero olvidarlo.

—¿Mujeres? ¿Olvidas lo que nos atañe? Si vas a luchar por ella, no te andes con medias tintas, no me querrás de enemigo.

—No me malinterpretes. Nuestra amiga en común no se ha tomado bien la ruptura de nuestro trato.

—Eso da cuenta del valor de tu hombría. Ni siquiera puedo regodearme de ello; no puedes responsabilizarme de tu libertinaje: ya lo traías antes de conocerme. Pero eso debe cambiar.

—Creo que en cuestión de desenfrenos me superas: soy más cauto. —Continuó casi en susurros —: La señora se atrevió a mandarme a una esclava virgen, una muchacha preciosa con tal de retenerme. Por supuesto que la he respetado, incluso aunque se notaba que no le era indiferente.

—Tendrás que explicarme qué les das, para que pierdan la cabeza contigo, que hasta prefieran compartirte a perderte por completo. ¿En serio te contuviste? Tampoco te he pedido absoluta castidad; aún no te has comprometido y bien puedes divertirte antes. Te advierto que la espera será larga.

—No tengo por qué mentirte. Vamos a lo que nos atañe. ¿Hablaste con ella?

—Hablamos. Y no quiero que les embarguen las prisas; la decisión que tomarán será definitiva. Deben tomarse el tiempo para conocerse. Me gustaría que conversen, que se den la oportunidad de tratarse, bajo mi supervisión primero y, si hay entendimiento y no merma la simpatía, podríamos ahora sí enfrentarnos al monstruo.

—¿Te refieres a la marquesa?

—Ella es uno de los muchos tentáculos de monstruo; me refiero a la sociedad, las leyes, los prejuicios, incluso al duque.

—Ya sé que no la tendré fácil, pero no pienso renunciar.

—Solo te advierto que no te desesperes; su excelencia es una dama con muchas aristas.

Por la noche tuvo que acudir puntual a la cena en la casa de la «madrastra» que el difunto conde le había endilgado en el testamento. Su trato despótico con la servidumbre, en especial con la esclava, le hicieron apretar los dientes. Bajaría de peso por los corajes que le hacía pasar a la hora de los sagrados alimentos: le robaban el apetito. Lo resarcía al siguiente día cuando pasaba a

ver a sus hermanos y devoraba los manjares que Santa preparaba para la familia con aquella entrañable sazón que se le hacía cada día más conocida. Otra palabra detestable para Flor, y dejó los cubiertos boca abajo sobre el plato en señal de haber terminado. Rechazó el postre y se consoló con la copa de Burdeos.

Aquella mujer no conocía los límites; esperaba el instante concreto en que su puñalada fuera más certera. Para acabar con su tranquilidad, doña Suplicio, aún enfundada en vestido negro, le recordó el luto familiar.

—Escuché a los sirvientes ocupados en los preparativos para tu asistencia al baile que dará la condesa Agustina Montemayor.

—¿Y bien? —inquirió circunspecto.

—No me parece correcto: tu progenitor no lleva tanto tiempo muerto, ni siquiera lo honras con tu vestimenta, ¿pero irte de fiesta?

—El hombre que me dio la vida. Engendrar no es lo único que se requiere para ser padre.

—La vida y todo lo que presumes. No olvides que la educación y la herencia con que te das tus ínfulas de grandeza también la tienes gracias a tu padre.

—Solo cuando a usted le parece soy el hijo del conde; de lo contrario me tilda de ladrón.

—Simplemente no me parece correcto que olvides que en este techo estamos de luto.

—No le debo nada al difunto.

—Por supuesto que sí: vives en su casa y comes gracias al oro que te ha dejado.

—¿Me lo ha dado? Antes decía usted que yo lo había hurtado. ¿Olvida que soy un usurpador?

—Si pretendes ser un caballero, deberías comportarte como tal.

—Perdóneme, señora mía, se me ha quitado el apetito, me iré a descansar temprano.

—Eso último sí que es una novedad.

—Antes que le lleguen con el chismorreó, le aviso que tendremos una fiesta para celebrar la llegada de mi hermano Benito y su familia; será en el palacete donde residen.

—No te atrevas. Eso es aún más abominable; ese recinto debe guardar luto.

—Mi familia no le debe nada y le advierto: las personas que nos sirven aquí están invitadas. No quiero represalias en contra de nadie.

—¿La servidumbre? ¿Pero puedes caer más bajo y dejarnos más en vergüenza? ¡Me dará un patatús! Lo haces con la intención de acabar de matarme.

—Señora mía, respire, que Santa no va a cambiar de opinión, y no seré yo quien le prohíba recibir como Dios manda a mi hermano. Bastante han sufrido ya.

## Capítulo 29

El salón no era más amplio ni más lujoso que el que había heredado, aunque relucía de manera diferente con los adornos propios del evento que celebraban. Nunca había visto a tanta gente pudiente junta. Tragó en seco. Era el único hombre de raza mixta que había sido invitado. Los otros como él eran parte del servicio o de la orquesta de música. Decidió que no se amilanaría. Carraspeó para que la voz le saliera clara cuando saludara a los condes. Dio el primer paso con la mirada altiva que lo caracterizaba.

Las damas parecían figurines sacadas del periódico fundado por Domingo del Monte por allá de 1841 titulado *La moda*, con sus coloridos trajes de más de ochocientos pesos, seguramente confeccionados en los lujosos almacenes de la calle Obispo, los que destacaban por la hechura, el corte y la calidad de los tejidos. Relucían en el salón principal, orgullosas y compitiendo por la atención de los presentes. Ninguna era trascendente para él, ni siquiera doña Catalina, que derrochaba suntuosidad con su traje de punto de seda y con las finísimas joyas que Damián le había obsequiado en señal de despedida con tal de no atraer la ira de un corazón despechado. No descansó hasta encontrarla; Úrsula parecía un ángel vestido de blanco y con un tejido vaporoso, con un túnico de tul sembrado de flores y mariposas bordadas que hacían una pequeña ilusión, como si estuvieran superpuestas. Tuvo que disimular su mirada, que volaba por encima de tanta blonda y raso labrado para poder detallarla. Tendría que contentarse con contar los tortuosos segundos hasta que Carlos Enrique, tal como habían acordado, se atreviera a presentarlo ante la marquesa y su hija.

Damián vestía de diversos tonos de gris que se superponían, lo que le daba una imagen sobria y elegante; la levita, adornada con botones grandes de terciopelo, más oscura que el chaleco de casimir, a juego con los amplios faldones de paño, contrastaba con el blanco de la camisa. Pantalones de pliegues y botines en tendencia. Sin excesos de joyas, solo un anillo de oro combinado con el doble alfiler de su corbata del que pendía una cadena diminuta. Las damas disimulaban las miradas que levantaba a su paso y, aunque en sus gestos intentaban demostrar que reprobaban su presencia, el brillo exótico verdeazulado de sus ojos taciturnos sobre su piel canela, su porte y su andar varonil no dejaba, ni a mujeres ni hombres, indiferentes ante la presencia enigmática del heredero del conde de Marmosa.

Un rostro familiar le ofreció una sonrisa ante tanto desplante. Incluso los condes que lo

recibieron quedaron pasmados al verlo arribar; seguro creyeron que no se dignaría a asistir. Tras los saludos y un elogio a doña Carmen, opinaron del evento.

—¿Es como lo imaginabas? —preguntó Carlos Enrique levantando su copa en dirección a un oficial militar que lo miraba pasmado por notar que compartía la velada con el bastardo de origen oscuro.

—No es lo que asocia mi mente con el significado de diversión. Demasiada gente enjutada en trajes incómodos y un ambiente muy rígido.

—No sabía que fueras amante de la danza.

—No precisamente: no he tenido razones de sobra para regocijarme.

—Acompáñame, iré a saludar a la marquesa; no lo he hecho y le prometí hacerle compañía durante toda la noche. Aprovecharé para presentarte.

Siguió a su amigo, maravillado de su desenfado ante las miradas insistentes; ni él ni doña Carmen se inmutaron por la maledicencia de la crema y nata habanera. No se tomó a pecho el rechazo que causaba; estaba acostumbrado a lidiar con la ignorancia humana que no veía más allá de una etiqueta. Siempre se repetía para sus adentros que él representaba el progreso, y eso le daba la fuerza suficiente para enfrentar el escrutinio.

Cuando el matrimonio del Alba quedó frente a la marquesa y su hija, le rindieron los honores esperados. Damián tembló, pero de impaciencia; estaba hasta cierto punto emocionado por aquel primer paso que daba en la dirección añorada. El deseo y la impotencia ardían en él; era tan angustiante no poder tocarla, besarla o tan siquiera dedicarle unas palabras inocentes con las que consolarse ante la espera... Ni siquiera podía mirarla a los ojos y zambullirse en ese remanso de paz. Cualquier conducta fuera de lo esperado podría poner sobre alerta a la dama o causar revuelo en el resto de los presentes.

—Su excelencia, permítame presentarle a un buen amigo mío —comenzó a articular Carlos Enrique, e hizo espacio para que el ansioso enamorado se sumara al círculo—: Damián Villavicencio.

—¿Ha perdido el juicio, señor del Alba? —rezongó la marquesa en un susurro con una sonrisa fingida y congelada, con los dientes apretados, para que su discurso no fuera percibido más que por los interlocutores. Incluso fue fría con Carlos Enrique, a pesar de que eran cercanos—: ¿Qué le hace pensar que deseo relacionarme con la escoria Villavicencio? Menos de un origen tan reprobable.

—Mi amigo no tiene nada que ver con el difunto conde; no es justo que lo reprenda por las fechorías de quienes también le causaron agravio a su persona.

—Eso no me es relevante. Te tolero con todas tus excentricidades e igualmente a mi yerno, pero no me obligues a compartirlas. Ya bastante condescendiente he sido —espetó mirando de soslayo a doña Carmen.

Damián respiró profundo, contrajo sus facciones para que no se notara lo desencajado de su rostro; emitió unas palabras de disculpa sin siquiera dirigirse a Úrsula. Su carácter altanero y



desafiante quedó reducido ante el ataque enmascarado y mordaz de aquella mujer que pretendía tomar por suegra. Tal vez le hubiera cantado sus verdades a la cara, las que el orgullo latente en su pecho exigía escupirle; pero no quiso hacer sentir peor a su amada, ni agravar las gestiones en pos de sus propósitos. Dio media vuelta y se retiró, mientras la marquesa recibía a los anfitriones, que le presentaban con mucha prestancia al primo de la condesa, el rico terrateniente que fue recibido con bombos y platillos por la dama, con expectativas de buscar un marido rimbombante para su hija.

En su retirada, una voz conocida le cortó el paso. Doña Catalina le dedicó unas palabras mordaces sin siquiera detenerse y cubriendo la mitad inferior de su rostro con el abanico. La mujer no pudo evitar acercarse, pero tampoco quería comprometerse o que la vieran en compañía del bastardo.

—Es el último sitio donde pensé toparte. Ya sé que despreciaste mi regalo, tal vez tenga suerte la siguiente vez; mis puertas siguen abiertas para ti.

—En secreto como siempre, pero en este recinto niega conocerme.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Esta gente no es muy dada a ser cordial con quienes están vetados por alguna tacha.

—Prosiga, por favor, no quiero que se vea obligada a comprometer su honor. No le conviene que la vean hablando conmigo.

—Gracias por el presente —mencionó acariciando el collar y continuó caminando en dirección contraria.

Damián se alejó rumbo a la salida; su presencia obedecía a un objetivo y había sido un fiasco. Prefirió esfumarse. Carlos Enrique del Alba lo detuvo.

—Aguarda, sí que tienes prisa.

—No tengo más que hacer aquí.

Lo tomó del brazo y lo instó a escucharlo.

—¿Pensaste que sería fácil? No puedes darte por vencido ante la primera derrota. Al rato que se pasen de copas, comenzarán a ablandarse y bailarán tanto que los verás sudar como simples mortales. Por más que se vanaglorien de su pureza de sangre, para los buenos jolgorios, gustan de la música tocada por hombres de tu raza y son los que más penurias pasan para acceder a un conservatorio; terminan por aprender en bandas militares o en las orquestas de los salones privados. ¿No es absurdo?

Desde donde discutían, podían observar todo el panorama. El mulato quedó estupefacto al ver al terrateniente de provincia acercarse a su ángel, hacerle una reverencia e intercambiar unas palabras, pero al observarla aceptar la mano que el caballero le ofrecía y marchar al centro del salón, su corazón abandonó su pecho y se estrepitó en una caída ominosa, para terminar hecho trizas sobre el mármol. Cuando la orquesta inició la siguiente contradanza y su futura prometida comenzó a contonearse a la usanza guiada por aquel rufián, los calores producto del coraje y los celos tintaron sus mejillas.

—Cálmate, hombre, y mira hacia otro lado: los incinerarás con la vista.

—Es mejor que me vaya.

—Confía en mí.

—Me siento un idiota. Debí quedarme con los míos para celebrar la llegada de mi hermano.

—Hasta yo lo preferiría; de no tener este compromiso ineludible que interesa a mis negocios, créeme que estaría disfrutando de la deliciosa comida de tu hermana y la sabrosa música que seguro estarán bailando.

—En cambio, estoy permitiéndole a ese encopetado robármela, cruzado de brazos, aparentando lo que no soy y recibiendo humillaciones.

—Te equivocas: estás luchando por amor —le aclaró el señor del Alba.

—¿Te parece? Solo veo a una Úrsula cada vez más lejos de mí.

—Entonces es hora de que desaparezcas, pero aguárdanos a Carmelita y a mí cerca de nuestro carruaje. Saldremos en caravana, te acompañaremos.

—No te privaré de tus compromisos.

—Ya estoy harto de tanta hipocresía. Hazme caso, preséntales tus respetos a los anfitriones y ve a compartir el calor de los tuyos. Iré a poner al tanto a mi esposa.

Damián lo hizo, no sin antes lanzar una mirada inyectada en celos en dirección a la pareja que se separaba. Si tenía que presenciar a Úrsula bailando de nuevo con ese o con otro, mientras él era tratado como un vagabundo, reventaría.

Previamente a abordar su coche, pateó repetidas veces una de las ruedas frente a la expresión azorada del calesero, quien trató de apaciguarlo. Damián alzó ambas manos para darle a entender que estaba bien, pero no se engañaba: estaba devastado. Se metió en el interior y aguardó mientras las ideas más oscuras lo torturaban. Cuando la incertidumbre se le hizo insoportable, antes de lanzar la voz de «arre» y ordenarle al conductor que partieran raudos al palacete, irrumpió el cochero de Carlos Enrique pidiéndole que abordara con urgencia el landó de su amo y que despidiera su quitrín. Obedeció presto, con la intriga que pulsaba en sus entrañas. Se sentó en el carruaje y miró su reloj repetidas veces hasta que la presencia de una dama que se colaba abruptamente por la portezuela le hizo abrir los ojos de forma desmesurada.

—¿Pero?

—¡Madre mía! Solo a nosotros se nos ocurre guiarnos por las ideas de un completo desfachatado. Me ha convencido de cometer la peor locura de mi vida.

—Mi amor —pronunció sin importarle el motivo que la había traído, y sin abrir la boca para soltar la lava ardiente que había provocado los celos en su pecho.

Estiró sus manos, temeroso y estrechó las suyas. Su mirada se llenó de destellos como la superficie del mar en pleno verano. Su respiración se agitó de forma tan incontrolada que a ella no le pasó inadvertido; tampoco los latidos frenéticos de su corazón.

—En verdad, no te lo esperabas; tal vez nos hemos dejado guiar por un demente partidario del amor. El matrimonio del Alba tuvo demasiados altibajos antes de sentar cabeza.

—¿Qué haces aquí? No quiero corromperte; te di mi palabra, quiero desposarte respetando las reglas. No me perdonaría faltarte.

—Vamos, no podemos seguir ni un minuto más aquí. Si nos atrapan, estaremos perdidos.

—¿Huiremos? —preguntó pasmado enterándose de los planes, descolocado, sin entender lo que estaba sucediendo y suspiró, convencido de que tal vez su amigo había comprendido que no había otra forma de que terminaran juntos. Solo le quedaba robarse a su pretendida y, aunque no había tomado providencias, no lo pensó dos veces. Le exigió al cochero emprender la marcha mientras le apretaba cariñosamente la mano. Ella lo miró extasiada y él sintió su sangre reverberar dentro de sus venas.

Úrsula sacó con timidez de su bolso un antifaz y se lo mostró.

—Él tenía un plan alternativo para nosotros, por si presentarte ante mi madre resultaba fallido. Pretende que me invites a la recepción de tu familia. Quiere que conozca cómo es tu mundo antes de renunciar al mío, porque insiste en que, si nos desposamos, me sucederá como a doña Carmen. Las personas que hoy me tratan me cerrarán sus puertas. A toda costa desea que nos tratemos más, antes de dar el siguiente paso, el que será definitivo. Sus hombres vendrán detrás y me escoltarán después a la quinta; tendremos como máximo una hora o dos.

—Es arriesgado. Una idea tan descabellada como quien la ha concebido.

—Por supuesto que le he prometido que no permitiré que me toques ni un cabello y, por extraño que parezca, confía en mi sensatez.

—Supongo que en la mía también.

—¿Quién sabe? Me exigió que te recordara que, si osas irrespetarme antes de que un cura bendiga nuestra unión, él mismo te despellejará vivo.

—¡Valiente amigo!

—Carlos Enrique me pidió que aceptara la invitación del primo de la condesa a bailar para despistar a mi madre; luego tuve que fingir un malestar y solicitar regresarme a la quinta.

—Ese hombre le parece un pretendiente más apropiado para ti.

—Mi gravedad ameritaba mi retirada, así que mi correcto protector ofreció su carruaje y a sus hombres para escoltarme de vuelta a la quinta, para que mi madre no se privara de la diversión. Ya estaba entusiasmada con la conversación del caballero; no quería retirarse sin lograr que se interesara en mi persona.

—¿Y su excelencia aceptó?

—Le he dicho una pequeña mentira: que el terrateniente me ha parecido simpático y gallardo. Conociéndola, mi madre estará velando por mis intereses y no dejará descansar al pobre hombre. No cesará de elogiar mis talentos; hay varias interesadas en pescarlo, y ella defenderá mi lugar. Se las arreglará para despertar su interés y alejar a otras moscas de ese pastel. Carlos Enrique la ha motivado, y ella se lo ha tomado como un asunto de vida o muerte.

Damián quiso robarle un beso, pero había prometido adherirse a la conducta esperada para el cortejo y no quiso abusar de su suerte. Reprimió en un quejido los deseos de tomarla entre sus

brazos y hundir su boca en la blancura de su cuello para aspirar de cerca su candoroso aroma.

—Vamos, mi vida. Te quiero en mi casa, con los míos; algún día será tu morada. Es justo lo que pretende nuestro desquiciado amigo.

Cuando arribaron al patio de los caballos, le tomó la mano para ayudarla a descender. La música que provenía de los salones de la mansión se les coló por cada poro.

—¿Estás segura? Tal vez no sale como esperamos y no haya vuelta atrás.

—Sí —respondió y lo reforzó al asentir.

El rostro varonil desplegó una sonrisa, una llena de ilusión, por aquella corta palabra que hacía nacer un arcoíris en su corazón. No podía negar la dicha que sentía por tenerla allí. Damián sacó la delicada máscara de plumas y encajes, que solo dejaba al descubierto sus hermosos ojos y se la colocó.

—Creo que no es necesario; me mantendré distante, trataré de pasar desapercibida.

—Eso es imposible; nadie quedará indiferente ante tanta belleza. Debo proteger tu identidad. Todos son amigos, pero más vale ser precavidos.

—¿Crees que alguien me exija develar mi rostro?

—Solo si no temen enfrentarse a mi genio; no me apartaré de ti ni un segundo.

—Quiero pedirte algo —le suplicó clavándole los ojos a los suyos, también reprimiendo las ganas de besarlo—. Perdona la actitud de mi madre.

—No hay nada que disculpar, mi vida es perfecta porque tú estás en ella.

—No fue amable; sus palabras, la forma en que se refirió a ti. Quiero que sepas que no intervine porque no quiero que se ofusque más en tu contra, pero que no comparto su punto de vista.

—Me importa cómo me ves tú.

Le acarició la mano con afecto y le depositó un cálido beso sobre el dorso, ahogando los deseos de estrecharla entre sus brazos, pero decidido a respetar la palabra que empeñó con el señor del Alba.

—Lamento que todo se complique, que tengamos que esperar tanto —musitó agobiada.

—Te esperaré la vida entera.

## Capítulo 30

Úrsula se colocó la mantilla y se cubrió la parte inferior del rostro con el abanico mientras avanzaban hacia el interior, cuando otro carruaje completamente cerrado se detuvo donde antes había estado el que los había traído y, al verlos avanzar tomados de la mano, decidió marcharse, sin siquiera dar razón de su ocupante. Aquel hecho la desconcertó, pero no encontró motivos para desconfiar; él solo negó con pesar y suspiró de alivio al proseguir.

—Pensé que sería otro invitado, pero no. Qué extraño... ¿Quién sería? ¿Debemos preocuparnos?

—Tal vez es alguien que se equivocó de destino.

Al no ser interrumpidos, continuaron. Entraron por la puerta trasera de manera discreta. Santa bailaba muy divertida con don Mateo. A Úrsula no le pasó inadvertido que la felicidad del rostro de Damián terminó reducida a sus labios gruesos, convertidos en una línea de pesar.

—¿Sucede algo? ¿Ha sido imprudente que viniéramos? —lo abordó.

—No, mi bien. Es solo que acabo de darme cuenta de que no me esperaban; ya ajustaré cuentas con Benito.

Úrsula no entendió su preocupación pero, deslumbrada por la algarabía, se distrajo. Santa palideció al verlos; creyó que su hermano se había atrevido a traer a doña Catalina, pero al tenerla cerca dudó, y al escuchar su voz, cuando la saludó, estuvo a punto de darle un patatús.

—¡Niña! —exclamó como si hubiera visto una aparición.

—Damián me invitó a la fiesta; sé que es un atrevimiento. Espero no incomodarla. He decidido hacer caso a su petición y rescatarlo —le susurró.

—¡Oh, por todos los santos! Ahora me doy cuenta de lo descabellado de mis súplicas. Retiro lo que requerí; ustedes no pueden estar juntos, menos aquí.

—¡Hermana! Sé amable: algún día será mi esposa.

—¿Están hablando en serio?

—Si no lo fuera, no nos habríamos arriesgado tanto. Hazla sentirse bienvenida.

La dejaron con su asombro y continuaron adentrándose; los presentes dieron cuenta de la belleza de la joven misteriosa que acompañaba a Damián, pero nadie se atrevió a preguntar o a interrumpir: conocían su temperamento. Se detuvieron ante Benito y su esposa, y se la presentó como su futura prometida.

—Imagino que es muy linda su merced y por eso oculta su rostro, para que no nos deslumbre tanta hermosura —mencionó con cariño el otro hermano.

—Me alegra que estén en familia; espero que pronto puedan encontrar a Tomás —mencionó ella con sinceridad.

Elia le sonrió con complicidad y respeto, sin más preguntas la hicieron sentirse cómoda. Y, tras intercambiar escasas palabras, los dejaron a solas.

—Estoy feliz de tenerte en mi hogar —le susurró con una mirada enamorada—. ¿Puedo darte un recorrido del sitio del que serás dueña y señora?

—No es necesario, lo conozco bien. En el pasado nuestras familias fueron unidas y tuve la oportunidad de recorrer el palacete.

—Carlos Enrique me ha puesto al corriente, pero no hablemos de cosas tristes. El tiempo nos apremia, y nuestro amigo no podrá detener a tu madre toda la noche. Déjame atenderte en persona. ¿Qué te apetece, mi corazón?

—Sorpréndeme.

Se puso nervioso; miró los convites de los que disfrutaban los invitados. De pronto le preocupó que el vino, los jugos y los manjares no estuvieran a la altura de lo acostumbrado para Úrsula. La comida era abundante para agasajar a la gente sencilla que los acompañaba.

Se acercó a una de las mesas y pasó la vista por las diversas confituras, los pasteles, los merengues, los suspiros, las carnes frías, los pescados fritos. Se llevó la mano a la cabeza; desorientado, miró las botellas de vino dulce y se sintió intimidado; con una sonrisa le pidió esperarlo, y se alejó para llamar a la vieja Demetria.

—¿Tienes idea de qué podría gustarle a una señorita de familia acaudalada?

—¡Jesús mío! —se lamentó la mujer—. No me diga, señor, que una niña de bien se oculta tras esa máscara.

—¡Tú también! —le reprochó y se arrepintió de darle tantas libertades a la servidumbre que se creía con derechos de reclamarle—. Trae la más fina cristalería francesa y una botella de champagne para calmar su sed.

—No creo que la señorita sea tan exigente, si se ha atrevido a desafiar a sus padres para venir con usted a expensas de su honra.

—No quieras toparte con mi furia; haz lo que te pido y deja de entrometerte —le exigió severo, pero cariñoso a la vez.

—Mírela usted mismo; la veo muy cómoda.

Damián se quedó boquiabierto, con una sonrisa de tonto enamorado al descubrirla revoloteando sobre los manjares, con una copa de limonada en una mano y con un trozo de panetela en la otra, que mordió con suma gracia y delicadeza, para luego cerrar los ojos y suspirar agradecida por su sabor. Incluso con la máscara, se veía encantadora; su sencillez y alma pura lo hicieron enloquecer de devoción; solo quería raptarla y llevarla a un sitio donde pudieran estar unos minutos a solas, para robar un beso de aquellos jugosos labios.

—Ándate, Demetria, creo que mi invitada y yo no te necesitamos.

La orquesta compuesta por mulatos y negros libres aderezaba el ambiente; eran los mismos que tocaban en los más prestigiosos salones privados de baile de La Habana. Los violines, el flautín y el contrabajo producían una melodía encantadora pero, cuando sonaron los timbales, el ritmo se apoderó de los presentes, que se contonearon de forma armoniosa. Úrsula todavía saboreaba las golosinas del banquete, tan distintas a las que servían en su mesa, con un elogio reservado para la cocinera. La pieza envolvente la sedujo, más al saberse el objetivo de su mirada centelleante. Una carcajada se le escapó al verlo totalmente absorto, reflejando una inmensa paz interior, como si la hubiera esperado toda su vida.

Damián sabía que aquel sentimiento no era solo atracción; no acabaría tras conquistarla, era más que amor. Ella era única; jamás había conocido a alguien con quien añorara estar día, tarde y noche. Tembló ante el sonido cantarín de su risa, pero no de nervios: era un placer que recién conocía, el sentirse así: poseído por su embrujo. Caminó hasta su invitada misteriosa con paso seductor mientras las féminas que en secreto lo deseaban veían morir sus anhelos. Él no podía disimular su embeleso; quería imprimirse en su alma y que ella lo necesitara con la misma fuerza. Estiró la mano y Úrsula, hechizada por su gallardía, la tomó.

—¿Me harías el honor? —pidió sin ojos para otra dama.

—Recuerdo tu aversión al baile —murmuró la señorita, extrañada colocando la copa sobre la mesa.

—Y yo que solo tomaste las clases de danza como una formalidad. Me pasmó verte contoneándote guiada por ese mequetrefe.

—Recomendación de nuestro amigo: así podríamos burlar a mi madre. —Tomados de la mano, sucumbieron ante la pieza—. Para odiar el baile estás muy al tanto de los movimientos correspondientes: tienes mucha soltura y elegancia.

—Las mujeres adoran sacudirse al compás del tambor, el piano o cualquier instrumento que produzca una melodía; tuve que aprender para obtener atención.

—¿Qué sacrificio! Me pregunto quién saldría ganando.

—No quise indicar...

—Prefiero formarme mi propio juicio.

—¿Te hubieses atrevido a bailar conmigo delante de esa gente tan importante para ti?

—Ellos no lo son; no me interesa lo que piensen, solo el reducido grupo de personas que en realidad quiero y me aprecia.

—Eso no responde mi pregunta. Disculpa, no quiero presionarte. Estás aquí y eso requiere más valor.

—Tú también has sido muy valiente.

Rieron y bailaron hasta que fueron sorprendidos por la mirada austera de don Mateo, que le hizo señas con propiedad. Se disculpó por dejarla unos minutos para hacerle frente al administrador, quien lo llevó lejos del ruido y la algarabía para protestar.

—¿Has perdido el juicio, Damián? ¿Quién es la señorita?

—No puedo revelarlo.

—Ha venido sin una chaperona, traída por ti. ¿Tienes la autorización de sus padres? —Damián lo miró de frente sin intenciones de despegar los labios—. Tu silencio es incriminador.

El joven lo miró desafiante; tuvo ganas de preguntarle qué se traía con su hermana; pero aún tenía sus dudas y no quiso errar en su juicio. Solo se contentó con decir:

—Tendré presente para futuras ocasiones que no es correcto que un hombre y una mujer compartan el espacio sin los chaperones adecuados.

—Dime, ¿a dónde necesito devolverla? —insistió don Mateo, y Damián se dio cuenta de que no captó su indirecta. Tal vez sus celos de hermano le habían jugado una mala pasada.

—Solo a mí me corresponde llevarla de vuelta —contestó.

—Eso es muy peligroso. ¡Has perdido el juicio! Les daré unos minutos para despedirse y después la escoltaré a su residencia. Debes estar preparado para hacerles frente a las consecuencias, si su padre decide pedirte cuentas. ¿Su dirección?

—No puedo revelarle su identidad.

—Estoy tan interesado como tú en que este asunto no pase a mayores.

—La amo, debo protegerla con mi vida —reveló con el semblante alterado.

—¡Es blanca!

—Hay uniones entre personas de ambas razas; no sé por qué se exalta tanto.

—En las clases inferiores y no sin la licencia correspondiente cuando el padre se opone, pero se ve que esa niña es de familia pudiente; solo hay que ver sus vestiduras y sus maneras. ¡Sácala de aquí de inmediato, antes que sea demasiado tarde! No vayas solo, lleva a tus hombres, no sea que te encuentres con la cólera de su progenitor.

Tragó en seco y aceptó que aquella noche su cuento de hadas estaba por llegar a su final. Estuvo de acuerdo: tal vez había sido muy arriesgado. Úrsula se acercó a la familia cercana de Damián para despedirse. Tras hacerlo preguntó al notar la ausencia de Benito.

—¿Y tu hermano?

—Eso mismo me pregunto —indicó Santa.

—Tuvo que salir a un asunto de improviso —aclaró Damián.

—Últimamente sale demasiado y a deshoras. ¿En qué lo ocupas?

—Hablares después; tengo que llevar a la señorita —dijo para escapar de los reclamos.

Úrsula se dejó conducir al carruaje del señor del Alba que aguardaba por ella. Villavicencio se coló dentro con el entrecejo fruncido.

—Vamos ya, debes llegar antes que arribe tu madre; regresaré después de dejarte a salvo.

—Iré sola, será menos arriesgado.

—Ni hablar.

—Carlos Enrique indicó que su carruaje me dejará en la puerta de la quinta y es lo que haremos. Debemos aferrarnos al plan. Le pediré al cochero que regrese a darte razones antes que



regrese a la mansión de los condes por su amo.

—Se me hará eterno cada segundo sin ti.

Damián fue el primero en claudicar. No pudo más; le desató las cintas y le retiró la máscara. Se regodeó en aquel rostro angelical, lo más hermoso que había contemplado. Rompió la distancia; primero le acarició la mejilla y después aproximó su boca anhelante a la de la señorita. Probó la dulzura de sus labios, y toda su energía entró en ebullición. Ella lo despertaba con una mirada, con un suspiro. No se contuvo con saborear el néctar delicioso de su boca; la estrujó con pasión. No importaba la frialdad de la noche; el calor que sus cuerpos emanaban les hacía olvidarse del resto del mundo. La besó con desespero, sin tregua, con el deseo agitado, creciendo, palpitando en la zona baja de su abdomen, en los músculos que recubrían sus costillas, en su corazón. Se conocía; cada segundo estaba más lejos de poderse sosegar, de detenerse y salvaguardar el honor de su futura esposa, pero la amaba tanto que incluso quería protegerla de su arrebato. Se separó de golpe como de la más temible tentación. Ella quiso recuperarlo, volver a aprisionarlo en sus brazos y él se resistió, sintió miedo de no poder frenar ante el frenesí que se había apoderado de su cuerpo.

—No me perdono haberte puesto en riesgo, debí oponerme —afirmó contentándose con entrelazarle los dedos con los suyos.

—Quise venir y no me arrepiento; ha sido la noche más hermosa de todas. Esto quiero, Damián: ser parte de tu mundo, y nadie tiene derecho a impedírmelo.

—Te defenderé, serás mi esposa. Somos libres.

—Espero que en verdad lo seamos, porque mi vida no tiene sentido si estamos separados, y no soporto que pretendan alejarme de ti.

—¿Puedo volverte a besar? Me siento tan nefasto por profanarte los labios... No quiero conducirte a hacer cosas indecentes, ni que me culpes por presionarte a sucumbir ante mi necesidad.

—Bésame, hazlo ahora que puedes, así la espera no será tan angustiante.

Aún le ardían los labios cuando abandonó el calor de sus brazos y la observó partir. Damián le había exigido al cochero protegerla con su vida. Y, mientras su corazón enamorado bombeaba sangre de manera frenética, Santa, con Elia a su lado, lo acorralaron lejos de la vista de los invitados.

—Ahora dínos, ¿dónde está Benito?

—¡Por Dios! ¿A qué viene el interrogatorio? —esquivó Damián.

—Se me hace extraño que salga tan tarde; Elia dice que no tenía esa costumbre en el pasado. Estoy segura de que lo has metido en algún asunto de cuidado, porque está tan agradecido contigo que no hace más que contentarte.

—Benito es un hombre hecho y derecho, mayor que yo. No le encomiendo nada, él elige en qué meterse.

—Su esposa está preocupada; ya hasta anda pensando que tiene amoríos con otra mujer.

—¡Oh, no! Elia, te lo juro, él te adora y es leal contigo. Es verdad que ha ido a una encomienda de mi parte, pero no puedo decirles más. Por favor, quédense tranquilas —mencionó preocupado por la magnitud que estaba tomando la situación.

Las vio alejarse con los rostros enfadados; le dolía que en los últimos días de continuo solo veía esa expresión de reclamo en su hermana. Por supuesto que sabía lo que hacía Benito: estaba ayudando a unos esclavos fugitivos a esconderse para en la madrugada proseguir su viaje con destino al palenque más cercano. Se quedó muy serio; recordó que le había pedido que no se arriesgara, pero era un encargo peligroso. ¿Cómo pedirle que no participara cuando había sido él quien se había ofrecido? Compartían la misma inquietud.

## Capítulo 31

Úrsula aún no lo podía creer; se acarició los labios y sonrió para sí misma. Cerró los ojos y evocó el rostro de Damián, sus labios rosados y gruesos rebosantes de vida, su nariz recta, sus cejas pobladas y aquella mirada verdeazulada poderosa custodiada por sus frondosas pestañas. La expresión de deseo al observarla tan cerca, las líneas suaves de esas mejillas que había recorrido con sus besos, la fuerza de sus manos al apretar su carne... aún la sentía. Se estremeció.

Causó un revuelo de encajes al correr escaleras abajo con el alma henchida de gozo mientras *Simón* daba saltitos detrás intentando atrapar las cintas de su vestido. La noche había sido perfecta; solo quería encontrarse con Carlos Enrique para agradecerle con creces su tan estupenda, aunque descabellada, idea. Supuso que tendría que esperar para demostrarle su gratitud a que se recuperara de la traspasada. Había cumplido su misión; pudo retener a la marquesa viuda lo suficiente para que los tórtolos salieran airosos de aquel mágico encuentro.

—Ay, niña, se le ve tan feliz... Parece que hubiera conocido a un caballero en el baile de ayer —le mencionó la esclava.

—Mejor que eso —aseguró y levantó a su perro por los aires y bailó con él como si fuera su príncipe azul.

—¡Me alegro! Por un minuto pensé que el mulato pérfido la había embaucado con sus ojos hechiceros.

—Shhhhh —la silenció y dejó al can en el suelo, el que dio brincos y pequeños ladridos para reclamar su atención—. Cuida tu boca, si mi madre te escucha, será mi fin y tal vez el tuyo.

—Perdone, pero por su merced no se preocupe. Aún sigue durmiendo; parece que hubiera caído muerta. —Hizo una pausa para reírse con malicia—. Así que puede escaparse un rato si lo desea a la clínica de las monjitas; sé que echa mucho de menos ayudarlas.

—Es tentador, pero prefiero no darle razones a mi madre para avivar su mal genio. Necesito que siga embebida de las mieles que disfrutó en la fiesta. No quiero que me amargue el día.

—Usted sí que se ve feliz hoy; ni parece que ayer regresó porque tenía un malestar. Por cierto, ¿cómo se siente?

—Gracias a Dios, mejor que nunca.

—Por el ama no se preocupe; me comentó Josefa que llegó tardísimo. Hacía tiempo que su madre no se traspasaba en un baile. Extraño porque, cuando una de sus hijas se enferma, se pone

muy nerviosa y ahora está muy relajada.

—Eso le sucede más con María Teresa; a las mayores nos considera irrompibles.

—¿Se le ocurre cada cosa, mi niña!

—¿Lo quieres?

—¿De qué habla?

—¿A Pedro? ¿Cómo sabes que estás enamorada? ¿Qué eres capaz de hacer por amor?

—¡Ay, señorita! Me avergüenza hablar de esas cosas. Nosotros los esclavos no podemos pensar en el amor.

—El amor no se piensa: se siente.

—¿Y usted como lo sabe?

Úrsula sonrió, y la magia se reflejó en su semblante. Una risita contagiosa se le escapó; tomó de las manos a Juliana y comenzó a bailar por el amplio salón, como una avechilla que por primera vez conocía la libertad. La esclava se ruborizó, pero le siguió el juego. *Simón* corría en círculos alrededor de ellas produciendo jocosos sonidos. Mientras se carcajeaban, sonrojadas por la pasión que albergaban en sus corazones, la voz de soprano de la marquesa viuda las paralizó:

—¡Han perdido el juicio! ¡Juliana, a tus quehaceres! Úrsula compórtate, ¿como te atreves a bailar con la esclava como si fuera una de tus hermanas? Les das demasiadas libertades; luego te pesará cuando se ponga rezongona y haragana. —El animal salió huyendo con la cola entre las patas.

—¡Lo siento, madre! —murmuró tratando de calmar los espasmos de su risa.

—¿Qué te divierte?

—El baile; fue maravilloso.

—Pero huiste despavorida. ¿Cómo te sientes?

—Mejor, habría querido quedarme hasta el final. El estómago me jugó una mala pasada; parecía que me iba a estallar.

—Por exceso de comida no creo; será por lo contrario: tu apetito es peor que el de un pajarillo. No te he querido atormentar porque entiendo que ha habido tensión entre nosotras y que tal vez te he empujado a estar inapetente; eso debe cambiar.

—También creo lo mismo; estamos solas en la isla, solo nos tenemos la una a la otra.

—Por esa razón me he puesto irascible, sé de tu vocación religiosa, pero el temor a la soledad ha hecho que brote lo peor de mí misma. Tengo tres hijas e imaginé que a esta edad estaría acompañada por tu padre y podría disfrutar de mis hijas y de mis nietos. Ha sido duro aceptar que me quedaré sola.

—Es una etapa, madre.

—Ayer hablé mucho con el señor Iturralde.

—¿Y ese quién es?

—¿No lo recuerdas? Bailaste con él esa contradanza encantadora; parecías una princesa. Estoy muy orgullosa de ti. Serías una esposa encantadora.

—Madre, ese caballero vive en Cienfuegos; de desposarlo, igualmente estaríamos muy lejos. Usted me quiere tener cerca.

—Por fortuna, espera establecerse en La Habana; sus negocios se están expandiendo y lo han traído hasta nosotras. Es guapo, elegante y muy educado.

—Es cierto.

—¿Qué te ha parecido?

—Madre, no se ilusione.

—¿No te pareció atractivo? Ayer me diste a entender lo contrario.

—Es muy pronto para sacar conclusiones. Mejor hábleme del baile, ¿qué más aconteció en la fiesta?

—Carlos Enrique se ha empeñado en invitarnos hoy a un almuerzo en su residencia. Por eso he tenido que levantarme más temprano de lo que hubiera deseado.

—¿Y usted aceptó?

—¡Es el colmo! No estoy de acuerdo en disfrutar de las atenciones de doña Carmen; la sociedad le ha reabierto las puertas, en apariencia, pero todos sabemos que, en el fondo, no olvidan y, cuando da la espalda, cuchichean sobre el asunto. No quiero estar en boca de todos; por otra parte, nuestro amigo es nuestro apoyo en la isla, y ha demostrado su entereza y lealtad. Me vi obligada a aceptar.

—Si no se sentía cómoda, debió rehusarse.

—¿Estás de acuerdo conmigo?

—No, a mí me encantaría asistir.

—Porque eres poco juiciosa. En fin, prepárate. No me gusta llegar retrasada a una comida.

Se le hizo extraño, pero no tardó en subir a sus aposentos a prepararse con la ayuda de Juliana. Sabía que el señor del Alba no daba pasos en falso; aquella invitación debía perseguir un propósito.

Partieron prestas en quitrín hacia Intramuros. No tardaron en sumirse en la algarabía de las plazas, las volantas y los pregoneros. El fuelle abajo permitía que sus vestidos se exhibieran y contribuyeran a embellecer el pintoresco paisaje. Esclavas de las llamadas «bozales», recién llegadas de África, vendían tortitas calientes en los laterales de las calles; el recuerdo del sabor de aquellas la noche anterior hizo que Úrsula ordenara al cochero que se detuviera y fuera a comprar una para ella.

—¿Pero qué haces? —preguntó horrorizada la marquesa.

—Son deliciosas, ¿quieres probar?

—Por supuesto que no, creo que te vendría bien irte una temporada con una de tus hermanas a Europa y refinarte. Eres la que más tiempo ha permanecido en la isla; te recuerdo que no somos iguales al resto de los indios. Desespera que te mimeticen con ellos.

—Usted es española, madre, pero no olvide que soy criolla.

—¡Por desgracia! Debí marchar a España para dar a luz a cada una. Eso solo ha servido para

confundirlas y para que sus derechos sean mermados por su lugar de nacimiento. A veces pienso que Hugo debería vender todo y marcharnos a la Madre Patria. ¿Qué sentido tiene permanecer aquí con tus hermanas lejos? Los negocios de tu cuñado lo alejarán cada vez más. El ducado es demandante.

—Hugo ama esta tierra como si hubiera nacido aquí.

—¡Por desgracia! Yo le he estado dando vueltas a la idea de regresarnos a España; allá tenemos nuestras propiedades. Desde que murió tu padre, me pregunto qué hacemos solas aquí.

—¿Y con esas dudas ha pensado casarme con el señor Iturralde? Tendría que dejarme atrás si al final decide partir.

—Ni Dios lo quiera; no podría, hija. Pero irnos juntas no sería tan mala idea.

Úrsula no opinó más; tomó la tortita que le entregó el calesero y le dio una mordida. Ella no quería irse; solo abandonaría la isla si fuera necesario para que su amor con Damián no se viera truncado. Ni un océano entero la haría olvidarlo; sabía que su madre tenía razón: las costumbres antillanas habían echado raíces en su corazón. Sería difícil dejar todo atrás y al hombre de su vida.

Cuando arribaron a la mansión de los del Alba, tras el efusivo recibimiento con que las agasajaron, doña Carmen logró robársela por unos minutos para llevarla a la biblioteca y susurrarle:

—Alguien te espera.

—¿Damián? —preguntó con los latidos desaforados. La señora asintió.

—Mi madre se espantará.

—Será lindo lo que mi esposo ha planeado; pasaremos una agradable velada los cuatro. Quiere que nos deleites con el piano y que disfrutemos de una plácida conversación. Insiste en que ustedes deben conocerse más; no quiere que tomen decisiones apresuradas.

—Esfuerzos que valoro, pero estoy convencida de amarlo. Jamás ningún hombre despertó tal sentimiento en mí. Tenía otros planes antes de conocerlo; Damián puso en pausa mi vida.

—¿En verdad querías ser monja?

—Sí, mi fe sigue siendo muy fuerte, pero mi motivación principal era dedicarme a ayudar a quien lo necesita, combatir tanta injusticia, aportar algo para que el mundo sea un lugar sin tanto sufrimiento: la esclavitud, la opresión, la pobreza extrema que sufren algunos seres y para eso necesitaba ser libre del gobierno de un varón sobre mis días. Hasta que conocí a Damián y comprendí que hay hombres diferentes; creo que perseguimos los mismos fines.

—Entiendo por qué está enceguecido por ti. Eres una joven con un gran corazón. Pasa, te espera en la biblioteca; compartan al menos unas palabras, pero no tarden. Estaré vigilando.

—Aún no sé cómo hizo Carlos Enrique para convencer a mi madre de venir, y más aún después de la trasnocada.

—Le dijo que discutirían acerca de la idoneidad del pretendiente; el señor Iturralde quedó cautivado contigo, y tu madre está que no se la puede creer. Parece una niña ante un puñado de

golosinas. Lo gracioso es que me pidieron entretenerte mientras ellos negocian el asunto del cortejo. Tu madre quiere echarse a mi marido a la bolsa; luego se las arreglarán para convencerte.

—¡Dios santo!

Sin dilatar el encuentro, Úrsula dio el primer paso al interior de la biblioteca, donde lo sorprendió con un libro de Leyes en las manos, leyendo sobre usos y costumbres del matrimonio. Úrsula adoraba el efecto que su presencia le causaba a Damián; era como si el alma le volviera al cuerpo cada vez que sus ojos se la topaban. Lo vio avanzar con su andar galante hacia ella y tomarle con ansias el rostro entre sus manos; se miraron el uno al otro mientras temblaban.

—La angustia me carcomía por no saber si tu madre había sospechado de nuestro encuentro de ayer.

—No tiene ni la más remota idea. Aunque a veces preferiría que supiera de una vez para terminar con la distancia entre los dos.

—Pronto podré estrecharte en mis brazos sin el temor a ser descubiertos. Serás mi esposa, estoy decidido. Sé que tenemos al mundo en nuestra contra pero, mientras vea ese brillo de amor en tus ojos, no me faltará valor para luchar por que nos acepten. Carlos Enrique ha buscado esta oportunidad para intentar acercarme a tu madre. Refiere que necesito ganarme su confianza; si la marquesa se pone en nuestra contra, puede acusarnos y exigir al Cabildo que nos nieguen, por expreso y legalmente, estar juntos. Ella y, por supuesto, tu cuñado el duque, son los aliados más poderosos que debemos tener.

—¡Oh, por Dios! ¿Hoy? —indagó temerosa.

—No podemos seguir dilatándolo.

—Lo sé, pero conozco a mi madre: presiento que no es el mejor momento.

—Nunca lo será. Debemos intentarlo. Me escabulliré por la puerta trasera y volveré a entrar, justo cuando tomen los aperitivos en el antecomedor. Carlos Enrique no saldrá para recibirme, sino que hará que me lleven ante su presencia; simulará que olvidó que me había citado para tratar negocios, y aprovechará para presentarme ante ustedes.

—Se saltan todos los protocolos; mi madre se exaspera ante cualquier falta a las costumbres —recapituló—. Por otro lado, es Carlos Enrique: conoce que, a pesar de ser zalamero, educado y en exceso galante, también es amigo de romper cuanta regla osa frenarlo.

—Un punto a nuestro favor.

—No lo sé. Ella es astuta; no se lo tragará. Ambos han perdido la cordura.

—No soporto seguir lejos de ti; quiero que seas mía, sin más trabas entre nosotros —le aseguró aprisionándola dentro del hueco de su pecho, arrinconándola contra los libros, respirándole en la boca y dejándola embriagada por su fresco y almizclado aliento—. ¿O prefieres esperar? Si es eso, solo dímelo: puedo armarme de paciencia.

Aquel susurro desesperado fue contradictorio; él le aseguraba que la aguardaría, pero toda su anatomía lo delataba. No podía, no quería. Se miraron al centro de los ojos intentando resistirse a la desafiante tentación. Úrsula cerró los ojos y tragó el exceso de saliva que se acumulaba en el

interior de sus mejillas; cuando volvió a abrirlos, se topó con la seductora boca entreabierta de Damián a punto de devorarla. Se derritió en sus brazos y se apretó contra su cuerpo; aquel beso apasionado los llenaría de fuerzas. Aquella forma fiera de robarle un suspiro, mientras su lengua invasora la deshacía por dentro, le provocaba calores cada vez más intensos.

—Te amo —le susurró él entre cada succión desesperada, como si dependiera de sus labios para sobrevivir y luego con la expresión llena de seriedad y resolución le reveló—: Quiero hacer las cosas bien, pero cada día se me hace más difícil, tortuoso y asfixiante. Te necesito como la reina de mi hogar, en mi casa, en mi lecho...

—¡Oh, por Dios! —gimió. La revelación tan íntima hizo que su abdomen vibrara de una forma desconocida y contundente—. Para.

Lo hizo; el corazón de la chica parecía que iba a estallar. No podían continuar torturándose con aquellos avances infructuosos que provocaban en ellos un deseo agonizante, uno que él satisfacía después en la soledad de su habitación acompañado de su recuerdo, pero que no calmaba el hambre de poseer su cuerpo.

—¡Mi dulce Úrsula! Parezco un loco por tu amor. Necesitamos avanzar, no podemos seguir estancados, o terminaré por perder los estribos y robar tu virtud, aunque luego las consecuencias sean graves. Quiero ser respetuoso de tu honor, pero temo que, si te siguen alejando de mí, terminaré por perder el control. Me provocas tantas emociones y te necesito tanto... —expresó estrechándola con toda su fuerza, como si con aquel hecho lograra desterrar las intenciones de quienes se oponían aun sin saberlo a su amor.

Lo silenció con un beso, porque sus confianzas terminaban por despojarla a ella también de la razón, y temía no contenerse, tomarle la mano y dejarse llevar al confín del mundo.

Tres toques de doña Carmen sobre la puerta fueron la señal del adiós. La besó en la frente.

—Sé valiente, mi ángel. Todo saldrá como queremos.

—Creo que es mejor huir; mi madre jamás cambiará de parecer.

—Tenemos que intentarlo.

A Úrsula la angustia se le instaló en el pecho cuando tomó asiento junto a su madre en el antecomedor, más cuando la susodicha intercambió una mirada pícaro con el anfitrión; seguro él le había alimentado las falsas esperanzas de un futuro compromiso entre ella y el señor Iturralde. Tal como le relató Damián, un esclavo acudió a anunciar la visita.

—Mi amo, pide por usted un caballero.

La señorita miró de improviso a su madre, quien no pareció inmutarse. Muy astuto el plan de su aliado: si el esclavo hubiera dado el nombre del visitante, la marquesa habría puesto el grito en el cielo.

—Hazlo pasar.

—¿Recibirá usted a una persona sin siquiera saber de quién se trata? —Se extrañó la invitada. Carmen y Úrsula intercambiaron un gesto de espanto fugaz.

Carlos Enrique disimuló con la habilidad para urdir tretas que lo caracterizaba.



—¿Por qué tan desconfiada, Su Excelencia? Dijeron que es un caballero; si tuviera tipo de bandido, ya me hubieran advertido.

La dama negó ante lo que consideraba un desatino, pero no le dio más importancia, hasta que el supuesto recién llegado hizo acto de presencia. Úrsula estudió asustada la reacción de su madre.

—Damián, querido amigo —emitió el señor del Alba poniéndose de pie con una informalidad que dejó a la marquesa pasmada—. ¡Por Dios! ¡Qué cabeza la mía! Olvidé nuestra cita para hablar de tu interés en la compra del ganado. Pero no seamos mal educados: primero debo presentarte ante mis ilustres invitadas. Su Excelencia Lucrecia de la Concordia García de Lisón y Benavides marquesa viuda del difunto marqués de Morell de Santa Ana y su encantadora hija, la señorita Úrsula Morell García de Lisón. Excelencia, estimada Úrsula, les presento al señor Damián Villavicencio, con quien he entablado una sólida amistad en los últimos meses—. El joven no se inmutó ante el gesto frío de la marquesa.

—Su excelencia, señorita —pronunció con una solemne y correcta reverencia—. Es un placer conocerlas; permítanme brindarles mis respetos.

—¿Ahora eres amigo de un Villavicencio? —indagó la dama cerrando de golpe el abanico y estudiando a detalle la singularidad del contraste entre la piel ligeramente canela de Damián con el brillo verdemar de sus ojos.

—Como le comenté en el pasado, justo nos conocimos cuando acudí a cerrar un trato con él en nombre de nuestro querido duque.

—¿Y el conde te dio su apellido? —le preguntó al muchacho, que no se amedrentó y le contestó con un tono de voz relajado pero cortés.

—Lo hizo antes de morir; fue su deseo reconocermé.

—Damián no sabía que era hijo del conde; en verdad, solo tienen en común la herencia y el apellido, pero nunca convivieron ni compartieron ideas —hizo hincapié el señor del Alba para que las viejas rencillas entre las dos familias no fueran a llevar a la marquesa a tener una reacción similar a la del día anterior.

—Pues ha tenido usted mucha suerte, «señor» Villavicencio. Supongo que se ha beneficiado de la desgracia ajena.

—Tan ajena, no. Damián no tiene culpa de su origen —lo defendió Del Alba.

—La disertación sobre la descendencia del conde de Marmosa puede ser interesante para señoras que prefieren los cotilleos de salón, pero no es mi caso. Lamento esta confusión; debería usted atenderlo. Los negocios son lo primero. Nosotras podemos quedarnos en la compañía de doña Carmen.

—¿Y si pasamos todos al comedor? ¿Te gustaría acompañarnos a la mesa, amigo? Podríamos tratar nuestros asuntos cuando hayamos degustado los sagrados alimentos que mi querida Carmela ha dispuesto para agasajarnos.

—En ese caso, mi hija y yo preferiríamos marcharnos; podemos coincidir en otra ocasión —manifestó la marquesa renuente—. Lo diré sin la intención de sonar ofensiva; entiendo tu

inclinación, tal como las de mi yerno, a relacionarse por asuntos de negocios con personas de clases desiguales, pero yo prefiero mantenerme del lado de las costumbres.

—Excelencia, no quise contrariarla —aseguró el dueño de la morada.

—Seré yo quien me retire, con permiso —mencionó Damián circunspecto, sin añadir ninguna otra floritura y marchó rumbo a la salida antes que su orgullo le hiciera explotar y descargar la hiel que le amargaba el paladar.

Se despidió de los presentes, y partió, sin aceptar que su mentor lo acompañara a la salida. Aquella frialdad de la madre de la mujer que amaba le dejó en claro que todos sus intentos serían infructuosos por esa vía y que tenía que enfrentarse a lo que tanto temía: a las leyes, con la marquesa como su más acérrima enemiga.

## Capítulo 32

Doña Carmen anunció que era el tiempo de que pasaran al comedor para tratar de apaciguar el ambiente, pero la frialdad en el rostro de la marquesa continuaba idéntica. Úrsula quedó con el alma en vilo; parecía que su madre había puesto en marcha la maquinaria de su cerebro para buscar los cabos sueltos y detalles que le habían pasado inadvertidos. No tardó en dar señas de sus impresiones.

—¿No es raro que hayamos tenido dos encuentros consecutivos con el bastardo del difunto conde de Marmosa?

—Coincidencias, Su Excelencia —trató de hacerla desistir de sus conclusiones el anfitrión, convencido de que la insistencia en presentarle a Damián los había expuesto demasiado.

—Aún no entiendo cómo su ilustrísima Agustina Montemayor se atrevió a invitarlo al baile.

—Tienen negocios al igual que yo, que el joven heredó de su padre.

—Los que debieron llegar a su fin; es bochornoso. Ese muchacho fue engendrado con una esclava; lleva la concupiscencia en el rostro. ¿Vieron sus ojos? Tiene mirada de blanco, alma de negro, y esa piel que obedece a la tintura de la mezcla de razas. Ni es blanco, ni es negro, es...

—Un mulato, su excelencia, algo común por estos lares.

—Pero no como hijo reconocido de un noble. Con razón se quitó la vida ese malnacido.

—El alma no es blanca, ni negra, madre, es igual para todos —medió Úrsula; ya no podía de la intranquilidad.

—Cuida tu lenguaje, hija. No me pasa inadvertida tu actitud ante estos temas. Tal vez deba mandarte a España con tu hermana y con tu cuñado. No lo he hecho porque también me preocupa que el libertino de Hugo yerre al cuidarte.

—Al parecer, la visita del señor Villavicencio ha causado revuelo. Disculpen mi negligencia; terminé cruzando los compromisos.

—Un descuido inoportuno —manifestó la dama.

—Mejor concentrémonos en un tema de mayor interés —intervino doña Carmen para salvarle el pellejo a su esposo—. La velada de anoche fue maravillosa; fue una pena que la señorita Úrsula no la haya podido disfrutar hasta el final. Pudimos conocer un poco más al señor Iturralde.

—Un caballero muy elegante y educado —se recompuso la ofuscada—. He pensado incluso si valdría la pena organizar una cena en la quinta e invitar a los condes en señal de agradecimiento y

hacer extensiva la invitación al terrateniente. Me confesó, con mucho respeto, que Úrsula le causó una grata impresión. ¿Qué dices, hija? ¿Crees que sea una buena idea?

Un esclavo del servicio se acercó con sigilo y, ante su presencia, el señor del Alba le permitió hablar:

—Su merced, acaba de llegar correspondencia.

—¿Por qué interrumpes la comida para informarme y no la has dejado en mi despacho como de costumbre? ¿Es algo urgente?

—Viene dirigida para Su Excelencia, la marquesa.

—¿Remitente?

—No me han dado razón.

—¿Quién la ha traído?

—Un mozuero.

Carlos Enrique contrajo el rostro ante la indiscreción del esclavo; torció el gesto para darle a entender que debió consultarle a solas. Úrsula detuvo los cubiertos, y la marquesa se quedó extrañada.

—Hoy suceden cosas muy insólitas. ¿Por qué traerían mi correspondencia a su residencia?

—Lo mismo me pregunto —mencionó el dueño de la mansión apurando la copa con vino de Rhin a su boca, sumamente intrigado.

—Espero que todo esté bien con mis hijas, ¿las letras vendrán de Europa? ¿Me disculpan? — Todos asintieron—. Necesito abrirla; no puedo con la angustia. Solo pido a Dios que mis niñas, mis nietos y mi yerno no tengan problemas.

La marquesa tomó el sobre y lo rasgó. Pidió disculpas por no esperar; presentía que no eran buenas noticias. Sus ojos recorrieron ávidos el contenido, abriéndose más con cada línea.

—¡Santo cielo! —brotó de sus labios—. Si no tuviera motivos para darle crédito a esta desfachatez, diría que es una broma de mal gusto.

—¿Sucede algo, excelencia? —preguntó el caballero temiéndose lo peor.

—Ahora mismo daremos por terminado este almuerzo; no pretendo quedarme ni un segundo más. ¡Úrsula, hora de irnos! ¡De inmediato!

—Su Excelencia, puedo ayudarla si me dice qué ocurre.

—De usted, señor del Alba, nada me sorprende ya; me he acostumbrado a esperar lo más absurdo. No ponga esa cara de ofendido; ahora entiendo su insistencia en presentarme a ese bastardo. Pero ahora mismo, llegando a la quinta, redactaré una carta a mi yerno poniéndolo al tanto de lo ocurrido y demandando su presencia. En esto Hugo jamás consentirá.

—¿Nos explicará? —solicitó Carlos Enrique.

—Úrsula, te espero en el carruaje; no tardes o conocerás en verdad mi ira.

La señorita quedó petrificada; miles de ideas desfilaron por su cabeza. Solo sabía que el motivo de la súbita partida de su madre, sin acabar el almuerzo y profanando el protocolo, obedecía a un asunto muy delicado, donde los culpables eran el señor del Alba y su persona, y que

el nombre de Damián estaba implicado.

—¿Qué vendrá escrito en esa carta? —preguntó Úrsula al ver salir a su madre tan ofendida y a punto de secundarla.

—No lo sé, pero me temo que Damián ha cometido alguna estupidez, como solicitar las licencias para casarse contigo en contra de la voluntad de tu madre y de tus tutores.

—¿Sin preguntarme? No, no lo haría. Además, es imposible que la notificaran tan rápido: apenas estaba intentando agradecerle a mi madre para pedir mi mano. ¿En qué tiempo habría corrido el trámite?

—Damián ha estado muy interesado en la leyes al respecto; se la ha pasado investigando. Tal vez ya había solicitado el permiso. ¡Sepa Dios! O tal vez alguna autoridad con lazos fuertes con tu familia que trabaje en el cabildo, como don Agapito, por ejemplo, ya supo de la demanda de Damián y decidió ponerla sobre aviso para que ataje el asunto vergonzoso antes de que salga a la luz. Ve de una vez con ella; buscaré en una solución.

—Por Jesucristo, nuestro señor, espero que la encuentre. La reacción de mi madre me asusta; hable con Damián, indague de qué se trata ese documento y ruéguele para que se mantenga sosegado y no haga ni una locura más. Escríbale a Hugo, ahora mismo; no podemos dejar que mi madre lo ponga en nuestra contra.

Durante el viaje en quitrín de regreso a la quinta, la marquesa la fulminó con la mirada durante el trayecto, sin despegar los labios. Úrsula trató de mantener la compostura y prepararse para el ataque certero que no tardaría en llegar. Conocía a su madre: quería llevarla a sus dominios para poder soltar su veneno. No iba a perder los estribos delante de los señores Del Alba, pero su castigo iba llegar. Mientras más demorara, la devastación sería mayor. Una gota quedó atrapada en el lagrimal de la tierna joven, temiéndose lo peor.

Cuando llegaron a la quinta, la marquesa ordenó a la servidumbre que las dejaran a solas, a excepción de Juliana.

—¡Al despacho de inmediato! —le ordenó a la esclava. Úrsula quiso acompañarlas, y su madre se negó—: Tú, a tus aposentos; ya hablaremos.

Juliana no tenía idea de lo que estaba pasando pero, por el estado alterado de Úrsula y por la frialdad del trato de la marquesa, se temió lo peor y comenzó a temblar.

—¿Qué pretende hacer con ella? —indagó la joven.

Quiso impedirle que interrogara a la temblorosa Juliana, pero su madre fue tajante y le cerró la puerta ante sus narices. El respeto que le tenía, aparejado al temor, no le permitieron desafiar su autoridad para protegerla. Aguardó con el oído pegado a la madera, la cual solo era traspasada por los sollozos de la esclava y por el susurro sigiloso del ama.

La puerta se abrió de golpe y casi cae de bruces. Juliana salió corriendo y llorando en dirección al patio de esclavos, con la marquesa, que iba caminando de forma solemne detrás. Úrsula las siguió expectante y se llevó una mano a la boca al ver a la joven abrazarse con temor a Pedro, el hombre al que amaba. Los ánimos crispados hicieron mella en los demás habitantes de

la quinta.

—¡Matías, dale cincuenta latigazos a ese negro hasta que Juliana se decida a hablar! —le ordenó la marquesa a la mano derecha del duque, extendiéndole un látigo de cuero trenzado en las manos, que no había vuelto a utilizarse desde que Hugo Buenaventura Morell había heredado el patrimonio del difunto marqués de Morell de Santa Ana.

—¡Su merced! —espetó con respeto y asombro a la vez el mulato libre—. ¡No puedo! Su excelencia Hugo lo tiene prohibido.

—En su ausencia mi autoridad es la que prevalece; esos pardos me han desafiado: exijo que se les castigue. Y seré clemente; Pedro pagará por sus culpas y por las de Juliana. Si no los azotas, llamaré a la guardia para que se lo lleve preso; me sobrarán los motivos, y de igual modo será disciplinado.

—Usted no puede hacer eso: Pedro es propiedad del duque, y él ha dejado órdenes expresas para manejar a la dotación —rebató Matías.

—Veamos a quién escuchará el oficial, mulato del demonio. ¡No me retes! Que tu amo te haya dado la libertad no te iguala a nosotros: me debes obediencia. ¡Dale un escarmiento al esclavo o llamaré a la guardia para que se lleven a Pedro y Juliana! Y no se andarán con medias tintas.

Pedro, con intenciones de proteger a Juliana, tomó el látigo que ofrecía la marquesa y se lo depositó a Matías en las manos y con el gesto le suplicó que cumpliera la voluntad de su ama, antes que Juliana tuviera que soportar también el maltrato.

—¡No! —protestó Matías dejando caer el instrumento de castigo, que rebotó en el suelo hasta ser levantado por otro de los hombres del duque. Negó con la cabeza y abandonó la quinta.

La marquesa indicó que empezaran el correctivo. Juliana cayó de rodillas llorando de impotencia. Úrsula sintió el corazón agitarse; sabía que Pedro sería castigado por sus faltas y no podía permitirlo. Temblando de zozobra, intentó impedirlo. Juliana guardaba silencio para protegerla, así que decidió terminar esa lucha de poder de una vez.

—¡Madre, haga conmigo lo que quiera, pero déjelo en paz! Interrógueme a mí; le daré todas las razones que está pidiendo.

—¡No te atrevas a alzarme la voz! ¡Te dije que fueras a tus aposentos! ¡Ya ajustaremos las cuentas! Juliana y Pedro tenían órdenes claras y las desobedecieron, ahora tendrán que pagar.

Claro, los esclavos no la habían delatado ante la señora, y esta cobraba la falta con creces. Sabía que Pedro se sacrificaba por Juliana y que incluso quien fungía de verdugo lo hacía para evitar que la muchacha fuera sancionada, pero Úrsula no lo aceptaba. Durante su niñez tuvo que soportar que reprendieran a una de sus esclavas por sus propias faltas; entonces comprendió que sus travesuras serían pagadas por un inocente y desde ese día se juró que no volvería a ocurrir. Por eso se había convertido en la más obediente de las hermanas Morell. Antes que el látigo cayera sobre la espalda desnuda de Pedro, Úrsula se llenó de valor, recordando el arrojado de Damián, y se interpuso. La marquesa gritó de pavor cuando su hija recibió el azote en la parte delantera del tórax.

—¿Eso quieres? Ahora sabes lo que se siente. Sujeten a la señorita por la fuerza; quiero que observe lo que provocan su comportamiento y las libertades que les da a sus esclavos —ordenó su excelencia.

Dos hombres del duque obedecieron; reprobaban el comportamiento de la marquesa, pero sabían que era la única forma de calmar sus ánimos. Con dos pares de manos fuertes agarrándola por cada brazo, Úrsula vio cómo el látigo cayó repetidas veces sobre la maltrecha piel de aquel ser humano. Se sacudió desesperada de sus captores intentando librarse para frenar aquel acto vil que quedaría por siempre como rencor entre ella y su madre. Al quinto latigazo gritó:

—¡Juliana, te ordeno decirle a tu ama todo lo que quiere saber! ¡Ahora!

—¡Yo no sé nada, niña! ¡Nada! —chilló la esclava con lágrimas que le empapaban el rostro.

Entonces entendió que el silencio era el mejor escudo que Juliana y Pedro tenían porque, si traicionaban la confianza de Úrsula y la delataban ante la marquesa, el castigo sería más severo: confirmarían su implicación en la falta. Tras el latigazo número diez, su excelencia habló:

—Lleven a la señorita a su alcoba, así tengan que llevarla en brazos, y enciérrenla.

—No es necesario, voy por mi propio pie —dijo incorporándose.

La marquesa asintió pero, antes de dejarla partir la alejó del resto; le tomó el rostro entre los dedos y le ordenó:

—Al despacho ahora.

Úrsula se sorprendió al descubrir que el temor la había abandonado y solo le quedaba la furia; jamás podría perdonarla, aunque su resentimiento envileciera su alma. Su madre nunca había emitido las sanciones en el palacete para los esclavos; ese asunto quedó en manos del difunto marqués hasta su deceso. El amor que le sentía se vio ensombrecido por el desprecio al ser que le dio la vida. Obedeció al instante, pero no por apegarse a sus reglas y sí porque quería enfrentarla de una vez y gritarle en el rostro cada una de las palabras que la asfixiaban.

—¿Ahora me dirás que ya no pretendes ser monja? Siempre supe que nunca lo quisiste. Parecías la más mansa, pero eras la más insensata de las tres. Tu devoción a los desposeídos, tu renuencia al matrimonio, no eran más que pruebas de tu rebeldía. Desafías nuestra autoridad con tus dulces maneras, una y otra vez delante de nuestras narices, pero esto ha rebasado los límites de la moral. ¿Cómo te atreves a escapar a un baile de negros con el sucio bastardo del conde de Marmosa?

—Lo amo —reveló con orgullo y con lágrimas gruesas que se desbordaron de sus ojos.

—¿Y osas tener la indecencia de enfrentar a tu madre por esas bajas pasiones que jamás serán amor? Estás dominada por el pecado; debí escuchar al padre Miguel cuando me aconsejó apresurar los trámites para que entraras a un convento, pero fui una ilusa. Hasta el último momento albergué esperanzas de poder encontrar para ti un caballero adecuado, uno que te condujera al santo matrimonio.

—Estoy enamorada de Damián Villavicencio —soltó con firmeza sosteniéndole la mirada.

La mano de la marquesa se estrelló contra su mejilla, enardecida por lo desafiante de su tono.

Úrsula se cubrió el área golpeada, que comenzó a calentarse a su tacto, pero la herida por el azote sobre su tórax le escocía todavía más, así que no se amedrentó. Le clavó la mirada con más fuerza, para dejar en claro que no se sometería a su voluntad esta vez.

—¡No sé si me enferma más tu revelación o tu sordidez, ni siquiera sientes vergüenza por tu pecado!

—¡Ya es suficiente, madre! Estoy cansada de luchar, de pedir y de permitir que decidan por mí.

—Espero que hayas tenido la sensatez de no permitir que ese impúdico tocara tu cuerpo.

—La única forma de mantener mi honor a salvo es desposarme con él.

—¿Le entregaste tu virtud? —preguntó bajando la voz e intentando mantener la compostura y las ideas claras, su mejor arma para salirse con la suya.

—Por supuesto que no, Damián es un hombre honorable: quiere casarse conmigo.

—¡Y eso ocurrirá sobre mi cadáver! Sigue a tus aposentos, ya llegará tu castigo.

—¿Más? ¿No le ha parecido suficiente?

La marquesa reparó en su vestido destrozado que dejaba entrever la tela de su camisón y las gotas de sangre que manchaban los encajes.

—Sube a tu recámara y adecéntate. Mandaré a alguien para que te cure.

Huyó dejando a la marquesa a solas con su conciencia. En su paso por el patio interior, encontró a Matías ofuscado luchando contra sus propios demonios. Se le acercó y le comunicó:

—Ya ha terminado. Por favor, encárgate de que le den remedios a Pedro y lo cuiden; es mi culpa: ellos están pagando por mí.

—Niña... Usted es un ángel, ¿qué errores puede haber cometido para que su madre enloquezca así?

—Dispón que le den los cuidados necesarios. Luego ve con Carlos Enrique del Alba y cuéntale que mi madre sabe todo, pero no le digas que he recibido un azote: no quiero alarmarlo.

—¿Qué es lo que sabe su merced? No puedo protegerla si soy el último en enterarme de lo que está sucediendo y no quiero fallarle al duque.

—Acudí a una velada organizada por Santa. Dile al señor del Alba que mi madre sabe todo con respecto a Damián Villavicencio; dile que no lo he negado, que, al contrario, he confesado la irrefutable verdad.

—Niña, no me diga que es lo que estoy imaginando porque entonces el duque tendrá mucho que reprocharme.

—Es mejor que no sepas más por ahora. Más adelante será inevitable.



## Capítulo 33

Damián quedó descontrolado ante las palabras de Carlos Enrique. Tuvo que repetirle en contadas ocasiones que no era responsable de aquella misiva que le hizo a la marquesa abandonar el almuerzo. Recapituló cada evento, pensó, sin encontrar explicaciones.

—Si no eres responsable de ese documento, ¿entonces quién es?

—¿La marquesa aseguró que se trataba de mi persona? Tal vez estás concatenando ideas que nada tienen que ver.

—Mi proceder ha cambiado; la marquesa no puede acusarme de actuar a sus espaldas en otro asunto que no sea solaparlos a ustedes. Es lo único de lo que me puede acusar. ¡Por Dios, Damián! Estoy seguro de que en esa carta venían elementos suficientes para que su excelencia descubriera tus pretensiones. ¿Quién pudiera tener intenciones de delatarlos?

—Cualquiera que considere que lo nuestro es un atentado a la moral y las buenas costumbres, pero hemos extremado cuidados.

—¿Úrsula usó el antifaz?

—Todo el tiempo, pero hay personas que son lo suficientemente astutas como para sacar sus propias conclusiones, alguien que haya echado en falta la presencia de Úrsula en el baile y que tenga conocimiento de la asistencia de una dama misteriosa a mi celebración.

—Pero ¿quién acudió a ambas veladas?

—Catalina.

—¿De qué hablas? Ella es muy celosa de su reputación; no acudiría a tu palacete repleto de personas que pongan su nombre en entredicho.

—Vi su carruaje en la puerta de mi entrada la noche de la fiesta; llegamos casi al unísono. Tal vez deseaba interceptarme antes que arribara a la casa o desconocía que el palacete estaba ocupado. Lo cierto es que me vio con una señorita enmascarada y siguió de largo.

—Las mujeres son sagaces; tal vez estuvo vigilándote desde el principio. No tomamos precauciones para protegerte de su acecho. Pensé que tenían un trato.

—Lo hemos terminado. Ha sido insistente en retomarlos.

—¿Qué harás?

—Iré ahora mismo a la quinta; me enfrentaré a la marquesa. Le expondré mi petición; si se niega, solicitaré las licencias.

—No sé si sea conveniente; el hecho de que Úrsula esté emparentada con la nobleza y tu falta de legitimidad de sangre complicará todo. Tal vez es mejor esperar a que se calmen las aguas y volver a intentar poner a su excelencia de nuestro lado.

—Esa dama me lo ha dejado claro: por las buenas no sacaré nada de ella, y ya estoy cansado de esperar.

—¿Qué harás con Catalina?

—Absolutamente nada; si lo hizo con la intención de alejarme de Úrsula y acercarme a sus brazos, ha elegido el camino equivocado.

Fueron interrumpidos por un sirviente, que avisó de la visita de Matías. Damián pidió que le permitieran pasar a su despacho de inmediato. El recién llegado los miró lleno de interrogantes y habló:

—La niña Úrsula me pide a hablar a solas con usted, señor del Alba, es urgente.

—Puedes hacerlo delante de Damián —lo instó Carlos Enrique.

—Pero...

—Estamos en el mismo barco.

—Lo siento, no es nada contra usted, señor Villavicencio, es que es confidencial.

—Damián también para ti, Matías —intervino tomándole el antebrazo—. Entiendo tu resquemor, pero ambos estamos unidos para proteger a la señorita de cualquier situación que la amenace.

—Me pidió que avisara que la marquesa viuda ya sabe todo con respecto a usted, señor Villavicencio. Recibió una carta, donde se le daban detalles sobre la asistencia al baile en este palacete y la niña terminó por confesar todo.

Damián y Carlos Enrique se miraron a la par; las sospechas sobre Catalina se acentuaron.

—¿Cómo está la señorita? ¿Qué reprimendas ha utilizado su madre? —indagó el pretendiente.

—La marquesa está embravecida, como nunca la había visto. Mandó a azotar a Pedro porque los acusa a él y a Juliana de no haber vigilado a la niña.

—¡Pobre hombre! —expresó Damián.

—Sabía que la marquesa no se lo tomaría bien, pero tampoco pensé que perdiera los estribos. Ha desafiado a Hugo: sus esclavos no pueden ser maltratados con ningún castigo físico —manifestó el señor del Alba.

—¿Qué significa todo esto? ¿Qué está sucediendo? La ira del duque también caerá sobre mí si el honor de la señorita fuera perjudicado; no quiero ser el último en enterarme de lo que ha ocurrido bajo mis narices. —Matías ardió en cólera; se debía a su patrón y amigo, quien le había confiado la casaquinta y todos sus habitantes, incluidas las damas.

—Cálmate, hombre —intentó buscar una solución Carlos Enrique—. También mi pellejo está en riesgo; nuestro amigo no tendrá clemencia con ninguno de los dos, pero no podemos desconocer el legítimo derecho que tienen Damián y la señorita Úrsula a comprometerse para matrimonio si así lo desean.

Matías sonrió, pero de nervios; luego apretó el entrecejo ante la ávida mirada del heredero del conde de Marmosa, que con firmeza estudiaba cada una de sus palabras.

—¿Cómo es posible que este asunto me pasara desapercibido? —se lamentó el liberto—. También es mi responsabilidad. Y usted, señor, ¿cómo se atreve a posar sus ojos en la niña? Sobre mi cadáver permitiré que dañe su reputación.

—No es tu culpa —admitió Carlos Enrique—. Yo los he solapado cada segundo, cada minuto.

—¿Por qué?

—Porque creo en el amor. Damián es un hombre bueno que podría hacerla feliz y se quieren; es el único que la convenció de no entrar a un convento. Un corazón tan bondadoso como el de Úrsula se marchitaría con otro esposo; en él ha encontrado su amalgama perfecta. Podrá ser ella misma sin restricciones. Son iguales; ambos abogan por el progreso, por dejar atrás las diferencias que te discriminan a ti, Matías, y te dicen que eres un ser inferior cuando no lo eres. Si te respetas y también a los tuyos, te quedarás al lado de esta noble causa; de lo contrario, estarás apoyando a la esclavitud, y conoces de sobra la posición de Hugo al respecto. —Lo miró al centro de los ojos; sabía la gran amistad que había entre el mulato y el duque, y que estaba por encima de los tratamientos de la nobleza; venía de tiempo atrás.

—Vale, pero la última palabra en cuanto a la señorita la tendrá Hugo y a esa me ceñiré: le debo mi lealtad.

El cúmulo de emociones que erosionaban dentro de Damián sin poder expresarlas con libertad para aliviar la presión de la que se sentía víctima le hizo abandonar a los dos hombres dialogando y salir desaforado en busca de su caballo.

—¿Qué haces? No pierdas los estribos —le aconsejó Carlos Enrique.

Con sus ideas hechas un nudo y a punto de explotar, Damián llegó ante la puerta de su padrino; era un manojo de nervios, de ira e impulsividad. El sacerdote notó su tormento y dejó sus quehaceres para atenderlo de inmediato.

—¿Qué te agobia, hijo mío? ¿Necesitas confesarte?

—No. Requero hablar con usted antes de hacer una locura; me es urgente escuchar a alguien sensato que me ayude a centrarme porque estoy a punto de tomar decisiones trascendentales para mi vida y no quiero errar, menos cuando otras personas dependen de mí.

—Me preocupas, Damián. Siempre has sido juicioso, ¿qué te tiene tan perturbado?

—El amor de una señorita.

—¡Jesús misericordioso! Temo saber por dónde vienes.

—Padre, apóyenos o terminaremos por hacer una locura. Ella insiste en mantenerse pura, en respetar todas las leyes, en llegar virgen al altar, pero su familia no acepta nuestra unión. Es blanca y de familia pudiente. He querido pedir licencias para desposarnos, pero he investigado otros casos que se han dado en la villa y sé que, al estar emparentada con la nobleza, tenemos las de perder. Cásenos, por el amor de Dios, y ya luego tendrán que aceptar nuestra unión, aunque nos impongan sanciones exorbitantes. Por fortuna tengo dinero y bienes que podrán solapar la ira de

nuestros detractores.

—¿Estás dispuesto a enfrentarte a los poderosos que debías echarte en tus bolsillos para prosperar económicamente? Estás ciego.

—Lo admito con absoluta franqueza. Ella está dispuesta a renunciar a su herencia si su familia la deshereda; vivirá de lo que pueda darle.

—Sería más sano buscar el matrimonio en otra muchacha menos complicada: hay tantas que podrían hacerte feliz...

—Ninguna, se lo aseguro. Cásenos, por piedad.

—¡No! Necesitarás testigos, dos, para que no sea declarado inválido y un sacerdote con capacidad para celebrar un matrimonio.

—Usted lo es. Los testigos puedo conseguirlos.

—Es que, a pesar de eso, lo pueden declarar improcedente. Lo siento, Damián, no te solaparé. Pueden llevarte a juicio; no quiero tu ruina. Doña Suplicio puede aprovecharse para despojarte de tu herencia, podrías ir a la cárcel.

—¡La amo!

—Sé que te la mereces y muy en el fondo quisiera que existiera un mundo donde ambos pudieran ser libres de tantos prejuicios. Ella es especial; no cualquier caballero entendería la bondad y caridad que hay en su alma.

—¿Usted cómo lo sabe?

—Porque los conozco a los dos, porque percibí cómo se miraron aquella vez que defendiste a tu hermana de los azotes. Úrsula te ama, y tú ya has confesado qué tan perdido estás. ¡Ilumíname, Señor! —pidió el cura—. ¡Ilumíname!

Tras unos minutos de silencio abrumador, en que el sacerdote se perdió en sus rezos, Damián se sumergió en su intranquilidad, que le hizo brotar lágrimas. No podía frenar el movimiento nervioso de una pierna y el tamborilear desesperado de sus dedos sobre el escritorio del sacerdote.

—¡Reniego del maldito conde de Marmosa! ¡Desearía que nunca me hubiera engendrado! —bramó.

—¡No peques contra tus mayores! Tu hermana tiene razón. Cada ser humano es mitad padre y mitad madre; es importante que conozcas tus orígenes, porque son estos los que hoy te ponen en este aprieto.

—¿Mi ascendencia o la división que han creado los hombres?

—¿No sientes curiosidad de saber de dónde vienes?

—Crecí con esa necesidad asfixiándome, aunque tal vez terminaba por tragarme mis angustias. Pero, ahora que la verdad ha tocado a mi puerta, no me gusta lo que veo, temo seguir escarbando y decepcionarme cada vez más. El hombre que aportó su simiente para que yo naciera...

—Tu padre —lo interrumpió el sacerdote.

—No para mí. El conde de Marmosa nunca me quiso. Tanto es así que se quitó la vida por el

dolor de la pérdida de su otro hijo, el único que consideró como tal. Mi presencia no podía ser un aliciente para su alma acongojada: yo solo le traía vergüenza.

—Damián, no puedes condenar a un hombre que ha crecido lleno de prejuicios tan arraigados por reaccionar como lo hizo.

—Me negó conocer de dónde provenía, su cariño, su apoyo.

—Eso nunca: indirectamente veló por ti. Me pidió encarecidamente hacerme cargo de tu educación, de que no te faltara nada. Perdona si mi esfuerzo no fue suficiente para ti; intenté que te sintieras confortado.

—A usted no le reclamo, padre; sería ingrato de mi parte. No me pida que perdone ni al conde, ni a mi madre.

—No culpes a tu madre.

—Ella tenía marido y terminó pecando con el amo.

—No somos quiénes para juzgar.

—¿También la exonerará?

—Era una buena mujer, arrastrada por las consecuencias de la vil esclavitud, ese gran pecado de la humanidad.

—No acuse a todos los hombres: los blancos son los que se han enseñado contra los negros.

—También los de raza negra; no olvides la lucha de poder entre etnias africanas y que los perdedores engrosaban las filas de esclavos vendidos como fuente de ingresos para los vencedores.

—Pero quienes lo llevaron a la máxima barbarie fueron los portugueses primero, los holandeses después y los ingleses, quienes luego se hicieron con el monopolio.

—La esclavitud acabará; siento que está muy cerca. El número de esclavos en la isla está disminuyendo.

—¿Y ahora usted es abolicionista? Delante de sus amigos encopetados jamás ha compartido su punto de vista; se ha mordido la lengua cuando nos etiquetan de salvajes.

—Hijo mío, algunos sabemos cuándo nos conviene callar, pero por supuesto que no estoy de acuerdo. He estudiado por años las religiones que han traído consigo: los del Congo, la *kimbisa* o palo; los yorubas, la *lucumí* o Regla de *Osha-Ifá*, la *arará* de los provenientes de la región de Dahomey y la *abacúa* o *ñañiguismo* de los de la Península de Calabar. Sé que no son salvajes.

—No obstante, ha contribuido a cristianizarlos.

—Es mi trabajo y es mi fe, pero no los considero salvajes. Según las diferentes etnias, había culturas bastante desarrolladas que trabajan el cobre, la madera, los textiles y qué decir de la capital *Ilé-Ife*, que contaba con más de cincuenta mil habitantes cuando llegaron los caucásicos mediterráneos; fue la más importante. Luego el Imperio de *Oyo*, que estaba hacia el norte en la sabana, lo reemplazó hacia los siglos XV y XVI. Tu madre fue traída de allí. Ustedes, los descendientes del pueblo yoruba, aunque no son tan numerosos como los traídos del Congo, son los que más han impactado en la religión y cultura de la isla, al igual que nosotros los españoles.

—Usted es criollo, padre, no lo olvide: cubano. Si hubiera nacido en la Madre Patria, hubiera escalado más alto en el orden eclesiástico —le recordó las limitantes para los nacidos en la isla.

—Y como cubano pienso en el destino de mi pueblo; solo pido paz para criollos, españoles, indios, mestizos, negros, mulatos, chinos, franceses, y todos los que moran en esta tierra sagrada.

—Hemos empezado hablando de mis problemas, y usted ha terminado abriéndome su alma. Tal vez nunca terminaré de conocerlo, pero sé que en el fondo me apoya. Se lo suplico: cáseme con Úrsula antes que terminemos cometiendo una imprudencia que acabe por perjudicarnos más.

—No puedo sin la autorización de su madre.

—Me decepciona.

—Eso no significa que no estaré de tu lado —le aseguró sosteniéndolo por el brazo—. Es una guerra que no deseaba luchar, pero me dueles de una forma cercana. Pide las licencias, y yo pelearé contigo, pero te exijo mantener la virtud de la señorita intacta y no profanar la ley ni las buenas costumbres.

—¿Y por qué tengo que apegarme a normas que me perjudican y sabotean todos los derechos que traigo intrínsecos de nacimiento?

—Porque te eduqué en la senda del camino correcto, y hay que jugar limpio.

—¿Jugar limpio? ¿Hay algo sucio en mis pretensiones o en el modo de solicitarlo? Si no cree en la pureza de nuestros sentimientos y en la claridad del derecho a amarnos con la libertad que defendemos, entonces no me apoye. Estoy harto de pedir perdón a cada paso, solo por hacer lo que mi humanidad me dicta: caminar, respirar, estar en sitios que me son vedados, y ahora también amar.

—Damián, te ayudaré, pero júrame que no la corromperás, que la respetarás hasta que encontremos un subterfugio legal que nos permita casarlos como Dios manda. Promételo.

—No puedo —bramó impotente con la ira tensando sus músculos faciales.

—Das por un hecho que ella te seguirá los pasos.

—Úrsula me ama con la misma fuerza con que yo la idolatro; lo he visto en sus ojos: tomará mi mano y no la soltará jamás.

La cara del sacerdote parecía una ópera triste, suicida. No pudo decir nada; se quedó sin palabras, incluso para reprimirlo. Damián había roto todos los principios que él le había enseñado; podía vivir con eso pero, si su voluntad lo llevaba a manchar con su pecado a un ser tan angelical como Úrsula, no lo soportaría. ¿Cómo era posible que una joven tan dada a conservar su pureza la pusiera a los pies de un hombre, y no cualquiera, uno sumamente prohibido?

## Capítulo 34

Con el sacerdote que le pisaba los talones, Damián llegó a la quinta. Ante la solicitud de ver a la marquesa, recibió una negativa. La sangre le hervía dentro de las venas, lo que causaba que el calor se escapara a través de su piel, en especial la de sus mejillas, que tenían un ligero tinte carmesí. El padre Miguel intentó disuadirlo para que acudiera en otra ocasión en que sus ánimos no estuvieran tan alterados; lo desoyó por completo. Temía por Úrsula; intentó entrar a pesar de los hombres que le cerraban el paso. En la superficie verdeazulada de su mirada reposaba el rostro de su ángel; había quedado grabado para siempre. El miedo a las consecuencias que la marquesa le estuviera haciendo pagar a Úrsula tras descubrir que lo amaba lo empujaba a pedir razones; necesitaba verla y cerciorarse de que estaba sin un rasguño. No se le quitaba de la mente aquella vez que la había descubierto con la mejilla sonrosada, con un ligero verdugón, como si alguien hubiera profanado tan delicada piel. Ella no le había dado una certeza, pero a él no se le quitaba de la mente que la habían reprendido con dureza por haber acudido a salvar a Santa.

Empujó a los que se le cruzaron a su paso, y con paso firme, arrasó con todo aquel que intentó bloquear su avance, hasta que, poseído por la furia de no saberla con bien, traspasó la puerta de entrada y se instaló en el salón principal cual largo era. Gritó su nombre, violando los principios de la etiqueta, ante los esclavos sorprendidos que pululaban de un rincón a otro.

—¡Úrsula! ¡Soy yo, Damián, aquí estoy!

La dueña arribó con una mano en el corazón visiblemente afectada: jamás creyó que se atrevería a tanto. Había creído que su rechazo a recibirlo iba a ser suficiente, pero nunca había tratado con un hombre de su clase. Se turbó de pensar en la trascendencia de aquella invasión. Ordenó a los esclavos y a sus custodios que los dejaran a solas,; prefería sentirse intimidada por su presencia a que alguno de sus sirvientes escuchase lo que aquel venía a reclamar y que el asunto traspasara los muros de la quinta. Respiró hondo al ver aparecer al cura tras el bastardo.

—Padre, llega usted a tiempo. Ayúdeme a convencer a este hombre de abandonar mis dominios.

—Exijo ver a Úrsula de inmediato —demandó Damián, con la voz baja pero firme, mirando al centro del iris a la dama y provocándole un escalofrío que la recorrió entera, uno que le aseguró que aquel joven de mirada intensa y apariencia exótica no sería tan fácil de borrar del corazón de su dulce hija.

—Ha perdido los estribos. ¿Cómo osa presentarse sin invitación? —defendió su casa y su

descendencia.

—No me ha dejado otra alternativa, excelencia. Necesito saber que Úrsula está bien.

—Mi hija no bajará a recibirlo. ¿Qué pretende? Usted no está a su altura por más fortuna que engrose sus arcas. El que el difunto conde de Marmosa lo haya nombrado su heredero no lo equipara en clase y posición a una Morell legítima. Está muy por debajo de su condición.

—¡Damián! —gritó Úrsula, que apareció saltándose los escalones y provocando un alboroto de encajes que hondeaban con frenesí a su paso.

El joven, enardecido, escuchó su voz candorosa y tembló; su corazón se aceleró al verla acercarse con timidez. Su presencia lo llenó de bríos para cumplir su cometido.

—Excelencia, he venido a pedirle la mano de su hija en matrimonio. No habría querido que fuera de forma abrupta; estoy dispuesto a ceñirme a sus exigencias si me da la oportunidad de pretenderla —solicitó de forma respetuosa, ciñéndose a la última oportunidad de remover alguna fibra sensible en aquella alma de hierro.

—Ni que hubiera perdido la cordura, jamás consentiré semejante desfachatez.

—Por favor, madre, tan solo escúchalo —clamó con un matiz de resolución.

—Ese asunto no requiere discusión. ¡Úrsula, a tus habitaciones! ¡Y usted retírese de nuestra presencia! Ya cumplió su abrumador cometido, y la respuesta es no. Ahora acéptelo con honor y prosiga su camino.

—No me dejaré otra alternativa que solicitar las licencias para casarme ante la autoridad correspondiente.

—¡No se atreva! Nos pondrá en boca de todos. Será tan bochornoso como que se la entregue en matrimonio. La marcará para siempre; ningún otro caballero que se respete querrá desposarla después de saber que ella ha alimentado sus pretensiones infructuosas.

—Quise evitarlo; no deseaba entrar a la familia mediante una disputa.

—¡Cómo se atreve a semejante infamia! Nunca será uno de nosotros. ¡Lárguese si le queda algo de decencia y no vuelva jamás!

—¡No temas! Nadie podrá separarnos —le dirigió unas palabras de aliento a Úrsula, que sollozaba con total desconsuelo.

—Su excelencia, Damián es un hombre bueno, puedo dar fe de ello —intervino el sacerdote compungido—. Permítame apoyarla en esta situación que se nos ha ido de las manos. Sé que es inusual su petición pero, si los jóvenes están ofuscados, ¿qué podemos hacer?

—Si en verdad desea ayudarme, padre, colabore conmigo para agilizar los trámites correspondientes para que esta niña ingrata ingrese de una vez al convento. Petición que jamás debí desestimar; de lo contrario, ahora no estaríamos lamentando nuestra suerte.

—¡No! —gritó Úrsula desesperada y corrió hasta Damián.

Se abrazaron decididos a no permitir que nada los separase. La marquesa estuvo a punto de darle un patatús al constatar la proximidad física de los enamorados; se lamentó de haber despedido a sus hombres y esclavos. Les hubiera exigido que los separaran a la fuerza, pero por



otra parte la tranquilizaba, así no tendría testigos de tan ofensivo espectáculo.

—¡Despégate de ese pardo, desquiciada! —le ordenó tomándola por el hombro y atrayéndola hacia sí, ofuscada ante su renuencia a soltarlo—. ¡Hija mía, es que no ves que atentas contra la moral! ¡Mancharás tu nombre incorrupto! ¡Mi Úrsula amada, reacciona en el nombre de Dios! ¡Respetar la memoria de tu honorable padre! Me obligarás a desheredarte.

—No me importa; quítemelo todo, pero nunca socavaré mi derecho a elegir a quién le entrego mis sentimientos —admitió sin apartar los ojos del rostro del amor, que la envolvía con la fortaleza y seguridad de su mirada.

Damián la besó en la frente, ante la indignación de la dama mayor y le susurró a su amada:

—Ve. Hoy mismo solicitaré el permiso para casarnos. Si estás decidida a seguirme, nadie me detendrá.

—Excelencia, ¿no entiende que no lo podemos evitar? —intercedió de nuevo el cura sin resultado.

Damián se dispuso a abandonar la quinta; la marquesa, a punto de darle un soponcio, habló:

—¡Aguarde! Me lo pensaré.

Los presentes quedaron atónitos. Úrsula quedó seria, con el asombro congelado en el rostro, sin entender, recelosa; jamás pensó que su madre pudiera razonar tratándose de ese asunto. El sacerdote elevó las manos al cielo en señal de agradecimiento. Y Damián no cabía dentro de sí; no dejó su semblante taciturno, pero para sus adentros la flama de una incipiente victoria comenzó a avivarse. Era todo lo que pedía, una oportunidad por diminuta que fuera; iba a aferrarse a esta y convencer a la señora de su valía, de la sinceridad de sus sentimientos.

—Aguardaré impaciente y dispuesto a seguir todo lo estipulado. Le juro que cuidaré de ella con mi propia vida, que pondré toda mi fortuna a sus pies; solo denos su bendición.

—Ahora márchese, por favor. Necesito un plazo amplio, sin presiones; es una decisión muy difícil y debo consultar a mi yerno. Nos debemos igual al duque.

Damián hizo una reverencia ante la dama y se dispuso a irse; antes reparó en la señorita: ella cerró los párpados aún angustiada. Él le dedicó una mirada de consuelo, para ayudarle a tomar impulso para lo que seguía. Se llenó los pulmones de oxígeno, ilusionado y, después de dedicarles palabras de despedidas a los presentes, abandonó la quinta.

## Capítulo 35

Damián Villavicencio tomó aire a plenitud antes de acomodarse en la silla; le dirigió una sonrisa cómplice a su acompañante. Era raro que Carlos Enrique del Alba acudiera a una cena en la casa de la bruja. También la detestaba, pero los ánimos de los dos caballeros estaban tan alborozados que no les importó soportar la desidia de la comensal. La señora cumplió con la etiqueta y el invitado, también. Las amistades de su círculo habían dejado de frecuentar su mesa, así que tenerlo allí, de cierto modo, era un aliciente.

—Es un honor contar con su presencia, don Carlos —admitió la mujer, que no podía morderse la lengua.

—Gracias, doña Suplicio. Tal vez debí visitarlos con más frecuencia. —Dio muestras de su educación y elegancia, pero recordaba a la perfección que no lo toleraba.

—Veo que tiene buenas migas con Damián, ¿por qué no me sorprende? —soltó con ironía—. También viene a regodearse de mi desgracia.

—Por supuesto que no, señora mía. Solo correspondí a la invitación de mi amigo.

—Flor, sírveles más vino a los caballeros.

La esclava cumplió a prisa y volvió a su sitio con exacerbada obediencia. De ahí no cesó la señora de demandarle esto o lo otro; la jovencita iba de aquí para allá, ágil, presta, con un suspiro en la boca. A Carlos Enrique no le pasó desapercibido; recordó la preocupación de Damián acerca de los abusos que tenía que soportar la muchacha y su impotencia al no poder hacer nada para ayudarla.

—Me sorprende la prestancia con que su esclava la obedece. ¿Me daría la fórmula? Porque los míos andan a sus anchas en mi palacete. A veces me olvido quién sirve a quién.

—Tener mano dura, a diferencia de lo que hace Damián, cuya mansedumbre no hará más que traerle sinsabores. ¿Pero qué podemos esperar si está emparentado con ellos?

Damián le lanzó una mirada asesina. Carlos se arrepintió de emitir su comentario; tenía el objetivo de molestar a la señora y terminó encontrándose con el filo de su lengua venenosa. Damián le lanzó un gesto de advertencia a su aliado, para que dejara de provocar el certero ataque de la viuda.

—Designios del Señor que no nos corresponde juzgar —trató de zanjar la conversación y se llevó la copa a los labios.

—Incluso se atrevió a dar una fiesta en el palacete que años antes había sido de mi difunto hijo, sin respetar el luto por la partida de su padre. Pero los libertos no saben corresponder a sus favores. La vida le cobrará su ingenuidad con el coraje que tendrá que tener cuando sepa que no se puede confiar en esos pérfidos que escupen el piso cuando les damos la espalda. De lo contrario, ¿cómo sabría que una señorita misteriosa, blanca, y por lo que llegó a mis oídos, de familia noble, se atrevió, no solo a participar de tan sórdido banquete, sino a bailar y consentir los agasajos del aquí presente joven?

Damián cerró los puños y los apretó hasta hacerse daño antes de estamparlos contra la madera. Carlos Enrique abrió desmesuradamente los ojos, miró a Damián y volvió la vista con rapidez a la señora, que sonreía como una hiena antes de devorar a su presa. Hijo y viuda del difunto conde de Marmosa se desafiaron con la mirada, sin una gota de tolerancia.

—¿No me diga? Así que una joven no tenía conocimiento. —Carlos dio pie a que siguiera hablando. Damián echaba rayos y centellas por sus verdeazulados ojos.

—En la confianza en la servidumbre está el peligro —soltó jugueteando con una servilleta, como si aquel instante hubiera sido esperado con ansias.

—¿Y supo de quién se trataba? No creo que Villavicencio nos dé santo y señas de la joven. ¿O me equivoco?

—La curiosidad no es uno de mis defectos —prosiguió la ponzoñosa—, pero de los pardos sí. No tardaron en dar con la identidad de la jovencita: es que adoran los cotilleos. Una pena: una niña que podía dar más de sí y que termina de boca en boca, en los chismorreos del patio de esclavos; me corrijo, *libertos*, gracias a la benevolencia del señor. No es de extrañar que esa señorita tuviera inclinaciones pecaminosas si proviene de tan corrompida familia, donde el pecado se contenta en pulular con una impunidad mezquina.

—¿Qué hizo usted con semejante información? —preguntó don Carlos calmado con la expresión de su rostro al otro, que le faltaba poco por explotar y obviando los comentarios que ofendían a sus estimados Morell.

—Tuve la decencia de poner sobre aviso a la marquesa, un acto loable de mi parte. No debí ser tan dadivosa, y más recordando los agravios que el duque y el difunto marqués le han causado a mi familia. —Sus ojos desquiciados devoraron al mulato, esperando su reacción.

Damián se puso de pie dominado por una fuerza superior a la suya; estuvo a punto de tomarla por el cuello y estrangularla, pero Carlos Enrique se lo impidió:

—Razona, Damián, es lo que quiere: que pierdas los estribos. Ella sabe que no te ensuciarás las manos con su muerte pero, si la tocas, te denunciará, y la ley te quitará todos tus privilegios. Solo busca despojarte de tu herencia.

—Y yo que pensé que quien me había traicionado había sido... ¡Bruja del demonio! —escupió fuera de sí—. ¡Por supuesto que nunca caería tan bajo de maltratar a una mujer, ni, aunque sea una serpiente venenosa a la que tengo que aguantar porque no me queda más remedio!

La señora lo miró sin poder evitar que sus carcajadas mordaces se apoderaran del silencio en

que quedó sumida por unos segundos la estancia.

—¡Hacía tiempo que no me sentía tan bien! —tuvo el atrevimiento de pronunciar sus pensamientos en voz alta—. ¡Flor, acompáñame a mis aposentos! Prefiero retirarme, que el ambiente está viciado. Caballeros, quedan en su casa.

Los señores se retiraron al salón contiguo a fumar tabaco y beber ron, mientras procesaban lo sucedido. Tras un largo silencio en que Damián cavilaba machacándose los sesos, intentando dilucidar quién se había atrevido a traicionar su confianza, luego de haber sido benévolo con cada ser que ahora trabajaba en cada palacete, Carlos Enrique expresó confundido:

—Desconfiamos de doña Catalina, y resultó que quien nos traicionó fue alguien que continúa infiltrado como un topo entre la servidumbre. ¿Pero quién? ¿La tal Flor acudió al festejo? Tal vez esa sería una explicación lógica: que, amedrentada por su ama, haya abierto la boca.

—Flor no tuvo permiso de su ama para asistir: no pudo haber sido ella —comentó siendo víctima también de la incertidumbre.

—Pero tal vez los sirvientes comentaron entre ellos, y la muchacha lo oyó.

—No quiero ser injusto con nadie, menos sin pruebas. Ya lo he sido con doña Catalina.

—Creo que la noche amerita escaparnos de juerga, para relajarnos ante tanta bruma.

—Ganas no me faltan, pero declino la oferta. Mi mente está embotada, y no conseguiré concentrarme en nada. Además, la marquesa me ha dado una oportunidad: mi conducta debe ser intachable. No quiero tentar a la suerte y que algún rumor impropio llegue a sus oídos. No dejaré que doña Suplicio me fastidie el día; hoy he dado un paso en la búsqueda de mi amor. Nada me lo empañará.

—Pero no olvidarás que hay un bocón suelto entre la gente que te sirve; necesitas que quienes estén bajo tu mando sean de fiar. Ahora fue lo de Úrsula, pero son varios los asuntos que te atañen. El perjuicio puede ser mayor si atentara contra tus negocios, o yo qué sé...

—Tomaré mis providencias. No tienes que quedarte conmigo a amargarte la existencia. Puedes ir a divertirte.

—No te dejaré con ese hervidero que tienes en la cabeza. Bebamos un trago de ron mientras intentamos resolver nuestros problemas. Contentar a la marquesa es ahora un objetivo común.

—Mandaré a buscar a Flor, seguro ya no la necesita la arpía. Tal vez pueda darnos razones. —Hizo lo mencionado y aguardaron.

—Creo que no es buena idea preguntarle a la única que tiene motivos para serle fiel a doña Suplicio.

—Confío en ella.

La muchacha llegó y se plantó solícita ante los dos hombres.

—¿Sabes algo de la acusación que tu ama ha hecho sobre los sirvientes?

—Aquí todos lo respetan, nadie se atrevería —expresó con valentía.

—¿Y entonces?

Se alzó de hombros y antes que la despidieran añadió:

—Pero he dado con su otra encomienda.

—¿En serio?

—Ese día que encontró a su hermano, la señora se puso de un genio imposible. Fue directo a revisar unas hojas que tiene escondidas bajo llave y despotricó de rabia hasta que se durmió. No he podido traérselas; solo se quita la llave del cuello para bañarse.

—Gracias, buscaremos la forma de leerlas, pero no te metas en problemas. Yo me encargo — resolvió Damián.

## Capítulo 36

Úrsula estaba repleta de temores; veía con ironía cómo su inocencia se quebraba en mil pedazos. Parecía que la cabeza le iba a explotar y albergaba un mal presentimiento. Su madre se la había pasado en salidas secretas y había estado envuelta en algún trámite privado. Su mirada gélida no le pasaba desapercibida. Ni siquiera pudo tener un sueño apacible durante la siesta; fue sacudida por una pesadilla que la había dejado agotada y sin fuerzas. La actitud de su madre era lo que la atormentaba, solía ser más ofuscada. Su docilidad final la llenaba de vacilaciones. No quiso quebrar la transitoria felicidad que pudo notar en Damián por más que se esforzara en ocultarlo y en permanecer neutro.

Más desconcertante fue cuando Juliana prorrumpió en la habitación más temprano que de costumbre y comenzó a cerrar las ventanas. Entornó los ojos ante la abrumadora realidad.

—¿Qué haces? —preguntó aún somnolienta.

—Lo siento, niña. Su merced estuvo esperándola en el comedor; como vio que estaba indispuesta, me ordenó que le subiera esta charola de alimento para que cene aquí.

—Pero recién me estoy levantando de la siesta.

—Ya dan las siete y poco más. Sabe que la cena es a las seis.

—¿Tanto dormí?

—Yo, de ser usted, no tomaría la tisana —mencionó señalando la taza de porcelana que reposaba sobre su plato a juego.

Úrsula la miró de reojo; era la misma que su madre le había insistido tomar tras el almuerzo.

—Tírala sin que se note que no la tomé.

—Refiere su merced que saldrán mañana temprano; me pidió que viniera a prepararla para que coma y se acueste. Mañana partiremos al alba.

—¿Mencionó a dónde?

La esclava negó a la par que Úrsula se puso de pie; sintió desconfianza por la repentina salida. Ni siquiera fue necesario que acudiera a buscar a su madre; la marquesa apareció como una sombra guiada por una palmatoria.

—¿Sucedo algo? —la interrogó Úrsula.

—Pensé que no te sentías bien. Come, no es bueno dormir con el estómago vacío.

—¿Qué sitio visitaremos mañana? No mencionó nada al respecto.

—Es una sorpresa, hija mía.

—Nunca me han gustado.

—Iremos a la hacienda.

—Le prometió a Damián que lo pensaría.

—Y lo haré, pero en un ambiente menos viciado. Juliana, prepara el equipaje de la niña, uno escueto.

Tras retirarse la dama, Úrsula no pudo probar bocado; tenía un salto en la parte alta del abdomen.

—¿Qué desea llevar?

—Es que no tengo ni idea de qué compromisos atenderemos. Pregúntale a Josefa, con discreción, ¿qué prendas ha dispuesto para mi madre? Tal vez así nos hagamos una idea.

La esclava salió presta por la información y tardó más de lo usual. Se le quedó mirando a la señorita, con la expresión lívida, y sus brazos comenzaron a tomar una prenda de ropa y acomodarla para guardar. A Úrsula le llamó la atención que las manos de Juliana parecían obedecer a cualquier otro cerebro menos el suyo, como si estuvieran separados.

—Detente —le susurró—. ¿Qué pasa? Te has quedado pálida, como si hubieras visto un fantasma.

—¡Ay, no, mi niña! ¡Dios me libre!

Observó que sus dedos estaban temblorosos y sus labios trepidaban con cada sílaba mencionada.

—¡Habla! —le ordenó.

—Le pregunté a Josefa. ¿Adivine qué me dijo? Su respuesta fue: ¿qué equipaje?

—¿Cómo?

—¿Qué equipaje? El ama no ha dispuesto que organizaran el suyo.

—¡Por todos los santos!

—Es muy raro, lo sé y me quedé con un palpito en el corazón; me fui con el calesero y no me va a creer lo que me comentó. Le pregunté, como quien no quiere la cosa, si ya tenía preparado el carruaje para el viaje, y el hombre no sabe nada.

—Tal vez mañana mi madre le dará la instrucción.

—Mi niña, Josefa no tenía idea, el calesero menos, Matías tampoco tiene conocimiento del viaje. Cuando nos vamos por unos días a la hacienda, el alboroto es enorme; su madre casi se lleva la quinta completa y aquí no hay ni un alma trabajando para ese fin.

—A no ser que la única que vaya a partir sea yo, y no para la hacienda.

—¿Usted ha tenido idéntica corazonada a la mía? Solo partirá usted, y yo tendré que acompañarla. Ya su madre me dio la orden de reunir mis cosas. Ya estoy sufriendo por tener que separarme de Pedro.

Con el entrecejo fruncido por la ira, Úrsula salió de sus aposentos rumbo a los de su madre; sabía que no podría acostar la cabeza en la almohada hasta que no aclarara ese asunto. Se

sorprendió al encontrarlos desiertos; ni siquiera estaban preparando la cama para el descanso de su progenitora. Se dispuso a encontrarla donde quiera que se encontrara en la enorme quinta, para exigirle respuestas.

Encontró el despacho con la puerta ligeramente entornada y se acercó con sigilo. La luz de las velas se escapaba por la brevísima apertura. Permaneció atenta y, sin producir ruido, incluso podía verlos sin que la descubrieran.

La marquesa retuvo al sacerdote antes que emprendiera la huida tras la cena a la que lo había invitado. Tomó asiento en la silla que en el pasado había ocupado su difunto esposo y acarició la laca del escritorio de ébano que el marqués había mandado a hacer.

—Echo de menos a Rómulo. Más, en este tortuoso asunto que me toca enfrentar sola. Me pregunto: ¿cómo habría reaccionado después de la experiencia que acumuló con la rebeldía de María Teresa? Me preocupa si Hugo, tan dado a satisfacer a mis hijas en cuanto se les ocurre, también solapará la conducta de Úrsula. Una cosa es casarse por amor con un igual, pero un hombre cuya falta de pureza de sangre saltaba a la vista, es diferente.

—Gracias a Dios, tuvo usted un soplo de lucidez y le dio una oportunidad a Damián; a veces los designios de nuestro creador son difíciles de entender. Ese muchacho está decidido a contender y tiene el respaldo de su hija. Aunque la ley terminara de ponerse de su parte, Excelencia, ya el daño habría acaecido sobre los Morell tan solo con que ese asunto salga a la luz. No queda otra salida que tomar en cuenta su solicitud de cortejar a la señorita.

—No sea ingenuo, padre. ¿No me diga que ha creído ese cuento de que me lo pensaré? Solo quiero tiempo para hallar una solución que nos deje bien libradas.

—Pero, hija, ha jugado usted con la inocencia de dos corazones bondadosos. Ya sabe que los ánimos se exacerban cuando se ponen barreras a dos jóvenes enamorados.

—Ellos no se aman, no sea iluso. Es solo lujuria. Ese mulato es el pecado personificado y mi hija es una criatura crédula. Jamás había puesto sus ojos en un mozo. Es lógico que esté ilusionada pero, si accedo a que se desposen, luego me lo reclamará cuando las maneras de ese bruto no sean aquellas a las que está acostumbrada. Cuando la venda de la pasión caiga de sus ojos, se arrepentirá de su suerte y será tarde.

—¡Jesús, ilumíname! —clamó el sacerdote; en verdad quería a Damián y temía que perdiera los estribos cuando descubriera las intenciones de su oponente—. No sería oportuno que don Carlos Enrique nos apoyara en esta complicada empresa; el duque lo ha dejado a cargo.

—Ese sinvergüenza se ha aliado con los tórtolos. En cuanto Hugo conozca de su infamia, caerá en desgracia.

—Sabe que los une más que la amistad; son como hermanos, y Su Excelencia terminará por escucharlo.

—Dos insensatos. Son tan jóvenes que necesitan ser guiados por una mano dura. Mi esposo, que en paz descansa, se fue demasiado pronto de este mundo.

—Fue la voluntad de Dios.



—Sé que aprecia a ese pardo y que, por haberlo cobijado, alberga el anhelo de verlo encaminado en la vida. Pero, si en verdad lo estima, ayúdeme a salvarlo de un matrimonio que solo le traerá desdichas. Si María Teresa accede a casarse contra mi voluntad, me veré obligada a desconocerla, aunque con ella se vaya una parte de mi corazón, pérdida de la que jamás podré recuperarme. Si ahora Villavicencio intenta abrirse paso en sociedad a pesar de su linaje, el desprecio que sienten por él será aún mayor si conocen de su atrevimiento. La gente de bien no perdona con facilidad ese tipo de ofensas: un mulato aventurándose a posar sus ojos en la hija de un blanco respetado. Si aceptamos esa unión, ninguna señorita de familia estará a salvo de las pretensiones de hombres de dudosa reputación. Es el orden establecido. Usted sabe que tengo influencias suficientes para que esa licencia jamás sea otorgada, pero me esfuerzo por librar a mi familia del escarnio público. ¡No quiero pensar que seremos el hazmerreír de quienes han compartido con nosotros la mesa cuando sepan que Úrsula ha alimentado las esperanzas de un mulato, incitándolo a que reclame su mano en matrimonio!

—Usted tiene razón —terminó de convencerse el padre—. Pero ¿qué podemos hacer? Solo intento regular la situación para evitar que sucumban ante el pecado de la carne sin estar unidos por un lazo legítimo.

—Yo, que usted, me lo pensaría antes de solapar este tipo de uniones. Recuerde que en febrero de 1856 un hombre del pueblo, originario de Canarias, apuñaló al arzobispo Antonio María Claret, que con el mismo propósito casaba a personas de diferente raza que vivían en concubinato. Salvó la vida milagrosamente, gracias a dos guardias que lograron protegerlo. El fiscal de la alcaldía mayor de Holguín, donde sucedieron los hechos, cree que fue una especie de complot.

—No lo olvido —confirmó santiguándose—. Después le incendiaron el sitio donde tenía planeado pernoctar; gracias a la providencia aún no había arribado.

—¿Entiende a lo que se expone usted al dar su consentimiento o, peor aun, casar a una señorita blanca con un mulato en contra de lo que dicta la Iglesia, la Real Cédula de 1805 y el reglamento de 1842 donde se prohíben estos enlaces?

—Me queda claro.

—Piense en el peligro para el mulato también. ¿Qué le causará mayor dolor: un corazón roto del que se recuperará cuando otros ojos bonitos se atraviesen en su camino o el continuo e implacable rechazo de blancos e incluso de negros que no aceptan estas uniones?

—Damián sufrirá con esta afrenta, pero será más su desconcierto si llegan a casarse. La sociedad no dejará impune su osadía; se lo reclamarán a cada paso, y él y Úrsula se consumirán en los reclamos y en las desdichas. Moveré mis influencias para que la señorita entre cuanto antes al convento de Santa Clara. La oración y la clausura la harán conformarse con su suerte. Traeré sosiego a su alma.

—Eso ya está arreglado; la madre superiora la espera mañana y me ayudará en la loable tarea de hacer entrar a mi hija en razón, de vuelta a su único y verdadero anhelo: la vida religiosa.

—¡Oh, María Santísima sin pecado concebida! No pueden llevar a la señorita en contra de su

voluntad; recuerde que entregarse a Dios es un acto de fe donde prima el libre albedrío.

—Mi hija ya había dado su consentimiento y firmado los documentos necesarios para su iniciación antes de que el bastardo del difunto conde de Marmosa se atravesara en su camino. Faltaban algunos pormenores que ya han sido resueltos. Mañana temprano ingresará en el bellísimo convento; a futuro me lo agradecerá.

—Hija mía... Úrsula es una niña tan buena... piense usted antes de hacer algo contra su voluntad.

—No me venga con golpes de moral; usted también ha contribuido a su pecado al darle estudios a ese mulato. Si le he hecho venir, es para pedirle que no tome partido por el tal Villavicencio. Se debe a nosotros, quienes lo hemos apoyado por años.

Úrsula se llevó una mano al corazón y salió de allí con el mismo sigilo con que había llegado; pensaba escurrirse sin ser detectada hasta su alcoba. Su mente era un hervidero; ella no había firmado esos documentos a los que su madre hacía alusión. Sospechaba que habían sido adulterados, que alguien había estampado la firma en su nombre.

Corrió; parecía que sus pies flotaban sobre la dura superficie del mármol; ni siquiera se escuchaba el repiquetear de sus zapatos. Observó, sobre una percha a su paso que aguardaba por su dueño, la capa del sacerdote, su paraguas y bastón. Tomó la primera y, con esta en los brazos hecha un bulto, salió al patio. Respiró hondo al encontrarlo vacío. Era la hora en que los hombres de Matías cenaban y las esclavas estaban ocupadas lavando ollas y la extensa vajilla. Se cubrió con la enorme prenda confeccionada para un hombre de estatura prominente y complexión robusta, como la del cura. Robó el caballo del religioso y lo montó. El potro bufó ante la presencia desconocida; le susurró palabras tranquilizadoras y le acarició la suave piel. Cuando lo volvió su cómplice, a paso seguro avanzó hacia el portón de salida.

La noche era muy oscura, repleta de nubes que no permitían que ningún astro brillara en el firmamento. Dos guardias flanqueaban la barrera hacia la libertad; se veían agotados y urgidos por ser revelados de su turno para ir a comer. Se tapó lo más posible con la amplia capucha y, con la cabeza ligeramente hacia abajo, se detuvo frente a ellos, que le permitieron pasar.

—Vaya bien, padrecito —emitió uno y ella siguió adelante, lenta pero más segura que nunca de no dejarse embaucar por las artimañas de la marquesa.

Lejos de la quinta, emprendió el galope, con el corazón tan alborozado como el del potro, no se detuvo hasta llegar ante la entrada del zaguán del palacete de los Villavicencio. Pidió entrar y, cuando le vieron el rostro, la llevaron ante la presencia de Santa.

—Niña, ¿a qué se debe su presencia? ¿Ha ocurrido algo?

—He escapado de casa; mi madre pretendía encerrarme en un convento en contra de mi voluntad.

—Aquí será el primer sitio donde vengan a buscarla.

—Necesito ver a Damián con urgencia.

—Sabe cuánto la aprecio, pero meterá en problemas a mi hermano —murmuró la mujer

lamentando la suerte.

Benito, que apareció tras la algarabía, instó a los sirvientes que la recibieron a no mencionar palabra sobre lo visto y oído. A uno le pidió deshacerse del caballo:

—Es del padre Benito; es muy amado por él. Acérquenlo a su casa y lleven su capa consigo.

—Haz lo que pide la señorita —ordenó Benito al mozo—. Pero que nadie te vea; déjalo amarrado fuera de la casa del cura. Voy a avisarle a Damián.

—Espera, Benito —pidió Santa—. ¿No es mejor que lo resolvamos nosotros? Damián se volverá como loco, se echará a varios enemigos encima, más de los que tiene.

—Santa, Damián es un hombre hecho y derecho; es una decisión que solo a él le corresponde. No puedes protegerlo ni aunque dejes tu vida en ello. Ahora atiende a la señorita; dale una tila o una leche caliente con miel, ¿no ves lo angustiada que está?

—Que esa arpía de doña Suplicio no te oiga mencionar palabra; espera el mínimo resbalón de nuestro hermano para bailar sobre su desgracia.

—Tranquila: esa bruja también me la tiene jurada.

## Capítulo 37

Bebió la leche tibia endulzada con miel y, aunque le costaba tragar por lo acelerado de su corazón, la bebida le sentó bien. Benito había salido; los palacetes no estaban muy distantes. Se podría ir a prisa, incluso a pie. «¿Por qué se tardan?», se preguntaba. Santa estaba sentada frente a ella, observándola; había desaparecido el semblante de la afable mujer a la que había ayudado en la clínica. Solo le importaba proteger a los suyos a toda costa, se podía leer en su rostro. Trepido, pero no lo demostró; le mantuvo la mirada con firmeza. Las palabras intercambiadas por los hermanos de Damián la habían puesto nerviosa. ¿Qué iba a hacer si se arrepentían de ayudarla y terminaban por entregarla a su madre? Entendía las implicaciones de su huida, más por pedir refugio ante la puerta de un hombre soltero y con un origen tan comprometedor. «Tal vez debí acudir a casa de Carlos Enrique; olvidé por completo que Damián vive con doña Suplicio y aquí solo está su familia. Debo irme antes que Santa me delate», se lamentó para sus adentros.

Sus temores amainaron cuando escuchó los pasos firmes de su amado sobre el mármol, y lo vio, cuan largo era, dirigirse presuroso a ella, desoyendo los consejos asustadizos de su hermana, con un brillo en la mirada que le aseguró que había elegido bien. Corrió hasta refugiarse en sus brazos.

Damián la estrechó con amor desmedido, sin miramientos ante la presencia de su familia. Se perdió en la frescura de su semblante y le depositó los labios sobre la frente.

—¿Qué haces aquí, mi dulce flor? —la interrogó.

—He escapado de la quinta; no tengo a dónde ir.

—Deben partir de inmediato —sugirió Benito—. Antes del cañonazo de las nueve, luego los guardias están más alertas.

—Tomen, preparé algunas cosas que podrán necesitar. —Elia les extendió una bolsa de yute con provisiones.

—Los acompaño, los hombres están listos —insistió el hermano.

—Iremos solos en dos caballos; llamaremos menos la atención.

—Entonces yo marchó a mis asuntos, ya es hora —decidió.

Damián notó la cara de preocupación de Elia ante las palabras de su esposo; en verdad no sospechaba a lo que se estaba dedicando su marido y, aunque confiaba en él, continuaba atormentada. Tomó a su hermano por el brazo y lo apartó lo suficiente para no ser escuchados.

—No, esta noche le he dado el encargo a otra persona.

—¿Por qué? —preguntó extrañado. Entonces notó la cara de pesar de las mujeres a unos pasos —. ¿Te han convencido de retenerme?

—Es peligroso.

—También para los hombres que envías.

—Piensa en tu hijo.

—Lo hago. Ya no es esclavo gracias a ti. Nadie debe sufrir lo que nuestra familia ha padecido, se lo debo a Ayomide, a Tomás. Tengo a tres fugitivos del cafetal vecino escondidos en el nuestro; debemos sacarlos de inmediato y ayudarlos a llegar al palenque antes que sea tarde.

—Cuídate y no seas testarudo —aceptó negando con la cabeza.

—Eso me toca decirlo a mí: soy mayor que tú.

Partieron sin demorar la despedida. Úrsula ni siquiera había preguntado por el lugar al que pretendían huir, pero confiaba en la decisión de Damián. Tras dejar Intramuros, continuaron hacia Regla, a una propiedad que tenía el caballero. Los sirvientes los recibieron y sin hacer preguntas prepararon dos habitaciones a petición del señor. La condujo a la que ella utilizaría.

—Debes descansar.

—No creo poder; mi madre debe haber mandado a sus hombres a buscarme hasta debajo de las piedras.

—Esta casona es segura; nadie sabe que me pertenece. La compré poco después de recibir la herencia; la uso cuando necesito olvidarme de que soy el bastardo del difunto conde de Marmosa. Aquí puedo disfrutar mi soledad y escapar de las demandas de mi nueva rutina.

—Es acogedor.

—No es tan lujosa o pretenciosa como a lo que estás acostumbrada, pero es amplia y tiene mucha luz.

—Es confortable.

—¿Has cenado?

—La verdad es que no.

—Pediré que te preparen de comer.

—No tengo apetito. Ahora solo tengo cabeza para pensar qué será de mi vida. Santa me ofreció una leche con miel, será suficiente. Solo abrázame con fuerza, Damián, temí tanto perderte...

Úrsula tomó asiento sobre el mullido colchón, y él la siguió. Se perdió en su abrazo protector, apoyó su cabeza sobre el hueco de su hombro y lo apretó hasta que le dolieron los músculos. Dos lágrimas de alivio le recorrieron las mejillas. Pensó en su futuro sin su amado, y el llanto se apoderó de ella. No se arrepentía, Damián era su brújula en aquel mar inmenso de las imposiciones que venían de la mano de pertenecer a la familia Morell. Aún no despertaba por completo a la realidad y a los cambios que venían de la mano con su huida, pero la sensación de plenitud que sentía a su lado le aseveraba que nadie tenía el derecho de exigirle a quien amar.

—Explícame, ¿qué pasó para que abandonaras la seguridad de tu hogar? —preguntó tomándole

la cara entre sus dedos y salpicándole de besos cada lágrima.

—Mi madre jamás pensó aceptar que nos comprometiéramos. Escuché cuando le confesaba al padre Miguel que mañana me iba a llevar al convento; le aseguró que yo había firmado los documentos de mi entrada, lo que no es cierto: no he consentido.

—¡Demonios! ¡Fui un imbécil por creer en su palabra! ¿Y el cura qué opinó al respecto?

—Intentó hacerla entrar en razón, pero ella le dio mil argumentos para defender su postura. Ni siquiera lo pensé; escapé sin planearlo. Ahora me carcome la incertidumbre; no quiero comprometerte si no estás seguro de recibirme en estas condiciones.

—Ni lo menciones —le comunicó pegándole los labios sobre la frente; se despegó ligeramente para clavarle sus ojos en los suyos. Le tomó la mano, se la estrechó con dulzura y, sin soltársela, se colocó de rodillas para susurrarle con un tono impregnado de emotividad—: Cásate conmigo, para que nadie pueda separarnos.

—Es lo único que deseo.

—¿Sabes que, de hacerlo sin el consentimiento de tu familia, tendrás que estar dispuesta a renunciar a tu herencia? Tu madre amenazó con quitártela y no dudo de que lo lleve al cabo, pero que no te aflija: pongo mi patrimonio a tus pies.

—El oro no me detendrá, y lo sabes.

—No será lo único a lo que tendrás que enfrentarte: la sociedad será inclemente con nosotros, ya lo es conmigo. ¿Podrás soportarlo?

—No sigas, sé las consecuencias de una unión como la nuestra y las acepté desde que me permití seguir adelante con mis sentimientos. Vendrán tiempos difíciles, pero renunciaría a ser yo misma si permito que otros interfieran en mi decisión de amarte. Damián, parecía convencida de mis sueños y añoranzas; todos trastabillaron cuando te conocí.

—Me siento igual, mi cielo —le reveló poniéndose de pie, tomándola por el talle y elevándola a su altura, hasta que sus miradas quedaron frente a frente.

Tras aquel juramento, sus bocas no pudieron continuar separadas, se prendieron la una a la otra con avidez y amor profundo. Úrsula se dejó abrasar con el calor que emanaba de su cuerpo, el que la envolvía de forma protectora. Damián probó una vez más la dulzura de los labios de su amada, lo que envió latigazos de un deseo violento a su entrepierna donde el vigor comenzó a crecer poseído por la tentación de la mujer que estrujaba contra su tórax. Ella era ajena a la sensualidad que disfrazaba inútilmente con su ropa recatada y con esos peinados donde aprisionaba sus rizos rebeldes. Observarla entregar toda la pasión que albergaba en un beso, tan cerca, avivó la flama que ardía en el pecho masculino. Él era una tarde de verano; ella, la tierna mañana despertando con lentitud, sorprendiéndose ante cada sensación recién descubierta. Si perdían la conciencia y se dejaban atrapar en el pozo sin fondo del deseo, no iban a poder frenar.

—¡Oh por Dios, mi amor! Me siento tan orgulloso... eres tan valiente... Nadie podrá apartarte de mí. Te adoro, eres lo más importante que tengo. ¿Dime que no soy el único que se quema con este amor? ¿Cuánto me quieres?

—Te amo, intenté sacarte de mi corazón sin éxito. Solo quiero ser tuya.

La ropa comenzó a resultar un estorbo para la impetuosidad del joven. La asió por la cintura contra su cuerpo hasta que se fundieron en uno solo, lo que alivió un poco las palpitations que ambos sentían hacia el sur. Úrsula, embebida por la descarga de energía que pulsaba en su intimidad y que se extendía al resto de su anatomía, jadeó agitada, sin saber cómo mitigar aquel sofoco que la volvía vulnerable y que terminó por elevarle con creces la temperatura corporal.

—Ya es hora de que descanses —decidió Damián de forma abrupta, renunciando a la proximidad que los quemaba. Ahogó el final de la frase en un gemido, excitado por completo, ante la bella pelirroja que lo miraba como al espécimen masculino más tentador de la Tierra. La depositó en el suelo antes que le fuera imposible detenerse. Tratando de borrar las imágenes que se sucedían en su mente, en que la tiraba sobre la cama y con la mayor fogosidad la tomaba hasta quedar ambos saciados. Con una voz apenas audible y todavía anhelante, le susurró—: Estaré en el aposento contiguo.

—Quédate, no podré dormir si dejas de abrazarme —le suplicó ruborizada; aquel matiz de sus mejillas tan parecido al durazno lo obligó a que su apetito voraz se incrementara.

—¡Por Dios, tampoco creo poder cerrar los ojos sabiéndote tan cerca! —Tembló ante las imágenes que continuaban desfilando por su mente. Su curiosidad por descubrir qué escondía la montaña de tela era abrumadora—. Mañana a primera hora puedo buscar hasta debajo de las piedras a un sacerdote que nos despose, por si deseas esperar hasta que estemos casados.

—Sé que puedo perderte en cualquier momento; mi madre suele ser despiadada cuando se le cuele algo entre ceja y ceja. No quiero arrepentirme de no aprovechar cada segundo que estemos juntos. Podemos casarnos tan pronto consigas ese sacerdote, y lo que suceda entre nosotros será nuestro secreto.

—Sabes que te amo y que esperaba que fuera diferente; quería darte el cuento de hadas con final feliz con que sueña toda mujer. Úrsula, eres mi vida, no quiero privarte de lo que mereces.

—Mis expectativas son distintas a las de la mayoría.

Le dio un tierno beso en los labios y le susurró:

—Por supuesto y soy un iluso por creer lo contrario. ¿Estás segura de continuar? —preguntó a punto de temblar de la emoción, rogándole al Cielo que aceptara; su espera había sido una agonía.

—Sí. Estaba decidida a no enamorarme hasta que irrumpiste el día menos previsto, no me importa cuántos puñales nos claven por la espalda, ni cuantas miradas de desprecio lancen a nuestro paso. Mi felicidad está en tu sonrisa, esa que no siempre das al mundo, pero que, cuando brota, es la más sincera de todas...

Úrsula tuvo que hacer silencio cuando, tras su consentimiento, Damián la giró de espaldas, posó sus tibias manos sobre su cuello buscando ávido la fila de innumerables botones y comenzó a zafarlos de uno en uno. Suspiró cuando los voluptuosos labios del moreno tocaron la piel de su nuca. Cerró los ojos y se concentró en experimentar al máximo con sus sentidos. Y, mientras la tibieza de la lengua del amante fue ganando terreno con cada ojal vacío, el miedo conjugado con

deseo la impulsó a seguir. Aquellas sensaciones eran tan satisfactorias que por un minuto creyó que había muerto y había ascendido al paraíso, a su propio edén, con aquel arcángel como compañero, el que demostró su destreza en desvestir damiselas, quitando cada prenda con soltura, ni siquiera batalló con el corsé. No dejó que el resquemor, ni los celos de antiguos afectos se colaran en el aposento; permitió que la adorara y que continuara derrochando caricias sobre su nivea piel al descubierto.

Damián se deleitó en su blancura e hizo lo que había deseado desde que la había conocido; liberó sus carmesíes rizos, que cayeron como cascada sobre su piel moteada de ligeras pecas. Nunca había visto una mujer desnuda tan bella y que le despertara con tanta fiereza sus instintos primarios. La tomó en brazos, luego de regodearse con la vista de sus colinas turgentes como picos nevados, la firmeza de su vientre y su delicada figura. La depositó sobre el lecho sin quitar los ojos de la pureza de la superficie que la cubría. Se deshizo de sus botas de cuero y del resto de su indumentaria, ante la mirada enamorada de Úrsula. Permaneció desnuda, solo adornada por el rubor de sus mejillas, hasta que la piel canela de su amado la cubrió, desconcertándola por su calidez. Los duros músculos de los pectorales del fornido hombre presionaron hasta conducirla a la locura por aquel apasionante contacto.

Se perdieron en las mieles que sus cuerpos producían al incendiarse en carne viva, con las bocas de ambos succionándose con desespero, como nunca antes habían podido degustarte por jugar a las escondidas con sus detractores. En medio de aquel asedio seductor, a Úrsula le vino un pensamiento que se coló como un intruso, al sentir la presión de la hombría de Damián ante las puertas de su intimidad. Recordó haber escuchado a hurtadillas, por descuido de unas esclavas, que los varones de su raza venían mejor dotados. Se preguntaba si sería cierto; lo que percibía intentando perforarla se sentía duro y colosal. No tenía experiencia previa en esos menesteres; lo deseaba a rabiar, más de lo que había ansiado algo en su vida; sin embargo, temió ante la inminente embestida. Sus ojos se abrieron como platos cuando él volvió a empujar, y ella se dispuso a emprender la retirada. Los libros prohibidos que leían sus hermanas a escondidas, de los que había renegado, le vinieron a la mente y se arrepintió de no haber sido más curiosa. La falta de conocimiento sobre lo que ocurría entre un hombre y una mujer en una cama comenzó a hacer mella en su seguridad.

Él notó su zozobra y la miró con ternura.

—¿Qué tienes, pequeña? —preguntó jadeante contra su oreja, mientras empujaba de nuevo con más ímpetu y ella se escurría nerviosa, lejos del inquietante invasor.

—¿Me dolerá? —Se armó de valor y externó sus temores—. Porque he escuchado que los hombres tienen una espada enorme entre las piernas con la que nos atraviesan en la noche de bodas para robar nuestro pudor.

En medio de la excitación, Damián no pudo contener una jovial carcajada; luego se contuvo y le susurró al oído.

—Tranquila. Cierra los ojos y relájate. Te aseguro que lo amarás, tanto o más que a mí.



—No sin antes verlo; necesito saber a lo que me atenderé.

—¿Y no le echaste un ojo cuando me deshice de mi vestimenta? —inquirió con picardía, divertido.

—No se me hizo decoroso posar mis ojos en tus partes pudendas.

Damián, tras soltar una risita burlona, se elevó de su cuerpo y se mostró sin nada de recato, ante la cara impávida de la dulce chica, que tragó en seco al admirar lo que creía descomunal.

—¿Y bien? —indagó el moreno.

—¡Oh, por Dios!

—¿No te resulta encantador? —Se regodeó en su propio orgullo al recordar los halagos recibidos de anteriores amantes.

—¿Cómo pretendes ensartarlo en mi florecita?

—Yo no lo haré, tú me lo pedirás.

—No lo creo —murmuró incrédula—. ¿Qué mujer querría ser herida con algo tan obsceno?

—Eso te lo preguntaré mañana al alba —acordó tomando la mano virtuosa de la tierna joven y rodeando con ella su miembro, a la par que se prodigaba un excitante masaje que lo hizo gemir, para luego indicar—: Mi virilidad te hará mía, solo si me ordenas poseerte. Ahora te insisto en que cierres los ojos y te relajes, para que yo pueda hacer mi trabajo.

Le tomó las piernas y la deslizó con suavidad hacia sí, para recuperar el terreno de su retirada; le elevó las rodillas y cruzó las piernas de su amada sobre sus hombros para sumergirse hacia la femineidad inexplorada. Cuando Úrsula sintió la primera caricia que la tibia lengua de Damián le prodigó, dejó de apretar sus músculos y quedó laxa sobre el colchón, a la expectativa de la siguiente lamida, la que la obligó a abandonarse por completo a los mimos con que fue consentida. Con lentitud se fue entregando a las sensaciones que partieron de su sexo y se expandieron hacia su abdomen, la parte alta de su tórax, sus erizados senos y la languidez de su cuello.

—¡Por todos los Santos! —gimió y entendió por qué otros corazones inocentes como el de ella terminaban por corromperse antes de llegar al altar. Podría quedarse horas así, siendo consentida de la forma más esmerada; incluso podría vivir para esperar el minuto en que su amor se colara bajo sus sábanas.

La tomó por las caderas y no le bastó con enterrar su cara contra su interior, con morder suavemente, succionar con fuerza y enloquecerla con su aliento cálido al exhalar contra su piel. Incurrió con uno de sus dedos en una intrusión que comenzó siendo agradable, luego algo incómoda y que terminó por incitarla a moverse al ritmo que él había marcado, en una carrera de la que desconocía el final, hasta que sintió que no era suficiente y comenzó a desear que subiera hasta sus labios, ante una necesidad imperiosa de besarlos.

—Ven a mí —le suplicó.

Damián la obedeció sin hacer escalas hasta apoderarse sin clemencia de su temblorosa boca. Se miraron a los ojos embebidos de pasión; él, extasiado por poder disfrutar de sus encantos; ella, perdidamente enamorada y derretida ante la fogosidad desbordante que emanaba ese hombre.

—¿Cómo puedo complacerte, dueña mía?

—Tómame, quiero ser tuya de todas las formas posibles; márcame para siempre. Si mañana llegara el fin, nada podrá borrar la huella de tu alma sobre la mía.

—¿Estás segura? —indagó, pero ya era tarde. Úrsula ya había tomado su erección entre sus dedos y la había colocado justo en su entrada. Damián gruñó desbordado de placer al rozar con el extremo de su miembro la ardiente y cerrada concavidad, salpicada por el rocío que emanaba de su excitación.

Un leve movimiento de él, y la punta de su sexo resbaló por la humedad de ambos, que se colaba por la abertura. Ella le clavó las uñas en la espalda para llenarse de valor y, obedeciendo a las palpitaciones que le exigían más atención, lo rodeó por las caderas con sus piernas. Damián le invadió impetuoso la boca, en un beso desquiciado y ardiente, y sin dilatarlo más se enterró en el fogoso y mojado nido hasta hacerla gritar de dolor y deseo. Una vez dentro, aguardó unos segundos para permitirle acostumbrarse al grosor; cuando la percibió lista para proseguir, comenzó a arremeter con ternura.

—No me abandones nunca o moriré de amor —le suplicó su mujer sin vergüenza; su corazón ya no le pertenecía: aquel semental que la cabalgaba con devoción la había convencido de seguirlo hasta el fin del universo.

—Sería un demente si lo hiciera; ya nadie podrá separarnos. Mañana mismo nos casaremos a escondidas y, una vez desposados, te llevaré a vivir conmigo. Nadie tendrá derecho a desunir lo unido por Dios y por la carne.

—Quiero compartir mis días contigo y ser la madre de tus hijos, mi adorado Damián.

Aquella confesión lo desarmó por dentro, rompiendo de golpe con su coraza pero, cuando ella comenzó a gemir fuerte, y sacudirse bajo su cuerpo demandando más potencia en su forma de poseerla, los sentimientos que lo hacían amarla y desearla explotaron en su pecho, enviando señales contundentes a sus zonas erógenas. Le tomó el lóbulo de la oreja entre sus perlados dientes y comenzó a embestirla como la urgencia que ella demandaba para alcanzar la cúspide. Le susurró al oído cientos de palabras de cariño y le advirtió la magnitud de las sacudidas que le estaban embotando los sentidos. Ella clamó agónica ante tanto apremio al percibir, entre confusa y encendida, las primeras pulsaciones de su primer orgasmo. El vehemente amante se llenó de vigor y continuó invadiéndola hasta hacerle gritar su nombre y, a la par que Úrsula se liberaba, conmovida ante la forma en que respondía cada célula de su ser, Damián bramó de alivio al disparar la abundante descarga de su simiente en lo más profundo del vientre de la mujer que defendería desde ese instante con su propia vida.

—Te amo —le aseguró con el aire que le quedaba antes de volver a llenar sus pulmones.

No se separó de su amada; giró sobre sí mismo sin soltarla y, dejándola encima de su cuerpo, la cubrió con una fina sábana de algodón y la invitó a descansar del acalorado embate sin despegarse el uno del otro.

## Capítulo 38

Tras haber permanecido a su lado en el lecho, se negó a privarse del calor de su cuerpo. Se habían amado una y otra vez hasta el amanecer. Urdieron miles de planes sobre su futuro como esposos. No iba a permitir que los separaran; tampoco pretendía huir y dejar atrás a su familia. La había hecho suya; le tocaba responder y reparar el honor; era su mayor anhelo. Así que acudió ante su padrino, dispuesto a convencerlo, costare lo que le costare. El sacerdote lo recibió con urgencia; desde la noche anterior, tras la desaparición de su capa y su caballo (los que luego aparecieron misteriosamente en el zaguán de su casa), no habían cesado de buscar a Úrsula.

—Padre, he venido a usted a suplicarle que nos case.

—¿La tienes? ¡Por Dios, Damián, has perdido el juicio! —exclamó santiguándose.

—Su madre la quería meter a la fuerza a un convento.

—No puedes culpar a Su Excelencia. Úrsula siempre quiso ser monja.

—Por las razones equivocadas. Se ha dado cuenta de que no necesita ser religiosa para elegir su destino y ayudar a quienes necesitan de gente con tan noble corazón.

—Arruinarás su vida y la tuya, de paso.

—Lo haré si deajo que me la arrebaten.

—Los hombres de la marquesa irrumpieron ayer en tu palacete, donde viven tus hermanos. Revisaron todas las habitaciones y, por supuesto, no encontraron nada.

—¿Cómo se atrevieron? ¿Por qué se lo permitieron?

—Benito los dejó entrar defendiendo tu inocencia. La marquesa pretendió hacer lo mismo con la mansión de doña Suplicio, pero ya conoces que son enemigas acérrimas y prohibió tal invasión. Le exigió que, para hacerlo, tendría que venir acompañada de la guardia.

—¡Jesús! —exclamó lamentando el altercado.

—Le gritó que no estabas, pero tampoco dio razón de tu paradero.

—Es imperioso que nos case; será la única forma de que Su Excelencia tolere el lazo que nos une.

—Dame un minuto para asimilar esta noticia. Toma asiento, por favor. Enseguida regreso —murmuró lamentándose por el descubrimiento.

Damián desconfió de la prisa con la que el religioso abandonó la estancia; se preguntó qué asunto tan urgente lo reclamaba. ¿Sería capaz de delatarlo ante la marquesa?

—Esperaré de pie, traigo prisa —sostuvo arrepentido por no hacerle caso a Benito y llevar a sus hombres; ahora Úrsula estaría resguardada y no a solas con escasos sirvientes.

—No tardo.

Y en efecto, tras un par de minutos lo tuvo delante insistiéndole para que se acomodara en la silla más próxima a él.

—¿Cuáles son las razones por las que se casa un hombre? ¿La pasión, un arreglo que lo beneficia en lo económico o para legitimar a los hijos? ¿Y tú por qué deseas desposarla?

—Por amor —contestó sin titubear.

—¿Qué te garantiza que se prolongue en el tiempo?

—Lo sé, y usted lo sabría si alguna vez hubiera experimentado un sentimiento similar. No entiendo por qué se opone si hasta hace unos días nos apoyaba.

—Es que no actuaba racionalmente; solo me impulsaba el temor a que cometieran una locura. Quería evitar que sus almas fueran condenadas por pecar ante la tentación de la carne; pero lo que desean es imposible, no hay cabida en este mundo para ustedes como pareja. Lo siento mucho. Debes conformarte con tu suerte y Úrsula también.

—Las uniones interraciales se dan a pesar de las prohibiciones católicas y de las leyes coloniales; claro que es más fácil para el español o sus hijos, cuyo poder se cuestiona menos que para un mestizo como yo. ¿Por qué no puedo enamorarme de una blanca si hay españoles en concubinato con mulatas?

—Las diferencias estaban antes de que vinieras al mundo; no me responsabilices por ellas. Hasta los negros criollos desprecian a los bozales que acaban de llegar de África.

—De arribar no, de ser arrancados de su propia tierra.

—A veces por sus iguales para lucrar con la venta de esclavos.

—Las autoridades son las responsables de dividirnos a los hombres de color; nos separan con límites absurdos porque temen que los negros criollos que ya somos acomodados nos relacionemos con otros de Santo Domingo y Jamaica, y armemos una revuelta guiando a los numerosos bozales en contra de los blancos. No todos recibieron una herencia de sangre de Castilla como yo; muchos se han roto el lomo para tener un pequeño patrimonio. Usted mismo me lo contó: que de los Batallones de Pardos y Morenos que surgieron en el siglo XVII y que se disolvieron en 1844 tras la Conspiración de la Escalera, creció una pequeña burguesía de gente de color. ¿Hasta cuándo cree que bajaremos la cabeza mientras nos siguen explotando?

—Sé que el progreso no puede frenarse; de esos grupos salieron los primeros artesanos y músicos. Hay negros cuyo oficio les vale para que sean llamados por el tratamiento de *don*.

—Eso no importa; siempre seremos inferiores a los blancos; da igual si tenemos más dinero y riqueza.

—Tienen iguales derechos a los blancos de estado llano.

—No, eso predicán, pero el negro, así sea más pudiente, debe respetar al blanco y agachar la cabeza ante uno de baja esfera.

—¡Muchacho, trata de razonar!

—Su posición me ha quedado clarísima, yo tengo la mía. Me voy... —resolvió indignado.

—Aguarda, no hemos llegado a un acuerdo. —Al padre le rompía el corazón.

—¿Para qué desea retenerme si no me ayudará?

—Tienes que entregársela a su madre, por el amor de Dios, no puedes hacer tu voluntad y corromper a una jovencita virtuosa. Te harás de enemigos terribles.

—Eso no me atemoriza. Ahora me despido.

—Espera. Hay algo que debes saber antes de continuar. Es importante que conozcas tus orígenes; eso te ayudará a terminar aplacar la hoguera de tus entrañas. Tu obsesión por Úrsula no es amor, te complicas aferrándote a ella y la pones en una situación comprometida.

—No la robé de su quinta; ella llegó ante mi puerta pidiendo protección, y no la dejaré a su suerte.

—Solo defiendes esa pasión que te tiene obcecado porque es una forma de rebelarte a las cadenas que oprimen a la gente como tú día a día, pero traerá desdicha a los dos. Tienes que oír de dónde provienes; jamás se te debió negar esta información; solo así podrás sosegar, aceptar tu destino y perdonar.

—No estoy seguro de desear hacerlo.

—Entonces seguirás soportando el peso del rencor sobre tus espaldas y algún día te arrepentirás de no haber vivido plenamente.

—¿Por qué entender las circunstancias de mi nacimiento me haría dejar de amar a Úrsula? Usted divaga.

—Si en verdad la quieres, debes comprender que el amor es más que posesión y, si estás enamorado de ella, debes procurar su bienestar. A tu lado tendrá que enfrentar demasiados obstáculos que terminarán por enturbiar su alma. No repitas errores, aleja la desgracia. Creciste odiando al hombre blanco, y eso se magnificó cuando conociste la identidad de tu progenitor, pero él...

—Mi odio por ese señor no tiene nada que ver con mi afecto por Úrsula.

—¿Por qué tu desprecio?

—El conde se aprovechó del poder que ostentaba y redujo a mi madre a su servidumbre, la violó, la embarazó en contra de su voluntad. Es un ser mezquino. Mi madre debió defenderse.

—¿De dónde has sacado semejante desfachatez?

—Me lo ha revelado Santa, a su pesar.

—El difunto conde de Marmosa fue un hombre atormentado, pero jamás dañó a nadie. Él amaba a tu madre con una pasión escandalosa, y ella le correspondía. ¿Cómo osas corromper la memoria de tus padres con semejante falacia?

—Santa no me mentiría.

—Tu hermana era muy joven para entender; tal vez fue la explicación que urdió su confundido cerebro para asimilar por qué su madre tenía un hijo con otro hombre distinto de su progenitor.

—Entonces, fue una mujerzuela, como me temí desde el principio.

—Dios te perdone: tu madre era una mujer decente: ella tenía un lazo irrompible con el conde mucho antes de conocer a su esposo. Él fue su primer amor.

—Mi madre, con su desliz, solo ha traído vergüenza a mi vida.

—Ellos lucharon por ser felices, pero no hay cabida en este mundo para que un noble pueda amar libremente a una esclava. Luego la vida les deparó un matrimonio con otras personas. Algún día te contaré la historia y te ahogarás con tu propio veneno.

—Hable de una maldita vez.

—No, hasta que te sosiegues y abandones esa soberbia que te ciega. Te enseñé a respetar a tus mayores y no has aprendido nada.

—Si mi madre lo amaba, ¿por qué tomó otro esposo? Mis hermanos son mayores que yo.

—La vida la condujo por inciertos parajes. No puedes juzgar lo que no puedes entender. Tu madre no podía: tenía obligaciones que cumplir y las siguió con los ojos cerrados pero, en su corazón, el deseo no pudo frenarse.

—¡Debió respetar a su marido! —gritó lleno de coraje.

—Si lo hubiera hecho, tú no habrías nacido. ¿No puedes agradecer que, entre tanto sufrimiento, al menos te quede la tranquilidad de saber que eres hijo del amor, no de un acto violento o forzado y sí de una pasión verdadera? El objeto de su afecto estaba también comprometido, y había diferencias insalvables.

—Sigo sin poder perdonar a los seres que me dieron la vida.

—Tus padres —le rectificó.

—Ellos, los amantes que se entregaron a la fogosidad sin importarles la familia a su alrededor.

—No seas injusto: tu madre los adoraba, incluso a su esposo. Escapó porque era la única forma de alejarse del conde. Se sacrificó por ustedes, aunque al final haya sido traicionada y de nada haya servido su valeroso acto.

—Me abandonó siendo un crío: nos dejó a todos.

—Eres descendiente de un rey yoruba, tu bisabuelo. Compórtate y deja de pensar como el niño herido que fuiste por las injusticias de la vida. Tu madre era esclava: no era dueña de su destino.

—¿Y el conde?

—Él no podía reaccionar: era un alma perdida.

El sacerdote le ofreció una copa de vino; Damián estaba derrotado sobre una silla, con miles de ideas que estaban sobrevolando su cabeza. El padre Miguel le reveló todo lo que sabía sobre su amigo de juventud, el difunto León Villavicencio conde de Marmosa, de cómo la luz en sus ojos se fue apagando cuando se enamoró por primera vez y ese fuego fue frenado por su familia, que no podía aceptar que el primogénito y único heredero hubiese posado sus castos ojos sobre una bozal recién traída de África. Le recordó que su madre provino de esclavos prominentes arrancados del imperio de Oyo debido a luchas de poder interna que lo debilitaron, que era la nieta de un rey, tal como le había relatado Santa. Era muy joven cuando los barcos negreros la trajeron a Cuba y la

pusieron a la venta en el mercado.

El amor surgió entre los dos de la forma más inverosímil. Villavicencio, en su juventud, había acudido con su padre, el conde para ese entonces, a comprar un lote de esclavos y se prendó de ella en cuanto la notó en medio del resto, por su altivez y rebeldía, a pesar de la fuerza con que la intentaban doblegar. No le importó pagar una fortuna de su cuenta personal por la muchacha.

Damián comenzó a empatizar con sus padres, al identificarse con aquel amor desafortunado. Escuchó cómo el amo comenzó a sentir reverberar su corazón cada vez que se la encontraba en los corredores del palacete familiar, pero era una reacción prohibida, para ambos; a ella no le fue indiferente el gallardo heredero. Comenzaron una relación secreta que se tambaleó cuando el conde se casó con doña Suplicio como condición de los suyos para heredar. Intentó alejarse de su esclava y amante, para no perjudicarla, consciente de los celos que hacían arder a su esposa.

—Hubiese querido saberlo antes —manifestó Damián.

—Doña Suplicio le exigió a su marido casar a tu madre con otro de los esclavos, un hombre bueno, que por supuesto desconocía la situación. Esta improvisada solución provocó el distanciamiento entre ambos, León (por celos) y ella (por rencor), por haberlo permitido para contentar a su mujer. Tu madre tuvo hijos de su marido; los encuentros con el amo acabaron por el encono entre ambos.

—¿Por qué no la liberó?

—No era tan fácil, dice que quería protegerla; pienso que se rehusaba a perderla.

—Y con el tiempo las barreras cayeron porque, de lo contrario, yo no hubiera nacido.

—Era inevitable que retomaran su tórrido romance. Naciste, y resultó que eras más claro que tus hermanos. Cuando el color de tus ojos se asentó, fue una prueba irrefutable de su pecado. El esposo no aguantó la humillación, ni siquiera por parte del amo. Se rebeló y levantó un machete contra tu padre; lo hubiera matado de no ser por el capataz, que se adelantó.

—Eso dice Santa, pero refiere que mi madre fue ultrajada por el conde y que su padre buscaba venganza.

—Tal vez no lo recuerdan con exactitud; fue todo muy tormentoso y eran pequeños. Tu madre jamás volvió a acercarse al conde; la culpa le robó la alegría y decidió respetar la memoria del que fue su esposo. Pero doña Suplicio no se contentó; tu padre tampoco volvió a tocarla. Abandonó el lecho matrimonial y se volvió aún más taciturno, así que se empeñó en venderla. Pero el conde jamás accedió. Un día desapareció; supimos que escapó del infierno que vivía.

—¿Está viva?

—Ya te he dicho que en verdad no lo sé, pero estoy casi seguro que no. Los amaba demasiado, el que no regresara por ustedes lo explica.

—Él debió luchar por la mujer que quería, como haré yo por Úrsula; no permitiré que nada ni nadie intente separarnos.

—¿No me has escuchado? Terminarán como tus padres. Tienes que olvidarla.

—¡No!

—Me rompes el corazón; sabes que jamás haría algo que te causara una pena si no fuera fundamentado en tu propio bienestar. Te aprecio, y la decepción en tu mirada me cala hondo.

—Lo siento, Padre, siempre tuve fe ciega en usted, pero ya no estoy tan seguro. Veo que el color de nuestra piel pesa entre nosotros. Usted está convencido de que es imposible que nos podamos amar; yo estoy dispuesto a luchar por Úrsula.



## Capítulo 39

Damián salió como una furia, con el corazón hecho pedazos. Las imágenes de sus primeros años, cobijado por las enseñanzas del sacerdote, y todas sus omisiones le nublaron la vista. La falta de contacto por parte de su padre le quebraron el alma, lo que la dejó abarrotada de dolor, pero su pasado no iba a interferir con su presente. Esa mujer que había estrechado entre sus brazos sería su vida entera; solo quería amarla, convertirla en su esposa y en la madre de sus hijos. Que su padrino no se hubiera unido a él para ayudarlo a conseguir ese anhelo que a sus padres les fue negado le hizo perderle el respeto. Había crecido oyendo sus sermones sobre honradez, valentía, y otros conceptos morales que quedaron por el suelo ante su actitud. Si bien no había abrazado la fe católica con la fuerza que el clérigo había deseado imprimirle, sí había tenido confianza absoluta en él; creyó que nunca le negaría su apoyo. Respiró hondo y enfiló sus pasos hasta su corcel. Antes de trepar a la montura, don Mateo lo detuvo.

—¿Usted aquí? —inquirió, no entendiendo cómo había dado con su paradero. Respiró aliviado. Sacó conclusiones; creyó que probablemente su anterior interlocutor había pedido unos minutos para alejarse, para enviarle un mensaje al administrador, con la intención de hacerlo venir para juntos obligarlo a cambiar de opinión.

—Muchacho, te he estado buscando hasta debajo de las piedras en cuanto tus hermanos me relataron lo sucedido. ¿Cómo se te ocurre huir sin dar razones de tu paradero?

—¿Le avisó el padre Miguel? No me convencerá de devolver a Úrsula a su madre —afirmó sin esperar la respuesta.

—No fue él quien me previno de tu presencia en la iglesia. Tuve una corazonada y acudí a la casona de Regla; era el único sitio que me quedaba por escrutar. Don Carlos tampoco sabía de tu paradero; también dispuso una partida para hallarlos.

—¿Úrsula le dio señas de mi paradero?

—No te gustará nada lo que tengo que decirte; cuando llegué, la casa estaba sitiada por los hombres de la marquesa. La subieron a la fuerza a un coche; no pude defenderla: iba solo y desarmado.

—¿Qué dice, don Mateo? ¿Está jugando conmigo?

—He venido lo antes posible a buscarte; ella me rogó a gritos que te buscara, que estabas aquí.

—¡Diablos, diablos, diablos! —blasfemó lleno de ira y volvió de regreso a la sacristía. Tomó

al hombre de Dios por la sotana y bramó dominado por la impotencia—: ¡Fue usted, jamás lo perdonaré! ¡Salió en cuanto llegué a un asunto supuestamente urgente! ¡Por supuesto! ¡Corrió a mandar a un mensajero a la marquesa! ¡Delató a Úrsula!

—¡No, hijo mío! ¡Por supuesto que no! ¡Ni siquiera sabía dónde la tenías! Salí a dar instrucciones para que no nos molestaran para que habláramos sin ser interrumpidos.

—¡Detente, Damián! ¡Suéltalo! ¿Qué te sucede? No creo que haya sido él —intervino don Mateo.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —lo interrogó Damián.

—Vi a los esbirros de doña Suplicio a caballo en la escena; estaban sonriendo con cizaña. ¿Qué más podrían hacer allí que ayudar a tu madrastra a esparcir su veneno?

—Esa mujer no es nada mío. ¿Cómo sabría de la casona de Regla? Solo lo sabíamos mis hermanos, usted y yo.

—¡No lo sé!

—Iré ahora mismo a ver a la marquesa; intercederé para que no se ensañe con la muchacha y busque una solución razonable —medió el sacerdote compungido.

—La única es casarnos, y usted tiene la autoridad para ello. Ya la hice mi mujer; quiero reparar su honor, le suplico que me ayude.

—¡Jesucristo! —exclamó el religioso—. ¡Sella tus labios, no lo repitas, puede ser tu perdición! La marquesa tiene relaciones que pueden complicarte la existencia; no importa qué tanto dinero y propiedades tengas. Su excelencia no lo soportará.

—Voy ahora mismo a recuperarla; no permitiré que la retenga a la fuerza.

—¡No! Puede ser muy peligroso. Trataré de ayudarte, pero no hagas una locura. Mandaré aviso con urgencia a don Carlos Enrique del Alba; tú ahora protégete, toma providencias. Ella buscará venganza. En cuanto averigüe qué hará con la dulce Úrsula, te aseguro que te lo haré saber —propuso el cura.

—Lo siento, padre, por mi arranque —le reveló y, volviéndose al administrador, le requirió—: Don Mateo, avise a mis hombres que me encuentren en la quinta de los Morell, que vayan todos y armados.

Salió hecho una furia; montó en su caballo y cabalgó desesperado hacia la Calzada del Cerro a encarar su destino. En la entrada de la quinta, se sorprendió al encontrar menos custodios que los esperados. ¿Por qué la marquesa no estaba preparada para su revancha? Lo detuvieron antes que osara desmontar el corcel y le informaron que su entrada estaba prohibida. Sin obedecer el mandato, se dispuso a pasar por encima de quien fuere, hasta que Matías, con quien había tratado, gracias a la mediación de Carlos Enrique del Alba, le salió al paso.

—Déjenlo ingresar, hablaré con él —ordenó Matías, y los hombres obedecieron.

Damián se introdujo apresurado, y se dejó conducir al jardín en forma de laberinto. Lo recordaba: allí había probado los labios de Úrsula por primera vez. Tomaron asiento en el mismo banco donde una vez habían reposado y dialogado con sinceridad.

—No sé por qué me alejas de la mansión, pero es urgente que hable con Su Excelencia.

—Por consideración a don Carlos, trataré de aliviar en algo su pesar. Sé lo que le aqueja. La niña Úrsula no está aquí; la señora marquesa dio órdenes de llevarla al convento de Santa Clara.

—¿Cómo es posible que lo haga en contra de su voluntad? —rugió, pero luego recordó los papeles a los que hizo alusión su querida Úrsula.

—Solo así puedo ayudarlo.

—Tengo que hablar con la marquesa, ahora.

—No lo recibiré, señor Villavicencio; sabía que aquí vendría y no deseaba enfrentarlo. Partió a una finca de reposo en las afueras.

—¿Y dejó a su hija?

—Estoy seguro; puede hacer las indagaciones correspondientes. Tal vez no regrese hasta que su yerno tome nuevamente las riendas de la quinta. Sacando cuentas, entre que reciba la carta y arregle sus numerosos asuntos al otro lado del mar, podría estar con nosotros en dos meses, tal vez antes.

—No puedo esperar tanto para intentar dialogar con él.

—Es más razonable que la suegra.

Damián apretó las mandíbulas exasperado; la dama había sido certera y le había demostrado que sabía jugar sus cartas: lo había dejado con las manos vacías. Todo su rencor y su desesperación se dispararon en contra de quien él creía que era la responsable de todos sus males. Agradeció al joven por sus buenas maneras y por su intención de ayudarlo, pese a las órdenes de su patrona. Se trepó a su montura y cabalgó con la cabeza poseída por un enjambre de avispas en dirección a su casa paterna.

Doña Suplicio no pudo ocultar que estaba al tanto de los tormentos que sacudían el alma de Damián; no necesitó mencionar palabra para que su ponzoña causara más dolor. Cuando vio al mulato entrar echando humo, utilizó uno de los modos que prefería para fastidiarlo. Volvió a humillar a la pobre de Flor ante su presencia; sabía que aquello terminaba de hacerlo explotar. Él la observó con intenciones de asesinarla con la dureza de su mirada si aquello fuera posible, y la mujer no frenó. Continuó oprimiendo a la esclava, como si Damián fuera un toro de lidia y doña Suplicio disfrutara con hacerlo irritar. Por eso, cuando el mulato enorme perdió los estribos, la levantó de la poltrona donde simulaba bordar y la alzó para empujarla contra la vitrina del salón, la mujer abrió los ojos desmesuradamente.

Pensó que toda su maldad quedaría impune, así que, al ser atacada por aquel hombre enorme, creyó que no la contaría.

—Me cansé de su hiel amargándome la existencia, de sus abusos. Me venderé ahora mismo a esa esclava, si no desea que la robe y la ayude a escaparse muy lejos de usted.

—Estarías incurriendo en un delito y tendrías que responder ante la ley.

—¿No tiene miedo? —gritó Damián apretándola con fuerza.

—Por supuesto que sí, ¿no ves cómo tiemblo? ¡Qué desgracia la mía! Una pobre dama a

expensas de un salvaje como tú.

—Y también me dirá quién le dio detalles sobre mis asuntos personales.

Carlos Enrique del Alba, avisado de los sucesos lamentables llegó al palacete y se negó a aguardar a ser atendido. Irrumpió en el salón movido por los gritos, alcanzó a escuchar la respuesta de la antigua condesa.

—Eres un bruto como la bozal de tu madre; no puedes ocultarlo: lo llevas en tus venas. Diste libertad a los esclavos, los hiciste sirvientes, les pagas, los alimentas y han mordido la mano que les da de comer. Ellos no conocen la discreción; no se aguantan la lengua e incurrir en sus chismorreos. No fue difícil para Flor sacarles detalles de lo que hacías con la hija de los Morell, otra oveja descarriada. Pero ¿qué se puede esperar de esa familia?

A la par que a Damián se le rompía el corazón por las revelaciones, porque en verdad apreciaba a la gente que trabajaba en el palacete y no podía entender que le fueran fieles a la persona que había contribuido en el pasado a hacerlos miserables, la joven esclava cayó de rodillas, negando las acusaciones.

—No, mi amo. ¿Yo? No sé ni de lo que están hablando —se defendió.

—Es lógico que no aceptará su culpa, es una ladina. No me esforzaré en desmentirla —añadió la señora.

—¡Suéltala, Damián! —le dijo con voz firme Carlos Enrique.

—Usted ha destrozado mi vida —le recriminó Damián mientras la soltaba.

—Solo cumplí con el deber moral de alertar a la familia —se justificó la señora, a la que aún le quedaban ganas de dar guerra—. Tú no actuaste con decencia al conducir a esa niña por el sendero de la perdición.

—Haga silencio o me arrepentiré de liberarla y la aplastaré como a una cucaracha.

—¡Ella es la culpable de tus infortunios! —le endilgó la ofensa a Flor—. Si no hubiera venido a mí con su lengua pérfida, no habría intervenido. Seguro sintió celos porque ya no era dueña de tus atenciones. Deberías castigarla para que aprenda a respetarte. ¡Azótala!

Doña Suplicio fue presta hasta su arma preferida de castigo con los ojos inyectados en sangre y le depositó el látigo a Damián sobre las manos. El joven, con los labios apretados en una fina línea lo empuñó con odio y le lanzó una mirada de desidia a la esclava, que imploraba por su inocencia.

—¡Sal de mi vista, Flor! ¡Ahora! —gritó.

La chica, llena de pavor, no se movió del suelo; se quedó lamentando haber perdido la protección de aquel hombre que intentó salvarla de la maldad de su ama. Carlos Enrique tomó a su amigo por el brazo y lo condujo al despacho, a la par que la señora huía a sus aposentos. Una vez encerrados, Damián se dejó caer con los nervios crispados sobre el asiento que en el pasado había ocupado su progenitor. Acarició los trazos de la caoba finamente tallada y le dedicó un pensamiento, que no pudo descifrar si era de resentimiento, amor o dolor.

—¿Has perdido los estribos? —le reclamó el señor del Alba—. ¿No has aprendido nada? Eres

igual de necio que Hugo y, si no me escuchas, pasarás por sus mismos infortunios. Debes ser frío, calculador, para enfrentarte a gente como doña Suplicio y como tantos otros enemigos que pedirán tu cabeza.

—No quiero saber del duque; no me compares más con él. Es tu amigo, no el mío. No somos compañeros; es otro que también renegará de la suerte que ha tenido Úrsula de haber sucumbido ante un infeliz como yo.

—¿Te estás oyendo?

—Estoy cansado de luchar tanto para al final verme nuevamente en el punto de partida.

—¿Acaso te escuchas? ¿Dónde está el muchacho irreverente y orgulloso que conocí?

—Me han quebrado una y otra vez por el color de mi piel —respondió con la voz ronca.

—Y las que te faltan. Te daré un solo minuto para que reniegues de tu suerte. ¡Uno! Luego quiero que te pares, te sacudas el polvo y pienses en los miles de hombres de color que añorarían tener la oportunidad que tienes en tus manos de contribuir para que tu gente rompa las cadenas que los atan. Es lo único en lo que tienes que enfocarte.

—¿Úrsula? —preguntó con los dientes apretados.

—Úrsula te ama. Sabías que no resultaría fácil. En cuanto el padre Miguel nos confirme que está con las clarisas, urdiremos un plan para sacarla de ahí. Tengo fe en que Hugo vendrá de inmediato en cuanto lea mi carta. Una vez aquí, me encargaré de ponerlo de nuestro lado. Es mi amigo, y sé que entenderá mis razones.

—Confías demasiado en él.

—Como lo hago en ti. Será duro, pero lucharemos hombro a hombro por esa licencia. Debemos esperar al arribo de nuestro aliado para hacerlo con su venia.

—No estoy seguro.

—También hay otro asunto: Benito me pidió ayuda porque no daba contigo. ¿Qué hacemos con los fugitivos? Tenemos a tres esclavos que escaparon del maltrato de uno de los mayores más sanguinarios en Vuelta Abajo. Están ocultos en uno de tus cafetales y no los hemos podido sacar. No podemos dilatarlo más; las autoridades junto a los hacendados de la zona han soltado a sus hombres y perros a darles caza. Si los encuentran, los matarán como escarmiento.

—Es mi asunto; yo me metí en este lío. Me haré cargo. Bastante te has involucrado ya.

Damián respiró hondo. En un día había recibido dos puñaladas, una de la diabla que tenía por madrastra y otra de la dulce Flor. Le costaba perdonar su ofensa; podía entender los motivos que la habían empujado a serle fiel a su ama, y no a él, pero de momento le dolía y prefería poner distancia de por medio.

—Tengo que rescatar a Úrsula. Solo de pensar que derrame una lágrima, ardo de impotencia.

—Cálmate. Nadie le hará daño.

—Primero debo cerciorarme de que esté en verdad en el hogar de las monjas; la marquesa puede haberme tendido una trampa.

—Matías lo ha confirmado; no mentiría.

—¿Y si su excelencia lo ha engañado también?

—El padre Miguel irá a corroborarlo; habrá que tener paciencia.

Uno de los hombres de Damián llegó apresurado al palacete; sin hacer un alto para recobrar el aliento, informó para qué había arribado.

—Unos guardias han venido a su casa y se han llevado a Benito; debe ir de inmediato.

—¿De qué estás hablando? ¿Dónde lo han detenido? ¿Lo atraparon fuera de la propiedad? ¿Sabes qué estaba haciendo?

—Prácticamente lo arrancaron del palacete.

Damián respiró hondo al corroborar que no lo habían atrapado en el acto que se consideraba un delito. Su amigo y él partieron a prisa para socorrerlo.

## Capítulo 40

El corazón le palpitó cuando le informaron que iba a recibir una visita; sabía que no podría ser Damián. No le permitirían entrar. Rogó que fuera Hugo, si por azares del destino él hubiera tenido una corazonada que le hubiera hecho tomar un vapor para navegar a la isla. Sabía que su cuñado, con quien la unía una estrecha amistad, era más flexible que su madre. Incluso ya estaba pensando en qué argumentos usaría para ablandar su corazón; si lograba ponerlo de su lado, la batalla estaría ganada. Luego puso los pies en la tierra. De ser él, habría escrito con tiempo suficiente antes de zarpar; era extraño que procediera de distinta manera. Se contentó con aspirar a que viniera Carlos Enrique; era su protector en ausencia del duque, y su madre no había tomado en cuenta su opinión al encerrarla.

Respiró hondo; recordó que los únicos hombres que había visto en la entrada del convento eran los mozos que se ocupaban de los menesteres de los que las monjas no podían realizar, como hacer diligencias en el exterior o como el mantenimiento del enorme inmueble, que abarcaba toda la manzana.

Se sentó en el borde de la fuente, que parecía un remanso de paz en el amplio patio, lleno de árboles frondosos que dotaban el espacio de sombra, quietud y armonía. Todo aquello de lo que adolecía su alma. La pobre Juliana permanecía cabizbaja, de pie, junto a su ama.

—Lo siento —le dijo Úrsula—. Prometí tantas cosas que no podía cumplir... Ahora estás aquí encerrada conmigo, lejos de Pedro.

—Ya no se lamente, mi niña —la calmó con una tímida sonrisa.

—¿Cómo quedó *Simón*?

—Esa pobre criatura no busca dónde echarse.

La señorita se puso de pie al ver a sor Amalia dirigirse hasta ella; dos lágrimas repletas de esperanza se asomaron a sus ojos y se precipitaron por sus mejillas al tenerla cerca. Una sonrisa temblorosa se dibujó en su rostro angelical.

—De todas las personas que esperé encontrar, usted es la que menos me imaginé. ¡Madrecita santa! —le susurró con cariño.

—Mi niña buena, ¿qué te han hecho?

—No sabría por dónde empezar. Me arrepiento de haber permitido que me alejaran de usted, de la clínica. ¿Cómo se las han arreglado?

—He venido a socorrerte a petición y aviso del padre Miguel, ¿y tú te preocupas por nosotras? Estamos bien. Doña Domitila, doña Refugio y todas te echan de menos.

—¿El doctor que envió Damián continúa apoyándolos sin falta?

—¿Damián? —inquirió por la familiaridad con que lo había tratado; no le sorprendía: el padre Miguel la había puesto al tanto de lo necesario.

—Lo amo —reveló, y no le importó que la vergüenza no le encendiera las mejillas.

—Niña insensata, debes olvidarlo: es lo mejor para los dos —comentó con pesar—. En un mundo ideal también quisiera que fueran felices; es un hombre con un gran corazón, pero atravesarán muchos agravios si deciden continuar adelante. Me comentó el padre que Villavicencio está dispuesto a pedir la licencia correspondiente para desposarte y que lo apruebas.

—Quiero ser su esposa, la madre de sus hijos; no me importa el dolor al que tenga que enfrentarme.

—¿Y acaso tampoco te interesan los obstáculos a los que él se tendrá que oponer? Sería más fácil para el joven buscar una señorita mestiza de una familia en situación similar a la suya.

—Eso no sería amor.

—Cuando se ama, se quiere el bien para el destinatario de nuestros afectos. Podrían enjuiciarlo, apresarlo, tenderle una trampa, solo por no verlo casado con una blanca de posición similar a la tuya.

—¿Por qué?

—Porque la maldad existe; también la envidia.

—No renunciaré a Damián, nunca.

—No te pido que lo hagas; solo que pienses no solo en ti, sino también en él y los hijos que podrían tener. Ellos también sufrirán la inclemencia de la pútrida sociedad.

—¿Usted también considera que debo olvidarlo?

—No, ustedes son perfectos el uno para el otro. Se complementan, pero tampoco quiero que sufran. No tengo derecho a exigirte qué decisión tomar, solo vengo de emisaria. El padre Miguel teme por la seguridad de Damián; doña Suplicio lo asedia, aguardando por cada resbalón para atacarlo. Refiere que el muchacho aún no es capaz de comprender la magnitud de su odio. Si ustedes siguen adelante, ella se aprovechará para seguir susurrándole su desprecio al Capitán General. Damián está desenfocado desde que está enamorado de ti; su padrino te suplica que renuncies a él; que, en medio de la vorágine de su vida, pelear por desposar a una blanca es un error muy grave que no se debe permitir. No solo luchará contra doña Suplicio y contra quienes la apoyan, o contra las familias que lo desprecian por haber subido un estrato social que consideran que no le corresponde: también enfrentará la ira de tu madre y seguirá sumando a enemigos poderosos que deseen verlo caer.

Úrsula se llevó las manos al pecho; estaba desgarrada, pero comprendió que lo mejor para Damián sería que ella se resignara a seguir su camino religioso y dejar de ser otra complicación



en su vida. Pensó, ante la mirada clemente de la monja.

—No puedo renunciar a él —expuso atormentada, como hablando consigo misma—. Ni siquiera sé por qué no he salido corriendo a su encuentro, arrasando con todo lo que se interpusiera a mi paso. Dígale al sacerdote que lo siento; solo Damián puede pedirme que me rinda y que deje de luchar. No tomaré una decisión sin hablarla con él.

Con el dolor que la desgarraba por dentro, se refugió en su celda, tomó una jofaina y una jarra aguamanil y se humedeció las sienes, que le pulsaban de tanta tensión. Entendía el punto de los religiosos, pero era imposible desistir, incluso aunque se entregara a sus oraciones o dedicara su vida a la caridad... El vacío era latente.

—Enviaré a buscar al señor del Alba para que con su bendito ingenio procure mi encuentro con Damián. De lo contrario, escalaré estos muros y saldré por mi propio pie.

—Será imposible, niña: han puesto a dos monjas a vigilarla y están más alertas que dos halcones. Los hombres de su madre están afuera del convento, de guardia.

—Don Carlos es el encargado de mis asuntos de dinero; lo necesitan para la dote, antes que haga mi profesión de fe. Hablaré con la madre superiora; no podrá negarse: es la más interesada.

—Inténtelo, por Dios. También quiero salir de este encierro, que yo sí que no quiero ser monja.

## Capítulo 41

Damián se sentó en su despacho con la cabeza entre las manos tras escuchar las palabras del abogado que había contratado para sacar a su hermano de la cárcel. Acababa de indicarle que, sin importar los recursos que tuviera que ofrecer, acudiera con urgencia y no descansara hasta liberarlo. Carlos Enrique estaba frente a él, mirándolo en silencio hasta que se atrevió a hablar:

—Es una trampa, e imagino que ya sabes quién te la ha tendido.

—Fue su propósito desde el principio.

—¿Los fugitivos que tenías en tu cafetal?

—Ya están en el palenque; fue duro, pero lo conseguimos.

—¿Alguna pista que hayan dejado tus hombres atrás?

—Todo fue limpio según me informaron.

—Retírate hasta que las aguas vuelvan a ser mansas. No entiendo cómo doña Suplicio descubrió que andas metido en esos trotes. Pero sus pesquisas fueron inexactas; gracias a Dios, no aportaron ninguna evidencia.

—Ahora no me lamentaré; debo ir a reunirme con el abogado.

—No te conviene que te relacionen con esto; seguro tienen a Benito como señuelo y están tras de ti.

—Es mi hermano, y yo lo he metido en este lío.

—No quiero repetírtelo, pero desoíste mis consejos todo el tiempo.

—Fui muy ingenuo en creer que la fortuna del conde estaba en mis manos; la arpía y sus secuaces solo aguardaban el momento oportuno para atacar —aceptó con pesar; ni siquiera la ira lo dominaba: había sufrido varios golpes uno tras otro y se sentía débil—. Me arrebató a Úrsula, ahora me quita a mi hermano. Le daré el oro; hasta que no le entregue la última moneda, no se detendrá.

—Te equivocas, su rencor solo se contentará con aplastarte. Si le entregas tu riqueza, le darás más poder para terminar de aniquilarte. Eso no te devolverá a tu hermano, menos a Úrsula. Deberías recurrir a doña Catalina; el Capitán General come de su mano. tal vez ella logre liberar a Benito.

—¿Pero si él es quien ha apoyado a doña Suplicio para meterlo a la cárcel! ¿No escuchaste al abogado? No tienen pruebas fehacientes; las han implantado, y la orden vino de arriba. Les bastó

que la bruja le fuera con el rumor de sus sospechas.

—Es extraño, ¿por qué no la ayudó antes? Catalina tiene más influencia sobre él que su cuñada, doña Suplicio. Escuché por ahí que ya estaba harto de los dolores de cabeza y las vergüenzas que pasaba por sus nexos con los Villavicencio, al punto de ordenarle a su esposa que no visitara a su hermana. La viuda había caído en desgracia, y ya no tenía la atención de su familiar encumbrado.

—Pues se las arregló para convencerlo. Saldré ahora mismo y la enfrentaré; soporté sus desplantes e intromisiones en mi vida, pero no le toleraré que perjudique a mi familia.

Carlos Enrique intentó retenerlo y lamentó que fuera tan testarudo. Justo antes que pusiera la mano sobre el pomo de la puerta del despacho, alguien la abrió de golpe sin siquiera llamar. Flor entró asustada; cerró tras de sí y se apoyó sobre la madera para recobrar el aliento. Temblaba. Los amigos intercambiaron miradas cómplices; habían sospechado de ella y ahora se preguntaban si el tono de voz utilizado había sido lo suficientemente bajo.

—Mi amo —susurró la muchacha y se cercioró de que el cerrojo estuviera pasado—, le aseguré que era inocente, que jamás obré para perjudicarlo. Aquí está la prueba.

Sacó unas hojas enrolladas como pergamino de dentro de sus vestiduras y se las entregó. Él las tomó asombrado.

—¿Qué has hecho? ¿Por qué estás tan asustada?

—Creo que su merced se dio cuenta de que las sustraje y viene tras de mí.

—¡Madre santa! Flor, te has arriesgado, y ni siquiera estamos seguros de que estos son los papeles que estoy buscando.

—Tal vez, no. Pero estoy segura de que son importantes porque la señora los oculta de usted; ha tomado muchos cuidados para mantenerlos escondidos. ¿Quién más vive en la casa? Son los que consultó desesperada y con sigilo el día que apareció su hermano Benito.

Damián dio pasos en el escueto perímetro, sin quitarle los ojos de encima a la joven atemorizada.

—¡No es el mejor momento! Es tu dueña legítima; ahora estoy metido en un lío monumental: no podré protegerte.

—Necesito que usted sepa que no soy una bocona y que jamás haría nada contra nuestro salvador.

—¿De qué hablas?

—La doña se reunió con una señora muy distinguida anoche después que los hombres de la marquesa vinieron a buscarlo. La mandó a buscar con urgencia. Últimamente se había reunido con ella en uno de los cafés que dan a la Alameda. En esas ocasiones no escuché de lo que hablaban y no sospeché, pero ayer por accidente las oí hablando sobre usted y su hermano, hasta que me sorprendió y me ordenó alejarme. Doña Suplicio le contó que usted daba dinero para causas abolicionistas y que era urgente que lo apresarán; me quedé con el Jesús en la boca, aguardando a que regresara para alertarlo.

—Esto es grave, Damián. Esa arpía se las ha arreglado para... —Carlos Enrique prefirió no

dar detalles delante de Flor por prudencia—. ¿Esa dama era su hermana?

—No, caballero. La hermana no la ha visitado en el palacete, ni se ha reunido fuera; oí que su esposo se lo tiene prohibido.

Unos golpes sobre la puerta los puso sobre aviso. Doña Suplicio exigió que abrieran de inmediato. Carlos Enrique apuró a Damián para que leyera el documento. Sus ojos siguieron las líneas escritas de izquierda a derecha, cada vez más desmesurados, hasta que terminó con la última hoja. Le extendió la mano a la chica, que seguía agazapada de miedo y le pasó un brazo protector sobre los hombros.

—Esa mujer no te dañará —le indicó con firmeza—. Te protegeré con mi vida. Te has arriesgado por esos papeles y con estos puedo hallar a mi hermano.

—¿Es lo que buscábamos? —preguntó el señor del Alba.

—Léelo tú mismo —contestó el mulato.

Carlos Enrique también se asombró, pero ninguno reveló más de su contenido. Damián colocó a la muchacha tras de sí y abrió la puerta. La cara de doña Suplicio estaba desorbitada y llena de cólera por el hurto del que había sido víctima. Tomó a la chica por el brazo para hacerla responder, y Damián se la arrebató de las manos.

—Es mi esclava y me ha robado —defendió la recién llegada.

—Este documento me pertenece, como todo lo que está en la propiedad. En ese caso, la única ladrona es usted. Son las hojas donde consta a quiénes fueron vendidos mis hermanos. Usted debe haberlas sustraído en cuanto supo que pretendía rescatarlos. Imagino que, como encontré a Santa, quiso adelantarse y dar antes con los varones.

—Y lo hubiera hecho de no ser porque el dueño de Benito se rehusó a deshacerse del negro, hasta que supo de tus indagaciones y, temeroso de tus represalias, lo puso a la venta sin avisarme antes, como la sabandija que es.

—¡Es usted una arpía!

—¡Y tú, pardo del demonio, un usurpador!

Santa llegó desesperada al no tener noticias de Damián luego de haberle enviado el aviso sobre la detención de Benito. Apareció como invocada. Entró al despacho en el momento justo para escuchar de primera mano qué había sido del hermano que le seguía en orden de nacimiento, el último que le faltaba por recuperar. Notó la tensión en el ambiente y se dedicó a escuchar, sin interrumpir.

—¿Qué hizo con Tomás? —preguntó Damián apretando la mandíbula.

—¡Nada! Llegué tarde. ¡Ese malnacido murió como un perro mientras se escapaba para hacerse cimarrón! —escupió la dama como si se hubiese sacado un peso del alma al derramar su hiel.

Flor ya no pudo más de tanto sobresalto; al escuchar aquel nombre, se derrumbó sobre el suelo con las lágrimas que le bañaban el rostro. Damián se quedó con un nudo en la garganta; comprendió con dolor que la búsqueda de Tomás terminaba ahí. Mientras seguía estupefacto por la noticia, la señora agarró a la esclava por el brazo y la zarandeó con brusquedad con intención

de llevársela a rastras. La muchacha, llena de pánico, se abrazó a las piernas de Villavicencio para hacerle recordar su promesa. Con la intención de que reaccionara, lo sacudió por las perneras del pantalón y le reveló:

—Tomás, el que huyó y murió como fugitivo, era mi padre.

—¿Qué estás diciendo? —indagó Damián perplejo.

—Lo mataron mientras escapaba; yo apenas era una niña.

El tío, sin recuperarse de la impresión, se aferró a la muchacha y miró amenazante a doña Suplicio.

—¡No se atreva a tocarla! ¡Es mi sobrina!

—¡Y mi esclava! ¡Quítale tus sucias manos de encima!

—¿Por qué se ha ensañado tanto con mi familia?

—¿Por qué? ¿Y todavía te atreves a preguntarlo con esa insolencia? Leonor me robó todo; es justo que le pague con la misma moneda.

—Mi madre solo es culpable de haber amado a su marido, pero eso ocurrió antes de que usted apareciera en su vida.

—Era una hiedra venenosa que embrujó primero el corazón de mi esposo, después lanzó una maldición que terminó por llevarse a mi hijo de este mundo y te dejó a ti para darme el tiro de gracia: me despojaste de mi fortuna.

—Yo no le sustraje nada, así lo quiso mi padre.

—Madre Ayomide no maldijo a su hijo León; solo vaticinó lo que vendría por la forma en que usted lo envenenó con la amargura que tiene dentro. Lo recuerdo como si fuera ayer —se entrometió Santa con una mano en el pecho llena de dolor y repitió las palabras que oyó en el pasado el mismo día que su progenitora los abandonó—: «Un día mi hijo pasará sobre el suyo, y no en venganza, y sí porque mi Damián brilla con luz propia, pero a su criatura, el alma se le volverá más negra cada día, porque usted, mi ama, no le está enseñando a ser un hombre bueno y ha sembrado en su corazón todos los males: la envidia, la codicia, la impiedad, la crueldad sin nombre».

—Eres una impertinente. ¿Cómo osas enfrentarte a mí? —la desafió doña Suplicio.

—Porque mi madre nos abandonó mientras moría de agonía por tener que dejar a sus hijos en sus manos. Fue la condición que usted le puso para no seguir maltratándonos y, en cuanto le dio la espalda, se deshizo de nosotros de uno en uno. Usted moría de celos porque el amo se había rehusado a venderla; no descansó hasta sacarla del palacete.

Santa apartó a la mujer de un empujón y abrazó a la muchacha que no cesaba de llorar, pero la dama, que no se amedrentaba, sacó toda su artillería.

—Es mi esclava y la azotaré por desobedecerme.

—¡Esos papeles que Flor tomó eran míos! —la defendió Damián.

—Puedo encontrar mil motivos para culparla de deshonestidad y perjuicio a su dueña. La ley está de mi lado. Ustedes no pueden interferir. ¿O desean otra denuncia en su contra? Por lo que sé,

Benito está refundido en la cárcel y poseo los medios para lograr que no salga jamás. ¡Así que quítense del medio y déjenme en paz, o conocerán lo más sórdido de mi ira!

—No la maltrate: es casi una niña —pidió Villavicencio.

—No vendrán ustedes a decirme cómo educar a mi dotación.

—Su dotación se resume a una chiquilla a la que ha comprado con la intención de manipular a Damián —intervino Carlos Enrique.

—¡Usted! —murmuró señalándolo con desprecio—. Aún no sé por qué sigue aquí. Nadie le ha dado vela en este entierro.

—Azóteme a mí —le propuso Damián taciturno, a la par que se quitaba la chaqueta y comenzaba a desabotonarse la camisa.

Los ojos de doña Suplicio se desbordaron ante la idea que le surcó la mente: por supuesto que deseaba castigarlo. Apretó la empuñadura del látigo con un malévolos placer pero, superada por el número de detractores, prefirió emprender la retirada.

—Me voy a mis aposentos, pero tus días en mis dominios están contados, bastardo. En cuanto a Flor, no se atrean a sacarla del palacete, si no quieren enfrentarse al peso de la ley.

Todos respiraron aliviados cuando aquella mujer con su aura malévolos se alejó a toda prisa. Santa estrechó entre sus brazos a la muchacha; le tomó el rostro entre las manos para detallar cada uno de sus rasgos y encontrar en ellos a Tomás. La abordaron a preguntas y ella contestó a cada una sin poder creer que había encontrado a la familia de su padre.

—Mi madre se quedó muy triste cuando doña Suplicio me compró y nos separó —manifestó.

—¿Tienes más hermanos? —indagó Damián.

—No, solo hemos sido ella y yo desde que mi padre...

—Tranquila, me ocuparé de traerla. La compraré y le daré su libertad; vendrá y te hará compañía. Somos tu familia.

Flor sintió cómo las lágrimas volvían a recorrer su rostro, mientras su tía la abrazaba con fuerza para infundirle seguridad.

—Debo ocuparme de Benito —indicó Damián para justificar tener que dejarlas.

—¿Qué vas a hacer? Elia está desesperada —averiguó Santa.

—Tomaré los datos sobre la madre de Flor y el sitio donde se encuentra para enviar a mis hombres con la orden de comprarla. Adelántate, te alcanzo en un rato. Lleva a tus hombres y ve armado; por esta vez hazme caso.

El joven salió decidido, con paso enérgico. Santa, con la agonía que la partía en dos, lo alcanzó en la salida del palacete.

—Te pedí que no involucraras a Benito en lo que fuera en que estuvieras metido. ¡Damián!, Benito tiene un hijo pequeño. Sabes la pena para los abolicionistas; más para un hombre de color. Podrían quitarle la vida.

—No lo permitiré.

—¿Qué puedes hacer? Tú mismo estás en riesgo.

—He buscado al mejor abogado; no tienen pruebas suficientes.

—¿Y eso les importa? ¿Por qué no fuiste sincero conmigo desde el principio? —inquirió acercándosele hasta ponerle las manos sobre el pecho y exigirle mirarla a los ojos—. Te reclamé por querer parecerte a los blancos y adoptar sus costumbres; te exigí pensar en tu gente, te reproché por renegar de nosotros. ¿Por qué lo permitiste? ¿Fueron mis palabras insensatas las que te condujeron a tomar la decisión de ayudar a los fugitivos?

—No, mi hermana. ¡Por Dios, no te sientas culpable! —La besó en la frente. Santa le recordaba a Ayomide y lograba darle un atisbo de paz a su corazón si se perdía en su mirada. Era como recuperar un pequeño trozo de la madre perdida—. Ya estaba involucrado en esto desde antes que me regañaras. Era solo una fachada, una que no supe fabricar, porque no era yo.

—No quiero que les pase nada malo, ni a ti ni a Benito. Si uno me falta, moriría. Tardé tanto para volver a tenerlos conmigo...

—Te pido perdón por no haber sido lo suficientemente astuto; terminé por caer en la trampa de doña Suplicio y lamento que ustedes tengan que sufrir las consecuencias. Ahora quédate con la dulce Flor. Carlos Enrique se reunirá en breve conmigo; tengo que hacer hasta lo imposible para que Benito regrese con su familia.

## Capítulo 42

Úrsula se llenó de esperanza cuando le avisaron que había recibido otra visita. Una semana transcurrió desde que había solicitado una reunión con Carlos Enrique del Alba. La madre superiora estuvo de acuerdo cuando le reiteró que solo él podía disponer del patrimonio que le había asignado su cuñado tras tomar posesión de la herencia del difunto marqués. Caminó decidida por aquellos pabellones, cuyo eco le devolvió sus pisadas. Cuando entró al cubículo donde aguardaban por ella, se quedó estupefacta al descubrir a doña Catalina Alcántara.

Tuvo que respirar para llenarse de fuerza y mantener la firme mirada de la «Viuda de Hierro», como solían referirse a ella sus hermanas, en especial Altagracia. ¿Por qué esa mujer había entrado en aquel recinto sagrado para entrevistarse con ella? No olvidaba lo que la había unido a Damián; nunca la había admirado ni había sido santa de su devoción, menos al saber de sus amoríos con su enamorado. La mujer la escrutó como a una mercancía que no podía comprar, sin despegar los labios, alargando el silencio y con este sus expectativas.

—Cuando descubrí que eras tú, me sentí tranquila; siempre supe que no eras un hueso duro de roer, incluso con esa carita de mosquita muerta que levanta tantos suspiros de los caballeros. — Úrsula se irguió lo más que pudo, le clavó con desdén la mirada, para darle a entender sin abrir la boca que no le temía—. ¿Pensaste que te quedarías con Damián Villavicencio? ¿Sabes por qué estás encerrada en este convento? Parece obra de tu madre; tal vez se excedió en el castigo, pero fui yo quien la puso sobreaviso, utilizando a la desquiciada de doña Suplicio como mensajera.

La dama, ataviada para la cita más esperada de su vida, con una elegancia despampanante, ante la sencillez del vestuario de la señorita, la miró como si fuera una vil cucaracha. Úrsula no se amedrentó; la altivez de su mirada le bastó para defenderse.

—¿A qué ha venido? —fue directo al grano. No se rebajaría a reclamarle ni a averiguar los motivos de su osadía. Los sospechaba, y aquello le provocaba un dolor profundo.

—Damián está acusado de actividades abolicionistas. No sé si su amante la puso al tanto, pero él solventaba a los esclavos que escapaban de sus amos. Un delito muy grave. Les proveía los medios para huir. Y también se investiga si brindaba recursos a los palenques. ¿Sabe cuán grave es ese delito?

Úrsula quiso llevar una mano a su rosario para buscar fortaleza, pero no lo hizo para no mostrar debilidad. Conocía al hombre al que le había entregado el corazón; lo creía muy capaz de hacer



eso y más, aunque jamás había pronunciado una palabra al respecto. Prefirió negar cualquier imputación; desconocía si se trataba de una trampa.

—Damián es inocente de lo que se le acusa.

—Su vida ostentosa era una fachada para alejar cualquier sospecha. En el fondo, financiaba las luchas abolicionistas. Está preso —articuló las últimas palabras devorándola con la mirada: quería disfrutar con su temor. Úrsula se mantuvo firme, a punto de desmoronarse, pero soportando aquella afrenta premeditada—. No me gustan los rodeos. Ahí están los medios para que redacte una carta de su puño y letra; quiero que renuncie a él. Si lo hace, moveré mis influencias para liberarlo. Le advierto, por si ha pensado negarse, que el Capitán General jamás deja un capricho mío sin complacer y es la autoridad máxima de la isla. Acciones como las de Damián se penan con la muerte. Si lo ama lo suficiente para permitirle vivir, dígame lo que sea para que no vuelva a buscarla, y trate de sonar convincente.

—¿Qué le asegura a usted que obedeceré sus órdenes? ¿Cómo se atreve?

—Lo haré; la mano ya le tiembla por comenzar a escribir.

—Usted tampoco lo puede tener; no creo que el Capitán General quiera compartirla —la desafió.

—Eso, niña caprichosa, no es asunto suyo.

—Aunque yo le rompa el corazón, ¿qué le garantiza que se arrastrará a sus pies?

—Espero afuera; decida si lo quiere vivo o muerto.

La mujer salió y con cada paso esparció en el aire un efluvio de desolación. Úrsula se llevó una mano al corazón al saberse sola; sollozó ante la pena que le causaba saberlo encarcelado. La mano le tembló; era cierto que ya se estaba alargando para tomar el papel y comenzar a escribir; pero su mente le ordenaba parar. ¿Cómo podía creer en cada una de sus palabras sin investigar antes? Necesitaba con urgencia información del exterior, que alguien se apiadara y le trajera noticias. Su corazón, en cambio, le exigió renunciar. Todo lo demás podía quedar en pausa, pero no la vida de su adorado Damián.

Cuando salió de la pequeña estancia, le entregó a la mujer el documento y, sin detenerse a contemplar su maldad, siguió de largo a refugiarse en la soledad de su celda, donde se permitió derrumbarse a gritar su dolor, con su dulce esclava, también con el alma deshecha, tratando de consolarla. Incluso las dos monjas que la vigilaban de cerca, que la habían escuchado en repetidas ocasiones sollozar por su despiadado encierro, se sintieron conmovidas ante su pena.

Las horas deambularon lentas, hasta que, al otro día, finalmente logró su encuentro con Carlos Enrique. Lo había mandado a buscar con la intención de que urdiera un plan para liberarla, y para su llegada ya no estaba segura de querer salir de aquellas paredes ocreas. Aunque la oración no le daba quietud ni sosiego a su maltratado corazón, no sabía si podría sobrellevar la vida fuera de esos muros. Iba a ser muy duro enfrentarlo; sabía que Damián no iba a aceptar su derrota. Y, aunque ella se burlara de Catalina y regresara con su amado una vez que saliera de prisión, se sentía en sus manos. Si en verdad poseía el poder para liberarlo y su alma era tan infame como

había podido ver a través de sus ojos, temía que se las apañara para volver a meterlo a la cárcel.

Abandonó sus resquemores y acudió al despacho de la madre superiora; había traído a un letrado para que fuera redactando un borrador de lo que sería su testamento en vida, antes de su entrada al convento. Úrsula los sorprendió mientras Carlos Enrique le reclamaba a la religiosa por los trámites que se estaban saltando y por los documentos en los que había encontrado inconsistencias.

—Usted puede revisar el testamento una vez que el notario lo termine; la cantidad pactada es la que la madre de la señorita ha ofrecido. Manifestó que es la voluntad de su hija.

—No se está respetando el tiempo del noviciado, y las circunstancias no terminan de convencerme. No se me avisó de los motivos de la reclusión de la señorita Morell.

—La marquesa viuda es la responsable de la muchacha y me debo a sus sugerencias.

—Es cierto, pero del dinero contante y sonante, así como del destino de las propiedades, el encargado soy yo.

—¿Por qué tendría derechos usted sobre la herencia que el fallecido marqués de Morell de Santa Ana le dejó a su hija?

—Se equivoca en sus juicios. El heredero a totalidad de la fortuna del difunto marqués ha cedido una parte de su patrimonio a favor de su cuñada, siempre y cuando sea supervisado por mí. Aún sigue en propiedad legal de su excelencia Hugo Buenaventura Morell; soy su apoderado en la isla. Sin mi firma, nada tiene legitimidad.

—¡Jesús bendito! ¿Y qué debemos hacer para contar con tan valiosa delicadeza de su parte?

—Exijo hablar a solas con la señorita.

—Imposible: su madre lo tiene prohibido.

—Necesito cerciorarme de que desea por su libre voluntad ingresar al convento.

—Desde que la conozco ha sido su más ferviente deseo.

—Quiero quedarme aquí —intervino Úrsula.

Ambos la miraron estupefactos; la madre superiora, porque había sido testigo de su renuencia en los días que le precedían y Carlos Enrique, porque hasta hacía unos días había sido su cómplice.

—Insisto en hablar a solas con la señorita o, de lo contrario, tendremos que esperar al arribo del duque, a quien ya se le ha requerido su presencia.

—Una de las hermanas de la congregación tendrá que acompañarlos; no es propio que se quede a solas con usted.

—La esclava puede ayudar —sugirió receloso.

—Sabe que una esclava no es suficiente para esos menesteres.

Ante las exigencias de quien poseía el poder económico, la madre superiora terminó por concederles un breve espacio de tiempo. Solicitó que Juliana no se les despegara del lado. A solas pudieron hablar sin máscaras.

—Lamento no haber venido antes, y Damián también. Pensaba acudir de inmediato a librarle de

este encierro, pero los sucesos en el exterior me retuvieron. No imaginas cómo han estado las cosas.

—¿Cómo está él? —preguntó porque estaba desesperada por saber si doña Catalina había cumplido su parte del trato.

—Damián se puso como loco en cuanto supo que tu madre te había sacado de la casa de Regla y te había traído en contra de tu voluntad al convento. Quiso intervenir, pero lo disuadimos para que esperara.

—¿Sigue en la cárcel? —preguntó lo que la angustiaba, sin rodeos.

—¿Tú cómo lo sabes?

—Alguien me informó.

—¿Quién? —La miró suspicaz.

—Me lo reservaré; solo deseo saber si está fuera de peligro.

—Me desconcierta tu actitud. Pensé que me implorarías sacarte de aquí. ¿Por qué has insistido delante de la religiosa para permanecer en este recinto?

—Por Damián, solo lo perjudico. ¿Es que acaso no lo ve?

—Es un disparate lo que pretendes.

—No lo es, ha sido difícil que la sociedad habanera lo admita y le permita continuar con sus negocios; aspirar a mi mano terminará por hundirlo. Ya tiene suficientes enemigos.

—¿Y llegaste sola a ese razonamiento tan disparatado?

—El padre Miguel me lo ha pedido. Quiere lo mejor para Damián.

—A veces lo mejor no es lo que una persona necesita.

—No se ciegue, don Carlos. Sabe que su padrino tiene razón. La única forma de que salga adelante es que mi corazón lo suelte de una vez por todas. Será mejor para él, también para mí.

—Confíe en que el padre Miguel, con su ingenio, se las arreglaría para convencer a tu madre del absurdo. Ya veo que se ha vuelto su aliado. ¿Cómo pude pensar que un hombre como él vería más allá de sus prejuicios? ¿Por eso la carta donde le aseguras que estás arrepentida de amarlo? Damián está destrozado. He venido en cuanto me la ha mostrado. Ese hombre está en la prisión, temiendo por su vida, por el destino de su familia y entre tanta bruma terminas de clavarle un puñal en el centro del pecho.

—No me haga más desdichada de lo que soy —susurró con el alma en vilo; si le decía que era víctima del chantaje de doña Catalina Alcántara, Damián iba a terminar por rechazar su ayuda. Lo quería vivo, aunque fuera lejos de sus brazos.

—¿El padre Miguel te puso al tanto de su condición?

—No.

—¿Quién?

—No puedo decirlo por el bien de todos.

—Úrsula, es el momento de estar unidos. Dime lo que sea. Las omisiones pueden llevarnos a inconsistencias. Damián hizo lo mismo sin siquiera consultármelo; se entregó para liberar a su

hermano, al primero que encerraron. Pero fue un acto desatinado movido por las emociones y no por la lógica. No tenían pruebas en su contra. Por eso te suplico que me informes quién te puso al tanto; tal vez sepamos cómo se mueve doña Suplicio. No nos queda dudas de que está detrás de todo. —Ante su negativa, preguntó—: ¿Fue tu madre? Porque, desde que le llegaron las noticias de su detención, regresó de la finca de descanso y no ha quitado el dedo del reglón. Insiste en que se quede refundido en la cárcel.

—¿Cuándo lo liberarán?

—Esperamos que salga en unos días.

—Le suplico que envíe un aviso en cuanto haya salido; no tendré paz hasta que eso ocurra.

—La antigua condesa ha movido los hilos estratégicamente para separarlos, y así lastimar a Damián donde más le duele. Me cuesta creer que sucumbas ante sus embates. ¿Con quién mandaste la carta? Un guardia se la hizo llegar y refiere que se la enviaste, pero ambos sabemos que tu correspondencia ha sido prohibida. No me creo ese cuento que viene escrito sobre el papel y Damián tampoco.

Úrsula le dio la espalda por unos segundos para tomar aire e intentar sonar convincente.

—Ya hemos sufrido demasiado los dos. Será lo más conveniente; no quiero que Damián siga perjudicándose por amor a mí.

—¡Niña ilusa! ¡Damián te ama! Lo destruiría más tu rechazo que la lucha que tenga que librar a tu lado. ¿Es porque recurrimos a doña Catalina a buscar ayuda? ¿Pero cómo lo sabrías? Eso piensa Damián; está dispuesto a no aceptarla. Lo convencí de permitir que la viuda detenga el proceso en su contra. No teníamos escapatoria; estábamos atados de manos porque el muy alcorcho fue y se entregó. Solo doña Catalina puede salvarnos de este atolladero.

—Es lo correcto; debe hacer lo necesario para encaminar su vida. Necesita pensar en su familia: varios dependen de él. Le pido que no me insista: ya he pecado demasiado amándolo y creyendo que podíamos aspirar al matrimonio. Tal vez, lo que me unía a él era la lujuria, como afirma el padre Miguel. Ahora que estoy entregada a mis oraciones, he retomado el camino original, lo que siempre quise. Ha sido un trago muy amargo aceptarlo, después de... Por favor, no insista más, solo apóyelo.

—Te equivocas, y él no se rendirá. Ahora está débil pero, en cuanto Hugo arribe, está decidido a pedirle tu mano.

—Si en verdad lo aprecia, debe hacerlo desistir. No quiero ser una piedra más en su camino.

—Mientras Damián y yo urdíamos una forma de sacarte de este encierro, no recordé que las facultades que me habían concedido jugaban a mi favor. La monja «mayor» —dijo con tono arrogante— me ha dado una estupenda idea.

—¿De qué habla?

—No lidiaré contigo, niña terca. Tendrás que esperar por Hugo para que autorice tu dote para entrar al convento y ese extra que las religiosas están esperando dada la alcurnia de tu familia.

—¡Pero tardará en arribar a nuestras costas!

—Y es lamentable. —Se mofó—. El convento de Santa Clara es muy cotizado, tanto que ya no hay sitio para las nuevas, menos para las que no tienen mucho capital. Tal vez consideres trasladarte a otro; los hay igual de confortables —pronunció con sorna—. El tiempo te ayudará a recapacitar. Es más, ahora mismo revoco todo pago que sea requerido para mantenerte como lo manda tu estatus en el convento hasta que Hugo se digne a aparecer.

—No me molesta vivir modestamente.

—Díselo a tus anfitrionas; ya veremos si te dejan continuar hospedada sin aportes monetarios.

—Son inútiles sus intentos por frustrarme; mi madre hará los pagos pertinentes.

—Tal vez Su Excelencia esté dispuesta a desembolsarlo. Es una pena que Hugo haya puesto restricciones al uso de su dinero también. Conoce a su suegra; le había dado carta blanca hasta la fecha, pero me dejó a cargo de cerrar la fuente de inagotable riqueza «si las cosas se ponen escabrosas» —repitió las últimas palabras acordadas con su amigo—. Creo que es el momento.

—No querrá a Lucrecia de la Concordia de enemiga. Suele ser implacable cuando es contrariada.

—Puedo serlo también.

Días después, la marquesa, con el rostro contrito, fue por ella al convento. Úrsula salió con un suspiro atravesado en el pecho. Tomó asiento a su lado y esperó las palabras de reproche. Desde la noche que había abandonado la quinta para huir con Damián, no la había vuelto a ver. Su madre la había mandado al convento sin siquiera despedirse: tanto era su rencor por la mancha sobre el apellido Morell.

—Lo siento —dijo Úrsula intentando buscar su mirada renuente a hacer contacto visual con ella. Ni siquiera le reclamó por encerrarla; no buscaba perdón por arrepentimiento, solo quería paz y entendía que una disculpa de su parte era el camino para llegar a entibiar su corazón.

—¿Cómo pudiste? —inquirió la marquesa.

—No lo sé; ya te he dicho que lo amo.

—Jamás daré mi autorización para tal enlace; tu cuñado ha sido convocado. Sé que estará de mi parte; por muy liberal que sea, hay límites que no traspasará. Sería nuestra ruina. Hugo y María Teresa se escaparon juntos, pero se casaron antes de cometer un acto tan inmoral.

—¿Y usted cómo sabe qué pecados cometí?

—Júrame que pasaste la noche entera con ese Lucifer procreado para despertar la lujuria en señoritas virtuosas como tú y que no permitiste que robara tu decencia. —Úrsula bajó los ojos: no podía responder—. ¡Jesús, María y José! Solo espero que no haya consecuencias. ¡Si me conviertes en la abuela de un pequeño con sangre impura, no te lo perdonaré y creo que tu criatura tampoco! ¡Cuando se enfrente a las limitaciones que incluso la ley tiene para los ilegítimos, maldecirá tu nombre!

—No estoy embarazada.

—¿Tu período ya bajó?

—No es tiempo aún.

—Ruega por un milagro: esos hombres son más fértiles... se reproducen como conejos.

—Esos son prejuicios. Damián es un ser humano encantador, y ya no soporto que siga vilipendiándolo.

—Él es una amalgama de negro y blanco. Su madre vivía como una salvaje en África. Somos diferentes.

—¿Porque lo dice quién? —la desafió con los ojos repletos de lágrimas.

—Eres española.

—Se equivoca, usted lo es. Yo nací en esta isla, igual que Damián; somos criollos y más parecidos de lo que jamás podrá entender.

—No quiero que lo vuelvas a ver. Gracias a tu patético e inmoral romance, ahora Carlos Enrique del Alba, que ha reencarnado en Cupido, nos ha negado el acceso a los dineros. No sé cómo nos la apañaremos; no hay dote para el convento, no hay lujos en la quinta y debemos racionar los suministros hasta que llegue mi yerno. Nos tiene sitiadas: es una guerra. ¡Pero está muy equivocado si piensa que cederé! Hugo llegará y lo estrangulará con sus propias manos.

Perla llegó a la casaquinta tras la notificación que Matías le hizo llegar. Juliana, que no podía de felicidad por haberse librado del encierro, la hizo llegar hasta la señorita. Cuando Úrsula la tuvo cerca, le tomó la mano y se la estrechó con fuerza.

—Tenerte aquí y recordar nuestras andanzas es como tener a mis hermanas.

—¡Ay, niña, no me lo recuerde! No se imagina las agruras que me hizo pasar la amita María Teresa cuando era soltera. ¡Qué amor tan lindo el de los duques! ¿Verdad?

—Te necesito demasiado. Estoy viviendo un tormento y solo puedo confiar en ti. Te pediré algo muy delicado; sé que no es justo que lo haga y que pongas en riesgo todo por lo que has luchado, pero en verdad estoy desesperada.

—Hable. ¿Tiene que ver con el demonio con cara de ángel de Damián?

—Sí.

—¿Lo quiere? —Úrsula sonrió anegada en lágrimas—. ¡Ave María Purísima!

## Capítulo 43

Damián subió al carruaje donde lo esperaba Carlos Enrique del Alba; se despidió del abogado y le agradeció sus gestiones, aunque sabía que la deuda adquirida era con su antigua amante. Las palabras que su amigo le transmitió sobre Úrsula, en cuanto reposó sobre los mullidos asientos, lo hundieron en un vacío negro y profundo como la agonía que le causaba en el alma. Habían transcurrido casi diez días desde su detención; se acarició las mejillas que ya necesitaban ser rasuradas y llenó de aire sus pulmones. Solo tenía un pensamiento: necesitaba verla con urgencia.

—¿Juras que me ha abandonado? No me lo creo —se puso a la defensiva.

—Lo resolverán después, cuando arribe su cuñado, ya falta menos. Es necesario que le agradezcas a doña Catalina; lo estará esperando. ¿Has pensado cómo te ocuparás de ese asunto?

—Después; ahora quiero reunirme con mi familia. ¿Lograste comprar a la madre de Flor?

—Está casi resuelto: el dueño quiere aprovecharse de la situación y pide una suma exorbitante.

—Le diré a don Mateo que no escatime.

—Me tomé el atrevimiento de hacerlo; intuí que lo que harías y no sabía cuánto tiempo estarías encerrado o si saldrías. Mi intención fue liberarla antes que doña Suplicio tomara posesión de la herencia o las autoridades, si te declaraban culpable de las acusaciones.

—Tomaste una sabia decisión.

—¿Eres consciente de que podrías haberte quedado refundido en la prisión por muchos años o que podrían haberte dado la pena de muerte?

—Lo sé.

—¡Damián! Debes ser más sensato. Somos aliados, no vuelvas a dar rienda suelta a tus impulsos sin hacerme partícipe; te habría disuadido de cometer esa locura. Tal vez lo que pretende Úrsula no es tan descabellado después de todo y se ha sacrificado por tu bienestar.

—Mi bien es junto a ella.

—Desea retomar su camino religioso.

—Tendrá que decírmelo mirándome a los ojos.

Damián se despidió de su amigo; bajó del carruaje y entró a pie al palacete. Las sirvientas comenzaron a correr de alegría para avisar a la familia. La primera en llegar fue Santa, quien lo estrechó en sus brazos largamente.

—¡Hermano mío, es un milagro! Hice una promesa a mis *orishas* por ti. Tendré que dar gracias

por lo alto —expresó emocionada con lágrimas en los ojos.

Le dio un beso en la mejilla y le siguió la corriente. No quiso quitarle mérito a su acto de fe, pero aún se repetía en su cabeza el nombre de la responsable de su libertad. Se sentía injusto con Catalina; había roto el acuerdo que en un principio los había unido y, sin embargo, ella había acudido a auxiliarlo cuando nadie más había podido hacerlo. Recordaba las palabras de Carlos Enrique cuando al principio lo había persuadido para tener contactos influyentes que pudieran ayudarlo a prosperar o sacarlo de un aprieto, como recientemente había sucedido.

Benito apareció y se fundieron en un abrazo; el hermano mayor se desbordó en palabras de gratitud. Le hizo prometerle que jamás volvería a sacrificarse por él. Damián no pudo jurarlo.

—¿Cómo están Elia y mi sobrino? —preguntó.

—En el jardín, vamos a verlos.

—Flor también vendrá a recibirte. Está eufórica de saber que ya falta poco para que su madre esté con nosotros —anunció Santa mientras caminaban los tres hermanos hacia el jardín.

—¿Llegará?

—La doña ha estado muy ocupada haciendo planes para quedarse con tus bienes y dinero, así que ya no le presta tanta atención. Nos ha visitado ya dos veces en estos días; aprovecha cuando va a sus encargos y se escapa. Le avisamos temprano, así que no debe tardar —explicó la mujer.

—No debe arriesgarse. Doña Suplicio se enterará pronto de que estoy libre y volverá al ataque.

—Tienes que ser más cuidadoso y alejarte de tus actividades un tiempo, hasta que la arpía se calme —insistió preocupada.

—Tomaré mis precauciones, pero no dejaré de apoyar a quien lo necesita.

En cuanto estuvo junto a Elia, la saludó con afecto; tomó en brazos al pequeño. Le dedicó palabras de amor y jugó con él, quien lo premió con una sonrisa.

—Alguien te espera en el despacho; estaba al tanto de tu regreso —le comentó por fin Benito.

El rostro se le iluminó al pensar que sería Úrsula, pero rápidamente se desengañó. ¿Cómo podría haber escapado de su encierro? Recordó su rechazo y se le encogió el pecho.

—¿Quién es? —preguntó. No estaba de humor para sorpresas.

—Sé que no te gustará, pero no podíamos echarla —murmuró la hermana.

—La marquesa no vendría ni a rastras, y doña Suplicio menos. ¿Es doña Catalina?

Santa asintió, y Damián quedó muy serio. Sabía que la señora no se daría por vencida después de haber intervenido.

—Es lo último que quisiera; solo me apetece tomar un baño y encargarme de mis asuntos.

—Al parecer, ese lo es —apuntó el hermano.

Damián se dirigió con paso firme al despacho. No entendía cómo Catalina ponía en peligro su relación con el Capitán General visitándolo. La dama se lanzó a sus brazos en la intimidad de las cuatro paredes. Él no la apartó, aunque lo deseara; tampoco le devolvió la atención. Solo esperó a que abandonara su cuerpo, sin éxito: continuaba aferrada al mármol de su musculatura.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué te arriesgas? —la abordó.



—He tomado precauciones —indicó mostrando su sombrero y el velillo negro con que había cubierto su rostro y que descansaban sobre la silla.

—No es suficiente.

—Estaba tan asustada... temía por ti. Cuando supe que estabas en la cárcel por un delito tan grave, pensé que moriría contigo si te daban la pena máxima. ¡Bendito Dios que don Carlos recurrió a mí! No podría perdonarme no haberte socorrido, mi adorado Damián.

—Te agradezco que hayas metido las manos; jamás podré terminar de agradecértelo.

—No tienes que hacerlo: solo me interesa tu bienestar.

—¿Por qué yo? —preguntó elevándole la barbilla y mirándola a los ojos—. Puedes tener al hombre que quieras, rico, incluso joven. Eres hermosa, Catalina, y tienes fortuna.

—He cometido muchos errores: comprometerme con quien no debía, demorar los planes de matrimonio con el difunto duque y quedarme a las puertas del altar, enredarme con el hombre más poderoso de la isla y creer que lo tenía doblegado. El mayor error de todos fue dejarte ir.

—Por supuesto que no: otro podría darte más de lo que te he ofrecido.

—Pero eres tú al que deseo. No he venido a exigirte; solo quiero que sepas que mis brazos estarán siempre abiertos para ti, con las condiciones que ya conoces. Sabes que a mi lado serás intocable. Si te aburres de luchar solo contra el mundo, regresa, y nuestro pacto será más fuerte que al principio. Esta vez ni siquiera te pediré exclusividad.

—Te debo mi libertad, pero no puedo corresponderte como deseas, lo sabes. Nunca fui tuyo.

—Ahora estás solo —le susurró acariciándole la garganta y deslizado su dedo índice hacia sus voluptuosos labios—. ¿Qué ha hecho por ti esa mujer que aún añoras? ¿Dónde está cuando más la necesitas? Estuvimos a punto de perderte para siempre.

Damián tragó en seco mientras ella se refugiaba en su pecho, y él sopesaba sus palabras.

El quitrín se mecía al compás que dictaban los adoquines; la mano de Úrsula se aferraba al abanico de concha nácar que le había obsequiado Damián. Ni siquiera el calor y la algarabía de las plazas la desconcentraron de su camino; movía el artículo frenéticamente para refrescarse y pensaba en él. Perla le había dado demasiados elementos que la habían llenado de fuerza y estaba decidida a desafiar a doña Catalina, pero no quería actuar por su cuenta. Entre Damián y ella se había dado poco a poco una relación muy sincera; sabía que sería mejor que librarán esa batalla juntos. Las palabras de Carlos Enrique cuando intentó persuadirla para que no renunciara a su amor seguían latentes en su pensamiento: las omisiones y los silencios los debilitaban; debían tomarse de la mano y luchar unidos contra los que se habían atrevido a separarlos.

Las lágrimas habían bañado su rostro demasiadas veces en esos días. Había librado una dura batalla contra sus demonios, y el tiempo le sirvió justo como le había advertido Carlos Enrique del Alba. El transcurrir de los días le mostró la pesadilla que sería vivir sin Damián. Se cansó de pedir por un milagro y aceptó que era masoquista intentar sobrevivir sin sus brazos. Hacía días las puertas del convento se habían abierto para ella, y ni su madre había podido impedirlo. Eso era una señal de que el universo conspiraba a su favor. La marquesa estaba ocupada luchando con sus

propias penurias; las arcas del dinero habían sido cerradas de golpe, y solo tenía cabeza para buscar cómo solventar su costosísimo estilo de vida. Ni siquiera se enfrentó al señor del Alba; las había sumido justo en el caos que quería provocar.

Doña Carmen había llegado enviada por su esposo para avisar que Damián había recobrado la libertad y que iba de regreso a la residencia de sus hermanos. No lo pensó dos veces y salió a su encuentro en compañía de la emisaria.

—¿Qué guardas en ese corazón? —la interrogó la joven señora—. Conozco esa mirada, estás aterrada.

—Temo que Damián crea que lo he abandonado y que se rinda.

—¿Y lo hiciste?

—Alguien intentó jugar con mi mente, pero mi corazón jamás le ha dejado de pertenecer. Su ausencia me enseñó que mi camino es a su lado; por duro que sea, no se asemeja a continuar mis pasos sin él.

Por eso su insistencia en verlo de inmediato; tenía que parar a doña Catalina Alcántara. Recordaba las artimañas con las que había querido neutralizarla; tal vez titubeó al ser tomada por sorpresa, pero después el dolor la obligó a jurarse que buscaría la forma de ponerla en su lugar. Hubiera dado lo que fuera por tener a sus hermanas: habían librado otras guerras juntas de las que habían salido victoriosas. Se dijo que le tenía que bastar su propia astucia.

Cuando arribó al palacete, su corazón parecía salirse de su pecho; aún la huella del recorrido de los besos de Damián estaba fresca sobre cada rincón de su cuerpo. Sus latidos se aceleraron cuando pusieron el primer pie en la estancia y los sirvientes las anunciaron. Fueron recibidas por Santa, que se quedó perpleja de verla allí.

—Niña —arguyó la mujer sin que el asombro pudiera abandonar su expresión—. La hacía en el convento.

—He salido hace días. Doña Carmen me avisó que Damián está libre. Me urge verlo —mencionó con el tono de voz piadoso y dulce que la caracterizaba, aunque hubiera querido correr para estrecharlo entre sus brazos.

—Acaba de llegar... —murmuró y se quedó en blanco.

Benito acudió a desatascar a su hermana, la que seguía como si hubiera visto a un aparecido.

—Damián está ocupado; diez días encerrado han hecho estragos en su cuerpo. Está dormido. ¿No será mejor que cuando esté presentable acuda a verla? —intentó buscar un remedio.

—Entiendo —murmuró desilusionada, a punto de obviar las negativas de su hermano y correr a su encuentro. Sin perder la compostura habló—: Necesito verlo con urgencia; no fue fácil escabullirme de mi madre. En cuanto sepa que él ya no está en la cárcel, nos la pondrá más difícil.

—En ese caso le avisaré de inmediato —pronunció Benito—. Venga, la conduciré a la salita contigua para que espere con más privacidad.

—Estoy bien aquí, apúrese, no dispongo de tiempo.

Los hermanos compartieron unas miradas que a las recién llegadas no les pasó desapercibidas.

Temían que, cuando doña Catalina se marchara, se tropezara con la chica; por eso la insistencia en ocultarla a puertas cerradas.

—Creo que hemos venido en mal momento —intervino doña Carmen oliéndose inconvenientes—. ¿Por qué no volvemos mañana?

—No tendré tanta suerte —aseguró ahogada por su propio desconsuelo—. Y no sé por qué intentan negármelo. Es la segunda vez que tratan de apartarme de su lado; sé que no soy lo mejor para él, que puedo perjudicarlo, pero solo Damián tiene derecho a echarme de aquí. Háganlo venir ante mi presencia o terminaré por perder los modales e iré a buscarlo en persona.

La resolución hizo que los hermanos de Damián se pusieran aún más tensos. Santa suspiró sin ocultar su agonía; sabía cuánto se amaban. Como se quedaron firmes como dos estatuas, Úrsula decidió desafiarlos. Avanzó con paso firme dispuesta a irrumpir en los pisos nobles, ante los esfuerzos infructuosos de doña Carmen por detenerla, advertida por las reacciones anómalas de los otros dos.

Atravesó el amplio pasillo decidida. Una risa melodiosa le cortó el paso a Úrsula antes de llegar a las escaleras; la conocía a la perfección. Venía en dirección del despacho. Siguió el sonido con una mano en el corazón y, antes de ser descubierta, se escondió detrás de una columna. Doña Catalina atravesó la estancia con intenciones de irse. Damián le siguió detrás e insistió en acompañarla hasta su carruaje.

—Mejor no, no queremos que tengamos la desdicha de que alguien nos vea; agradezco de todas formas tu galantería. Por eso, Damián, justo por eso te he elegido, por la nobleza de tu corazón. ¿Nos veremos pronto?

—Catalina... —no se permitió finalizar la frase, no quería rechazarla abiertamente.

—Mírame. Sé que estaremos bien —le susurró tomándole las mejillas entre sus manos y depositándole un beso sobre los labios.

El joven se quedó frío como el hielo; ni siquiera la cercó con los brazos, que se quedaron sueltos a lo largo de su cuerpo. Ese beso no le despertó nada y, pasando por alto las palabras de su mentor, se retiró tan pronto como pudo, de la forma menos ofensiva para la dama que lo procuraba. La observó marcharse aún negando con la cabeza. Antes de atravesar la sala para subir a sus aposentos, supo que estaba condenado al descubrir a Úrsula saliendo detrás de la columna que había sido su escondite. Ella lo miró a los ojos acusándolo con su silencio.

—Mi amor —emitió desgastado por la vorágine de acontecimientos y convencido de haber cavado su propia tumba, con la voz ahogada agregó—: No es lo que estás pensando.

La joven intentó escurrirse entre los pabellones con el alma destrozada. Sabía que doña Catalina iba a estar al acecho; constatarlo era devastador. Su orgullo la obligó a darle la espalda y emprender la retirada. Su plan había caído estrepitosamente sobre un abismo; ni siquiera había podido advertirle. Aquella mujer ya se había atravesado entre los dos. Y, mientras huía, unos brazos fuertes la atraparon por la espalda, apretándola contra su pecho, negándole la salida que su dignidad le exigía.

—¡Suéltame! —clamó indignada.

—¡Nunca! —le susurró cerca de su oído. Y, aunque ella quería girarse y golpearlo por el dolor que la despedazaba, solo pudo refugiarse en el calor exquisito de sus brazos—. Sé que no me creerás, pero nada me une a esa mujer.

—¡Calla! —le pidió volviéndose y limpiándole los labios con sus manos desnudas; quería borrar la huella de aquel beso robado. Él no se lo impidió; solo la apretó con más fuerza y le clavó la mirada enamorada. Ella se calmó cuando aquellos ojos desesperados dieron fe de su amor; se refugió en ellos: necesitaba llenarse de la energía de sus dos aguamarinas.

—Sabes que te amo. He cometido miles de errores, pero regresar con Catalina no es uno de ellos. Terminé necesitando ayuda de quien menos quería; ahora estoy atrapado en esta deuda moral de la que te juro que me libraré.

—¿Lo harás con tus besos, con tu cuerpo? —Su pecho volvió a enardecerse.

—¡No! —rugió.

—Lo siento, Damián, pensé que no podría renunciar a tenerte. Vine dispuesta a que lucháramos por que estuviéramos juntos. Y, ahora que veo tu rostro, me doy cuenta de que por ti puedo enfrentar el más arduo de los sacrificios.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Te quiero vivo. A mi lado solo te aguardan dificultades. Sigue tu camino.

—¡No te atrevas a dejarme! —gritó con dos lágrimas gruesas que se asomaban y caían fugaces por sus mejillas.

—Ya lo hice y será por tu bien.

Úrsula salió huyendo con la misma prisa con que había llegado, con doña Carmen secundándola sin comprender el cambio repentino de la señorita. Los hermanos de Damián intentaron disculparse, y él los excusó. Sabía que el torbellino que había arrasado con su vida era su responsabilidad.

—¿No irás tras ella? —le preguntó Benito preocupado.

—Estoy derrotado, exhausto.

—¿Te rindes?

No pudo emitir una respuesta, pero sabía que jamás la podría olvidar. Mientras se lamentaba, descubrió a Flor junto a su tía; le pidió que se acercara y le dedicó unas palabras amables, a pesar de la inquietud que atormentaba su corazón.

—Tu sobrina está impaciente por hablar contigo; ya le dije que debes descansar —le previno Santa.

—Déjala, hermana.

—Esa mujer que se marchó es la que se reunía con mi ama —le reveló Flor angustiada.

—¿La señorita Úrsula? —preguntó Damián dubitativo.

—No, la primera que abandonó el palacete, la orgullosa.

—¿Estás segura? —preguntó con una tristeza que se transfiguraba en rabia.

—No puedo equivocarme: la vi varias veces.

—Ve a tu casa, Flor, y por Dios no vuelvas a escaparte ni para venir a visitarnos. Pronto tu madre estará contigo como mujer libre; será tu consuelo hasta que logremos liberarte; mientras, no le des motivos a doña Suplicio para castigarte. ¿Me lo prometes?

La chica asintió y se despidió de todos. Damián salió y él mismo ensilló su caballo.

—¿Y tú a dónde vas en *Furia*? Acabas de llegar; no has descansado ni probado alimento —inquirió Santa.

—Aclararé este asunto con doña Catalina de una vez.

Cuando la Viuda de Hierro escuchó a su esclava anunciarlo en su propiedad, minutos después de haberlo dejado, sonrió. Lo recibió en sus aposentos, ávida de sus muestras de agradecimiento.

—No creí que nos veríamos tan pronto. Al parecer, mis labios te han hecho recordar el camino —musitó con un tono seductor.

—¿No te preocupa recibirme en tu morada ahora que has recuperado las atenciones de tu protector?

—Es peligroso, pero me enloquece tu osadía.

—¿No temes que tu amante descubra que lo engañas con un mulato?

—Tampoco se presenta en mi residencia por precaución y mis esclavos son discretos.

—No he venido para calentar tu lecho. ¿Por qué te reunías con doña Suplicio? —la interrogó clavándole los ojos como fieros puñales.

—¿Cómo lo sabes? ¿Ella te lo dijo? Sabía que enardecería de rencor en cuanto supiera de tu libertad.

—¡Habla!

—Descubrió que estábamos juntos. Quiso sacar partido. Cuando el conde de Marmosa te reconoció como su hijo, doña Suplicio cayó en desgracia con su cuñado. Se alejó de ella por vergüenza y le exigió a su esposa apartarse de su hermana para no salpicarse. La señora no se lo esperó; pensó que le ayudaría a borrarle de su vida, pero terminó por convertirse en la pariente incómoda. Quería vengarse de ti y recuperar su antiguo estatus, aunque no el título: eso ya era imposible. Como te mantenía vigilado todo el tiempo para sacar algo en tu contra, descubrió nuestro romance. No sabes lo difícil que ha sido: me ha chantajeado todo el tiempo.

—No eres mujer de las que se amedrenten. ¿Qué le ofreciste a cambio?

Lo miró hechizada por sus brillantes ojos, casi a punto de sucumbir por la presión que ejercía la fuerte presencia de Damián y su tono autoritario.

—Nada, solo me defendí; le aseguré que, si me tocaba, se iba a arrepentir.

—Era magnífica oportunidad para ella; podría recobrar la confianza de su hermana si le contaba de tus amoríos con su marido.

—¿Y crees que doña Suplicio no lo pensó? Solo que resolvió que sería enemistarse con alguien peor que contigo, su cuñado. Tuvo que irse con la cola entre las patas.

—No lo creo; terminó por encerrarme en la cárcel —le recordó.

—Es una mujer muy maquiavélica; se las habrá arreglado para denunciarte. Te odia. Puedo ayudar a quitártela de encima.

—Mi deuda contigo ya es demasiado elevada; no pretendo deberte nada más —le aseguró cruzando el vano de la puerta, decidido a buscar respuestas en otro lugar.

—¿Adónde vas, Damián?

—No te creo, Catalina; sé que mientes y ya me harté de estar enredado en tu telaraña. Aléjate de mí, de mi familia. ¡Te lo advierto: deja de jugar conmigo o te daré razones para odiarme!

Se fue sin siquiera despedirse.

Decidido, volvió a su hogar y reorganizó a sus hombres. Pidió que limpiaran cualquier evidencia que pudiera incriminarlo y detener los apoyos a la causa abolicionista mientras alejaba las sospechas de su persona. Tomó control de sus propiedades y de cualquier detalle que se le hubiera pasado por alto. A los dos días montó una guardia férrea en el recinto de su familia y en la propia; solo así se dignó a regresar a la residencia de los antiguos condes de Marmosa. Cuando doña Suplicio vio los guardias apostados en la entrada y los cambios que Damián ordenaba a los sirvientes con respecto a salidas, entradas y visitas, se quedó sorprendida, más que por verlo fuera de prisión.

Cuando la mujer abrió la boca para reclamar, le pidió que tomara asiento.

—Esta propiedad, señora mía, será puesta a la venta. Le exhorto a que mande a hacer su equipaje.

—¿Cómo osas vender mi hogar? Mi difunto esposo...

—Mis días en la cárcel me han traído pérdidas económicas; pretendo reponerlas con la venta del inmueble, que además me hará feliz. En este sitio mi familia y yo hemos sufrido mucho.

—No puedes hacerlo, el testamento...

—El testamento refiere que todas las propiedades, negocios, dinero, animales y esclavos de mi padre pasaron a mi nombre, salvo su jugosa pensión, la que continuará recibiendo.

—Pero te exige que debes vivir conmigo y cuidarme como a una madre.

—Eso pretendía mi pobre padre, que seguramente, como usted ha manifestado en repetidas ocasiones, estaba perturbado por la tan amarga suerte que le había tocado. Y continuaremos viviendo juntos, por supuesto; la seguiré cuidando, pero en una vivienda más modesta.

—¿Qué tan modesta? —averiguó con los ojos a punto de salirse de sus cuencas.

—Tengo una casa en Regla; debe recordarla. Los hombres que puso a seguirme seguro le dieron detalles al respecto.

—No te atreverías, no es digna de mí —amenazó. Lo miró con tanto odio que, de lanzar llamas, ya lo hubiera incinerado.

—Esos esbirros ya no continuarán a su servicio; no fue difícil dar con ellos y recompensarlos para que no la sigan atormentando. Usted requiere descansar y me ocuparé de ello en persona.

—Prefiero refundirme en un convento con la pensión que me ha quedado que vivir en Regla en esa casucha en la que pretendes enterrarme. Soy doña Suplicio Salazar y Alcántara, viuda de

Villavicencio, antigua condesa de Marmosa.

—Claro que podría, pero como buen hijo suyo, no deseo alejarme de usted. Salvo que escriba una carta expresando su libre voluntad de retirarse a un convento y que la llevemos ante los letrados pertinentes. También quiero la carta de libertad de mi sobrina; le daré una jugosa cantidad a cambio y estaremos en paz. Solo así la dejaría partir, muy a mi pesar —advirtió con una frialdad que dejó a la dama sin recursos para desestabilizarlo.

—¡Me pagarás con mi propio oro, bastardo malnacido! —gritó llena de ira.

—¡Bruja del demonio! ¿Cómo se atrevió a encerrarme? —articuló con los dientes apretados, intentó sonar calmado, pero la sangre también le hervía por dentro.

—Sabía que serías mi cruz. Llamaré a mis abogados; no te saldrás con la tuya.

—Sus abogados ahora trabajan para mí. En verdad la hubiera tolerado y tal vez hasta considerado, pero no le bastó con obligar a mi madre a escapar bajo amenazas; vendió a mi hermana y a mis hermanos, que apenas eran unos niños; se ensañó con mi sobrina. —Le puso el papel en frente y le ordenó—: ¡Escriba! ¡Quiero librarme de usted para siempre! Quería verla vivir humillada en la casa de Regla, pero puedo doblar mi rencor y dejarla escabullirse como la víbora que es.

—¡Debí ahogarte cuando naciste como a una rata!

—Ya es muy tarde, no le daré la oportunidad. —Rio entre dientes.

—El Capitán General es mi cuñado; mi hermana no permitirá...

—Ni su hermana ni su esposo quieren saber nada de usted.

—¡Maldito Villavicencio! —pronunció mientras sacaba una de las antiguas pistolas de duelo de su esposo. Damián quedó sorprendido; jamás pensó que su odio la llevaría a empuñar un arma—. ¡Debí deshacerme de ti antes, pero lo haré ahora!

Flor llegó ante los gritos y se quedó azorada al ver que la mujer, como una endemoniada, apuntaba a su tío.

—No entres, Flor. Vete de aquí —le ordenó Damián.

—No vas a ninguna parte, mocosa. ¡Hoy se mueren los dos! —pronunció antes de ser sacudida por un brusco espasmo. Se llevó la mano al corazón y cayó de bruces aún con el arma sujeta.

Damián se movió lentamente, pidiéndole a su sobrina que guardara la calma. Se acercó a la mujer; le quitó la pistola y comenzó a revisar sus signos vitales.

—Busca a un médico de inmediato —le ordenó.

Aún en su despacho, Damián, con la cabeza baja, miraba fijamente a un rincón. Solo era interrumpido en ocasiones por alguno de sus sirvientes para pedir indicaciones con respecto al sepelio de doña Suplicio. El doctor había diagnosticado que había sufrido un infarto fulminante. En breve estuvieron con él sus hermanos y don Mateo para ayudarlo a ocuparse de todo. El asedio había terminado, pero seguía intranquilo: la muerte de esa mujer estaba comenzando a atormentarlo. Había muerto de causa natural, mas la tensión a la que la había sometido lo atormentaba. Tuvo que repetirse varias veces cada una de las fechorías que había cometido la

difunta contra él y su familia para aplacar su conciencia. Tan solo se había defendido; ya no podía seguir dejando que les pasara por encima.

Flor apareció en el despacho y dio dos toques sobre la madera de la puerta abierta para sacarlo de su ensimismamiento.

—Tío Damián, alguien ha venido a verlo.

Levantó los ojos para reparar en su sobrina; caminó hasta ella y la estrechó entre sus brazos, temeroso, al recordar que había estado a punto de perderla.

—Sonríe —le pidió—. A la Flor triste no quiero verla nunca más.

—¿Y usted?

—Yo tengo problemas de mayores, pero estaré bien. ¿Quién me visita?

—Es el padre Miguel.

—Hazlo pasar, por favor.

El sacerdote lo saludó con afecto y tomó asiento frente a él; le pidió que le relatara los sucesos y notó el pesar de su ahijado en la voz.

—No es tu responsabilidad: la mató su odio.

—Lo sé, pero... —No podía disimular su confusión.

—Ya debes parar; no puedes seguir cargando con el peso de las consecuencias de la relación de tus padres.

—He estado reflexionando que la vida es tan corta... ¿Por qué hay tanto sufrimiento?

—Si tuvieras fe en Dios, dejarías de atormentarte por lo efímero de los años en esta forma.

—Entonces lo envidio, usted cree en los milagros y en el paraíso. Quiero encontrar a mi madre, no tenemos evidencias de su fallecimiento. Necesito investigar, aunque al final no me guste lo que encuentre, pero debemos recibir una explicación. ¿Qué fue de ella cuando abandonó el palacete? Si llegó a un palenque, a lo mejor puedo encontrarla.

—Nunca he roto el secreto de confesión, pero este círculo tiene que cerrarse de una vez —reveló con pesar—. No la busques.

—¿De qué habla?

—Tu madre está muerta. Doña Suplicio le disparó al corazón. Tu madre iba a huir, debido a las amenazas de la esposa de tu padre. Mi amigo León la procuraba embebido de amor, y ella no sabía cómo resistirse. En el último minuto antes de escapar se retractó: no podía abandonar a sus hijos. La otra no le permitió quedarse, le apuntó y le ordenó que se fuera. Leonor se rehusó; exigió que solo saldría del palacete con sus cuatro hijos y con las cinco cartas de libertad.

—¿Le disparó a sangre fría?

—Estaba enferma de celos. Tu madrecita falleció en los brazos de tu padre, que acudió ante el ruido. El conde no dio parte a las autoridades; no podía perjudicar a la madre de su hijo, se sentía responsable por el altercado. Estaba destrozado: fue su mayor pecado. El arrepentimiento lo consumió en secreto; no se recuperó de tan duro golpe.

—Debió proteger a mis hermanos.



—Solo pudo salvarte; me hice cargo de ti. Esa mujer estaba como poseída y comenzó a vender a los tuyos. Tu padre lo prefirió; dijo que estarían mejor lejos de la señora.

—¿Siendo esclavos? Al menos los hubiera liberado.

—Eran otros tiempos, tampoco lo justifico. Fue así cómo sucedió y yo también fui arrastrado por la culpa. Leonor siempre fue tan buena conmigo, tan dulce... No merecía que al final todos calláramos la atrocidad cometida contra ella y sus hijos, ni siquiera por el secreto de confesión. Traté de lavar mi pecado ocupándome de ti, dándote estudios, mi apoyo moral.

—Mi valiente Ayomide. —Los ojos de Damián estaban empapados; le atormentaba la forma en que le daría la noticia a sus hermanos.

—He sido testigo pasivo de la triste historia de amor de tus progenitores; no pude ayudarlos. No volveré a quedarme impávido ante una injusticia. Yo los casaré —pronunció conmovido.

Damián se removió en la silla; estaba tan inmerso en su dolor que no dio crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Acaba de decir que nos casará a Úrsula y a mí?

—Eso he dicho, muchacho. Y sé que tus padres me lo agradecerán desde el Cielo.

—Puede tener repercusiones y ganarse enemigos.

—He tomado una decisión y no suelo retractarme.

—Y le agradezco, pero ha llegado tarde. Úrsula ya no quiere desposarme —le reveló palmeándole el antebrazo, para consolar al sacerdote que también estaba afligido.

—Intercederé; no pueden renunciar ahora.

—¿Está seguro? —Lo miró sin dejar de sorprenderse; reconoció en él al buen hombre que lo había ayudado a crecer.

—No logré hacer de ti un buen católico, pero sí un gran hombre. Eres merecedor de su amor.

## Capítulo 44

Cuando Su Excelencia, Hugo Buenaventura Morell y Sequeira puso el primer pie sobre la tarima en el puerto de La Habana, sus pulmones se llenaron de ese aroma a salitre que había echado tanto de menos. Se volvió para ayudar a su preciosa esposa, que venía seguida de sus hijos y de las nanas de los pequeños traviesos. Un carruaje de la familia vino a buscarlos para llevarlos directo a la casaquinta en la Calzada del Cerro, donde la marquesa viuda lo aguardaba impaciente. Carlos Enrique del Alba lo había ido a recibir al muelle e intentó proferir lo que le indicó su astucia, para ponerlo al corriente de los últimos acontecimientos antes que su suegra se le adelantara.

—Agradezco tu intención —le contestó el duque fusilándolo con la mirada—. Tanto mi suegra como tú han sido bastante explícitos en sus cartas, pero a mí me tocará juzgar.

—Si tienes dudas, puedo despejarlas. El joven que la pretende es un dechado de virtudes y desea hablar contigo cuanto antes.

—Para mis estándares elevados, eso no existe, tratándose de una de mis cuñadas.

—Les escoltaré en mi carruaje. Quizás, una vez que estés en la comodidad de la quinta, dejes las nuevas maneras aprendidas del otro lado del mar para castigar a tu mejor amigo. No he hecho otra cosa que proteger a Úrsula, como me pediste.

—¡Permitiste que un hombre la raptara y pasara toda una noche con ella! —esgrimió como si sus palabras fueran estocadas.

—En nombre del amor, el mismo que te hizo huir con María Teresa a la casona de Guanabacoa que te presté como tu aliado.

—Mi esposa, hui con «mi esposa». ¿Olvidas de que, antes de fugarnos, nos desposamos como Dios manda? ¡Por todos los Santos! Ha sido un error dejarte responsable de mis asuntos y de mis mujeres. No más arribar al muelle, recibo una notificación donde mi suegra afirma que has cortado los apoyos, y Úrsula ha tenido que abandonar el convento en su penosa situación. ¡Tienes a una marquesa y su hija refugiadas en la quinta pasando penurias de dinero! ¡Agggh! ¡Maldito seas, Carlos!

—Ya veo que la astuta de su excelencia se las ha arreglado para ponerte en mi contra. Y yo que creí ganar terreno al venir a recibirte.

—¡Sal de mi vista, ahora soy Troya envuelta en llamas! —rugió.

—Señores, que no se diga. Estos temas pueden discutirlos en un sitio más privado, con una

buena copa de ron y tabaco de nuestra cosecha —intervino María Teresa para intentar limar asperezas entre los dos.

—La única persona con la que hablaré es Úrsula —sentenció el duque.

Doña Catalina parecía una furia cuando su esclava de confianza le dijo quién había venido a verla. Bajó de mala gana y se plantó ante Úrsula y su acompañante, la mulata joven que era ayudante de *madame* Fourneau.

—Perla, ¿qué haces con la señorita Morell? —inquirió con los nervios crispados.

—Fue mi antigua ama; a la familia Morell le debo mi libertad —dijo con ojos risueños. Esa mujer era la más impertinente y arrogante que había tenido que atender, así que ayudar a la señorita Morell con su encargo había sido un placer.

—¡Imagino que ya soltaste la lengua, parda del infierno! Te acusaré con tu patrona. Le ordenaré que te despida por falta de discreción.

—Inténtelo —apuntó Úrsula—. Pero le sugiero escucharme antes de dar el primer paso.

—Seguro ya sabe que a la desquiciada de doña Suplicio le ha dado un patatús y ha venido por su revancha —la retó sin nada de decoro—. ¿Piensa que sin la amenaza de volver a meter a Damián a la cárcel ya puede librarse del trato que cerró conmigo?

—Sí que conoce su terreno.

—Pierde su tiempo: Damián está en mis manos. Le aconsejo que continúe alejada; él es como un ratón en las fauces de un gato. Ya tenía fortuna, pero quiso jugar a ser el salvador de los esclavos —negó con arrogancia—. Es cuestión de tiempo para que se convenza que debe regresar al redil.

—Sé que puede enredar a su protector con sus artimañas y volver a poner en riesgo la vida de Damián. Su arrogancia y su propia «lengua» terminaron por traicionarla. En cuanto tuve un poco de claridad, recordé que se pavoneaba en lo de *madame* Fourneau y que Damián había sido su trofeo. No niegue que le tendió una emboscada y utilizó a doña Suplicio mientras le fue de utilidad. Perla solo tuvo que pellizcar un poquito a doña Suplicio, otro a la esposa del Capitán General, algo a su propia esclava, pero usted, sin duda, es la más habladora de las cuatro. En su afán de recuperar su premio, olvidó que Damián es un ser humano y que en las apuestas no siempre se gana. ¿Y si no hubiera podido liberarlo? ¿Cómo pudo hacer malabares con su vida?

—Más les vale a las dos quedarse calladas: no me querrán de enemiga. Imagino cómo se ha atrevido a inmiscuir a esta parda en nuestros asuntos: con oro. —Se volvió a la liberta y le ofreció —: Puedo superar lo que te ha pagado para que te pases de mi lado.

—Pierde su tiempo —le aseguró Perla.

—Gracias por refrescarme la memoria con sus amenazas contra Damián y ahora contra nosotras —indicó Úrsula—. Me queda claro que nada de lo que ha hecho ha sido por amor. En un inicio creí que había sido doña Suplicio; claro que ella descubrió su romance con Damián y se le hizo fácil chantajearla. Pero usted, sin duda, es la única que iba a ganar al final.

—¿Usted qué sabe del amor? ¿Cuántas veces le han roto el corazón? —inquirió doña Catalina.

—Le diré lo que sé. Perla es una joya para la modista francesa y para sus clientas también. Una en particular está encantada con sus diseños, la esposa del Capitán General. A mi querida amiga no le molestaría que la tachen de indiscreta; sabe que tiene mi incondicional protección, y eso es sinónimo a la del duque, quien a estas horas debe estar arribando a nuestras costas.

—Me alegra saberlo: nunca fue muy buena cabeza. Espero que haya madurado y vigile a las damas Morell para que las aleje de mis dominios.

—Preocúpese mejor por mantener sólidas sus relaciones. Ya sé que fue usted la que, para calmar a doña Suplicio, metió a Damián en la cárcel valiéndose de sus influencias. Si vuelve a perjudicarlo con la prisión o con cualquier otra afrenta, Perla le pondrá a la esposa de su amante en bandeja de plata todos los elementos para librarse de usted de una vez por todas. Sabemos que está desesperada por conseguirlo, y nos encantaría ayudarla.

Doña Catalina se quedó sin argumentos, con la boca abierta y abatida por la inquina que le devoraba las entrañas.

—Sí, es verdad que la arpía de doña Suplicio quiso utilizarme como instrumento para acceder a los favores del Capitán General que le estaban vedados. Pero se equivoca si cree que va a frenarme.

—¿Está segura?

—¿Ahora correrá a entregarse en sus brazos? —vociferó llena de impotencia, viendo cómo tenía que renunciar a su desmedida obsesión.

—No lo sé —le dijo con firmeza—. Al menos ya no sufriré pensando en que una mujer despechada atente de manera irresponsable contra su seguridad. Eso sí que no es amor.

—Ese hombre es mío.

—Señora, respire y acepte su derrota, que ni un huracán me hará cambiar de opinión. Ahora voy a recibir a mi hermana como Dios manda. Supe por don Carlos que Damián está esperando la llegada del duque para pedirle mi mano, y no seré yo quien se lo prohíba. Bastante hemos sufrido ya.

La mirada pérfida de la dama intentó helarle la sangre, como si hiciera suyas sus palabras y tejiera una maldición que destrozara sus planes. La vio hacer señas para que el servicio las acompañara hasta la puerta, y continuó esparciendo tinieblas a través de los ojos.

Las últimas palabras que le soltó Úrsula a doña Catalina parecieron vaticinar un temporal de la noche a la mañana. Un relámpago cortó el cielo mientras se acercaban al quitrín. Úrsula dio la orden de acudir a toda prisa a dejar a Perla en el taller de costura de la calle Obispo y de ahí se dirigieron a la quinta. Cuando arribó, ya estaba lloviznando y el cielo era de un color azul grisáceo.

Corrió a los brazos de María Teresa y de Hugo; los encontró más enamorados que antes de irse a vivir a España. Llenó de besos a sus sobrinos, Diego y el nacido hacía poco, y decidió ignorar la cara de velorio de su madre; ya sabía que conspiraría en su contra. La cara de su cuñado era fiel prueba de ello, cada vez más seria, compitiendo con el cielo, que se tornó gris con el avanzar

de las horas.

—Qué bendición que llegaran antes que la tormenta —hizo la observación.

—Justo eso le decía a Hugo; me hubiera muerto de miedo. ¿Has visto lo negro que están los nubarrones? —trató de endulzar María Teresa la amargura de su marido—. Nos salvamos por poquito.

—¡Úrsula, al despacho, ahora! —le ordenó con voz fuerte Hugo ante la mirada de satisfacción de la marquesa viuda.

Se contemplaron por unos minutos hasta que ella tomó la iniciativa.

—Me prometiste que siempre me ibas a apoyar —le recordó un juramento antiguo.

—Y eso pretendo.

—No entiendo tu humor. ¿Piensas ponerte del lado de mi madre sin siquiera escucharme?

—Estamos hablando.

—Damián quiere casarse conmigo, y yo quiero ser su esposa.

—¿El heredero bastardo de los Villavicencio?

—Deberías conocerlo; me recuerda mucho a ti.

—¿Cómo?

—Tiene un gran corazón, nobles sentimientos y es valiente. No te imaginas cómo ha ayudado a sor Amalia en la clínica. Incluso ha solventado a los abolicionistas.

—No sé cómo eso pueda dejarme tranquilo.

—Tú estás harto de la esclavitud; querías liberarlos a todos, pero las autoridades te la han puesto difícil. Por eso no has vuelto.

—He pensado vender las propiedades y marcharnos todos a España.

—¿Qué? Amas la isla —reprochó.

—Es una parte de mi corazón, y me dolerá hacerlo, pero las tensiones entre peninsulares y criollos terminarán por estallar como ha ocurrido en otras colonias. Es cuestión de tiempo. Quiero tomar medidas para nuestro patrimonio.

—¡Cobarde!

—Tarde o temprano lo haré.

—No puedes negármelo: es la única vez que he amado.

—Sabes que no tengo prejuicios por su raza o su estatus, pero tu madre me ha hecho entender algo que también deberías analizar: sufrirás por el desprecio de otros. No solo te enfrentarás a un juicio moral: ni siquiera tienen las leyes de su lado.

—Quiero ser su esposa; con Damián seré realmente yo. Me ha prometido que me dejará atender a los enfermos en la clínica. Deseo ser la madre de sus hijos.

—Pensé que Altagracia sería la que más dolores de cabeza me daría, y sí que me los está dando, pero tú. ¡Oh, Úrsula! ¡Úrsula! —gruñó descontrolado clavándole la mirada.

—¿Qué sucede con Altagracia?

—¡Tu hermana mayor ha enloquecido; ni imaginas en las que anda metida! ¡Y tu abuela, por

Dios! Fue para velar por su honra y resulta que la secunda en todo.

—Igual hizo con María Teresa cuando quedó a su cuidado; antes no te molestó —dijo entornando los ojos.

—¿Confiaba en que tu vida sería un remanso de paz! Hasta Altagracia es más sensata que tú. No puedes vivir dejándote llevar por las pasiones de tu corazón.

—¿Acaso María Teresa y tú hicieron lo contrario?

—Conoceré al tal Damián Villavicencio, para que estés más tranquila. No te ocultaré que este asunto me tiene inquieto; no quiero que sufras. Solo pretendo protegerte, incluso de tus propias decisiones, pero me reuniré con él hoy mismo. Ya le he mandado a una nota a Carlos Enrique pidiéndole que pacte un encuentro esta tarde entre ambos, aquí mismo en la quinta.

—¿No prefieres descansar? Digo, el trayecto en vapor debe haber sido agotador.

—¿Descansar? —Rio a carcajadas, pero no parecía divertido. Su tono sarcástico previno a Úrsula de hacerlo abortar el plan—. No he podido dormir a pierna suelta durante el larguísimo viaje, atormentado por las misivas de tu madre donde relataba tus fechorías. Me has decepcionado, mi querido ángel.

—¿Se verán en la quinta? —La respuesta era obvia, ya lo había afirmado—. Por favor, no.

—¿Qué pasa?

—Es que la última vez que nos vimos no quedamos en buenos términos; hay mucho que arreglar.

—¿Y así pretendes desposarlo?

Hacia la tarde la lluvia era intermitente y el mar estaba agitado, pero nadie descartó la posibilidad de una tarde fresca y tranquila; era época de lluvias para la isla y estaban acostumbrados. Al final de cuentas, el agua lograba refrescar el azotador calor, y eso sería ganancia. Así los abanicos no trabajarían jornadas agotadoras.

Cuando Damián bajó de su carruaje, una descarga eléctrica cortó el cielo ennegrecido. El retumbar del trueno lo hizo voltearse para averiguar su procedencia. La lluvia arreció y tuvo que apresurar sus pasos guarecido por su paraguas. Su acompañante no era otro que Carlos Enrique del Alba.

—Debí acudir solo; no quiero que pierdas a un amigo por otro —le ratificó.

—Quiero a Hugo como a un hermano. Espero que él no lo pierda de vista. Mi deber es estar al lado de la justicia. ¿Has vuelto a hablar con Úrsula desde que te encontró «conversando» con doña Catalina?

—No, por Dios que lo he querido pero, si vuelve a negarse, no podría soportarlo.

—¿Debiste consultar con ella antes de venir a solicitar su mano?

—Realmente no vengo a pedirla en compromiso; es solo un primer acercamiento. Quiero tantear el terreno pero, si se da la oportunidad, no la desaprovecharé.

—El duque supo de tus intenciones y ha pedido conocerte, pero cuidado, hasta conmigo se ha portado distante. Es como si nuestros estrechos lazos se hubieran aflojado. Es razonable que quiera hablar contigo antes de emitir un juicio. No descuides mi consejo, déjalo hablar primero y

no des pasos en falso.

Al acercarse a la mansión, escucharon el sonido sordo de las gotas de lluvia estrellarse contra toda superficie que se les impusiera. Tuvieron que resguardarse en sus paraguas y protegerse con sus capas de las gotas que pegaban como dardos hasta que estuvieron bajo techo. La música que provenía del interior no era reducida por la fuerza del viento y por el sonido de la precipitación.

Les hicieron pasar hasta el salón principal donde serían recibidos. Descubrieron al duque y a Úrsula tocando el piano a cuatro manos con singular alegría. La duquesa permanecía sentada muy cerca, con un niño en brazos; su cara estaba repleta de amor, y los ojos los mantenía clavados en su esposo. Otro pequeño niño hacía travesuras para tratar de transformar la mueca de espanto de la marquesa viuda por una sonrisa al contemplar a Damián. La música finalizó, y Hugo se puso de pie para recibirlos como pautaba la más estricta etiqueta. Mientras intercambiaban saludos, los ojos de Villavicencio se cruzaron con discreción con los de su ángel; quiso tomarle la mano por más tiempo, susurrarle cuánto la amaba, pero su cuñado no les quitaba la vista de encima.

—¡Al despacho, por favor! —dijo Hugo—. Es urgente que hablemos sin interrupciones.

Los tres caballeros se dirigieron al sitio señalado; Damián sentía el corazón en la boca. Pensaba que su anfitrión no se iba a tomar tantas molestias para desestimar su petición. Respiró hondo y se tranquilizó al recordar su expresión de amor puro mientras intercambiaban los saludos. Hugo los invitó a sentarse y les brindó un coñac, la bebida preferida de su difunto suegro.

—Hay un honor que reparar —apuntó Hugo y le clavó los ojos despiadadamente a los dos.

—Quiero desposarla, Su Excelencia —soltó Damián, y Carlos Enrique puso los ojos en blanco recordando sus palabras minutos atrás: que solo iba a tantear el terreno.

—¡No se comportó como un caballero: la robó, la desvirgó! —Hugo frunció el entrecejo y apretó los dientes.

—Quiso desposarla, pero el padre Miguel se negó a unirlos —intervino el amigo en común.

—¡Cállate! —lo silenció el agraviado iracundo—. Tú debías proteger su virginidad.

—¡No podía vigilarla las veinticuatro horas del día! ¡En ese caso la responsable es la marquesa! Villavicencio no vino a raptarla de los muros de la quinta. Úrsula tomó prestado el caballo del padre Miguel y se apareció en su casa. Tan solo pecó de darle cobijo.

—¿Te atreves a culpar al sacerdote y a mi suegra? Me has decepcionado, Carlos. Esperemos que ese enlace no haya tenido consecuencias. Les he citado para aclarar este asunto de una vez por todas. Su excelencia ha decidido que, si su hija queda embarazada, dará al pequeño a la casa cuna, para que le den un destino y un nombre.

—¡No lo permitiré! —bramó Damián sorprendido por la frialdad con que lo había comunicado.

—Soy padre, y no podría condenar a una criatura que proviene de una Morell y de usted a semejante destino, ni siquiera para intentar limpiar su sangre, así que le ofrezco una salida. Si en el tiempo de rigor no hay embarazo, usted se olvida de todos nosotros y nos deja vivir en paz. Úrsula retornará conmigo a España; aquí no hay quien tenga mano firme para velar por su futuro. Si viniera una criatura en camino, la llevaríamos al campo para que se alivie en secreto y se lo

entregaremos a usted para que lo eduque según sus términos; con la estricta condición de que guarde el secreto sobre su origen y de que no vuelva a buscar a mi cuñada.

Los rostros de Villavicencio y Del Alba no pudieron disimular la repulsión que le provocaban esas palabras.

—¿Úrsula lo sabe? —preguntó Damián desencajado.

—Por supuesto que no; es un arreglo entre la marquesa y un servidor.

—¡Has perdido el juicio! —reclamó Carlos Enrique—. Te escucho y parece que no te corre sangre por las venas. ¿Oyes lo que dices? Te has dejado envenenar por la madre de tu esposa. Me retiro; Damián, no sé qué decisión tomarás, pero cuenta conmigo para lo que sea, querido amigo.

La alianza que se forjó durante los años mozos entre Hugo y Carlos Enrique, la que más tarde creció constituyéndose un lazo fuerte e irrompible, se quebró en ese momento, cuando el segundo sin siquiera mirar atrás abandonó el despacho azotando la puerta.

—¿Y bien, Villavicencio? ¿Qué tiene que responder?

Damián, sin intenciones de continuar negociando, se levantó y salió caminando hacia el salón, donde Úrsula, ajena al motivo por el que lo habían hecho venir, jugaba con su sobrino Diego.

—Úrsula —la llamó por su nombre de pila delante de las otras damas y con el duque pisándole los talones—: ¿Aún me amas?

Ella palideció ante la pregunta y el derroche de intimidad. Miró a su madre con el entrecejo arrugado y la mirada altiva, a María Teresa sorprendida por la ira que se había apoderado de su esposo.

—Damián, yo... —Por supuesto que lo amaba, pero prefería decírselo a solas y no frente de todos. La presión que ejercían Hugo y su madre la frenaban.

—Es ahora o nunca —demandó—. No tienen la intención de permitirnos casarnos; todo lo contrario: pretenden que me retire y te olvide. Si juras que aún me quieres, mañana a primera hora haré que las licencias que ya había solicitado comiencen a correr. No deseo nada más que convertirte en mi esposa. No imaginas las cosas funestas que han tramado los dos.

Úrsula, conmovida, caminó hasta él; se perdió en el fulgor de la mirada aguamarina y le tomó con afecto la mano.

—Haz algo para detener a este hombre. —La marquesa azuzó a su yerno a punto de darle un soponcio por la impotencia.

—Por supuesto que deseo casarme contigo; cuando tú digas, mi querido Damián. Nadie podrá apartarme de mi destino a tu lado.

Él sonrió y le besó la mano con devoción, antes de enfilarse hasta la salida con la expresión repleta de pinceladas esperanzadoras.

—Damián Villavicencio —lo detuvo María Teresa ante la mirada severa de su esposo—. ¿Así que es usted quien ha conquistado a nuestro ángel?

—Excelencia. —Le hizo una reverencia.

—Me agrada. No se deje intimidar por el duque; solo tiene su orgullo herido. Cree que todas



las Morell le pertenecemos, pero está equivocado. Cuente con mi apoyo; sé que el amor triunfará.

—Esposa mía —la intentó frenar Hugo—. El caballero va de salida.

Damián abandonó la quinta. Observó el cielo ennegrecido a pesar de que las agujas de su reloj marcaban las cinco en punto de la tarde. El agua torrencial se escurría por su paraguas; tuvo que cerrarlo ante la ferocidad del viento, aunque la lluvia se colaba por las costuras de su capa. Se quedó al descampado con el agua escurriéndose por su piel y sus vestiduras, mientras el cielo era iluminado por la ferocidad de un relámpago. Maldijo la hora en que a Carlos Enrique se le había ocurrido traerlo en su landó. Al retirarse lo había abandonado con semejante temporal.

Caminó unos pasos, lamentando lo desastrosa que había sido la cita con el duque. Se sintió iluso por confiar en su benevolencia. Continuó avanzando hasta atravesar los arcos de la entrada de la quinta, hasta que vio al carruaje medio difuso, camuflado por las gruesas y apretadas gotas de lluvia. Se introdujo y descubrió a su amigo compartiendo con el cochero como su igual; no le asombró en lo absoluto. Notó por las goteras que seguía lloviendo adentro.

—Vamos de una vez; lleva primero al señor Villavicencio y luego a casa. Este temporal no pasará —le ordenó al cochero, que alzó su capa y se enfrentó a la tormenta. Luego se volvió a Damián y le dijo—: No debí dejarte, te has empapado. Tuve que salir o estallaría contra Hugo; no quise deteriorar más nuestra amistad.

—Lo siento, has perdido a un hermano por mi culpa.

—No lo lamentes; un amigo no me daría la espalda.

—No es a ti; se nota que te aprecia, pero no podemos romper con los prejuicios de quien ha crecido con ellos.

—Hugo tuvo tiempos de verdadera pobreza; su padre renunció a todo por amor. Por eso me cuesta entender su necesidad. Es como si la intransigencia del difunto marqués lo hubiera poseído. Él sufrió peor trato que tú cuando se enfrentó a su suegro; por eso me cuesta tanto aceptar su postura.

—Haré correr los trámites para obtener las licencias —resolvió con seriedad, la que con lentitud se transformó en una sonrisa; la respuesta contundente de ella era lo único que resonaba en sus oídos—. No me detendré a negociar nuevamente con los Morell. Úrsula ha dicho que acepta casarse conmigo. Lucharemos.

—Pues vamos a prisa; necesitarás cambiarte de ropas y tomar algo caliente, para que estés fuerte para dar guerra. Tendré que hacer lo mismo con mi cochero: el pobre hombre se ha empapado en nombre del amor. ¡Vamos de una vez, parece que esta noche se acabará el mundo! Mi esposa debe estar preocupada.

## Capítulo 45

El fragor de un trueno las hizo sobresaltar a las Morell, que aguardaban para pasar al comedor a cenar. Úrsula se acercó a uno de los amplios ventanales que quedaban guarecidos por el extenso portal; se asomó y vio cómo el viento casi desnudaba las palmeras. Le pedía al Cielo que Damián ya estuviera en la protección de su hogar. Se persignó al recordar que su hermana y su familia habían desembarcado a primeras horas de la mañana. Observó que, más que charcos, parecían lagunas las acumulaciones de agua.

—La lluvia está extraña, ¿no les parece? Me preocupa la clínica de sor Amalia; aunque se repararon el techo y las goteras, la estructura es muy antigua.

—¡Pobre gente! —murmuró María Teresa.

—Mañana temprano pueden ir a ver si necesitan algo —murmuró Hugo, aún con la cabeza en otra parte.

—¿Te queda un poco de fibra sensible en el cuerpo? Pensé que la habías aniquilado totalmente —lo enfrentó la cuñada.

—No quiero que sufras, y en esta ocasión su excelencia tiene razón —esbozó el duque para defenderse. Sabía que no le perdonaba haberse puesto del lado de su madre.

La marquesa lo miró complacida por su comentario, aunque no estaba satisfecha. Añadió para azuzarlo:

—Seremos el hazmerreír de la crema y nata. No es el hecho de que el mulato bastardo del difunto conde de Marmosa te pretenda: es que le has dado alas para entablar un proceso contra Hugo y contra mí, donde desconocerás nuestros derechos a prohibir tu casamiento con ese bastardo. Te toparás con todo el peso de la ley.

—Damián o señor Villavicencio, no vuelva a menospreciarlo delante de mí, madre. Es más educado y noble que muchos que no llegan a las suelas de sus zapatos.

—¡Hugo! —le llamó la atención la suegra—. ¿Y te quedarás tan campante mientras este asunto bochornoso que he tratado de contener sale a la luz?

—¡Ilumíneme, Dios! —respondió el aludido levantando las manos al cielo—. ¿Pretende que lo detenga por la fuerza, que lo golpee? Me trae recuerdos que deseo olvidar de cómo reaccionó mi difunto suegro cuando pretendí a María Teresa. Mañana intentaré frenar esta locura; ahora estoy pensando en el daño que el viento y el agua ocasionará en nuestras propiedades. No he atravesado

los mares para que me diga lo que tengo que hacer. Cenemos en paz y luego todos a la cama, que el clima me pone los nervios de punta; no es bueno para la salud de mi esposa y mis hijos son pequeños aún. De no ser porque el asunto era escabroso, no habríamos viajado. Por favor, amor, toma tus remedios para que me quede tranquilo.

—Ya lo hice. —María Teresa le acarició la mano para intentar sosegarlo; estaba buscando la forma de abordarlo para ayudar a su hermana cuando vislumbraron que el temporal se había salido de control.

Hugo ordenó que cerraran las ventanas al verlas comenzar a azotarse contra el marco sin clemencia. El ruido del viento comenzó a hacerse ensordecedor y asustar a los niños que se refugiaron con su madre. Los esclavos corrieron para asegurar la casa principal, así como los objetos del patio que comenzaron a volar: maceteros, bancas, coches. Los cocos caían como bombas de las palmeras y algunos arbustos fueron arrancados de cuajo.

—¡Todos adentro! ¡Es un tornado! —ordenó el duque a la servidumbre temiendo que resultaran lesionados al ver el rabo de nube a lo lejos.

Juliana corrió a suplicarle a Úrsula que la dejara salir a buscar a Pedro, que aún no había regresado del mercado. Hubo que convencerla de no hacerlo y la intentaron tranquilizar. Cada miembro de la quinta quedó muy preocupado por quienes tuvieran que pasar el temporal sin un techo.

Y, mientras se abrazaban unos a otros en la seguridad de la mansión Morell, el ruido se hacía cada vez era más potente, como si Dios hubiera mandado una potente turba a limpiar el mundo de tanta maldad entre los hombres. Las mujeres se tomaron de las manos y comenzaron a rezar para suplicar que no pasara por encima de la casaquinta, mientras Hugo, con el semblante taciturno, iba organizándose mentalmente para la reconstrucción cuando amainara el temporal.

Josefa comenzó a repartir té de tila para las damas Morell, y para el resto de las personas, asustadas. Ni siquiera el temporal la detuvo a ella y a la cocinera, que calmaron con sus almas piadosas a los más asustados. Los esclavos se quedaron compartiendo el mismo espacio que sus amos. Cuando Josefa terminó de servir las bebidas calientes, le trajo una manta a la duquesa para que no se resfriara; sabía que era el mayor tormento de su madre. Luego se acercó a la matriarca:

—¿Su merced también quiere una manta?

El fuerte estruendo de un objeto que cayó en el portal sobresaltó a la marquesa, que por unos segundos olvidó las diferencias sociales y apretó la mano de su esclava de confianza, buscando refugio en ella. La mujer le devolvió el trato igualmente asustada.

Tras más de media hora que pareció una eternidad, el viento comenzó a ceder. Pedro apareció empapado y con golpes en el rostro y en los brazos; informó las consecuencias apreciadas. Juliana corrió y lo abrazó sin importarle la presencia de los señores.

—El tornado arrasó. Desde Intramuros hay árboles tirados por todo el camino. Vi cómo atravesó por la calle principal llevándose todo a su paso hasta salir rumbo a la bahía y perderse en el mar.

—Es la zona donde está la clínica de las monjitas —emitió Úrsula.

—Quise quedarme a ayudarlas; algunos muros de la clínica se vinieron abajo, pero temí por ustedes y vine a toda prisa.

—¡Jesús, María y José! —se lamentó Úrsula—. Debemos ir a auxiliarlas con urgencia.

—Ya ha caído la noche, hija —medió la marquesa—. No saldrás, y menos con esta lluvia. ¿Y si al tornado le da por regresar?

—Te arriesgaste demasiado, Pedro —resolvió el duque.

—Intentaba ayudar a los pasajeros de un quitrín que fue levantado por los aires; desafortunadamente sus ocupantes fallecieron.

—¿Las casas, las personas? —indagó Hugo.

—Algunas construcciones sufrieron daños; hay muchos heridos. Me salvé de milagro. La gente está saliendo a la calle para ayudar a los lesionados.

Hugo le pidió a Matías que organizara a los hombres ante la mirada atónita de las mujeres. A unos los mandó a auxiliar a sor Amalia y, a otros, verificar y componer los daños de la quinta. Él se dispuso a salir en el primero.

—Te acompaño, debe haber muchos heridos y han de necesitar otras manos para socorrerlos —se ofreció Úrsula.

—¡Por Dios, hija, no salgas que me dejarás con el corazón en la boca; aún no para de llover!

—También puedo ayudar —secundó la hermana menor.

—Lo siento, amor, no te convienen los cambios de clima, menos mojarte. Quédate con los niños, cálmalos antes de mandarlos a dormir. Necesito a alguien que me dé esa tranquilidad. Matías se quedará a cargo; yo iré con el resto de los hombres a auxiliar a quien lo necesite.

—¿Por qué no esperan a mañana a la luz del día? —preguntó la marquesa aterrada, temiendo que le sucediera algo al único hombre de la familia.

—Podría ser muy tarde para quienes estén entre la vida y la muerte —previno el duque—. ¡Úrsula, ven con nosotros!

—¡Has perdido el juicio, Hugo! —arremetió la dama de más edad.

—Excelencia, Úrsula conoce la clínica mejor que yo, al igual que las labores de curación y apoyo a los heridos; será de mucha utilidad. No se preocupe, la cuidaré con mi vida.

Marcharon atónitos ante los daños que pudieron observar a lo largo de su recorrido en coche. Cuando llegaron a la clínica, se alarmaron ante la terrible devastación; parte del inmueble estaba derruido, y parecía que el resto no iba a aguantar. Los enfermos y refugiados estaban siendo sacados y trasladados por una cuadrilla que trabajaba afanosamente, y que había organizado a los voluntarios que acudieron. La joven reconoció a los hombres de Damián y le informó a su cuñado. El corazón se le sobresaltó de imaginar que lo encontrara de un momento a otro.

El duque les ordenó a quienes lo seguían que se sumaran a los trabajos de auxilio que ya habían comenzado. Allí estaba el padre Miguel intentando serenar a sor Amalia, quien contabilizaba a los sobrevivientes entre su personal de apoyo y los pacientes de la clínica. Úrsula se quitó con

presteza su capa y se la colocó por encima a la monja que tiritaba empapada; la abrazó al tenerla cerca. Dio gracias por hallarla con vida y le suplicó que le permitiera relevarla, pero la aludida no quiso tomar asiento, ni atenderse los golpes que tenía en la cabeza, así que se contentó con ayudarla a realizar el conteo. Había muchas personas que aún no habían sido encontradas.

—¿Has visto a Damián? —le preguntó la religiosa aún medio confundida; la joven le devolvió una mirada abarrotada de incertidumbre—. Su hermano lo está buscando hace rato y no ha dado con él.

Úrsula abandonó lo que estaba haciendo y corrió por sobre los escombros, mientras la lluvia terminaba de empaparla, preguntándole a las personas por su amado sin resultados, hasta dar con Benito.

—Vine a buscarlo cuando paró el tornado. En cuanto vimos el rabo de nube enfilarse hacia esta zona, Damián pensó en los enfermos y se le metió la idea de que este viejo caserón no iba a aguantar.

—Sabíamos que necesitaba reparaciones a fondo, pero jamás pensamos que no resistiría a un embate de la naturaleza.

—Es que el torbellino era enorme, señorita, aún no me quito esa imagen de la cabeza. Devastaba todo a su paso. Damián se apresuró con sus hombres para ganarle la batalla; quiso desalojar la clínica antes que la impactara, pero era imposible.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Desde que salió de la casa, no hemos vuelto a cruzarnos. Sus hombres refieren que está sacando a los enfermos, pero no he podido cerciorarme de que esté a salvo.

—Busquémoslo entonces —murmuró apretando en sus manos el rosario que había traído.

Tras peinar el área, solo les quedaba escudriñar adentro del inmueble. Hugo se caló el sombrero para que le protegiera los ojos de las insistentes gotas. Estaba recuperándose aún del impacto que le había causado el desastre ante sus ojos; alcanzó a verla, completamente empapada, antes que se colara por una de las puertas. Corrió hasta ella y la detuvo por el brazo.

—¿Qué haces? —averiguó a la par que la cubría con su gruesa capa negra y su costosísimo traje terminaba de arruinarse.

—Damián no aparece; estuvo sacando a las personas lesionadas, pero hace rato que nadie lo ha visto.

—¡Cálmate! Lo encontraremos —Le contuvo con un pañuelo el riachuelo que se le había formado en el rostro y que se deslizaba por sus mejillas. La delicada seda quedó chorreando en un abrir y cerrar de ojos. Se convenció de que sería imposible mantenerla seca.

—Él es Benito, su hermano —hizo las presentaciones y el moreno se sorprendió por la calidez del duque, que no se detuvo hasta palmearle el hombro—. Tememos que esté atrapado dentro.

—No puedo permitirte entrar: es peligroso —le explicó sin soltarle el brazo a su cuñada y luego se volvió a Benito—. ¿Adónde llevan a los heridos?

—Al palacete del difunto conde de Marmosa; mi hermano les está dando asilo.

Hugo escuchó cada palabra sorprendido del buen corazón y valentía de Damián, justo como Carlos Enrique lo había descrito.

—Úrsula, quédate ayudando a sor Amalia —indicó Hugo—, convence a esa buena mujer de que se deje revisar por el médico de una vez por todas. Entraré con Benito a buscar a Villavicencio.

Y antes que el duque atravesara la puerta principal, vieron a Damián salir con una muchacha desfallecida en los brazos. Su hermano la tomó y la llevó hasta el doctor para verificar sus signos vitales, mientras el salvador se tomaba un segundo para recobrar el aliento. Sus sentidos quedaron obnubilados al percatarse de que la tenía delante, en el mismo lugar donde se habían conocido. Úrsula lo llamó por su nombre y corrió para abrazarlo. Hugo se quedó observando la escena sin intervenir.

—¿Estás bien, mi vida? —indagó la señorita examinando su rostro, pasándole sus manos por los brazos, hombros y tórax en busca de alguna lesión que resultara evidente.

Todos estaban ocupados en las labores de auxilio y no repararon en las muestras de afecto que se profesaban, salvo Hugo, que detuvo aquel momento en el tiempo, convencido de que eran el uno para el otro.

—No me ha pasado nada. ¿Y tú, mi ángel, qué haces aquí?

—Pensé que necesitarían ayuda.

—Has venido como enviada del Cielo: no hay suficientes manos para cuidar a los heridos.

Se besaron con fervoroso amor y entrelazaron sus cuerpos para infundirse fuerza mutuamente.

—No permitiré que vuelvan a separarnos —le aseguró Úrsula salpicándole el rostro de besos, mientras la frialdad de la lluvia torrencial le hacía castañear los dientes y él la acercaba más contra su pecho para hacerla entrar en calor.

—El padre Miguel está dispuesto a casarnos.

—Lo sé, me lo reveló a escondidas de mi madre. Desposémonos cuanto antes.

—Tendremos que esperar por el juicio.

—Escapémonos. Si resuelven que no podemos estar juntos, moriré de dolor.

—Eso no sucederá porque lucharé por ti una y mil veces, hasta convencer a nuestros detractores que no hay límites para el amor. Me cambiaste la vida, me sanaste por dentro. No imaginaba que pudiera existir un ser capaz de darles sentido a mis días. Jamás me apartaré de tu lado.

Hugo avanzó hasta ellos y, antes que Damián se pusiera a la defensiva, le extendió la mano.

—Me encantaría tenerlo como concuñado.

—¿Y la marquesa? —preguntó el mulato sin dar crédito a sus palabras.

—Me encargaré de ella; tengo los medios para hacerla entrar en razón. Ahora entiendo el motivo por el que mi loco amigo me insistió tanto para que aceptara que no hay otro hombre para Úrsula que no sea usted, Villavicencio.

—No se arrepentirá, le juro...

—Empeñe su palabra con su prometida.

—¿Mi prometida? ¿Y el cortejo? —indagó obnubilado.

—Ahora cosas más importantes que hacer; hay muchos heridos. Es imperante aligerar ese paso.

—No se arrepentirá de darme la oportunidad.

—Es a ella a quien tendrá que hacer dichosa —dijo señalando a la joven que no paraba de suspirar—. Esto es un trato, usted se lleva al ángel de los Morell. ¡Bienvenido a la familia!

Úrsula no daba crédito a lo que estaba escuchando. Los caballeros compartieron una mirada cómplice. Carlos Enrique del Alba arribó a tiempo para ver a sus dos amigos llegar a un entendimiento; carraspeó para anunciar su presencia.

—Gracias, Hugo —le expresó la muchacha con afecto a su cuñado.

—Tendremos que apresurar la boda; pretendo regresar a España en dos meses y quiero acompañarlos en la ceremonia.

—Con tan poco tiempo, Altagracia se lo perderá —replicó la muchacha.

—No me recuerdes a Altagracia —gruñó con desdén mientras Úrsula se preguntaba en qué travesuras estaría metida la mayor de las Morell—. Los dejo proseguir; veo que tienen todo bajo control. Ahora debo reconciliarme con mi hermano del alma; es tan vanidoso que me hará morder el polvo antes de perdonarme.

Damián tomó a Úrsula de la mano y fueron juntos hasta sor Amalia; la mujer sonrió al saber que los jóvenes habían seguido a sus corazones.

—Siéntese un rato —le susurró Damián—. Y déjese curar por el doctor Vázquez.

—No tengo cabeza para pensar en mí ahora; estas almas que he albergado no tendrán dónde refugiarse. Este lugar está arruinado —pronunció la religiosa.

—Lo reconstruiré para ustedes y será mejor que el anterior. Mientras tanto pueden establecerse en el palacete que fue de mi padre.

—Es demasiado generoso de tu parte; sé que no debería, pero tendré que aceptar la oferta.

—Descanse, yo tomaré su lugar y no solo esta noche, también en la clínica temporal hasta que usted esté completamente recuperada —le ofreció Úrsula con dulzura.

El médico llegó para revisarla. La suplente tomó la lista y, precedida por Damián, continuó con el recuento. Él la envolvió con la mirada verdeazulada enamorada para convencerse de que era real, de que esa muchacha de corazón gigante y bondadoso lo acompañaría el resto de sus días.

## Epílogo

Una boda discreta fue lo que pidió Úrsula, en la intimidad de su círculo más cercano, en la capilla Morell y con el padre Miguel como oficiante la misa. Damián le habría regalado la fiesta más lujosa de todas, pero ella lograba convencerlo con una mirada. Era un momento especial y quería pasarlo con las personas que en verdad los apreciaban. Nunca se había visto algo similar: una familia de la nobleza habanera, conviviendo a puertas cerradas con una familia de color. La marquesa le lanzó una mirada de soslayo al novio, que estaba esperando a la prometida en el altar. Entendió por qué Úrsula estaba perdida de amor por él. Reconoció que era muy apuesto, tanto que levantaba miradas a su paso. Esperaba que su hija fuera más calmada que ella en su juventud; de estar en su lugar, habría ardido de celos al notar la reacción que provocaba su yerno en las féminas. No había sido fácil aceptarlo; a pesar de todos sus atributos, no era el hombre que habría querido para su descendiente, pero ya había aceptado que Úrsula tendría que librar sus propias batallas.

—Es una pena que Altagracia, Margarita, nuestra abuela, y doña Alma no hayan podido venir a la boda —murmuró María Teresa.

—De esperarlas, tal vez se hubiera notado su vergüenza.

—¡Oh, madre! Solo estuvieron juntos una vez, y usted ya se ve como abuela de nuevo. Úrsula no parece estar embarazada —le susurró con suma discreción.

—¿Te recuerdo tu historia? Así y todo, Dios te oiga; si queda encinta muy rápido, no solo hablarán sobre el hombre con quien la hemos casado, sino que dudarán de su castidad previa al enlace.

—Me alegra que finalmente hayas aprobado a Damián, madre —le compartió María Teresa complacida, al notar que unas lagrimillas se le escapaban a la marquesa mientras veía la marcha nupcial.

—Ayuda que, aunque es un bastardo, es el hijo de un antiguo conde y heredero de una cuantiosa fortuna, que sabe desenvolverse en los negocios y que, gracias a sus apoyos y heroicidad, apoyando a la población el día que el tornado atravesó La Habana y en los sucesivos, ha recibido una mención de honor del Capitán General —admitió su excelencia Lucrecia de la Concordia intentando rescatar los aspectos positivos de aquel matrimonio.

—Un dechado de virtudes, como nos aseguró Carlos Enrique. Te faltó añadir que la ama con



locura y que Úrsula se ve extremadamente feliz.

—Espero que sean tan dichosos como lo son Hugo y tú.

En el otro extremo de la capilla, Santa, vestida con elegancia, le susurraba a Benito, quien tenía a su lado a Elia con su niño en brazos y a Flor con su madre, que ya había llegado a sus vidas.

—No puedo creer que Damián nos haya hecho emparentar con la aristocracia. Esto ya es demasiado para mí. Esa marquesa quisquillosa me pone nerviosa; no sé cómo pudo engendrar a un ser tan angelical como mi nueva cuñada.

—Tranquila, Santa. Tampoco tendremos que convivir a menudo con ellos. Seguiremos siendo los mismos de siempre; que Damián tenga lazos con esa familia encopetada no quiere decir que nosotros también tengamos que volvernos unos estirados.

—Pero tú te ves muy en confianza con ellos; si hasta pareces compadre del duque.

—Los señores han sido amables; el duque es un caballero excepcional y su esposa es una dama encantadora.

Damián reparó en su hermana, de un lado Benito y del otro don Mateo. Se dijo que no acabaría el día sin preguntarle al administrador si pretendía a su hermana y, de hacerlo, cuáles eran sus intenciones. Cuando notó que el gentil hombre deslizó su mano sigilosa y discreta para entrelazarla con la de Santa, abrió los ojos de par en par y estuvo a punto de ir a reclamarle, pero luego notó que Benito estaba más cerca y no se inmutó al percibir la muestra de afecto de los tórtolos; por el contrario, le palmeó el hombro al buen hombre y se quedó muy cómodo con aquella situación. Respiró hondo al darse cuenta de que era el único en su residencia ajeno al afecto que se tenían aquellos dos. Terminó por sonreír y aceptar que su hermana también merecía conocer el amor.

Sor Amalia y las beatas también fueron invitadas; cada una había sido testigo fehaciente del cariño que había nacido entre los jóvenes.

—Y yo que pensé que tan bella niña estaba reservada para seguir sus pasos —le dijo doña Domitila a la religiosa.

—Dios sabe lo que es mejor para sus hijos. De cierta forma los ha seguido; solo que lo hará como una señora casada. Ya hasta me da pena decirle que estoy recuperada y que puede devolverme el mando de mi misión.

—Usted necesita descansar, madrecita —agregó doña Refugio—. La señorita nació para cuidar al prójimo; demos gracias por contar con su entusiasmo para sacar a los pacientes adelante. Doña Edelmira, que en paz descansa, debe estar de fiesta en el cielo, viendo las obras que está haciendo el señor Villavicencio. Ahora sí tendremos una clínica como nuestros enfermos se merecen.

Perla observaba el vestido que había confeccionado para Úrsula y se sentía orgullosa de sus progresos. En sus brazos tenía a Diego, el hijo mayor de su antigua ama, que desde que la había vuelto a ver no se le quería despegar. A su lado Matías la contemplaba deslumbrado. Juliana y Pedro, le seguían, compartiendo miradas pícaras cargadas de pasión. El resto de los esclavos también veían a los novios con ojos repletos de esperanzas. Sabían que Damián representaba el

futuro y que seguiría apoyando a que las personas oprimidas de su raza alcanzaran la libertad.

Carlos Enrique del Alba lucía orondo al lado de su amigo, que estaba ansioso por que Úrsula llegara a su lado para pronunciar alto y claro que aceptaba desposar a la mujer más maravillosa del mundo. Le palmeó el hombro y le susurró:

—No comas ansias. Pronto serás el orgulloso padre de familia que soy. Mira qué hermosos se ven Carmelita y mis hijos; espero que pronto ustedes sean bendecidos con una criatura. Ahora sí debes poner más cuidado en tus acciones abolicionistas, para que las consecuencias no perturben la seguridad de tu hogar.

—Soy más metódico, y también he aprendido lo que es la medida.

—¡Y se hizo la luz! ¡Aleluya! Todavía no puedo creer que el Capitán General te haya condecorado por tu apoyo a levantar las zonas afectadas. Gracias a todos los Santos, jamás descubrió que te metías bajo la falda de su favorita.

—Son temas que no creo que deban tratarse en este recinto sagrado.

—No me salgas ahora con que te has vuelto creyente, hasta donde sé...

—Sigo siendo el mismo, pero respeto.

—A la que no le fue nada bien es a doña Catalina; dicen que su protector le retiró sus afectos porque la sorprendió en la cama con un esclavo que había comprado para semental. La pobre ha caído en desgracia.

—¡No es sitio para detallar esos asuntos!

—Ahora creo que fue una recomendación muy desatinada cuando traté de emparejarte con ella, pero fue la única errada; en lo demás acerté. Bueno, presentarte a mis amigos abolicionistas también te llevó a la cárcel —se dijo como pensando en voz alta, preocupado de repente de si había sido un buen mentor—. Debes ser más discreto con tus patrocinios para la causa y para tus movimientos. Lo que siempre te he recomendado: astucia y nervios de acero. Espero que tu esposa calme tu impetuosidad de otra manera, y eso te convierta en un hombre más prudente, como aseguras que eres hoy.

—¡Basta de consejos! —bramó en voz baja—. Ahí viene la novia, y este es su momento. ¿No es hermosísima?

—Lo es —respondió con una discreta carcajada.

Úrsula avanzó coronada con su belleza angelical del brazo del duque; su corazón palpitaba a un ritmo sosegado, anunciándole que, desde el instante en que intercambiaran sus votos, se entregarían el uno al otro para la vida entera. Le clavó la mirada al apuesto caballero que la esperaba en el altar; sintió que por un segundo le robaba la respiración. Sus primeros encuentros y las frases elocuentes que usó Damián Villavicencio para conquistarla desfilaron por su mente con cada paso, lo cual obligó a soltar una risita que contagió a los presentes de su desbordante felicidad.

Hugo Buenaventura Morell y Sequeira guardó sus títulos rimbombantes el tiempo suficiente para ser él en su esencia, quien entregaba a la novia a su futuro esposo. Al casar bien a Úrsula,

cumplía la promesa que le había hecho al difunto marqués de cuidar a cada señorita Morell tras su deceso. Su única preocupación de ese momento en adelante sería Altagracia. Luego le vino a la cabeza su hermana Margarita y suspiró; otra Morell que también le estaba dando dolores de cabeza. Miró a Úrsula al rostro y se sintió orgulloso por verla realizando uno de sus más añorados sueños. Se relajó al saberla dichosa y enamorada.

El sacerdote, orondo por el hombre que había hecho de Damián, pronunció unas palabras en nombre de su difunto amigo, el conde de Marmosa, que no pudo disfrutar de ese día como él. También trajo a colación a la princesa Ayomide y al difunto marqués, llenando el ambiente de paz.

Tras la hermosa ceremonia y el brindis, compartieron un breve espacio de tiempo con sus familiares y amigos, hasta que Damián cercó entre sus brazos a su esposa y le susurró:

—Ya es hora.

—Es temprano todavía.

—Tenemos una cita —replicó misterioso.

Lo miró con picardía, y el recuerdo de la apasionada noche que había compartido en la casa de Regla obnubiló sus sentidos. No podía negarse, ni aunque la fiesta estaba en su apogeo. Le tomó la mano y marchó a despedirse de cada uno de los asistentes, incluso de su madre, que la vio partir a su nueva vida con lágrimas en los ojos, pero no de pesar. Sabía que Úrsula había alcanzado la felicidad. Abandonó la quinta Morell en un quitrín ricamente ataviado, con el fuelle abajo. Se tomaron de la mano y dejaron que los curiosos los contemplaran marchar tomados de la mano como un matrimonio a lo largo de la Calzada del Cerro.

—Habría querido llevarte de viaje de novios —insistió él.

—Hay mucho trabajo en la clínica; tenemos toda la vida para viajar. Podemos amarnos en cualquier parte del mundo.

—Nos tomaremos al menos una semana para los dos, apartados de otras personas. Tengo muchos besos y caricias esperando por ser liberados. ¡Pobre del que ose interrumpirnos!

—¿Será indecoroso encerrarnos en nuestros aposentos por siete días mientras tu familia está del otro lado de la puerta?

—¿Mi familia?

—Me comentaste que viviremos con ellos.

—¿Quieres tu propia casa?

—¿Por qué la pregunta?

—Toda recién casada desea privacidad.

—Damián, sé que en uno de los palacetes viven tus hermanos y tus sobrinos; el otro funge como clínica. Estoy orgullosa de ti, de tu corazón bondadoso.

—Eso nos deja con muy poca intimidad.

—Sabes que no me afecta.

—No quiero compartirte.

—Siempre nos queda la casita de Regla —le recordó con tranquilidad—, pero en verdad será

lindo convivir con tu familia.

—Esa propiedad se la he regalado a mi sobrina: ahora la comparte con su madre —mencionó, y ella se conmovió por su magnánimo corazón.

—No importa el lugar: mi hogar eres tú.

Los labios voluptuosos de Damián se curvaron en una coqueta sonrisa: ella se desarmó por completo. Se volvió para robarle un cálido beso, mientras era devorada de cerquita por aquellos ojos aguamarinas.

—¿Qué hice para merecerte? —le susurró cariñoso sobre los labios.

La abrazó y volvió a besarla acunados por el vaivén del quitrín que deambulaba por aquel camino cada vez más solitario. Cuando Úrsula pudo separarse de sus labios y recobrar el aliento, observó extrañada a su alrededor.

—Este camino no lo conocía. ¿Estás seguro de que vamos a Intramuros?

—Te confieso que estoy un poco harto de la algarabía matutina de los mercaderes, de los pregones y del ruido de las ruedas de los coches.

—¿Pretendes, como mi padre, retirarte a la quietud de la Calzada del Cerro? Reconozco que no conocía esta parte.

—Porque ya salimos de la calzada. Es un sitio nuevo; aún no lo han descubierto, pero no tardará en ponerse de moda. Las familias acomodadas están empezando a comprar los terrenos; ojalá se demoren en elegirlo como el nuevo barrio para construir sus residencias, pero no lo dudo: tiene muchas bondades.

—¿Y por qué me has traído a este paraje perdido de la mano de Dios? No importa si será a futuro una zona privilegiada: ahora mismo está despoblado.

—Mencioné que nos aislaríamos por completo por una semana.

El quitrín atravesó un portón enorme de herrería, y Úrsula observó el vasto terreno recién podado con una construcción enorme justo en el centro, que se erigía regia entre palmas reales. Se detuvieron en la entrada principal, y lo primero que invadió sus fosas nasales fue el aroma a costa virgen.

—¿Estamos próximos al mar? —indagó la recién casada y Damián no pudo ocultar su sonrisa —. ¿Qué tan cerca?

Úrsula observó a lo lejos los potreros donde hermosos alazanes relinchaban y pacían acariciados por la suave brisa, así como otras edificaciones que serían los establos, una capilla y viviendas de los criados. *Simón* atravesó las grandes puertas abiertas de par en par y comenzó a perseguir el carruaje y a ladrar emocionado por el largo trecho hasta la entrada de la casona colosal.

—Ya imagino a este pequeño travieso correteando las olas.

—Y a los hijos que vendrán. Tal vez ya estás de encargo.

—¡Estás igual que mi madre! ¡Que no lo estoy! Aunque reconozco que me encantaría.

—A eso tendremos que ponerle remedio: estoy dispuesto a trabajar con ahínco para

conseguirlo.

—No creo que sea un sacrificio para ti.

Cuando el coche se detuvo, la miró a los ojos y le confirmó:

—¡Oh, preciosa! ¡No imaginas cuánto quise decir esto! ¡Bienvenida a su nuevo hogar, señora de Villavicencio! Creo que hemos llegado justo a tiempo.

La tomó de la cintura para ayudarla a bajar y, sin dejarla poner un pie sobre el suelo, la introdujo a la enorme mansión, atravesando de largo la estancia principal hasta salir a la terraza, donde la depositó para que observara la más extraordinaria puesta de sol. Se besaron con los destellos dorados enmarcándolos, mientras la joven esposa aún no salía de su asombro.

—Es un sitio mágico.

—Úrsula, era imperioso para mí que tuvieras tu propia morada y creo haber escogido la mejor.

—A ese paso derrocharás toda tu fortuna.

—Puedo arreglármelas; afortunadamente, nos va excelente con las exportaciones, y la herencia de mi padre fue muy generosa.

—Estamos apartados del resto del mundo.

—Así no nos molestarán con demasiada frecuencia; quiero más de lo que me diste esa única y entrañable noche. El recuerdo de tu cuerpo desnudo sobre el mío me ha torturado cada madrugada —le murmuró al oído y continuó esparciendo un reguero de besos sobre su níveo y tembloroso cuello.

—Madre mía, ten un poco de decencia, nos están mirando —musitó apenada al ver a una de las criadas sonriendo al fondo de la terraza al ser testigo de tan tierna escena de amor.

Él, sin escuchar sus reproches, le quitó la peineta de perlas y liberó su embravecida cabellera, que fue suavemente batida por el viento.

—No vuelvas a aprisionar esos rizos, ni quiero más cuellos altos ni recatos. Basta de esconder tu belleza. ¿Acaso no sabes que te vuelve más tentadora? —ordenó desabotonando su vestido.

—¡Por Dios, creo que es hora de conocer la alcoba nupcial!

La alzó solícito como si su sugerencia fuera una orden y la condujo a sus aposentos; detuvo a las sirvientas que intentaron ofrecerles ayuda para quitarle el intrincado traje de novia. Damián levantó una mano para ordenarle al séquito de domésticas que los dejaran a solas. Desató con presteza el nudo de su corbata y se liberó del frac. Abrió su camisa lo suficiente para no sentirse asfixiado y se enfrentó al vestido. La giró y comenzó a zafar botón por botón con una agilidad que a Úrsula le parecía impresionante. Ella desechó los celos que su destreza para desvestir a las damas le hacía sentir.

Cuando volvió a girarla frente a sí, los dos estaban completamente desnudos. Ruborizada, se cubrió sus turgentes senos con su abundante cabello. Ante la mirada de reprobación de su esposo, tomó el pelo entre sus manos y lo apartó de sus atributos con timidez. Ese hombre le había robado por completo la voluntad. Dio un paso a su encuentro y se refugió en sus duros pectorales.

—Eres hermosa —murmuró devorándola con la mirada.

—Vamos a la cama —suplicó sonrojada al ser testigo del apetito que despertaba en aquel hombre. Moría por cubrirse con una sábana para aplacar su vergüenza.

—No. Solo déjame besarte.

Damián se apoderó de sus senos y los acarició sin quitarle la vista de encima para luego bajar hasta ellos y conquistarlos a besos. El surco de lametones se deslizó hasta el sur, recorrió su abdomen, pasó por encima del ombligo y continuó descendiendo, explorando hacia el sur, probando cada trozo de piel, hasta hacer una parada en su centro de placer. Le apartó los muslos con las manos para poder sumergirse por completo. Ella enterró los dedos en su cabellera y lo asió con fuerzas contra su interior para exigirle que continuara prodigándole esas delicadas caricias. Cuando los embistes de la lengua de su esposo fueron más impetuosos, sintió que no podría resistir seguir sosteniéndose a sí misma; tiró la cabeza hacia atrás y gritó de placer mientras tocaba el cielo. Antes que las sacudidas de su orgasmo la hicieran flaquear y que sus temblorosas piernas la hicieran caer derrotada sobre el piso, Damián la alzó con sus fuertes brazos y la trepó a sus caderas, obligándola a cruzarle las piernas sobre la cintura.

—Vamos a la cama —repitió desconcertada—. ¿Acaso no es el sitio donde se aman los esposos?

—Es tan solo uno de tantos —murmuró guiando su erección hacia la abertura aún palpitante.

—Parece que tienes mucha habilidad.

—¿Y eso te molesta?

—Me atormenta pensar con quién has practicado para ser tan diestro.

—No te atormentes; tienes lo mejor de mí.

—¿Tu experiencia?

—Mi corazón —gimió contra su boca adorándola con su mirada verdeazulada—. Quiero que me hagas el amor. Deslízate sobre mí y reclámame como tuyo.

Úrsula escuchó los latidos acelerados que retumbaban contra la dureza del pecho de su amado, y dio un brinco al sentirse amenazada por el ávido guardián que presionaba contra su entrada. ¡Cómo lo deseaba! Se resbaló sobre su rigidez hasta que quedaron completamente encajados en una deliciosa tortura. Veneró su mirada cuando el placer lo desbordó al invadirla por completo. Besó aquellos ojos brillantes que la veían, pero convencida de que su alma estaba ciega de pasión.

—Te amo —le susurró invitándola a moverse mientras no dejaba de embestirla, con la misma fuerza de las olas del mar que se escuchaban desde la habitación.

—No me dejes nunca —le suplicó. Sentía que no alcanzaría la vida para saciarse de él.

—Jamás. ¿Aún no te has dado cuenta de que no puedo vivir sin ti?

—Muero de celos por tus anteriores amantes. Hubiese querido ser la primera en tu vida, que hubiéramos descubierto juntos lo que sucede en la intimidad de un hombre y una mujer.

—¿Eso cómo haría que fuera diferente? ¡Por Dios!, ¿no ves que el pasado no importa? ¡Eres mi presente, mi futuro!

Ella se movió hacia arriba y abajo, con dulzura e inocencia a la vez, envolviéndolo con su suave cadencia y con la luz tan inmensa que brotaba de todo su ser, impregnándolo de su esencia para siempre. Lo obligó a beber el elixir sagrado, el que toda la vida le estuvo vedado; lo hechizó con el embate de sus caderas, tierno pero profundo, que fue acelerando a la par que sus mejillas acaloradas subían de tono.

—¡Oh, por Dios! —gritó sorprendida ante el clímax maravilloso que con su propio esfuerzo logró experimentar.

Se quedó extasiado observando cómo se transformaba entre sus brazos. Dejaba de ser la avechilla temerosa que recién descubría su sensualidad y se convertía en una mujer intensa, cada vez más consciente del poder que tenía sobre los hombres, y en particular del suyo. Fue un momento especial; el nuevo esposo se creyó bendecido por tocar de cerca un ángel, uno que lo envolvía con el más ferviente amor.

Damián no pudo más; le urgía imperiosamente liberarse. La asió con fuerza por sus redondos glúteos y, a la par que la hacía aterrizar con ímpetu sobre su virilidad, la empotraba sin clemencia, acelerando cada vez más. Aquel deseo, que había vivido restringido por un montón de reglas sin sentido, había llegado al punto de no retorno; necesitaba explotar. Subió el ritmo de sus arremetidas, dando rienda suelta a su pasión, para sacarse del cuerpo la obsesión que lo desbordaba hasta aniquilarlo. Ya no soportaba la carga y opresión que causaba en sus entrañas. El apetito por su mujer se hacía cada segundo más potente. Ella gritó poseída, porque jamás imaginó que podía tomar su excitación y hacerla estallar en diminutas partículas brillantes en repetidas ocasiones, como en una carrera despiadada que no tenía final. Se agitaron el uno contra el otro, para borrar de un flechazo la agonía que habían sufrido y darle paso a la felicidad. Se miraron a los ojos transparentes de tanta satisfacción y, sin necesitar más señal que la intensa palpitación que manaba de sus vientres, detonaron juntos en un glorioso final.

## Agradecimientos

Infinitas gracias a mi familia a mi madre, mi esposo, mi hijo, mi padre y mis hermanos, por animarme a seguir construyendo historias. A mi prima Janette, a mis tíos Marlene y Alberto, a todos mis primos y tíos. Así como a mi red de queridos amigos.

Gracias a mi querida suegra Rosa María por apoyarme en cada uno de mis libros.

Agradezco a mi editora Lola Gude por su gran apoyo, así como a todo el equipo de Selecta, Penguin Random House, Grupo Editorial, que interviene en los diferentes procesos editoriales como corrección, distribución, promoción, entre otros.

Gracias a Maricela Gutiérrez porque, al conocer de este proyecto, rápidamente le tomó estima al personaje de Damián Villavicencio y me ayudó a perfilarlo. Gracias a China Yanly por conectarme, como siempre, con imágenes e ideas que llenan de color mis libros. A Rotze y Kris por sus consejos, sus risas e intercambios de impresiones. A Cecilia Pérez por el impulso que les da a mis libros para que lleguen a cada lectora con su valiosísimo trabajo de promoción.

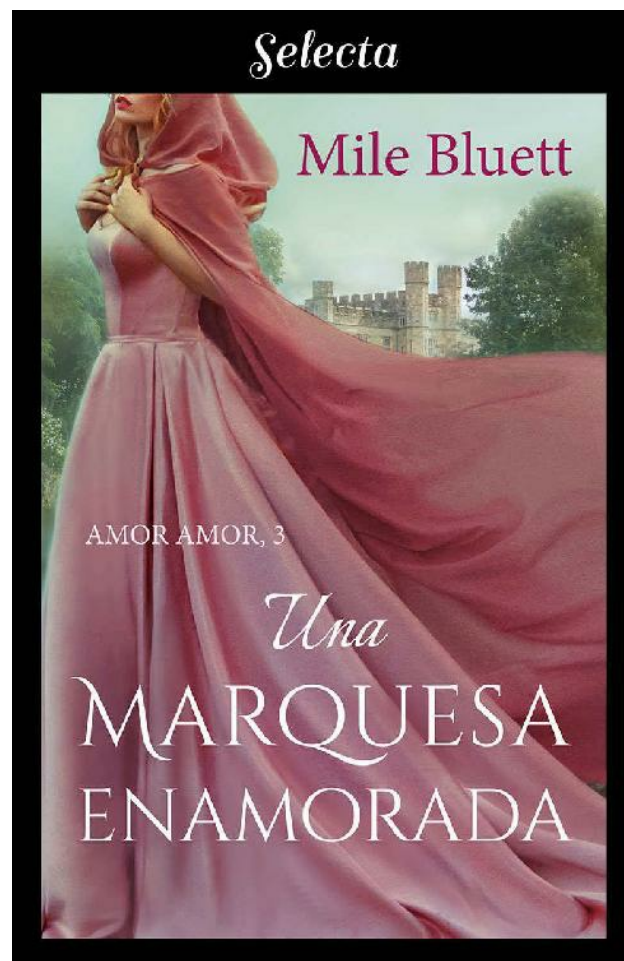
Muchísimas gracias a quienes, desde diversos frentes, apoyan en la promoción: los blogueros, que ayudan con sus entrañables reseñas que me hacen saltar de emoción (Evelyn, Flor, Aura, todas). A los administradores de grupos en Facebook con sus dinámicas sorteos y carisma (Gaby, Claudia, Vanessa, María Arribas, entre otras muy queridas). A la inmensa red de escritores y de amigos que ayudan con promoción, sugerencias y ánimos. A mi queridísima Roxy González por ayudarme a administrar mi grupo de Facebook. Para mi querida Calu Amor por compartir nuestras novelas y consentirnos con bellas artes. A Románticas-Novelas con corazón, administradoras e integrantes, por que sigamos creciendo y trabajando a la par por nuestros sueños (Indhi, Yami, Isa, Cristina, Paula, Miriam, Jor, todas).

Mi más sincera gratitud para mis lectoras y amigas, para quienes escribo con toda mi pasión y mi cariño; no las menciono a todas porque mi corazón es tan grande y sus muestras de amistad tan significativas que no haría justicia en tan pocas páginas, pero ustedes saben que las aprecio con mucha sinceridad. Sigán contactándome por las redes sociales (en público o privado) para hacerme llegar sus impresiones; es muy grato para mí. Contribuyen a impulsar mis historias al comentar, reseñar, compartir, y lo aprecio demasiado.



Próximamente

Una marquesa enamorada  
Serie Amor Amor / Libro III



## *Londres, Inglaterra*

*Abril de 1859*

¿Cuánto puede latir un corazón por una pasión a lo largo del tiempo? Ella creía que el amor era libre, que no exigía sacrificios de los amantes, que de lo contrario perdería su esencia. Él pensaba que jamás se enamoraría.

Lord William Lovelace había aprendido a tomar de la vida lo mejor, mientras otros hermanos segundos o terceros envidiaban la suerte del primogénito por ser el que heredaría el grueso de la fortuna familiar, más en su caso, que provenía de un noble, él daba gracias por ser el hijo varón número dos. Mientras el heredero tenía que ajustarse a las estrictas reglas del mayorazgo y de su padre, su excelencia el duque de Whitestone. Sus correrías no pasaban inadvertidas para el futuro cabeza de familia, quien trataba de entrarlo en cintura.

William admiró su frac negro impecable en uno de los espejos del corredor, llevaba prisa, pero eso no significaba que se cerciorara, de nuevo, de que sus zapatos estuvieran lo suficientemente lustrados, que sus finas joyas estuvieran a la altura de su clase y que su atuendo combinara a la perfección, incluso con el aroma varonil de la pomada de bergamota con que se había perfumado su peinado y su pañuelo. Era aún más alto que su hermano mayor, con el cabello castaño y unos profundos ojos azules, que daban la impresión de parecer melancólicos, los que resaltaban en su tez color marfil. Esa era su arma más letal, porque en su corazón solo había cabida para la risa y la fiesta. Su mirada taciturna terminaba por capturar la atención de cuanta dama urgida de dar y recibir afecto se cruzaba en su camino. Era una versión más jovial y desenfadada de John, lord Godwine, su hermano mayor, con quien sus trucos seductores no funcionaban; a diferencia de con sus progenitores, quienes eran en extremo consentidores con su adorado Will.

—William, ¿a dónde vas? —inquirió el primogénito con el ceño fruncido, que le hacía verse aún más elegante y apesadumbrado. Eran casi dos gotas de agua, solo que John Lovelace, conde de Godwine por título de cortesía, sí era serio, responsable y consciente del legado que recaía sobre sus hombros.

—¿Ahora tengo que darte cuentas? —se quejó Will.

—Te aprovechas de los compromisos de nuestros padres para escabullirte. ¿Tras las faldas de quién andas esta vez?

—Un caballero no revela ningún dato que pueda comprometer el honor de una dama.

—¿Ni a su hermano?

—Absolutamente a nadie.

—Me han llegado rumores. Unos que me esfuerzo por desestimar. ¿Sabes lo que un escándalo significaría para nuestra familia que jamás ha dado de qué hablar? Debes enmendarte y estar a la altura del apellido.

—¿Para qué? Tú heredarás todo, incluso las responsabilidades.

—William, te lo advierto. No mantendré a un bribón cuando esté al frente. A nuestro padre le

han faltado agallas para meterte en cintura, pero me encargaré de enderezarte. Como Lovelace debes respetar nuestro nombre y reputación. Solo espero que en tus juergas no perjudiques a una señorita de bien porque te haré responderle.

—Jamás he corrompido a una inocente. No puedo decir lo mismo de ti... —bajó el tono en la última frase y terminó por tragarse sus palabras, no era educado recordarle sus faltas a su hermano mayor, unas que toda la familia se había comprometido a ocultar. Arrepentido y notando la angustia en la mirada de John tras casi sacar a relucir su más tormentoso secreto trató de enmendarlo; aunque a veces lo desesperaba lo amaba profundamente—. Lo siento.

—Solo quiero que no tengas que lamentarte cuando ya no haya nada que hacer.

—Golpe de moral que te ha llegado tras asumir tus responsabilidades. No es mi culpa que la vida te haya favorecido y que no puedas disfrutar a tus anchas como antes lo hacías.

—¿Me reprochas haberte conducido por el mal camino? Era joven e insensato.

—Eres joven —recalcó. William tenía veintinueve años cumplidos y su hermano solo lo aventajaba por uno—. Y te comportas como un sexagenario. ¡Déjame vivir!

—Ya te tocará sentar cabeza y pensar en el futuro, algún día tendrás que casarte y hacer feliz a una esposa.

—En eso te equivocas, el que se casará eres tú. Soy un espíritu libre y voy a disfrutar la independencia que me he ganado.

—Maldigo la hora en que mi necesidad me hizo presentarte a mis terribles amigos.

—Necesito de vuelta a mi hermano, antes nos divertíamos. Ahora te has convertido en un aristócrata estirado con exacerbada inclinación por la falsa moral, porque no me engañas, sé que, aunque quieras adherirte a la nueva versión de ti mismo, extrañas irte de juerga conmigo. Y para que la curiosidad no termine por atormentarte te diré a dónde me dirijo, estamos en plena temporada, voy a la recepción de los condes de Huntington, donde aguardan nuestros padres.

—Acabáramos, por ahí hubieses empezado —manifestó sosegándose.

—¿No estabas incluido en la invitación?

—Llegaré más tarde, tengo asuntos de negocios urgentes que atender. —Lo miró como si su ausencia en cualquier evento social de renombre fuera posible, era uno de los solteros más codiciados de Londres.

—¿Y es que te ocupas de algo más últimamente?

—Pensé que huirías como de los tres últimos bailes. Arthur me ha dicho que te has encontrado a solas con una dama cuyo esposo está en el continente por asuntos de negocios.

—Asqueroso traidor.

—Antes de ser tu amigo era el mío. No he podido dormir a mis anchas desde que tengo conocimiento de tu fechoría. ¿Quién es? ¿Me harás repasar la inmensa lista de amigos encumbrados cuyas damas asistan sin esposo esta noche? Porque de seguro ella acudirá, ¿o me equivoco?

—Deberías ocuparte de tus asuntos.

—Y es lo que hago, por eso tendré que retrasarme y en el peor de los casos excusarme por no ir. Nuestros padres y tú representarán a la familia, espero que tu comportamiento esté a la altura y sea digno.

—De seguro tu prometida no faltará. Su acaudalado progenitor tiene negocios con los condes de Huntington.

—Sé discreto, nuestro compromiso no es todavía oficial, estoy en una ardua labor de convencimiento para que nuestro padre acepte que la futura duquesa de Whitestone no es de nuestro círculo.

—Pobre Eloise.

—¿La cuidarías, entretanto, por mí?

William lo miró con desidia antes de desaparecer por la puerta abierta de par en par, mientras John negaba lleno de impotencia.

Arribó a la residencia en Londres de los condes de Huntington, con su fachada de piedra gris conformada por enormes terrazas a las que daba su nombre: Grey Terrace. Tras atravesar las amplias salas donde compartían los invitados, se aproximó al más grande de los salones: donde sucedía la acción. De inmediato fue descubierto por su compinche, lord Arthur Johnson, quien no tardó en ponerlo al tanto de las féminas que aguardaban impacientes. Pasó la vista disimuladamente ante las pobres chicas que nadie sacaba a bailar desde las dos últimas temporadas y sintió pena por ellas, casi todas de buen ver, pero sin fortuna. Pensaba que su género lo libraba de un destino similar, a pesar de su educación y las costumbres, creía firmemente que la vida era injusta con las mujeres.

—¿La has visto? ¿Ya ha arribado? —preguntó impaciente. No era necesario que le revelara quien.

—Creo que en verdad no vendrá, como te hizo llegar en la nota. Deberías dejar de procurarla, ya obtuviste lo que querías, su esposo llegará en un mes y las cosas pueden ponerse desagradables.

—No puedo, estoy obsesionado.

—¿Enamorado tal vez?

—El amor es un privilegio negado a hombres como yo, simplemente no me lo permito. He visto los estragos que ha causado en John. ¿Por qué adherirme a un sufrimiento tal? Solo quiero lo que puedo tomar sin comprometer el alma y ella es justo lo que necesito para sosegar mis más oscuras pasiones. Es la mujer perfecta para mí y el juego del gato y el ratón lo hace más irresistible. No pretendo retirarme después de todo el camino avanzado.

—Lo mismo aseguraste de tu antigua amante la que terminó por provocarte aburrimiento y terminó por regresar a los brazos de su marido.

—Es diferente y lo sabes, no la compares con ninguna otra, no lo permito.

Su amigo le hizo señas con discreción para que descubriera la revelación del año. William se volteó sin interés, las jóvenes casaderas no le resultaban atrayentes.

—Es la hija de un difunto marqués español, viene de La Habana —especificó para despertar su curiosidad—. Su hermosura es exquisita.

William lo notó de inmediato, su rostro parecía haber sido labrado con el cincel de la perfección, su cabello cual cascada crecida parecía que explotaría en cuantiosos bucles de un momento a otro entre las horquillas que lo aprisionaban: tan lleno de vida; el tono castaño rojizo del pelo no pasaba desapercibido y la distinguía entre las de su clase. Sus ojos oscuros, estaban abarrotados de espesas pestañas negras que parecían abanicar sus sonrosadas mejillas, eran sin duda sus más destacados atributos, podría perderse en la intensidad de su mirada. La delicadeza del talle era exquisita y aquellas curvas que se le antojaban por caderas permanecían ocultas tras la indumentaria sofocante y colorida que la hacía destacar como la única flor del jardín capaz de atraer su atención. Se quedó sin aliento.

—¡Dios bendito! —murmuró gratamente sorprendido cuando creía que ninguna de las debutantes podría lograr semejante efecto en él. Solían tener un aire combinado entre inocencia y necesidad que lo abrumaban, pero esta señorita extranjera dejaba entrever a través de su semblante y sus finas maneras, que sabía lo que quería de la vida y algo le hacía sospechar que él estaba muy alejado de sus intereses.

—¿Maravillado?

—Más bien aturdido por la picardía que ni siquiera se esfuerza en ocultar, es despanpanante.

—Hay tantas nubes de rumores encima de ella que solo logran aumentar el interés de los caballeros. Claro que su madrina, lady Huntington se ha encargado de deshacerlas en el aire. Dicen que le está buscando esposo y que la señorita se aferra a su soltería como a su bien máspreciado.

—Eso sin dudas no la dejará bien parada, aunque me parece fascinante.

—Hay más. Tiene un can, un King Charles Cavalier Spaniel, su adoración, lo saca religiosamente a pasear todas las mañanas.

—¿En persona? ¿Por qué no envía a un sirviente a esos menesteres?

—No sería igual de efectivo el despliegue matutino de su efluvio. Los caballeros, esa horda de tontos que ves suspirando por sus favores, pasean por los lindes de los jardines de Grey Terrace suplicando tener la fortuna de apreciarla de lejos. Refieren que es como ver a un hada danzando entre las flores.

—¡Por Dios! ¡Verdaderamente suelen tejer historias sobre los extranjeros, más cuando son tan encantadores como la señorita!

—Dicen que su familia en el continente americano posee esclavos.

—Lo que es abrumador, para nosotros la esclavitud ha sido abolida.

—Se ha atrevido a traer a su esclavita y se hace acompañar de ella a todas partes.

—¿La has visto?

—Tampoco ha sido tan osada como traerla a los bailes. Dicen que es una mulata en edad similar a ella, una mezcla impresionante de la unión del negro y el blanco.

—Infeliz chiquilla. ¿Qué más se rumora?

—Que su colección de rechazos a propuestas matrimoniales en La Habana y España es digna de emular con el grosor de una enciclopedia. El difunto marqués era receloso de su primogénita.

—Yo también lo estaría. ¿Cómo puede una criatura terrenal ser tan desquiciante?

—Y prohibida. No te acerques con tus trucos de siempre que la condesa de Huntington, su madrina, y la abuela de la criatura no le quitan el ojo de encima, conscientes de la joya que custodian.

—No me explico cómo sigue soltera, solo la falta de dote podría explicarlo.

—Es muy rica, es lo que se esparce en el ambiente.

—Será por eso que su padre mantendría a los carroñeros lejos de su valiosa gema.

—Su dote te vendría de perlas.

—Si tiene todas esas virtudes y es tan bella, no se conformará con el segundo hijo de un noble, querrá un primogénito.

—¿Escuché bien? ¿La bella señorita extranjera te hizo pensar en matrimonio?

—Un pensamiento fugaz.

—No creo que necesite conformarse con el primer hijo de un noble, el marqués de Emerald no le ha quitado la vista de encima.

—¡Miserable! Si se empeña no dejará oportunidad para nadie. Es difícil competir con un título nobiliario —murmuró. Continuó deleitándose con la vista a distancia y con suma discreción.

No podía dejar de escrutarla. Poseía una piel tan blanca que dejaba traslucir sus venas azules y que contrastaba con sus ojos oscuros, como la noche y el día, con un efecto embriagador en los caballeros. Lo que William desconocía era que tenía un impetuoso carácter, que era dominante y que no se dejaba amilanar ante los convencionalismos sociales, lo que volvía cualquier propuesta de matrimonio temeraria. Fascinado por la novedad, intentó acercarse para propiciar que intercambiaran, aunque fuera por accidente, un par de palabras. Estuvo tentado, incluso, de pedirle a la condesa de Huntington que los presentara, pero al comprender que el marqués de Emerald la acechaba como a una presa y sabiendo que era un partido de más peso, desertó sin siquiera esforzarse.

Absorto en sus pensamientos, a la par que negaba para sacudirse cualquier idea fugaz sobre la señorita que le diera vueltas en la cabeza, fue sorprendido por un revuelo de encajes que terminó por avasallararlo. Se descubrió en el área de baile, peligrosamente expuesto a ser atropellado por los danzantes, justo como había ocurrido segundos atrás. La dueña de sus reflexiones fue quien se estrepitó contra sí. Ella y su acompañante, el marqués de Emerald, se disculparon con un movimiento de cabeza y siguieron inmersos en el vals.

Él era quien tenía que pedir perdón por estar distraído y no fijarse hasta dónde había llegado a parar. Y sucedió de pronto, todos sus prejuicios acerca de lo que una joven casadera representaba colapsaron ante sus ojos. Volvió al lado de lord Arthur Johnson y exigió saber quien era la carabina de la recién llegada. Su amigo hizo un gesto en dirección de doña Prudencia y William se

lamentó por tampoco haber sido presentados. La abuela de la señorita, era una mujer entrada en años, que vestía con elegancia, pero sin llegar a los excesos; los tejidos y las joyas elegidas para el baile le daban un aire majestuoso, que era armonizado por un rostro dulce, que brindaba confianza. Se notaba que de joven había sido dueña de una belleza muy singular.

—Siempre puedes invitarla a bailar, el marqués es mejor partido que tú, pero no creo que los mueva el mismo interés. Tan pronto como suspiras por una dama la olvidas al día siguiente.

—El marqués está buscando esposa, por todos es sabido. Ha cumplido con el luto por su viudez y hace dos temporadas que no dejan de lloverle las damiselas que añoran convertirse en la marquesa de Emerald.

—Tal vez estaba esperando por una dama que tuviera una fortuna que le resultara motivante. La señorita Morell posee una cuantiosa dote, su cuñado es un duque muy dadivoso. Además, será la heredera de los bienes nada despreciables de su abuela en España y aquí en Inglaterra.

—No creo que su holgura económica sea lo que más motive al marqués —murmuró suspicaz.

—El león cree que todos son de su condición. Es un hombre práctico y ante todo un caballero. ¿La invitarás a bailar o no?

—No suelo venir a los bailes a zarandearme si no hay un objetivo en la mira y en vistas de que el marqués ya ha puesto sus ojos en la novedad, mejor sigo buscando alguien que alivie el aburrimiento de mi absurda vida.

—¿Has visto a las señoritas que echan raíces al final del salón? Estarían encantadas de que corrompieras su honor.

—No suelo aprovecharme de las féminas desesperadas.

Pero nada lo hizo abandonar su actitud sigilosa, aunque otras damas de alcurnia, lo envolvieron en hilarantes charlas, así como caballeros, no pudo dejar de seguirle la pista a la señorita Morell durante toda la noche. Lord Arthur Johnson no le quitaba la vista de encima, bastante intrigado y con cierta indignación, porque lo que sea que tenía obnubilado a su amigo también le estaba robando a él la diversión.

—Si esperas a que tome asiento para dignarte a acercarte me temo que no sucederá. Desde que llegué he advertido que no ha dejado de recibir invitaciones.

—Alucinas, de querer ya lo habría hecho.

—¿En serio? —lo desafió en busca de acción.

—¿Acaso lo dudas?

—Me intriga que acepte. El marqués la tiene acaparada, ha bailado con otros, pero con él ha sido recurrente. Los corazones rotos de muchas señoritas ya deben dar a ese pez gordo por perdido.

Con paso firme y dejando a lord Arthur Johnson con la boca abierta se dirigió maldiciendo para sus adentros a la condesa de Huntington, la que lo recibió con una mirada conspicua. Era una mujer que ponía a temblar incluso a hombres que estaban acostumbrados a establecer una férrea autoridad. Su rostro estaba despojado de dulzura o alegría.

—Milady —pronunció seguido de una reverencia—. Sería muy dichoso si usted pudiera presentarme a sus ilustres invitadas.

—No me sorprende su interés. —Lo miró para nada incrédula y soltó un comentario muy impropio. William no terminaba de entender por qué nunca había sido del agrado de lady Huntington por más que se esforzaba por simpatizarle, siempre era tan cortante con él y lo peor era que no lo disimulaba—. Pero de una vez le advierto que pierde su tiempo, la señorita Morell ya ha atraído la atención del distinguido marqués de Emerald.

Deseó abofetearse mentalmente, sentía que quedaba en evidencias, que pisoteaba su orgullo de una manera ridícula. La dama con su frase ensayada le daba a entender que no reunía los méritos para competir con su oponente.

—Tan solo quería invitarla a un baile.

—Por supuesto, en cuanto el marqués nos la devuelva me dará gusto presentársela, pero ya que tiene tan acuciante motivación, ¿qué le parece si comenzamos con la señora de García de Lisón, mi ilustre prima?

—Estaré encantado —murmuró desayunándose que la bella joven estaba emparentada con la condesa.

Doña Prudencia fue amable con el joven que recién conocía, no le faltó astucia para entender el repentino interés de un caballero en plena lozanía por su persona. Más uno como ese, con unos rasgos tan atractivos, de altura considerable y con una mirada tan melancólica. Se preguntaba qué acongojaba su alma y quiso casi de inmediato socorrerlo.

—¿Ya había estado en otras ocasiones por estos lares? —trató de entablar una conversación con la señora.

—En varias, lord William Lovelace.

—¡Qué terrible que no haya tenido la oportunidad de conocerla!

Doña Prudencia sonrió disimulando la ternura que le inspiraban sus ocultos motivos, observó el rostro seductor del joven y su esfuerzo en hacer la conversación amena, con el afán de estirarla hasta que su nieta volviera a su lado y no le quedara otra opción más que presentársela. Lo que ocurrió en breve, de seguro calculó exactamente cuántos minutos le quedaban al vals. Cuando Altagracia volvió junto a su abuela y la condesa, no pasó por alto la presencia del fascinante caballero que las entretenía con sus elegantes palabras. La condesa de Huntington tomó la delantera y como anfitriona hizo las presentaciones:

—Estimada, permítame introducirla al hijo del duque de Whitestone, lord William Lovelace. La señorita Altagracia Morell es la hija del difunto marqués de Morell de Santa Ana y nieta de mi querida prima la señora de García de Lisón.

—Todo un honor conocerla —manifestó con una reverencia y aquella expresión taciturna que lo hacía lucir aún más atrayente.

Su encanto contradictorio y fulminante la tomó por sorpresa, casi olvida las reglas tan estrictas por las que se guiaba la aristocracia británica y estuvo a punto de ser totalmente transparente.



Recomponiéndose de la impresión que le causó el joven lord, le dedicó unas comedidas palabras. Él acomodándose un mechón inexistente, fuera de su perfecto peinado, le solicitó:

—¿Le gustaría acompañarme en alguna de las piezas?

Altagracia no se asombró por la petición, pero sí por lo repentino, apenas habían cruzado dos palabras y él había solicitado el baile. Miró su carné con gesto reflexivo y con algo de compasión le dio la ansiada respuesta.

—Me temo que he comprometido cada una.

El movió los labios, pero ni siquiera se atrevió a dejar aflorar una sonrisa.

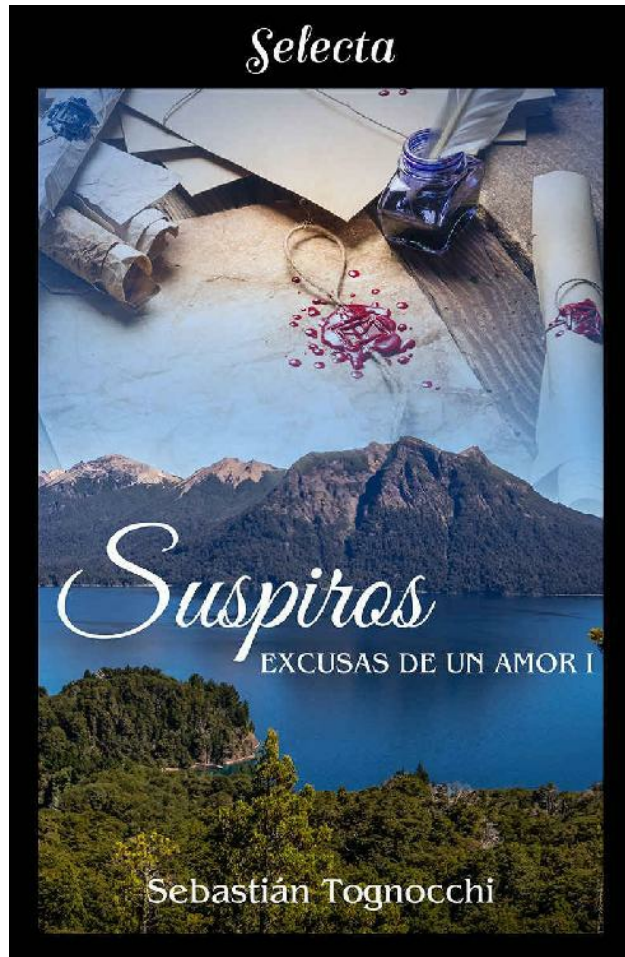
—La temporada recién está empezando, en otra ocasión será —manifestó con pesar.

—Mi querida prima tendrá que poner remedio, creo que lord William Lovelace se merece una oportunidad —manifestó compadecida doña Prudencia.

—Si la señorita Morell no se opone, veré si está en mis posibilidades, aunque no lo puedo prometer —murmuró con los dientes apretados la condesa.

William dudó que aquella dama moviera un dedo para provocar aquel desenlace, si de ella dependía lo mantendría lo más alejado posible de la señorita.

Si te ha gustado  
*Un ángel se enamora*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Suspiros*  
de *Sebastián Tognocchi*



Capítulo 1

Wiederhold

*E*stimada Melisa:

*No son más que simples excusas estas palabras mal afortunadas. Hoy me encuentro ante el agónico e incontrolable deber de confesarle... que la amo. Que lo que ha conseguido germinar en mí, jamás lo he sentido y es hoy, mi amor, más sincero del que jamás le han profesado. Y es hoy, usted, mi necesidad, aun prohibiéndome sentimientos que deberían de morir por dicha de este corazón. Soy honesto al decirle que elijo prescindir del mismo, a deber abandonar este cariño. Y puede, usted, estar tranquila y segura de que, si me lo permite, obedeceré a cada exigencia suya, a cada deseo, a cada anhelo. A cada excusa, estimada mía. A cada excusa.*

*Por siempre suyo... su servidor.*

El lago Nahuel Huapi se extendía majestuoso frente a sus incrédulos ojos. Las mañanas en que el mismo se encontraba dormido en su gigantesca quietud, con aguas tan calmas como el más perfecto de los cristales, podían verse las montañas reflejadas sobre su superficie como un espejo perdido en el tiempo. En aquel pequeño poblado, cada estación traía consigo hermosas características únicas y, al mismo tiempo, muy distantes entre sí. Las primaveras florecían encantando los terrenos con los más variados colores y la flora resplandecía radiante entre rosas mosquetas nacientes y frutales doblándose de su peso, y los veranos eran calurosos, con temperaturas elevadas que invitaban a los pocos lugareños a bañarse en las costas del lago y en las largas y hermosas cascadas escondidas en los bosques. Los inviernos eran realmente crudos y la nieve bañaba el pueblo por completo, y los otoños... los otoños eran simplemente mágicos. Cubrían de tristeza el paisaje y enmarcaban en el clásico cielo gris la vida de todos por igual, pero cuando el sol asomaba sus rayos altos entre las nubes heladas se producía un espectáculo sin igual. Las montañas coloreaban sus bosques milenarios de coníferas, coihues, arrayanes y alerces con hojas marchitas anaranjadas, amarillentas y violáceas, y rosas mosqueta y retamas bañaban las costas de piedra y pasto delgado. Magnífico, como un cuadro pintado en óleo por el más virtuoso de los artistas. Hacia el año 1919, más de diez años habían transcurrido desde la fundación de San Carlos. Contaba, entonces, con mil trescientos habitantes y un incipiente caserío que salpicaba un arbolado natural y autóctono, entremezclando portales de piedra y madera bien trabajada con rezagos de cultura arquitectónica importada desde el viejo continente, que revelaba la habilidad de los artesanos y el espíritu alpino y europeo de los lugareños. Las viviendas, pensadas para ser duraderas, eran realizadas con tablas de madera y techos de tejuelas de alerces, fabricadas con importantes pendientes para impedir la acumulación de nieve sobre su superficie.

La noche había cerrado oscura tras un largo día de trabajo y el centro del pueblo, en su pasividad reinante entre las extensas montañas, brillaba tímidamente a la luz de la única taberna, ubicada a un costado del aserradero y sobre la orilla del lago Nahuel Huapi. A paso apresurado, Ángel cruzó la calle de tierra seca intentando descifrar las voces y risas ahogadas en copas que se escabullían desde su interior, sin quitar las manos de sus bolsillos para evitar el entumecimiento por la helada. Al llegar a la puerta y habiendo sacudido sus pies, la empujó y esta crujió, lo que le

permitió el paso, para terminar por cerrarse a sus espaldas. Parecía estar el pueblo entero allí dentro y, saludando, se acercó hasta su habitual mesa.

—Hola, Salvador.

—¡Ángel! —Se sorprendió observándolo ingresar con alegría y, frente a sus ojos, dobló una carta de prolija caligrafía y la guardó con apuro en su bolsillo—. Creí que ya no vendría.

—¿Otra vez escondiendo a su amada? —reprochó Ángel entre risas, al tiempo que corrió una vieja silla de madera para sentarse—. Bien sabe que no lo dejaría solo. Disculpe mi demora.

Aquella taberna era manejada, desde sus inicios, por el señor Antonio, uno de los más queridos personajes del poblado. De construcción precaria y decorada con objetos de antiguos moradores, era el centro de reunión de los pueblerinos. El señor Antonio era un viejo amable, delgado y de larga y ondulada barba blanca, que trataba a todos como a su propia familia. Cuidaba y aconsejaba a cada poblador, ofreciéndoles caricias tras largos días de agotadoras tareas. La pared que se erguía detrás del mostrador se encontraba cubierta de cientos de botellas, en su gran mayoría vacías, de los más puros y caseros alcoholes que calentaban las entrañas de los trabajadores en los crudos inviernos. Allí, también, entregaba la correspondencia el correo proveniente de la ciudad de Neuquén por la nueva carretera que sorteaba aquel viaje de 500 kilómetros de distancia en apenas cuarenta horas de travesía, gracias a la moderna aparición del automóvil. Ángel era un sujeto de estatura media y ligera robustez, de veintisiete años de edad. De barba tupida y mirada franca, solitario vivía su vida en aquel recodo árido por las heladas del sur, y depositaba sus noches en una pequeña cabaña bien provista sobre una quebrada apenas alejada del centro de la ciudad, rodeada de bosques y prados extensos desde donde se sentaba por las tardes a observar las aguas del lago. Salvador Conti era su amigo más íntimo, su confesor y su compañero. De igual estatura, aunque un poco más fornido y unos años más joven, sus cabellos rubios encantaban a las mujeres del pueblo y alrededores. Ambos trabajaban en la Sociedad Comercial y Ganadera La Chile-Argentina, desarrollada a orillas del lago, en lo que solía ser el pequeño aserradero de Carlos Wiederhold. Este último, vecino y propietario del almacén San Carlos, había tenido la virtud y el ingenio de canalizar un arroyo e instalar en él una rueda de paletas que, en movimiento por la fuerza hidráulica que le proporcionaba el agua constante proveniente de las altas cumbres, accionaba una sierra que le facilitaba elaborar los tirantes y tablas para sus construcciones. Al comentarse en el pueblo su invento, pronto comenzó a recibir pedidos de los lugareños y, sin siquiera percatarse ni buscarlo, su pequeño taller personal terminó por constituirse como el primer aserradero de la región. En aquellos tiempos, San Carlos crecía de manera exponencial y ofrecía oportunidades para todos los que deseaban instalarse en él.

—Sabe que debo conocerla, Salvador —lo incitó Ángel al tiempo que la mesera le acercó un tarro limpio y una botella de vino abierta, sonriéndole. Este agradeció y acomodó su espalda en el asiento.

—Bueno, no estoy de acuerdo. Sé que no debe conocerla, sino que quiere conocerla. Eso no es exactamente lo mismo. —Ángel rio sirviendo su copa.

—Aun así, no debería esconderla por tanto tiempo. Usted aquí, en este pueblo, y ella... ¿dónde es que vive, que no me ha contado? —Salvador sonrió sin responder—. ¡Vamos! Cada semana se envían correspondencia. ¡Creo que llevo años observándolo esconder las cartas en sus bolsillos!

—Dígame qué piensa hacer, Ángel —lo interrumpió cambiando el rumbo de la conversación. Al hacerlo, este borró su sonrisa y acomodó su espalda en el respaldo una vez más.

—Ya conoce mi opinión y sabe lo que deseo hacer.

—¿Está realmente convencido?

—Así es. ¿Cómo piensa llegar lejos en la vida, sin jamás atreverse a ir más allá? Quiero que mi vida sea un desafío y no algo que simplemente pase frente a mis ojos. Pasamos demasiado tiempo dentro del aserradero y, no lo dudo, yo estoy convencido de que San Carlos es mi hogar, mi lugar en el mundo... pero desde que llegué aquí, nadie espera nada de mí.

—¿A qué se refiere, Ángel? Todos esperan algo de usted. Y de mí. Todos esperamos algo de todos.

—Bueno..., exactamente a eso. Todos esperamos algo de todos y, al mismo tiempo, nadie espera nada de nadie. Nadie espera nada de mí. No hay necesidades que cubrir, más que las mías. No debo demostrarle nada a nadie y aquí, en este rincón del mundo, siento que cada día es un regalo que desaprovechamos. Bueno, al menos yo lo hago. Usted tienes a su amada... —Al escucharlo, sorprendido, Salvador sonrió conteniendo su risa una vez más, negando con su cabeza.

—¿Ha visto este lugar, Ángel? ¿Ha visto en lo que lo estamos convirtiendo? Personas como usted, como yo... será un lugar bendito. ¡Y espere a verlo terminado! Cuando cada mañana asomo el rostro camino al aserradero y el helado aire golpea contra mis mejillas, y al andar se llenan mis pulmones..., siento que no podría estar en mejor lugar. Me siento realmente afortunado.

—Lo sé, Salvador, ¡por eso mismo es que pienso avanzar! —Este no respondió en lo inmediato, hizo un breve silencio. Las conversaciones del alrededor los invadieron.

—¿Y el dinero? —preguntó Salvador—. ¿No le preocupa, acaso?

—Toda la vida me he preocupado por cuestiones de dinero, y el resultado ha sido llegar hasta aquí. Tal vez deba dejar de preocuparme tanto.

—Casi toda la gente que conocemos se preocupa por dinero —agregó Salvador a modo de lamento.

—¡Por eso mismo! —lo interrumpió Ángel, eufórico—. Vivimos, desde que llegamos aquí, a la sombra de quienes sí hacen algo con su vida, y nos hemos vuelto responsables casi sin advertirlo nosotros mismos. No tomamos riesgos, no perseguimos metas ni marchamos detrás de aventuras. Nos acomodamos en lo que tenemos... y nada más. Me ha acompañado en más de una oportunidad. Hemos recorrido estas tierras a caballo. Hemos encontrado cascadas increíbles, lagunas soñadas... arroyos que se esconden en bosques abovedados por donde apenas se hacen presentes los rayos del sol... —Sin más, dejó de hablar nuevamente y lo observó con seriedad.

—Bien, vamos a hacerlo —dijo al finalizar.

Al oírlo, Ángel sonrió.

—¡No va a arrepentirse, Salvador, puedo asegurarlo!

—Pero vamos a fijar algunos puntos —continuó, acercando su cuerpo a la mesa—. Seremos socios...

—Socios, sí —respondió Ángel asintiendo.

—Y mantendremos todo en secreto, hasta comenzar con los trabajos.

—Correcto.

—De acuerdo... —sonrió Salvador, volviendo su espalda hacia el respaldo de la silla y, llamando a la mesera, solicitó más bebida.

La mañana siguiente los encontró montando a caballo junto a los primeros rayos nacieros. Aquel otoño había quedado en el pasado y los primeros fríos del invierno se aproximaban, lo que aplacaba el ánimo en los corazones de los pueblerinos. La vida en el pueblo comenzaba con su rutina, y hombres y mujeres inundaban las calles, cargando cestas, arriando ganado y moviendo maderas con carretas bien provistas a fuerza de caballos. Gallinas alborotadas se abrían a su paso y, entre amables saludos, Ángel y Salvador avanzaron hacia la zona costera más alejada. Los cerros, a su alrededor, se extendían imponentes con su vegetación creciente y, por momentos, gigantescas montañas rocosas hacían que ambos se sintieran insignificantes. Durante breves minutos, bordearon un río serpenteante que saltaba escurridizo entre rocas redondeadas, gastadas por el tiempo, para finalmente toparse con una enorme laguna que contenía el agua de las cumbres montañosas, en un valle calmo y silencioso de extensos campos de césped. Deteniéndose, disminuyeron el galope.

—Es aquí, Ángel —dijo Salvador en un susurro. El lugar era perfecto. Ángel desensilló de un salto y, atando su caballo a la rama de un árbol cercano a la laguna, se arrojó de espalda al suelo.

—No pudimos haber elegido mejor lugar. Allí levantaremos el aserradero —explicó Ángel señalando hacia una de las orillas de la laguna—. Le dije que era el lugar ideal. El centro del pueblo comenzará a llenarse y los nuevos pobladores que llegarán, invitados por la nueva carretera, harán de San Carlos una ciudad pujante. Y aquí estaremos nosotros, lo suficientemente alejados para poder estar tranquilos y, al mismo tiempo, cercanos para servirles con nuestra labor.

—¿Y cree que vendrán a buscarnos? ¿A solicitar nuestro trabajo? —preguntó Salvador con inseguridad.

—¡No tenga dudas! Los pueblos se extienden. Extenderse es en dos direcciones. Hacia arriba, sobre la ladera de la montaña, y hacia los lados. Conocemos el oficio, contamos con el río para montar nuestra propia sierra y los nuevos pobladores, que deseen construir, ¡nos tendrán a nosotros más cerca!

—Entonces comencemos mañana mismo. No debemos demorar más —asintió Salvador con entusiasmo. Ángel sonrió—. Ingresaré más temprano para comenzar con los cortes y a diario iremos trayendo lo necesario para armar todo.

Sin agregar palabras, ambos quedaron en silencio. Soplaban una brisa fría y seca proveniente de la montaña que se erguía imponente frente a ellos, lo que les traía fragancias florales de las

nacientes de aquel prado extenso.

—¿Qué imagina de su vida? —preguntó Salvador, con su mirada perdida en los reflejos de la laguna.

—¿De mi vida? —Salvador asintió, observándolo a ceño fruncido—. Bueno, entiendo que establecerme aquí. No tengo esposa ni prometida como usted.

Salvador lanzó una carcajada.

—¿Prometida? —preguntó aún ahogado en risas.

—¡Claro, Salvador! ¿Cómo es su nombre?

—¿El nombre de quién? —insistió.

—¡El nombre de la mujer con quien intercambia correspondencia!

—¿Melisa? —se sorprendió estallando nuevamente en una carcajada que lo hizo caer de espaldas sobre la hierba.

—Melisa, bien... no entiendo cómo es que no la ha traído aún para aquí. San Carlos es un lugar único, y esta laguna es increíble.

—Tal vez deba decirle que venga —respondió Salvador, pensativo, aún recostado y borrando su sonrisa.

—¿Por qué lo duda? Yo no lo haría, de ser usted —insistió Ángel, arrojando pequeñas rocas al agua.

—Bueno —respondió Salvador apoyando sus codos a sus costados, por lo que se incorporó levemente—, debería acomodar algunas cosas. Es mi intención que venga, pero aún no está todo preparado.

—Podríamos armar un buen lugar aquí para ustedes... —aseguró Ángel, volviendo su vista al prado y al bosque que se extendía por detrás.

—Sí... —respondió Salvador haciendo lo propio.

—Dejaría mi casa en el pueblo para construir una aquí, cerca de nuestro aserradero. Debería hacer lo mismo, Salvador. Deberíamos convertir todo este prado en una nueva plaza, alrededor de la laguna. El aserradero, nuestros hogares, un establo para los caballos y una taberna para alimentar a la gente cada día.

—Estoy convencido de que así será —respondió Salvador.

Aquella noche había nacido con apuro y, tras asomar las primeras estrellas, Ángel y Salvador se despidieron en el centro de la plaza. Salvador había decidido pasar por la taberna, como solían hacer a diario, pero no así Ángel, quien volvió directo a su cabaña. Caminó en silencio por las calles de tierra con una sonrisa dibujada en su rostro. A medida que subía el empinado camino, saludaba a los pueblerinos que se alistaban en sus hogares. El pueblo de San Carlos amanecía bello como pocos, pero en las noches, con la inmensa oscuridad, miles y miles de estrellas se hacían presentes en los cielos y la luna se reflejaba en las aguas del lago en un espectáculo único. Pasando la vieja cabaña abandonada, sobre la primera hondonada casi completamente cubierta por hiedra y ortigas, Ángel ingresó a su jardín. Sus ojos pasearon por la mata verde entre la

oscuridad y sus arbustos de frambuesas y, sin disminuir su paso, trepó los escalones del cobertizo hasta quedar de pie frente a la puerta. Aquella era una cabaña vieja y humilde. Una sala de estar pequeña alimentaba su comodidad y una mesa ocupaba casi la totalidad del espacio disponible. A su derecha, una abertura angosta daba paso a una incómoda cocina y un pequeño baño completaba el lugar. Desde el centro de la sala, una escalera firme invitaba a un segundo piso transformado por completo en un dormitorio, con un escritorio a la izquierda, contra las ventanas, desde donde perdía su vista contemplando el lago.

Tras la quietud de la noche, San Carlos amaneció en un día soleado que encontró a Ángel con renovadas expectativas. Ansioso, no había podido dormir en profundidad y, con los primeros rayos por sobre los picos montañosos, asomó su cuerpo al jardín para enfrentarse al gigantesco lago y al aire puro que llenó sus pulmones. Con apuro, pasó por sobre sus arbustos radiantes bajo aquel primaveral cielo celeste y tomó algunos frutos para comenzar su descendente caminata hacia la plaza central. El sol calentaba su cabello y los vecinos lo saludaban con amorosos ademanes. A paso apresurado, avanzó aprovechando el empujón de la pronunciada bajada, pero debió dar un salto hacia un costado, sosteniendo su sombrero con ambas manos, para conseguir esquivar el galope sorpresivo de unos jinetes que se apresuraron sobre su misma dirección. Extrañado, Ángel continuó su marcha y acertó camino al atravesar los jardines más céntricos, para finalmente dar con la plaza central. Allí, un gentío curioso asomaba sus cabezas frente al aserradero, murmurando al unísono, y la sorpresa hizo que Ángel se acercase cauteloso. Al verlo aproximarse, algunos vecinos se abrieron a su paso, a ceño fruncido y negando con sus cabezas.

—Ángel —dijo un hombre al verlo atravesar la muchedumbre—. Ha habido un accidente.

Una vez más, como siempre y como jamás antes, la puerta de la taberna se cerró a sus espaldas. Ángel se encontró con los mismos rostros allí dentro, pero esta vez no había voces elevadas ni algarabía perdida en el aire. En silencio bebían los trabajadores del pueblo y, frente a su presencia, congelaron sus movimientos y lo observaron con tristeza. Ángel, por su parte, no se detuvo. Sin deslizar comentario alguno, se acercó hasta Antonio y allí quedó de pie, sonriéndole con dolor. Al verlo, Antonio se acercó para darle un abrazo que contuvo su pesar tanto como a su alma.

—No voy a preguntar cómo se siente, hijo mío —dijo el viejo intentando que su voz atravesara un nudo en su garganta. Ángel sonrió, esta vez con mayor esfuerzo inclusive—. No consigo imaginar cuán duro debe ser. Lo lamento.

—Gracias, Antonio —respondió sin agregar más. Tras alejar su cuerpo, el viejo golpeó con sus palmas los brazos de Ángel.

—Antes que lo olvide —continuó el hombre buscando en sus ropajes—, tengo algo que me gustaría entregarle—. Ángel lo observó extrañado al tiempo que Antonio volteó hasta la extensa tabla de madera y tomó un sobre cerrado, perfectamente laqueado. Acercándose, lo extendió hasta él.

—¿Qué es esto? —preguntó con temor.



—Esto —respondió Antonio, acariciando su barba de manera inconsciente— es correspondencia que debería haber recibido su amigo Salvador.

—¿Y por qué me la entrega a mí? ¿Es de...?

—Así es... —insistió el hombre, sin dejarlo terminar—. Es correspondencia de la señora Melisa—. Ángel intentó devolver el sobre, retrocediendo varios pasos, pero el viejo hombre se negó a tomarlo nuevamente—. Sea usted quien se lo diga, Ángel. No hubo nadie más cercano a Salvador en todo San Carlos. Si a alguien le correspondiese dar la noticia, ese es usted.

No había visto, en su vida entera, noche más oscura ni tiempo que corriese más lento. Parecían, los minutos, burlarse de su sentir. Ángel caminó las frías y oscuras calles una vez más, lo que dejaba perdidos a lo lejos los efímeros sonidos de la taberna. La pena lo anclaba al piso y aún se encontraba incrédulo. A medida que avanzaba en la oscuridad, por entre los árboles añejos que crujían por el vaivén del viento, en su mano solo llevaba aquel sobre cerrado que lo paralizaba. Sobre que quemaba su mente. Solo podía observarlo, atemorizado. En silencio hipnótico, subió una pendiente poco pronunciada hacia una pequeña lomada y se encontró, casi sin notarlo, frente a la puerta de la cabaña de Salvador. De pie en la oscuridad, la recorrió con ojos acostumbrados a la penumbra y, tras una bocanada de aire helado que raspó su agitada garganta, avanzó hacia el cobertizo por unos escalones. Una vez frente a la puerta, forzó su picaporte. Sin embargo, esta no cedió. Una vez más repitió su intención, con mayor ímpetu en esa oportunidad, pero la misma no se abrió. Resignado, volvió su vista por sobre sus hombros y observó con detenimiento a su alrededor. Nadie estaba presente. Dando unos pasos hacia su derecha, golpeó un vidrio repartido de la ventana con su codo hasta romperlo y, metiendo su mano con cuidado, consiguió liberar la traba. Al ingresar, quedó de pie congelado. La cabaña era pequeña, incluso un poco más que la suya y aún se encontraba desordenada, como si Salvador hubiese salido con apuro aquella mañana. Sobre la mesa de la sala de estar, frente a él, una taza vacía reposaba junto a un plato decorado con algunas migajas de pan reseco y, en la punta de la misma, varias cartas se encontraban apiladas prolijamente. Todas, con excepción de una, la cual estaba aún desplegada. Ángel tragó saliva y se acercó lentamente. Allí quedó de pie, al lado de la silla, sin tocar nada, y leyó de reojo aquellas palabras escritas con perfección. Faltaron pocas líneas para que sus ojos se abrieran por la sorpresa, y su corazón, exaltado, pareció quebrarse en cientos de pedazos. No podía comprender, no haberlo visto antes, no suponer, siquiera, la posibilidad. Y en ese momento, la verdad se exponía frente a su vergüenza, lo que lo imposibilitaba de toda acción y reacción.

*San Carlos*

*28 de Agosto de 1919*

*Estimada Melisa:*

*Antes que lea las palabras que me he atrevido a volcar aquí, permítame presentarme, con el mayor de los respetos. Mi nombre es Ángel Martín, y fui el compañero de su hermano, Salvador, cada día y hasta el último. Me apena el alma que deba leer estas líneas de mi puño y letra, y créame que no es fácil, para mí, dirigirme a usted en estos tiempos. Su hermano ha sufrido un accidente en el que ha*

*perdido su vida, lo que vació de forma íntegra las nuestras. Verá, San Carlos es un pueblo en auge, pero aún hoy día somos una gran familia que se cuida y preocupa por el otro. Deberemos aprender a vivir con los recuerdos que su hermano ha dejado en todos y en cada uno.*

*En mi caso, lo que duele no es la pérdida..., sino la plena consciencia de todo aquello que él no habrá de poder realizar. Pero cientos de palabras no llenarán tal vacío ni conseguiré aplacar el lógico dolor que ha de sentir usted en estos momentos. Si la vida me diera la posibilidad de aminorar su sufrimiento, juro por mi alma que lo haría sin duda alguna.*

*Los recuerdos de ayer podrán guardarse por el resto de nuestra vida. Salvador vivirá en mí, y estoy convencido de que también lo hará en usted y en cada uno de los que lo amaron.*

*Lamento su pérdida. Para lo que pueda serle útil, a su servicio.*

Durante los días siguientes, Ángel se mantuvo ausente. Las horas en el aserradero parecían no tener fin y evitaba conversar con la gente tanto como le era posible. No había vuelto a pensar siquiera en el valle escondido ni en su bella laguna y observaba la casa de Salvador a diario desde lejos, sin acercarse a ella. El dolor lo había consumido y la angustia lo enmudecía. En más de una oportunidad, lágrimas hábilmente disimuladas se escapaban al dar conversación con los vecinos del lugar. Una tarde soleada, al verlo cruzar el centro del pueblo por el sendero de gravilla que bordeaba los corrales, Antonio lo llamó por su nombre a los gritos.

—¡Ángel! ¡Venga un momento! —rogó desde la puerta de la taberna. Obedeciendo, este se acercó arrastrando los pies.

—Señor Antonio, buenas tardes —respondió Ángel al llegar a su encuentro.

—Tenga, hijo —respondió acercándole un sobre—. Correspondencia de la señora Melisa, esta vez dirigida a su nombre.

*Neuquén*

*18 de Septiembre de 1919*

*Señorito Ángel:*

*Permítame agradecer sus palabras. No imagino cuán difícil ha de haber sido, para usted, romper la barrera y verse en la obligación de contactarse conmigo. Conmigo, cuando sé que Salvador jamás le ha hablado de mí y, muy por el contrario, yo sé todo de usted. No encontraría carta de mi hermano en la cual no relate historias y situaciones de ustedes dos.*

*Aún, confieso, estoy atónita de sus letras. Aún, confieso, repaso una y otra vez sus palabras y la sangre aún se congela dentro de mi cuerpo. Es doloroso, en verdad duele. Y no consigo comprender. Duele desprenderse de algo que amas con toda la fuerza de tu alma.*

*¿Cómo ocurrió? ¿Dónde ha quedado su cuerpo?*

*Atte. Melisa.*

*San Carlos*

*23 de Septiembre de 1919*

*Estimada Melisa:*

*Los días pasan y es real, aún no puedo comprender lo ocurrido. Es real que duele desprenderse... cuesta comprender que uno jamás volverá a verlo.*

*Su hermano sufrió un accidente dentro del aserradero. Yo no estaba con él, porque Salvador había ingresado más temprano esa mañana. Al llegar, el revuelo en el pueblo hizo que me enteré de la noticia. Y su cuerpo descansa aquí, en una bella pradera sobre la ladera de la montaña. Personalmente lo visito y cuido su lecho. A mí mismo me cuestan leer mis palabras... aún no puedo creerlo.*

*¿Salvador le ha hablado de mí? Me aventaja entonces. Yo no conocía su existencia y aún no comprendo cuál ha sido el motivo de mantenerla anónima, en el más absoluto secreto.*

*También, le confieso, no esperaba que volviera a escribirme. Pero hágalo sin dudar, en caso de necesitarlo.*

*Para lo que pueda serle útil, a su servicio.*

Dos meses había pasado desde el accidente. Ángel había decidido no hablar con nadie en el pueblo de lo ocurrido y, si bien intentaba no recordar, Salvador estaba presente en todo momento y en cada lugar. Aquella noche se cerraba oscura sobre a su cabeza y no había estrellas que bañaran el cielo ni iluminaran sus pasos. El viento proveniente del inmenso lago secaba sus ojos, lo que los cristalizaba. Ángel caminó en silencio hasta ubicarse frente a la puerta de la taberna. Una vez más, como hacía tiempo atrás, intentó comprender las conversaciones que se escabullían desde adentro y sonrió al darse cuenta de que no lo lograría. Sacudiendo sus pies, empujó la vieja puerta y esta crujió, lo que le permitió el paso. Sin elevar la vista, se acercó hasta su mesa habitual.

—Ángel —lo llamó Antonio. Sorprendido, este frenó su andar.

—Antonio..., disculpe usted. Buenas noches.

—Buenas noches, hijo. ¿Se encuentra bien? —preguntó, mientras secaba sus manos con su delantal.

—Bien, Antonio, estoy bien. Gracias por su preocupación.

—Mejor así, hijo —continuó el viejo hombre y, procurando quedar frente a su oído, susurró—, porque lo buscan. —Señalando con sus ojos, Antonio le indicó que observara hacia un costado. Ángel volteó su cuerpo y se adelantó con apuro y amabilidad, sacudiendo su abrigo lleno de aserrín y astillas de arce.

—Disculpe... Buenas noches. ¿Podré ayudarla? —preguntó con el corazón intentando salir de su pecho. Entrecerrando sus ojos, la mujer sonrió—. ¿La conozco acaso, señora?

—No, aún no nos conocemos, señorito Ángel. Al menos, no personalmente.

## El amor todo lo puede



Heredar una cuantiosa fortuna podría hacer feliz a cualquier hombre, excepto a Damián Villavicencio, por tres razones: la riqueza no borraré el desprecio que sienten por él los miembros del estrato social al que pertenecerá, la recibió del hombre que lo repudió por ser la prueba del pecado de su lujuria con una esclava y, la más poderosa, el rencor aún corre por sus venas.

Poder, dinero y una apariencia exótica, un cóctel peligroso para alguien que solo pretende combatir sus demonios.

Úrsula Morell luchó toda su vida hasta conseguir su más anhelado deseo, que le permitieran prepararse para tomar los hábitos, solo así podría liberarse de la opresión masculina y cuidar de los menos favorecidos, pero cuando un seductor atormentado se cruza en su camino, toda la certeza que la ha acompañado se desvanece para dar paso al deseo febril e intempestivo de poseerlo.

La Habana del S. XIX será el escenario principal para este *amor prohibido que transgrede todas las reglas de la pureza de la sangre que giran en torno al matrimonio.*

**Mile Bluett** nació en La Habana y actualmente vive en México con su hermosa familia. Estudió Derecho, Psicología y un master en Psicoterapia. Escribe desde la adolescencia y el amor a la literatura ha sido una constante en su vida.

Es autora Best Seller en Amazon. Ha publicado la saga *Herederos del mundo* (2016), distopía que consta de (I) *Atrévete a sentir*, (II) *Tierras Inhóspitas* y (III) *La Búsqueda del Arcoíris*. También es autora de los romances contemporáneos, *Buscándome te encontré I* (2017) y *No te dejaré escapar II* (2018). Su mayor éxito es la novela romántica de época *Amor Sublime* (2017). Sus obras han destacado en diversos Top 100 de Amazon.

La autora refiere: «Hay dos hombres en mi vida que son capaces de hacerme temblar el alma. Uno tiene los ojos color del amanecer y el otro de un tono de azul que aún no logro definir. Uno es mi esposo y el otro mi hijo».

«Soy una mujer orgullosa de serlo. Pienso que antes de dar un paso hacia atrás hay que dar dos hacia delante. Considero que si le pusiéramos el mismo énfasis a la inteligencia emocional que a la adquisición de conocimientos, seríamos más felices y el mundo sería menos cruel».

«Amo el agua, la cama y mi laptop. El agua porque repara y nutre cada célula de mi cuerpo, la cama porque tiene múltiples usos imprescindibles para amanecer con una sonrisa y mi laptop porque es ahí donde sucede la magia».

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, Mile Bluett

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-82-1

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



# Índice

Un ángel se enamora

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Epílogo

Agradecimientos

Próximamente

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Mile Bluett

Créditos